LA AYUDA MUTUA

P. KROPOTKIN

PROLOGO A LA PRIMERA EDICION RUSA

Mientras preparaba la impresión de esta edición rusa de mi libro -la primera que ha sido

traducida del libro Mutual aid: a Factor of Evolution,

y no de los artículos publicados en la revista inglesa- he aprovechado para revisar

cuidadosamente todo el texto, corregir pequeños errores

y completar los apéndices basándome en algunas obras nuevas, en parte respecto a la

ayuda mutua entre los animales (apéndice III, VI y

VIII), y en parte respecto a la propiedad comunal en Suiza e Inglaterra (apéndices XVI

y XVII).

P. K.

Bromley, Kent. Mayo 1907.

PROLOGO

Mis investigaciones sobre la ayuda mutua entre los animales y entre los hombres se

imprimieron por vez primera en la revista inglesa

Nineteenth Century. Los dos primeros capítulos sobre la: sociabilidad en los animales y

sobre la fuerza adquirida por las especies sociables

en la lucha por la existencia, eran respuesta al artículo desconocido fisiólogo y

darwinista Huxley, aparecido en Nineteenth Century en febrero

de 1888 -"La lucha por la existencia: un programas en donde se pintaba la vida de los

animales como una lucha desesperada de uno contra

todos. Después de la: aparición de mis dos artículos, donde refuté esa opinión, el editor

de la revista, James Knowies, expresando mucha

simpatía hacia mi trabajo, y rogándome que lo continuara, observó: "Es indudable que

usted ha demostrado su posición en cuanto a los

animales, pero ¿cuál es su posición con respecto al hombre primitivo?"

Esta observación. me alegró mucho, puesto que, indudablemente, reflejaba no sólo la

opinión de Knowles, sino también la de Herbert

Spencer, con el cual Knowles se veía a menudo en Brighton, donde ambos vivían muy

próximos El reconocimiento por Spencer de la ayuda

mutua Y su significado en la lucha por la existencia era muy importante. En cuanto a

sus opiniones sobre el hombre primitivo, era sabido que

estaban formadas sobre la base de las deducciones falsas acerca de los salvajes, hechas

por los misioneros y los viajeros ocasionales del

siglo dieciocho y principios del diecinueve. Estos datos fueron reunidos para Spencer

por tres de sus colaboradores, y publicados por ellos

mismos bajo el título de Datos de la Sociología, en ocho grandes tomos; fundado en

éstos escribió él su obra Bases de la Sociología.

Sobre la cuestión del hombre respondí también en dos artículos, donde, después de un

estudio cuidadoso de la rica literatura moderna sobre

las complejas instituciones de la vida tribal, que no podían analizar los primeros

viajeros y misioneros, describí estas instituciones entre los

salvajes y los llamados "bárbaros". Esta obra, y especialmente el conocimiento de la

Comuna rural a principios de la Edad Media, que

desempeñó un enorme papel en el desarrollo de la civilización que renacía nuevamente,

me condujeron al estudio de la etapa siguiente, aún

más importante, del desarrollo de Europa -de la ciudad medíeval libre y sus guiadas de

artesanos-. Señalando luego el papel corruptor del

Estado militar que destruyó el libre desarrollo de las ciudades libres, sus artes, oficios,

ciencias y comercio, mostré, en el último artículo, que a

pesar de la descomposición de las federaciones y uniones libres por la centralización

estatal, estas federaciones y uniones comienzan a

desarrollarse ahora cada vez más, y a apoderarse de nuevos dominios. La ayuda mutua

en la sociedad moderna constituyó, de tal modo, el

último artículo de mi obra sobre la ayuda mutua.

Al editar estos artículos en libro, introduce al unos agregados esenciales, especialmente

acerca de la relación de mis opiniones con respecto

a la lucha darwiniana por la existencia; y en los apéndices cité algunos hechos nuevos y

analicé algunas cuestiones que, a causa de su

brevedad, hube de omitir en los artículos de la revista.

Ninguna de las ediciones en lenguas europeas occidentales, y tampoco las escandinavas

y polacas fueron hechas, naturalmente, de los

artículos, sino del libro, y es por ello que contenían los agregados hechos en el texto y

los apéndices. De las traducciones rusas sólo una,

aparecida en 1907, en la Editorial Conocimientos (Znania) era completa; además,

introduje, fundado en nuevas obras, varios apéndices

nuevos, parte sobre la ayuda mutua entre los animales y parte sobre la propiedad

comunal de la tierra en Inglaterra y Suiza. Las otras

ediciones rusas fueron hechas de los artículos de la revista inglesa, y no del libro, y por

ello no tienen los agregados hechos por mí en el texto, o

bien han omitido los ,apéndices. La edición que se ofrece ahora contiene completos

todos los agregados y apéndices, y he revisado

nuevamente todo el texto y la traducción.

P. K.

Dmitrof, marzo 1920.

INTRODUCCION

Dos rasgos característicos de la vida animal de la Siberia Oriental y del Norte de

Manchuria llamaron poderosamente mi atención durante los

viajes que, en mi juventud, realicé por esas regiones del Asia Oriental.

Me llamó la atención, por una parte, la extraordinaria dureza de la lucha por la

existencia que deben sostener la mayoría de las especies

animales contra la naturaleza inclemente, así como la extinción de grandes cantidades

de individuos, que ocurría periódicamente, en virtud de

causas naturales, debido a lo cual se producía extraordinaria pobreza de vida y

despoblación en la superficie de los vastos territorios donde

realizaba yo mis investigaciones.

La otra particularidad era que, aun en aquellos pocos puntos aislados en donde la vida

animal aparecía en abundancia, no encontré, a pesar

de haber buscado empeñosamente sus rastros, aquella lucha cruel por los medios de

subsistencia entre los animales pertenecientes a una

misma especie que la mayoría de los darwinistas (aunque no siempre el mismo Darwin)

consideraban como el rasgo predominante y

característica de la lucha por la vida, y como la principal fuerza activa del desarrollo

gradual en el mundo de los animales.

Las terribles tormentas de nieve que azotan la región norte de Asia al final del invierno,

y la congelación que a menudo sucede a la tormenta;

las heladas, las nevadas que se repiten todos los años en la primera quincena de mayo

cuando los árboles están en plena floración y la vida

de los insectos en su apogeo; las ligeras heladas tempranas y, a veces, las nevadas

abundantes que caen ya en julio y en agosto, aun en las

regiones de los prados de la Siberia Occidental, aniquilando, repentinamente, no sólo

miríadas de insectos, sino también la segunda nidada

de las aves; las lluvias torrenciales, debidas a los monzones, que caen en agosto en las

regiones templadas del Amur y del Usuri, y se

prolongan semanas enteras y producen inundaciones en las tierras bajas del Amur y del

Sungari en proporciones tan grandes como sólo se

conoce en América y Asia Oriental, y, en los altiplanos, grandísimas extensiones se

transforman en pantanos comparables, por sus

dimensiones, con Estados europeos enteros, y, por último, las abundantes nevadas que

caen a veces a principios de octubre, debido a las

cuales un vasto territorio, igual por su extensión a Francia o Alemania, se hace

completamente inhabitable para los rumiantes que perecen,

entonces, por millares; éstas son las condiciones en que se sostiene la lucha por la vida

en el reino animal del Asia Septentrional.

Estas difíciles condiciones de la vida animal ya entonces atrajeron mi atención hacia la

extraordinaria importancia, en la naturaleza, de

aquellas series de fenómenos que Darwin llama "limitaciones naturales a la

multiplicación" en comparación con la lucha por los medios de

subsistencia. Esta última, naturalmente, se produce no sólo entre las diferentes especies,

sino también entre los individuos de la misma

especie, pero jamás alcanza la importancia de los obstáculos naturales a la

multiplicación. La escasez de la población, no el exceso, es el

rasgo característico de aquella inmensa extensión del globo que llamamos Asia

Septentrional.

Por consiguiente, ya desde entonces comencé a abrigar serias dudas, que más tarde no

hicieron sino confirmarse, respecto a esa terrible y

supuesta lucha por el alimento y la vida dentro de los límites de una misma especie, que

constituye un verdadero credo para la mayoría de los

darwinistas. Exactamente del mismo modo comencé a dudar respecto a la influencia

dominante que ejerce esta clase de lucha, según las

suposiciones de los darwinistas, en el desarrollo de las nuevas especies.

Además, dondequiera que alcanzaba a ver la vida animal abundante y bullente como,

por ejemplo, en los lagos, donde, en primavera decenas

de especies de aves y millones de individuos se reúnen para empollar sus crías o en las

populosas colonias de roedores, o bien durante la

migración de las aves que se producía, entonces, en proporciones puramente

"americanas" a lo largo del valle del Usuri, o durante una enorme

emigración de gamos que tuve oportunidad de ver en el Amur, en que decenas de

millares de estos inteligentes animales huían en grandes

tropeles de un territorio inmenso, buscando salvarse de las abundantes nieves caídas, y

se reunían en grandes rebaños para atravesar el Amur

en el punto más estrecho, en el Pequeño Jingan; en todas estas escenas de la vida animal

que se desarrollaba ante mis ojos, veía yo la ayuda

y el apoyo mutuo llevado a tales proporciones que involuntariamente me hizo pensar, en

la enorme importancia que debe tener en la economía

de la naturaleza, para el mantenimiento de la existencia de cada especie, su

conservación y su desarrollo futuro.

Por último, tuve oportunidad de observar entre el ganado cornúpeta semisalvaje y entre

los caballos en la Transbaikalia, y en todas partes entre

las ardillas y los animales salvajes en general, que cuando los animales tedian que

luchar contra la escasez de alimento debida a una de las

causas ya indicadas, entonces todo la parte de la especie a quien afectaba esta calamidad

salía de la prueba experimentada con una pérdida

de energía y salud tan grande que ninguna evolución progresista de las especies podía

basarse en semejantes períodos de lucha aguda.

Debido a las razones ya expuestas, cuando más tarde las relaciones entre el darwinismo

y la sociología atrajeron mi atención, no pude estar

de acuerdo con ninguno de los numerosos trabajos que juzgaban de un modo u otro una

cuestión extremadamente importante. Todos ellos

trataban de demostrar que el hombre, gracias a su inteligencia superior y a sus

conocimientos puede suavizar la dureza de la lucha por la vida

entre los hombres pero al mismo tiempo, todos ellos reconocían que la lucha por los

medios de subsistencia de cada animal contra todos sus

congéneres, y de cada hombre contra todos los hombres, es una "ley. natural". Sin

embargo, no podía estar de acuerdo con este punto de

vista, puesto que me había convencido antes de que, reconocer la despiadada lucha

interior por la existencia en los límites de cada especie, y

considerar tal guerra como una condición de progreso, significaría aceptar algo que no

sólo no ha sido demostrado aún, sino que de ningún

modo es confirmado por la observación directa.

Por otra parte, habiendo llegado a mi conocimiento la conferencia "Sobre la ley de la

ayuda mutua", del profesor Kessler, entonces decano de

la Universidad de San Petersburgo, que pronunció en un Congreso de naturalistas rusos,

en enero de. 1880, vi que arrojaba nueva luz sobre

toda esta cuestión. Según la opinión de Kessler, además de la ley de lucha mutua, existe

en la naturaleza también la ley de ayuda mutua, que,

para el éxito de la lucha por la vida y, particularmente, para la evolución progresiva de

las especies, desempeña un papel mucho más

importante que la ley de la lucha mutua. Esta hipótesis, que no es en realidad más que el

desarrollo máximo de las ideas anunciadas por el

mismo Darwin en su Origen del hombre, me pareció tan justa y tenía tan enorme

importancia, que, desde que tuve conocimiento de ello (en

1883), comencé a reunir materiales para el máximo desarrollo de esta idea que Kessler

apenas tocó, en su discurso, y no tuvo tiempo de

desarrollar, puesto que murió en 1881.

Solamente en un punto no pude estar completamente de acuerdo con las opiniones de

Kessler. Mencionaba éste los "sentimientos familiares"

y los cuidados de la descendencia (véase capítulo 1) como la fuente de las inclinaciones

mutuas de los animales. Pero creo que el determinar

cuánto contribuyeron realmente estos dos sentimientos al desarrollo de los instintos

sociales entre los animales y cuánto los otros instintos

actuaron en el mismo sentido constituye una cuestión aparte, y muy compleja, a la cual

apenas estamos, ahora, en condiciones de responder.

Sólo después que establezcamos bien los hechos mismos de la ayuda mutua entre las

diferentes clases de animales y su importancia para la

evolución podremos determinar qué parte del desarrollo de los instintos sociales

corresponde a los sentimientos familiares y qué parte a la

sociabilidad misma; y el origen de la última, evidentemente, se ha de buscar en los

estadios más elementales de evolución del mundo animal

hasta, quizá, en los "estadios coloniales". Debido a esto, dediqué toda mi atención a

establecer, ante todo, la importancia de la ayuda mutua

como factor de evolución, especialmente de la progresiva, dejando para otros

investigadores el problema del origen de los instintos de

ayuda mutua en la Naturaleza,

La importancia del factor de la ayuda mutua -"si tan sólo pudiera demostrarse su

generalidad"- no escapó a la atención de Goethe, en quien

de manera tan brillante se manifestó el genio del naturalista. Cuando, cierta vez,

Eckerman contó a Goethe -sucedía esto en el año 1827- que

dos pichoncillos de "reyezuelo", que se le habían escapado cuando mató a la madre,

fueron hallados por él, al día siguiente, en un nido de

pelirrojos que los alimentaban ala par de los suyos, Goethe se emocionó mucho por este

relato. Vio en ello la confirmación de sus opiniones

panteístas sobre la, naturaleza y dijo: "Si resultara, cierto que alimentar a los extraños es

inherente a la naturaleza toda, como algo que tiene

carácter de ley general, muchos enigmas quedarían entonces resueltos. Volvió sobre

esta cuestión al día siguiente, -y rogó a Eckerman (quien,

como es sabido, era zoólogo) que hiciera un estudio especial de ella, agregando que

Eckerman, sin duda, podría obtener "resultados valiosos

e inapreciables" (Gespráche, ed. 1848, -tomo III, págs. 219, 221). Por desgracia, tal

estudio nunca fue emprendido, aunque es muy probable

que Brehm, que ha reunido en sus obras materiales tan ricos sobre la ayuda mutua entre

los animales, podría haber sido llevado a esta idea

por la observación citada de Goethe.

Durante los años 1878-1886 se imprimieron varias obras voluminosas sobre la

inteligencia y la vida mental de los animales (esas obras se

citan en las notas del capítulo I de este libro), tres de las cuales tienen una relación más

estrecha con la cuestión que nos interesa, a: saber:

Les Sociétés animales, de Espinas (Paris, 1887); La lutte pour I'existence et l'association

pour la lutte, conferencia de Lanessan (abril 1881);

y el libro, cuya primera edición apareció en el año 1881 ó 1882, y la segunda,

considerablemente aumentada, en 1885. Pero, a pesar de la

excelente calidad de cada una, estas obras dejan, sin embargo, amplio margen para una

investigación en la que la ayuda mutua fuera

considerada no solamente en calidad de argumento en favor del origen prehumano de

los instintos morales, sino también como una ley de la

naturaleza y un factor de evolución.

Espinas llamó especialmente la atención sobre las sociedades de animales (hormigas,

abejas) que están fundadas en las diferencias

fisiológicas de estructura de los diversos miembros de la misma especie y la división

fisiológica del trabajo entre ellos, y aun cuando su obra

trae excelentes, indicaciones en todos los sentidos posibles, fue escrita en una época en

que el desarrollo de las sociedades humanas, no

podía ser examinado como podemos hacerlo ahora, gracias al caudal de conocimientos

acumulado desde entonces. La conferencia de

Lanessan tiene más bien el carácter de un plan general de trabajo, brillantemente

expuesto, como una obra en la cual fuera examinado el

apoyo mutuo comenzando desde las rocas a orillas del mar, y pasando al mundo de los

vegetales, de los animales y de los hombres.

En cuanto a la obra recién editada de Büchner, a pesar de que induce a la reflexión sobre

el papel de la ayuda mutua en la naturaleza, y de que

es rica en hechos, no estoy de acuerdo con su idea dominante. El libro se inicia con un

himno al amor, y casi todos los ejemplos son tentativas

para demostrar la existencia del amor y la simpatía entre los animales. Pero, reducir la

sociabilidad de los animales al amor y a la

simpatíasignifica restringir su universalidad y su importancia, exactamente lo mismo

que una ética humana basada en el amor y la simpatía

personal conduce nada más que a restringir la concepción del sentido moral en su

totalidad. De ningún modo me guía el amor hacia el dueño

de una determinada casa a quien muy a menudo ni siquiera conozco cuando, viendo su

casa presa de las llamas, tomo un cubo con agua y

corro hacia ella, aunque no tema por la mía. Me guía un sentimiento más amplio,

aunque es más indefinido, un instinto, más exactamente

dicho, de solidaridad humana; es decir, de caución solidaria entre todos los hombres y

de sociabilidad. Lo mismo se observa también entre

los animales. No es el amor, ni siquiera la simpatía (comprendidos en el sentido

verdadero de éstas palabras) lo que induce al rebaño de

rumiantes o caballos a formar un círculo con el fin de defenderse de las agresiones de

los lobos; de ningún modo es el amor el que hace que

los lobos se reúnan en manadas para cazar; exactamente lo mismo que no es el amor lo

que obliga a los corderillos y a los gatitos a

entregarse a sus juegos, ni es el amor lo que junta las crías otoñales de las aves que

pasan juntas días enteros durante casi todo el otoño. Por

último, tampoco puede atribuirse al amor ni a la simpatía personal el hecho de que

muchos millares de gamos, diseminados por territorios de

extensión comparable a la de Francia, se reúnan en decenas de rebaños aislados que se

dirigen, todos, hacia un punto conocido, con el fin de

atravesar el Amur y emigrar a una parte más templada de la Manchuria.

En todos estos casos, el papel más importante lo desempeña un sentimiento

incomparablemente más amplio que el amor o la simpatía

personal. Aquí entra el instinto de sociabilidad, que se ha desarrollado lentamente entre

los animales y los hombres en el transcurso de un

período de evolución extremadamente largo, desde los estadios más elementales, y que

enseñó por igual a muchos animales y hombres a

tener conciencia de esa fuerza que ellos adquieren practicando la ayuda y el apoyo

mutuos, y también a tener conciencia del placer que se

puede hallar en la vida social.

Una importancia de esta distinción podrá ser apreciada fácilmente por todo aquél que

estudie la psicología de los animales, y más aún, la

ética humana. El amor, la simpatía y el sacrificio de sí mismos, naturalmente,

desempeñan un papel enorme en el desarrollo progresivo de

nuestros sentimientos morales. Pero la sociedad, en la humanidad, de ningún modo le ha

creado sobre el amor ni tampoco sobre la simpatía.

Se ha creado sobre la conciencia -aunque sea instintiva- de la solidaridad humana y de

la dependencia recíproca de los hombres. Se ha

creado sobre el reconocimiento inconscientes semiconsciente de la fuerza que la

práctica común de dependencia estrecha de la felicidad de

cada individuo de la felicidad de todos, y sobre los sentimientos de justicia o de

equidad, que obligan al individuo a considerar los derechos

de cada uno de los otros como iguales a sus propios derechos. Pero esta cuestión

sobrepasa los límites del presente trabajo, y yo me limitaré

más que a indicar mi conferencia "Justicia y Moral", que era contestación a la Etica de

Huxley, y en la cual me refería esta cuestión con mayor

detalle.

Debido a todo, lo dicho anteriormente, Pensé que un libro sobre "La ayuda mutua como

ley de la naturaleza y factor de evolución" podría llenar

una laguna muy importante. Cuándo Huxley publicó, en el año 1888 su "manifiesto"

sobre la lucha por la existencia ("Struggle for Existence and

its Bearing upon Man") el cual, desde mi punto de vista, era una representación

completamente infiel de los fenómenos de la naturaleza, tales

como los vemos en las taigas y las estepas, me dirigí al redactor de la revista Nineteenth

Century rogando dar ubicación en las páginas, de la

revista que él dirigía a una critica cuidadosa de las opiniones de uno de los más

destacados darwinistas, y Mr. James Knowles acogió mi

propósito con la mayor simpatía por este motivo hablé también, con W. Bates, con el

gran "naturalista del Amazonas", quien reunió, como es

sabido, los materiales para Wallace y Darwin, y a quien Darwin, con perfecta justicia,

calificó en su autobiografía como uno de los hombres

más inteligentes qué había encontrado. "sí, por cierto; eso es verdadero darwinismo

exclamó Bates, lo que han hecho de Darwin es

sencillamente indignante. Escriba esos artículos y cuando estén impresos le enviaré una

carta que podrá publica. Por desgracia, la

composición de estos artículos me ocupó casi siete años, y cuándo el último fue

publicado, Bates ya no estaba entre los vivos.

Después de haber examinado la importancia de la ayuda mutua para el éxito y desarrollo

de las diferentes clases de animales, evidentemente,

estaba obligado a juzgar la importancia de aquel mismo factor en el desarrollo del

hombre. Esto era aún más indispensable, porque existen

evolucionistas dispuestos a admitir la importancia de la ayuda mutua entre los animales,

pero, a la vez, como Herbert Spencer, negándola al

respecto al hombre. Para los salvajes primitivos -afirman- la guerra de uno contra todos

era la ley dominante del la vida. He tratado de analizar

en este libro, en los capítulos dedicados a los salvajes y bárbaros, hasta dónde esta

afirmación que con excesiva complacencia repiten todos

sin la necesaria comprobación desde la época de Hobbes, coincide con lo que

conocemos respecto a los grados más antiguos del desarrollo

del hombre.

El número y la importancia de las diferentes instituciones de ayuda mutua que se

desarrollaron en la humanidad gracias al genio creador las

masas salvajes y semisalvajes, ya durante el período siguiente de la comuna aldeana, y

también la inmensa influencia que estas instituciones

antiguas ejercieron sobre el, desarrollo posterior de la humanidad hasta los tiempos

modernos, me indujeron a extender el camino de mis

investigaciones a los períodos de los tiempos históricos más antiguos. Especialmente

me detuve en el período de mayor interés, el de las

ciudades repúblicas, libres, de la Edad Media, cuya universalidad y cuya influencia

sobre nuestra civilización moderna no ha sido

suficientemente apreciada hasta ahora. Por último, también traté de indicar brevemente

la enorme importancia que tienen todavía las

costumbres de apoyo mutuo transmitidas en herencia por el hombre a través de un

periodo extraordinariamente largo de su desarrollo, sobre

nuestra sociedad contemporánea, a pesar de que se piensa y se dice que descansa sobre

el principio: "cada uno para sí y el Estado para

todos", principio que las sociedades humanas nunca siguieron por entero y que nunca

será llevado a la realización, íntegramente.

Quizá se me objetará que en este libro tanto los hombres como los animales están

representados desde un punto de vista demasiado

favorable: que sus cualidades sociales son destacadas en exceso, mientras que sus

inclinaciones antisociales, de afirmación de sí mismos,

apenas están marcadas. Sin embargo, esto era inevitable. En los últimos tiempos hemos

oído hablar tanto de "la lucha dura y despiadada por

la vida" que aparentemente sostiene cada animal contra todos los otros, cada salvaje

contra todos los demás salvajes, y cada hombre

civilizado contra todos sus conciudadanos semejantes opiniones se convirtieron en una

especie de dogma, de religión de la sociedad

instruida-, que fue necesario, ante todo oponer una serie amplia de hechos que muestran

la vida de los animales y de los hombres

completamente desde otro ángulo. Era necesario mostrar, en primer lugar, el papel

predominante que desempeñan las costumbres sociales

en la vida de la naturaleza y en la evolución progresiva, tanto de las especies animales

como igualmente de los seres humanos.

Era necesario demostrar que las costumbres de apoyo mutuo dan a los animales mejor

protección contra sus enemigos, que hacen menos

difícil obtener alimentos (provisiones invernales, migraciones, alimentación bajo la

vigilancia de centinelas, etc.), que aumentan la prolongación

de la vida y debido a esto facilitan el desarrollo de las facultades intelectuales; que

dieron a los hombres, aparte de las ventajas citadas,

comunes con las de los animales, la posibilidad de formar aquellas instituciones que

ayudaron a la humanidad a sobrevivir en la lucha dura con

la naturaleza y a perfeccionarse, a pesar de todas las vicisitudes de la historia. Así lo

hice. Y por esto el presente libro es libro de la ley de

ayuda mutua considerada como una de las principales causas activas del desarrollo

progresivo, y no la investigación de todos los factores de

evolución y su valor respectivo. Era necesario escribir este libro antes de que fuer a

posible investigar la cuestión de la importancia respectiva

de los diferentes agentes de la evolución.

Y menos aún, naturalmente, estoy inclinado a menospreciar el papel que desempeñó la

autoafirmación del individuo en el desarrollo de la

humanidad. Pero esta cuestión, según mi opinión, exige un examen bastante más

profundo que el que ha hallado hasta ahora. En la historia de

la humanidad, la autoafirmación del individuo a menudo representó, y continúa

representando, algo perfectamente destacado, y algo más

amplio y profundo que esa mezquina e irracional estrechez mental que la mayoría de los

escritores presentan como "individualismo" y

"autoafirmación". De modo semejante, los individuos impulsores de la historia no se

redujeron solamente a aquellos que los historiadores nos

describen en calidad de héroes. Debido a esto, tengo el propósito, siempre que sea

posible, de analizar en detalle, posteriormente, el papel

que ha desempeñado la autoafirmación del individuo en el desarrollo progresivo de la

humanidad. Por ahora, me limito a hacer nada más que

la observación general siguiente:

Cuando las instituciones de ayuda mutua es decir, la organización tribal, la comuna

aldeana, las guildas, la ciudad de la edad media

empezaron a perder en el transcurso del proceso histórico su carácter primitivo, cuando

comenzaron a aparecer en ellas las excrecencias

parasitarias que les eran extrañas, debido a lo cual estas mismas instituciones se

transformaron en obstáculo para el progreso, entonces la

rebelión de los individuos en contra de estas instituciones tomaba siempre un carácter

doble. Una parte de los rebeldes se empezaba en

purificar las viejas instituciones de los elementos extraños a ella, o en elaborar formas

superiores de libre convivencia, basadas una vez más

en los principios de ayuda mutua; trataron de introducir, por ejemplo, en el derecho

penal, el principio de compensación (multa), en lugar de la

ley del Talión, y más tarde, proclamaron el "perdón de las ofensas", es decir, un ideal

aún más elevado de igualdad ante la conciencia humana,

en lugar de la "compensación" que se pagaba según el valor de clase del damnificado.

Pero al mismo tiempo, la otra parte de esos individuos,

que se rebelaron contra la organización que se había consolidado, intentaban

simplemente destruir las instituciones protectoras de apoyo

mutuo a fin de imponer, en lugar de éstas, su propia arbitrariedad, acrecentar de este

modo sus riquezas propias y fortificar su propio poder.

En esta triple lucha entre las dos categorías de individuos, los qué se habían rebelado y

los protectores de lo existente, consiste toda la

verdadera tragedia de la historia. Pero, para representar esta lucha y estudiar

honestamente el papel desempeñado en el desarrollo de la

humanidad por cada una de las tres fuerzas citadas, hará falta, por lo menos, tantos años

de trabajo como hube de dedicar a escribir este

libro.

De las obras que examinan aproximadamente el mismo problema, pero aparecidas ya

después de la publicación de mis artículos sobre la

ayuda mutua entre los animales, debo mencionar The Lowell Lectures on the Ascent of

Man, por Henry Drummond, Londres, 1894, y The

Origin and Growth of the Moral Instinct, por A. Sutherland, Londres, 1898. Ambos

libros están concebidos, en grado considerable, según el

mismo plan del libro citado de Büchner, y en el libro de Sutherland le consideran con

bastantes detalles los sentimientos paternales y familiares

corno único factor en el proceso de desarrollo de los sentimientos morales. La tercera

obra de esta clase que trata del hombre y está escrita

según el mismo plan es el libro del profesor americano F. A. Giddings, cuya primera

edición apareció en el año 1896, en Nueva York y en

Londres, bajo el título The Principles of Sociology, y cuyas ideas dominantes habían

sido expuestas por el autor en un folleto, en el año 1894.

Debo, sin embargo, dejar por completo a la crítica literaria el examen de las

coincidencias, similitudes y divergencias entre las dos obras

citadas y la mía.

Todos los capítulos de este libro fueron publicados primeramente en la revista

Nineteenth Century ("La ayuda mutua entre los animales", en

septiembre y noviembre de 1890; "La ayuda mutua entre los salvajes", en abril de 1891;

"ayuda mutua entre los bárbaros", en enero de 1892;

"La ayuda mutua en la Ciudad Medieval", en agosto y septiembre de 1884, y "La ayuda

mutua en la época moderna", en enero y junio de

1896). Al publicarlos en forma de libro, pensé, en un principio, incluir en forma de

apéndices la masa de materiales reunidos por mí que no

pude aprovechar para los artículos que aparecieron en la revista, así como el juicio sobre

diferentes puntos secundarios que tuve que omitir.

Tales apéndices habrían duplicado el tamaño del libro, y me vi obligado a renunciar a su

publicación o, por lo menos, a aplazarla. En los

apéndices de este libro está incluido solamente el juicio sobre algunas pocas cuestiones

que han sido objeto de controversia científica en el

curso de estos últimos años; del mismo modo en el texto de los artículos primitivos

intercalé sólo el poco material adicional que me fue posible

agregar sin alterar la estructura general de esta obra.

Aprovecho esta oportunidad para expresar al editor de Nineteenth Century, James

Knowles, mi agradecimiento, tanto por la amable

hospitalidad que mostró hacia la presente obra, apenas se enteró de su idea general,

como por su amable permiso para la reimpresión de

este trabajo.

P. K.

Bromley, Kent, 1902.

CAPITULO I: LA AYUDA MUTUA ENTRE LOS ANIMALES

La concepción de la lucha por la existencia como condición del desarrollo progresivo,

introducida en la ciencia por Darwin y Wallace, nos

permitió abarcar, en una generalización, una vastísima masa de fenómenos, y esta

generalización fue, desde entonces, la base de todas

nuestras teorías filosóficas, biológicas y sociales. Un número infinito de los más

diferentes hechos, que antes explicábamos cada uno por una

causa propia, fueron encerrados por Darwin en una amplia generalización. La

adaptación de los seres vivientes a su medio ambiente, su

desarrollo progresivo, anatómico y fisiológico, el progreso intelectual y aun el

perfeccionamiento moral, todos estos fenómenos empezaron a

presentársenos como parte de un proceso común. Comenzamos a comprenderlos como

una serie de esfuerzos ininterrumpidos, como una

lucha contra diferentes condiciones desfavorables, lucha que conduce al desarrollo de

individuos, razas, especies y sociedades tales- que

representarían la mayor plenitud, la mayor variedad y la mayor intensidad de vida.,

Es muy posible que, al comienzo de sus trabajos, el mismo Darwin no tuviera

conciencia de toda la importancia y generalidad de aquel

fenómeno la lucha por la existencia, al que recurrió buscando la explicación de un grupo

de hechos, a saber: la acumulación de desviaciones

del tipo primitivo y la formación de nuevas especies. Pero comprendió que el término

que él introducía en la ciencia perdería su sentido

filosófico exacto si era comprendido exclusivamente en sentido estrecho, como lucha

entre los individuos por los medios de subsistencia. Por

eso, al comienzo mismo de su gran investigación sobre el origen de las especies, insistió

en que se debe comprender "la lucha por la

existencia en su sentido amplio y metafórico, es decir, incluyendo en él la dependencia

de un ser viviente de los otros, y también -lo que es

bastante más importante- no sólo la vida del individuo mismo, sino también la

posibilidad de que deje descendencia.

De este modo, aunque el mismo Darwin, para su propósito especial, utilizó la expresión

"lucha por la existencia" preferentemente en su

sentido estrecho, previno a sus sucesores en contra del error (en el cual parece que cayó

él mismo en una época) de la comprensión

demasiado estrecha de estas palabras. En su obra posterior, Origen del hombre, hasta

escribió varias páginas bellas y vigorosas para

explicar el verdadero y amplio sentido de esta lucha. Mostró cómo, en innumerables

sociedades animales, la lucha por la existencia entre los

individuos de estas sociedades desaparece completamente, y cómo, en lugar de la lucha,

aparece la cooperación que conduce al desarrollo

de las facultades intelectuales y de las cualidades morales, y que asegura a tal especie

las mejores oportunidades de vivir y propasarse.

Señaló que, de tal modo, en estos casos, no se muestran de ninguna manera "más aptos"

aquéllos que son físicamente más fuertes o más

astutos, o más hábiles, sino aquéllos que mejor saben unirse y apoyarse los unos a los

otros -tanto los fuertes como los débiles- para el

bienestar de toda su comunidad "Aquellas comunidades -escribió- que encierran la

mayor cantidad de miembros que simpatizan entre sí,

florecerán mejor y dejarán mayor cantidad de descendientes- (segunda edición inglesa,

página 163).

La expresión, tomada por Darwin de la concepción malthusiana de la lucha de todos

contra uno, perdió, de tal modo, su estrechez cuando fue

transformada en la mente de un hombre que comprendía la naturaleza profundamente.

Por desgracia, estas observaciones de Darwin, que

podrían haberse convertido en base de las investigaciones más fecundas, pasaron

inadvertidas, a causa de la masa de hechos en que

entraba, o se suponía, la lucha real entre los individuos por los medios de subsistencia.

Y Darwin no sometió a una investigación más severa la importancia comparativa y la

relativa extensión de las dos formas de la "lucha por la

vida" en el mundo animal: la lucha inmediata entre las personas aisladas, y la lucha

común, entre muchas personas, en conjunto; tampoco

escribió la obra que se proponía escribir sobre los obstáculos naturales a la

multiplicación excesiva de los animales, tales como la sequía, las

inundaciones, los fríos repentinos, las epidemias, etc.

Sin embargo, tal investigación era ciertamente indispensable para determinar las

verdaderas proporciones y la importancia en la naturaleza de

la lucha individual por la vida entre los miembros de una misma especie de animales en

comparación con la lucha de toda la comunidad

contra los obstáculos naturales y los enemigos de otras especies. Más aún, en este

mismo libro sobre el origen del hombre, donde escribió los

pasajes citados que refutan la estrecha comprensión malthusiana de la "lucha" se abrió

paso nuevamente el fermento malthusiano; por

ejemplo, allí donde se hacía la pregunta: ¿es menester conservar la vida de los "débiles

de mente y cuerpo" en nuestras sociedades

civilizados? (capítulo V). Como si miles de poetas, sabios inventores y reformadores

"locos", Y también los llamados "entusiastas débiles de

mente" no fueran el arma más fuerte de la humanidad en su lucha por la vida, en la

lucha que se sostiene con medios intelectuales y- morales,

cuya importancia expuso tan bien el mismo Darwin en los mismos capítulos de su libro.

Luego sucedió con la teoría de Darwin lo que sucede con todas las teorías que tienen

relación con la vida humana. Sus continuadores no sólo

no la ampliaron, de acuerdo con sus indicaciones, sino que, por lo contrario, la

restringieron aún más. Y mientras Spencer, trabajando

independientemente, pero en análogo sentido, trataba hasta cierto punto de ampliar las

investigaciones acerca de la cuestión de quién es el

más apto (especialmente en el apéndice de la tercera edición de Data of Ethics),

numerosos continuadores de Darwin restringieron la

concepción de la lucha por la existencia hasta los límites más estrechos. Empezaron a

representar el mundo de los animales como un mundo

de luchas ininterrumpidas entre seres eternamente hambrientos y ávidos de la sangre de

sus hermanos. Llenaron la literatura moderna con el

grito de ¡Ay de los vencidos! y presentaron este grito como la última palabra de la

biología.

Elevaron la lucha "sin cuartel", Y en pos de ventajas individuales, a la altura de un

principio, de una ley de toda la biología, a la cual el hombre

debe subordinarse, de lo contrario, sucumbirá en este mundo que está basado en el

exterminio mutuo. Dejando de lado a los economistas, los

cuales generalmente apenas conocen, del campo de las ciencias naturales, algunas frases

corrientes, y ésas tomadas de los divulgadores de

segundo grado, debemos reconocer que aun los más autorizados representantes de las

opiniones de Darwin emplean todas sus fuerzas para

sostener estás falsas ideas. Si tomamos, por ejemplo, a Huxley, a quien se considera, sin

duda, como uno de los mejores representantes de la

teoría del desarrollo (evolución) veremos entonces que en el artículo titulado "La lucha

por la existencia y su relación con el hombre" no enseña

que "desde el punto de vista del moralista, el mundo animal se encuentra en el mismo

nivel que la lucha de gladiadores: alimentan bien a los

animales y los arrojan a la lucha: en consecuencia, sólo los más fuertes, los más ágiles y

los más astutos sobreviven únicamente para entrar en

lucha al día siguiente. No es necesario que el espectador baje el dedo para exigir que

sean muertos los débiles- aquí, sin ello, no hay cuartel

para nadie".

En el mismo artículo, Huxley dice más adelante que entre los animales, lo mismo que

entre los hombres primitivos "los más débiles y los más

estúpidos están condenados a muerte, mientras que sobreviven los más astutos y

aquellos a quienes es más difícil vulnerar, a que los que

mejor supieron adaptarse a las circunstancias, pero que de ningún modo son mejores en

los otros sentidos. La vida -dice- era una lucha

constante y general, y con excepción de las relaciones limitadas y temporales dentro de

la familia, la guerra hobbesiana de uno contra todos

era el estado normal de la existencias.

Hasta dónde se justifica o no semejante opinión sobre la naturaleza, se verá en los

hechos que este libro aporta, tanto del mundo animal como

de la vida del hombre primitivo. Pero podemos decir ya ahora que la opinión de Huxley

sobre la naturaleza tiene tan poco derecho a ser

reconocida en tanto que deducción científica, como la opinión opuesta de Rousseau, que

veía en la naturaleza solamente amor, paz y armonía,

perturbados por la aparición del hombre. En realidad, el primer paseo por el bosque, la

primera observación sobre cualquier sociedad animal

o hasta el conocimiento de cualquier trabajo serio en donde se habla de la vida de los

animales en los continentes que aún no están

densamente poblados por el hombre (por ejemplo de D'Orbigny, Audubon, Le Vaillant),

debía obligar al naturalista a reflexionar sobre el papel

que desempeña la vida social en el mundo de los animales, y preservarle tanto de

concebir la naturaleza en forma de campo de batalla general

como del extremo opuesto, que ve en la naturaleza sólo paz y armonía. El error de

Rousseau consiste en que perdió de vista, por completo, la

lucha sostenida con picos y garras, y Huxley es culpable del error de carácter opuesto;

pero ni el optimismo de Rousseau ni el pesimismo de

Huxley pueden ser aceptados como una interpretación desapasionada y científica de la

naturaleza.

Si bien, comenzamos a estudiar los animales no únicamente en los laboratorios y

museos sino en el bosque, en los prados, en las estepas y

en las zonas montañosas, en seguida observamos que, a pesar de que entre diferentes

especies y, en particular, entre diferentes clases de

animales, en proporciones sumamente vastas, se sostiene la lucha y el exterminio, se

observa, al mismo tiempo, en las mismas proporciones,

o tal vez mayores, el apoyo mutuo, la ayuda mutua y la protección mutua entre los

animales pertenecientes a la misma especie o, por lo menos,

a la misma sociedad. La sociabilidad es tanto una ley de la naturaleza como lo es la

lucha mutua.

Naturalmente, sería demasiado difícil determinar, aunque fuera aproximadamente, la

importancia numérica relativa de estas dos series de

fenómenos. Pero si recurrimos, a la verificación indirecta y preguntamos a la naturaleza:

"¿Quiénes son más aptos, aquellos que

constantemente luchan entre sí o, por lo contrario, aquellos que se apoyan entre sí?", en

seguida veremos que los animales que adquirieron las

costumbres de. ayuda mutua resultan, sin duda alguna, los más aptos. Tienen más

posibilidades de sobrevivir como individuos y como

especie, y alcanzan en sus correspondientes clases (insectos, aves, mamíferos) el más

alto desarrollo mental y organización física. Si

tomamos en consideración los Innumerables hechos que hablan en apoyo de esta

opinión, se puede decir con seguridad que la ayuda mutua

constituye tanto una ley de la vida animal como la lucha mutua. Más aún. Como factor

de evolución, es decir, como condición de desarrollo en

general, probablemente tiene importancia mucho mayor que la lucha mutua, porque

facilita el desarrollo de las costumbres y caracteres que

aseguran el sostenimiento y el desarrollo máximo de la especie junto con el máximo

bienestar y goce de la vida para cada individuo, y, al

mismo tiempo, con el mínimo de desgaste inútil de energías, de fuerzas.

Hasta donde yo sepa, de los sucesores científicos de Darwin, el primero que reconoció

en la ayuda mutua la importancia de una ley de la

naturaleza y de un factor principal de la evolución, fue el muy conocido biólogo ruso,

ex-decano de la Universidad de San Petersburgo,

profesor K. F. Kessler. Desarrolló este pensamiento en un discurso pronunciado en

enero del año 1880, algunos meses antes de su muerte, en

el congreso de naturalistas rusos, pero, como muchas cosas buenas publicadas, sólo en

la lengua rusa, esta conferencia pasó casi

completamente inadvertida.

Como zoólogo viejo -decía Kessler-, se sentía obligado a expresar su protesta contra el

abuso del término "lucha por la existencia", tomado de

la - zoología, o por lo menos contra la valoración excesivamente exagerada de su

importancia. -Especialmente en la zoología -decía- en las

ciencias consagradas al estudio multilateral del hombre, a cada paso se menciona la

lucha cruel por la existencia, y a menudo se pierde de

vista por completo, que existe otra ley que podemos llamar de la ayuda mutua, y que,

por lo menos ton relación a los animales, tal vez sea

más importante -que la ley de la lucha por la existencias. Señaló luego Kessler que la

necesidad de dejar descendencia, inevitablemente une a

los animales, y "cuando más se vinculan entre si los individuos de una determinada

especie, cuanto más ayuda mutua se prestan, tanto más se

consolida la existencia de la especie y tanto más se dan la! posibilidades de que dicha

especie vaya más lejos en su desarrollo y se

perfeccione, además, en su aspecto intelectual". "Los animales de todas las clases,

especialmente de las superiores, se prestan ayuda

mutua" -proseguía Kessler (pág. 131), y confirmaba su idea con ejemplos tomados de la

vida de los escarabajos enterradores o necróforos y

de la vida social de las aves y de algunos mamíferos. Estos ejemplos eran poco

numerosos, como era menester en un breve discurso de

inauguración, pero puntos importantes fueron claramente establecidos. Después de

haber señalado luego que en el desarrollo de la

humanidad la ayuda mutua desempeña un papel aún más grande, Kessler concluyó su

discurso con las siguientes observaciones.

"Ciertamente, no niego la lucha por la existencia, sino que sostengo que, el desarrollo

progresivo, tanto de todo el reino animal como en

especial de la humanidad, no contribuye tanto la lucha recíproca cuanto la ayuda mutua.

Son inherentes a todos los cuerpos orgánicos dos

necesidades. esenciales: la necesidad de alimento y la necesidad de multiplicación. La

necesidad de alimentación los conduce a la lucha por

la subsistencia, y al exterminio recíproco, y la necesidad de la multiplicación los

conduce a aproximarse a la ayuda mutua. Pero, en el

desarrollo del mundo orgánico, en la transformación de unas formas en otras, quizá

ejerza mayor influencia la ayuda mutua entre los individuos

de una misma especie que la lucha entre ellos".

La exactitud de las opiniones expuestas más arriba llamó la atención de la mayoría de

los presentes en el congreso de los zoólogos rusos, y N.

A. Syevertsof, cuyas obras son bien conocidas de los ornitólogos y geógrafos, las apoyó

e ilustró con algunos ejemplos complementarios.

Mencionó algunas especies de halcones dotados de una organización quizá ideal para.

los fines de ataque, pero a pesar de ello, se extinguen,

mientras -que las otras especies de halcones que practican la ayuda mutua prosperan.

Por otra parte, tomad un ave tan social como el pato

-dijo- en general, está mal organizado, pero practica el apoyo mutuo y, a juzgar por sus

innumerables especies y variedades, tiende

positivamente a extenderse por toda la tierra".

La disposición de los zoólogos rusos a aceptar las opiniones de Kessler le explica muy

naturalmente porque casi todos ellos tuvieron

oportunidad de estudiar el mundo animal en las extensas regiones deshabitadas del Asia

Septentrional o de Rusia Oriental, y el estudio de

tales regiones conduce, inevitablemente, a esas mismas conclusiones. Recuerdo la

impresión que me produjo el mundo animal de Siberia

cuando yo exploraba las tierras altas de Oleminsk Vitimsk en compañía de tandestacado zoólogo como era mi, amigo Iván Simionovich

Poliakof. Ambos estábamos bajo la impresión reciente de El origen de las especies, de

Darwin, pero yo buscaba vanamente esa aguzada

competencia entre los animales de la misma especie a que nos había preparado la lectura

de la obra de Darwin, aun después de tomar en

cuenta la observación hecha en el capitulo III de esta obra (pág. 54).

-¿Dónde está esa lucha? -preguntaba yo a Poliakof-. Veíamos muchas adaptaciones para

la lucha, muy a menudo para la lucha en común,

contra las condiciones climáticas desfavorables, o contra diferentes enemigos, y I. S.

Poliakof escribió algunas páginas hermosas sobre la

dependencia mutua de los carnívoros, rumiantes y roedores en su distribución

geográfica. Por otra parte, vi yo allí, y en el Amur, numerosos

casos de apoyo mutuo, especialmente en la época de la emigración de las aves y de los

rumiantes, pero aun en las regiones del Amur y del

Ussuri, donde la vida animal se distingue por su gran abundancia, muy raramente me

ocurrió observar, a pesar de que los buscaba, casos de

competencia real y de lucha entre los individuos de -una misma especie de animales

superiores. La misma impresión brota de los trabajos de

la mayoría de los zoólogos rusos, y esta circunstancia quizá aclare por qué las ideas de

Kessler fueron tan bien recibidas por los darwinistas

rusos, mientras que semejantes opiniones no son corrientes entre los continuadores de

Darwin de Europa Occidental, que conocen el mundo

animal preferentemente en la Europa más occidental, donde el exterminio de los

animales por el hombre alcanzó tales proporciones que los

individuos de muchas especies, que fueron en otros tiempos sociales, viven ahora

solitarios.

Lo primero que nos sorprende, cuando comenzamos a estudiar la lucha por la

existencia, tanto en sentido directo como en el figurado de la

expresión, en las regiones aún escasamente habitadas por el hombre, es la abundancia

de casos de ayuda mutua practicada por los

animales, no sólo con el fin de educar a la descendencia, como está reconocido por la

mayoría de los evolucionistas, sino también para la

seguridad del individuo y para proveerse del alimento necesario. En muchas vastas

subdivisiones del reino animal, la ayuda mutua es regla

general. b ayuda mutua se encuentra hasta entre los animales más inferiores y

probablemente conoceremos alguna vez, por las personas que

estudian la vida microscópica de las aguas estancadas, casos de ayuda mutua

inconsciente hasta entre los microorganismos más pequeños.

Naturalmente, nuestros conocimientos de la vida de los invertebrados -excluyendo las

termitas, hormigas y abejas- son sumamente limitados;

pero a pesar de esto, de la vida de los animales más inferiores podemos citar algunos

casos de ayuda mutua bien verificados. Innumerables

sociedades de langostas, mariposas -especialmente vanessae-, grillos, escarabajos

(cicindelae), etc., en realidad se hallan completamente

inexploradas, pero ya el mismo hecho de su existencia indica que deben establecerse

aproximadamente sobre los mismos principios que las

sociedades temporales de hormigas y abejas con fines de migración. En cuanto a los

escarabajos, son bien conocidos casos exactamente

observados de ayuda mutua entre los sepultureros (Necrophorus). Necesitan alguna

materia orgánica en descomposición para depositar los

huevos y asegurar la alimentación de sus larvas; pero la putrefacción de ese material no

debe producirse muy rápidamente. Por eso, los

escarabajos sepultureros entierran los cadáveres de todos los animales pequeños con que

se topan -casualmente durante sus búsquedas. En

general, los escarabajos de esta raza viven solitarios; pero, cuando alguno de ellos

encuentra el cadáver de algún ratón o de un ave, que no

puede enterrar, convoca a varios otros sepultureros más (se juntan a veces hasta seis)

para realizar esta operación con sus fuerzas asociadas.

Si es necesario, transportan el cadáver a un suelo más conveniente y blando. En general,

el entierro se realiza de un modo sumamente

meditado y sin la menor disputa con respecto a quién corresponde disfrutar del

privilegio de poner sus huevos en el cadáver enterrado. Y

cuando Gleditsch ató un pájaro muerto a una cruz hecha de dos palitos, o suspendió una

rana de un palo clavado en el suelo, los sepultureros,

del modo más amistoso, dirigieron la fuerza de sus inteligencias reunidas para vencer la

astucia del hombre. La misma combinación de

esfuerzos se observa también en los escarabajos del estiércol.

Pero, aún entre los animales situados en un grado de organización algo inferior,

podemos encontrar ejemplos semejantes. Ciertos cangrejos

anfibios de las Indias Orientales y América del Norte se reúnen en grandes masas

cuando se dirigen hacia el mar para depositar sus huevas,

por lo cual cada una de estas migraciones presupone cierto acuerdo mutuo. En cuanto a

los grandes cangrejos de las Molucas (Limulus), me

sorprendió ver en el año 1882, en el acuario de Brighton, hasta qué punto son capaces

estos animales torpes de prestarse ayuda entre sí

cuando alguno de ellos la necesita. Así, por ejemplo, uno se dio vuelta Y quedó de

espalda en un rincón de la gran cuba donde se les guarda

en el acuario, y su pesada caparazón, parecida a una gran cacerola, le impedía tomar su

posición habitual, tanto más cuanto que en ese rincón

habían hecho una división de hierro que dificultaba más aún sus tentativas de volverse.

Entonces, los compañeros corrieron en su ayuda, y

durante una hora entera observé cómo trataban de socorrer a su camarada de cautiverio.

Al principio aparecieron dos cangrejos, que

empujaron a su amigo por debajo, y después de esfuerzos empeñosos, consiguieron

colocarlo de costado, pero la división de hierro

impedíales terminar su obra, y él cangrejo cala de nuevo, pesadamente, de espaldas.

Después de muchas tentativas, uno de los salvadores se

dirigió hacia el fondo de la cuba y trajo consigo otros dos cangrejos, los cuales, con

fuerzas frescas, se entregaron nuevamente a la tarea de

levantar y empujar al camarada incapacitado. Permanecimos en el acuario, más de dos

horas, y cuando nos íbamos, nos acercamos de nuevo

a echar; un vistazo a la cuba: ¡el trabajo de liberación continuaba aún! Después de haber

sido testigo de este episodio, creo plenamente en la

observación hecha por Erasmo Darwin, a saber: que "el cangrejo común, durante la

muda, coloca en calidad de centinela a cangrejos que no

han sufrido la muda o bien a un individuo cuya caparazón se ha endurecido ya, a fin de

proteger a los individuos que han mudado, en su

situación desamparada, contra la agresión de los enemigos marinos".

Los casos de ayuda mutua entre las termitas, hormigas y abejas son tan conocidos para

casi todos los lectores, en especial gracias a los

populares libros de Romanes, Büchner y John Lubbock, que puedo limitarme a muy

pocas citas. Si tomamos un hormiguero, no sólo veremos

que todo género de trabajo -la cría de la descendencia el aprovisionamiento, la

construcción, la cría de los pulgones, etc.-, se realiza de

acuerdo con los principios de ayuda mutua voluntaria, sino que, junto con Forel,

debemos también reconocer que el rasgo principal,

fundamental, de la vida de muchas especies de hormigas es que cada hormiga comparte

y está obligada a compartir su alimento, ya deglutido

y en parte digerido, con cada miembro de la comunidad que haya manifestado su

demanda de ello. Dos hormigas pertenecientes a dos

especies diferentes o a dos hormigueros enemigos, en un encuentro casual, se evitarán la

una a la otra. Pero dos hormigas pertenecientes -al

mismo hormiguero, o a la misma colonia de hormigueros, siempre que se aproximan,

cambian algunos movimientos de antena y, -"si una de

ellas está hambrienta o siente sed, y si especialmente en ese momento la otra tiene el

papo lleno, entonces la primera pide inmediatamente

alimento". La hormiga a la cual se dirigió el pedido de tal modo, nunca se rehúsa;

separa sus mandíbulas, y dando a su cuerpo la posición

conveniente, devuelve una gota de líquido transparente, que la hormiga hambrienta

sorbe.

La devolución de alimentos para nutrir a otros es un rasgo tan importante de la vida de

la hormiga (en libertad) y se aplica tan constantemente,

tanto para la alimentación de los camaradas hambrientos como para la nutrición de las

larvas, que, según la opinión de Forel, los órganos

digestivos de las hormigas se componen de dos partes diferentes; una de ellas, la

posterior, se destina al uso especial de la hormiga misma, y

la otra, la anterior, principalmente a utilidad de la comunidad. Si cualquier hormiga con

el papo lleno, mostrara ser tan egoísta que rehusara

alimento a un camarada, la tratarían como enemiga o peor aún. Si la negativa fuera

hecha en el momento en que sus congéneres luchan contra

cualquier especie de hormiga o contra un hormiguero extraño, caerían sobre su

codiciosa compañera con mayor furor que sobre sus propias

enemigas. Pero, si la hormiga no se rehusara a alimentar a otra hormiga perteneciente a

un hormiguero enemigo, entonces las congéneres de

la última la tratarían como amiga. Todo esto está confirmado por observaciones y

experiencias sumamente precisas, que no dejan ninguna

duda sobre la autenticidad de los hechos mismos ni sobre la exactitud de su

interpretación.

De tal modo, en esta inmensa división del mundo animal, que comprende más de mil

especies y es tan numerosa que el Brasil, según la

afirmación de los brasileños, no pertenece a los hombres, sino a las hormigas, no existe

en absoluto lucha ni competencia por el alimento entre

los miembros de un mismo hormiguero o de una colonia de hormigueros. Por terribles

que sean las guerras entre las diferentes especies de

hormigas y los diferentes hormigueros, y cualesquiera que sean las atrocidades

cometidas durante la guerra, la ayuda mutua dentro de la

comunidad, la abnegación en beneficio común, se ha transformado en costumbre, y el

sacrificio, en bien común, es la regla general. Las

hormigas, y las termitas repudiaron de este modo la "guerra hobbesiana", y salieron

ganando. Sus sorprendentes hormigueros, sus

construcciones, que sobrepasan por la altura relativa, a las construcciones de los

hombres; sus caminos pavimentados y galerías cubiertas

entre los hormigueros; sus espaciosas salas y graneros; sus campos trigo; sus cosechas,

los granos "malteados", los "huertos" asombrosos

de la "hormiga umbelífera", que devora hojas y abona trocitos de tierra con bolitas de

fragmentos de hojas masticadas y por eso crece en

estos huertos solamente una clase de hongos, y todos los otros son exterminados; sus

métodos racionales de cuidado de los huevos y de las

larvas, comunes a todas las hormigas, y la construcción de nidos especiales y cercados

para la cría de los pulgones, que Linneo llamó tan

pintorescamente "vacas de las hormigas" y, por último, su bravura, atrevimiento y

elevado desarrollo mental; todo esto es la consecuencia

natural de la ayuda mutua que practican a cada paso de su vida activa y laboriosa. La

sociabilidad de las hormigas condujo también al

desarrollo de otro rasgo esencial de su vida, a saber: el enorme desarrollo de la iniciativa

individual que, a su vez, contribuyó a que se

desarrollaran en la hormiga tan elevadas y variadas capacidades mentales que producen

la admiración y el asombro de todo observador.

Si no conociéramos ningún otro caso de la vida de los animales, aparte de aquellos

conocidos de las hormigas y termitas, podríamos concluir

con seguridad que la ayuda mutua (que conduce a la confianza mutua, primera

condición de la bravura) y la iniciativa personal (primera

condición del progreso intelectual), son dos condiciones incomparablemente más

importantes en el desarrollo del mundo de los animales que

la lucha mutua. En realidad, las hormigas prosperan, a pesar de que no poseen ninguno

de los rasgos "defensivos" sin los cuales no puede

pasarse animal alguno que lleve vida solitaria. Su color les hace muy visibles para sus

enemigos, y en los bosques y en los prados, los grandes

hormigueros de muchas especies, llaman la atención en seguida. La hormiga no tiene

caparazón duro; su aguijón, por más que resulte

peligroso cuando centenares se hunden en el cuerpo de un animal, no tiene gran valor

para la defensa individual. Al mismo tiempo, las larvas y

los huevos de las hormigas constituyen un manjar para muchos de los habitantes de los

bosques.

No obstante, las mal defendidas hormigas no sufren gran exterminio por parte de las

aves, ni aun de los osos hormigueros; e infunden terror a

insectos que son bastante más fuertes que ellas mismas. Cuando Forel vació un saco de

hormigas en un prado, vio que -los grillos se

dispersaban abandonando sus nidos al pillaje de las hormigas; las arañas y los

escarabajos abandonaban sus presas por miedo a

encontrarse en situación de víctimas"; las hormigas se apoderan hasta de los nidos de

avispas, después de una batalla durante la cual muchas

perecieron en bien de la comunidad. Aun los más veloces insectos no alcanzaron a

salvarse, y Forel tuvo ocasión de ver, a menudo, que las

hormigas atacaban y mataban, inesperadamente, mariposas, mosquitos, moscas, etc. Su

fuerza reside en el apoyo mutuo y en la confianza

mutua. Y si la hormiga -sin hablar de otras termitas más desarrolladas- ocupa la cima de

una clase entera de insectos por su capacidad

mental; si por su bravura se puede equiparar a los más valientes vertebrados, y su

cerebro -usando las palabras de Darwin- "constituye uno de

los más maravillosos átomos de materia del mundo, tal vez aun más asombroso que el

cerebro del hombre" -¿no debe la hormiga todo esto a

que la ayuda mutua reemplaza completamente la lucha mutua en su comunidad?

Lo mismo es cierto también con respecto a las abejas. Estos pequeños insectos, que

podrían ser tan fácil presa de numerosas aves, y cuya

miel atrae a toda clase de animales, comenzando por el escarabajo y terminando con el

oso, tampoco tienen particularidad alguna protectora

en la estructura o en lo que a mimetismo se refiere, sin los cuales los insectos que viven

aislados apenas podrían evitar el exterminio completo.

Pero, a pesar de eso, debido a la ayuda mutua practicada por las abejas, como es sabido,

alcanzaron a extenderse ampliamente por la tierra;

poseen una gran inteligencia, y han elaborado formas de vida social sorprendentes.

Trabajando en común, las abejas multiplican en proporciones inverosímiles sus fuerzas

individuales, y recurriendo a una división temporal del

trabajo, por lo cual cada abeja conserva su aptitud para cumplir cuando es necesario,

cualquier clase de trabajo, alcanzando tal grado de

bienestar y seguridad que no tiene ningún animal, por fuerte que sea o bien armado que

esté. En sus sociedades, las abejas a menudo

superan al hombre, cuando éste descuida las ventajas de una ayuda mutua bien

planeada. Así, por ejemplo, cuando un enjambre de abejas se

prepara a abandonar la colmena para fundar una nueva sociedad, cierta cantidad de

abejas exploran previamente la vecindad, y si logran

descubrir un lugar conveniente para vivienda, por ejemplo, un cesto viejo, o algo por el

estilo, se apoderan de él, y lo limpian y lo guardan, a

veces durante una semana entera, hasta que el enjambre se forma y se asienta en el lugar

elegido. ¡En cambio, muy a menudo los hombres

hubieron de perecer en sus emigraciones a nuevos países, sólo porque los emigrantes no

comprendieron la necesidad de unir sus esfuerzos!

Con la ayuda de su inteligencia colectiva reunida, las abejas luchan con éxito contra las

circunstancias adversas, a veces completamente

imprevistas y desusadas, como sucedió, por ejemplo, en la exposición de París, donde

las abejas fijaron con su propóleo resinoso (cera) un

postigo que cerraba una ventana construida en la pared de sus colmenas. Además, no se

distinguen por las inclinaciones sanguinarias, -y por

el amor a los combates inútiles con que muchos escritores dotan tan gustosamente a

todos los animales. Los centinelas que guardan las

entradas de las colmenas matan sin piedad a todas las abejas ladronas que tratan de

penetrar en ella; pero las abejas extrañas que caen por

error no son tocadas, especialmente si llegan cargadas con la provisión del polen

recogido, o si son abejas jóvenes, que pueden errar

fácilmente el camino. De este modo, las acciones bélicas, se reducen a las más

estrictamente necesarias.

La sociabilidad de las abejas es tanto más instructiva cuanto más los instintos de rapiña

y de pereza continúan existiendo entre ellas, y

reaparecen de nuevo cada vez que las circunstancias les son favorables. Sabido es que

siempre hay un cierto número de abejas que prefieren

la vida de ladrones a la vida laboriosa de obreras; por lo cual, tanto en los períodos de

escasez de alimentos como en los períodos de

abundancia extraordinaria, el número de las ladronas crece rápidamente. Cuando la

recolección está terminada y en nuestros campos y

praderas queda poco material para la elaboración de la miel, las abejas ladronas

aparecen en gran número: por otra parte, en las plantaciones

de azúcar de las Indias Orientales y en las refinerías de Europa, el robo, la pereza y,

muy a menudo, la embriaguez, se vuelven fenómenos

corrientes entre las abejas. Vemos, de este modo, que los instintos antisociales

continúan existiendo; pero la selección natural debe aniquilar

incesantemente a las ladronas, ya que, a la larga, la práctica de la reciprocidad se

muestra más ventajosa para la especie que el desarrollo de

los individuos dotados de inclinaciones de rapiña. "Los más astutos y los más

inescrupulosos" de los que hablaba Huxley como de los

vencedores, son eliminados para dar lugar a los individuos que comprenden las ventajas

de la vida social y del apoyo mutuo.

Naturalmente, ni las hormigas ni las abejas, ni siquiera las termitas, se han elevado hasta

la concepción de una solidaridad más elevada, que

abrazase toda su especie. En este respecto, evidentemente, no alcanzaron un grado de

desarrollo que no encontrarnos siquiera entre los

dirigentes políticos, científicos y religiosos, de la humanidad. Sus instintos sociales casi

no van más allá de los límites del hormiguero o de la

colmena. A pesar de eso, Forel describió colonias de hormigas en Mont Tendré y en la

montaña Saleve, que incluían no menos de doscientos

hormigueros, y los habitantes de tales colonias pertenecían a dos diferentes especies

(Formica exsecta y F. pressilabris). Forel afirma que

cada miembro de estas colonias conoce a los miembros restantes, y que todos toman

parte en la defensa común. Mac Cook observó, en

Pensilvania, una nación entera de hormigas, compuesta de 1600 a 1700 hormigueros,

que vivían en completo acuerdo; y Bates describió las

enormes extensiones de los campos brasileños cubiertos de montículos de termitas, en

done algunos hormigueros servían de refugio a dos o

tres especies diferentes, y la mayoría de estas construcciones estaban unidas entre sí por

galerías abovedadas y arcadas cubiertas. De este

modo, algunos ensayos de unificación de subdivisiones bastante amplias de una especie,

con fines de defensa mutua y de vida social, se

encuentra hasta entre los animales invertebrados.

Pasando ahora a los animales superiores, encontramos aún más casos de ayuda mutua,

indudablemente consciente, que se practica con

todos los fines posibles, a pesar de que, por otra parte, debernos observar qué nuestros

conocimientos de la vida, hasta de los animales

superiores, todavía se distinguen sin embargo, por su gran insuficiencia. Una multitud

de casos de este género fueron descritos por zoólogos

eminentísimos, pero, sin embargo, hay divisiones enteras del reino animal de los cuales

casi nada nos es conocido.

Sobre todo, tenemos pocos testimonios fidedignos con respecto a los peces, en parte

debido a la dificultad de las observaciones y en parte

porque no se ha prestado a esta materia la debida atención. En cuanto a los mamíferos,

ya Kessler observó lo poco que conocemos de su

vida. Muchos de ellos sólo salen de noche de sus madrigueras; otros, se ocultan debajo

de la tierra; los rumiantes, cuya vida social y cuyas

migraciones ofrecen un interés muy profundo, no permiten al hombre aproximarse a sus

rebaños. De las que sabemos más, es de las aves; sin

embargo, la vida social de muchas especies continúa siendo aún poco conocida para

nosotros. Por otra parte, en general, no tenemos de qué

quejamos poca la falta de casos bien establecidos, como se verá a continuación. Llamo

la atención únicamente que la mayor parte de estos

hechos han sido reunidos por zoólogos indiscutiblemente eminentes -fundadores de la

zoología descriptiva- sobre la base de sus propias

observaciones, especialmente en América, en la época en que aún estaba muy

densamente poblada por mamíferos y aves. El gran desarrollo

de la ayuda mutua que ellos observaron, ha sido notado también recientemente en el

Africa central, todavía poco poblada por el hombre.

No tengo necesidad de detenerme aquí sobre las asociaciones entre macho y hembra

para la crianza de la prole, para asegurar su alimento

en las primeras épocas de su vida y para la caza en común. Es menester recordar

solamente que semejantes asociaciones familiares están

extendidas ampliamente hasta entre los carnívoros menos sociables y las aves de rapiña;

su mayor interés reside en que la asociación familiar

constituye el medio en donde se desarrollan los sentimientos más tiernos, hasta entre los

animales muy feroces en otros aspectos. Podemos,

también, agregar que la rareza de asociaciones que traspasen los límites de la familia en

los carnívoros y las aves de rapiña, aunque en la

mayoría de los casos es resultado de la forma de alimentación, sin embargo,

indudablemente constituye también, hasta cierto punto, la

consecuencia de cambios en el mundo animal, provocados por la rápida multiplicación

de la humanidad. Hasta ahora se ha prestado poca

atención a estas circunstancias, pero sabemos que hay especies cuyos individuos llevan

una vida completamente solitaria en regiones

densamente pobladas, mientras que aquellas mismas especies o sus congéneres más

próximos viven en rebaños, en lugares no habitados

por el hombre. En este sentido podemos citar como ejemplo a los lobos, zorros, osos y

algunas aves de rapiña.

Además, las asociaciones que no traspasan los limites de la familia presentan para

nosotros comparativamente poco interés; tanto más

cuanto que son conocidas muchas otras asociaciones, de carácter bastante más general,

como, por ejemplo, las asociaciones formadas por

muchos animales, para la caza, la defensa mutua o, simplemente, para el goce de la

vida. Audubon ya mencionó que las águilas se reúnen a

veces en grupos de varios individuos, y su relato sobre dos águilas calvas, macho y

hembra, que cazaban en el Mississipi, es muy conocido

como modelo de descripción artístico, pero una de las más convincentes observaciones

en este sentido Pertenece a Syevertsof. Mientras

estudiaba la fauna de las estepas rusas, vio cierta vez un águila perteneciente a la

especie gregaria (cola blanca, Haliaetos abicilla) que se

elevaba hacia lo alto; durante media hora, el águila describió círculos amplios, en

silencio, y repentinamente resonó su penetrante graznido. Al

poco tiempo respondió a este grito el graznido de otro águila que se había acercado

volando a la primera, le siguió una tercera, una cuarta,

etcétera, hasta que se reunieron nueve o diez, que pronto se perdieron de vista. Después

de medio día, Syevertsof se dirigió hacia el lugar

donde notó que habían volado las águilas y, ocultándose detrás de una ondulación de la

estepa, se acercó a la bandada y observó que se

habían reunido alrededor del cadáver de un caballo. Las águilas viejas, que

generalmente se alimentan primero -tales son las reglas de la

urbanidad entre las águilas-, ya estaban posadas sobre las parvas de heno vecinas, en

calidad de centinelas, mientras las jóvenes continúan

alimentándose, rodeadas por bandadas de cornejas. De esta y otras observaciones

semejantes Syevertsof dedujo que las águilas de cola

blanca se reúnen para la caza; elevándose a gran altura, si son por ejemplo alrededor de

una decena, pueden observar una superficie de

cerca de 50 verstas cuadradas, y, en cuanto descubren algo, en seguida, consciente e

inconscientemente, avisan a sus compañeras, que se

acercan y sin discusión, se reparten el alimento hallado.

En general, Syevertsof más tarde tuvo varias veces ocasión de convencerse de que las

águilas de cola blanca se reúnen siempre para devorar

la carroña y que algunas de ellas (al comienzo del festín, las jóvenes) desempeñan

siempre el papel de vigilantes, mientras las otras comen.

Realmente, las águilas de cola blanca, unas de las más bravas y mejores cazadoras, son,

en general, aves gregarias, y Brehm dice que,

encontrándose en cautiverio, se aficionan rápidamente al hombre (I. c., pág. 499-501).

La sociabilidad es el rasgo común de muchas otras aves de rapiña. El grifo halcón

brasileño (Caravara), uno de los rapaces más

"desvergonzados", es, sin embargo, extraordinariamente sociable. Sus asociaciones para

la caza han sido descritas por Darwin y otros

naturalistas, y está probado que, si se apoderan de una presa demasiado grande,

convocan entonces a cinco ó seis de sus camaradas para

llevarla. Por la tarde, cuando estas aves, que se encuentran siempre en movimiento,

después de haber volado todo el día, se dirigen a

descansar y se posan sobre algún árbol aislado del campo, siempre se reúnen en

bandadas poco numerosas, y entonces se juntan con ellas

los pernócteros, pequeños milanos de alas oscuras, parecidos a las cornejas, sus

"verdaderos amigos", como dice D'Orbigny. En el viejo

mundo, en las estepas transcaspianas, los milanos, según las observaciones de Zarudnyi,

tienen la misma costumbre de construir sus nidos en

un mismo lugar, agrupándose varios. El grifo social -una de las razas más fuertes de los

milanos- recibió su propio nombre por su amor a la

sociedad. Viven en grandes bandadas, y en el Africa se encuentran montañas enteras

literalmente cubiertas, en todo lugar libre,- por sus nidos.

Decididamente, gozan de la vida social y se reúnen en bandadas muy grandes para volar

a gran altura, lo que constituye para ellos una

especie de deporte. "Viven en gran amistad -dice Le Vaillant-, y a veces en una misma

cueva encontré hasta tres nidos".

Los milanos urubú, en Brasil, se distinguen quizá por una mayor sociabilidad que las

cornejas de pico blanco, dice Bates, el conocido

explorador del río Amazonas. Los pequeños milanos egipcios (Pernocterus

stercorarius), también viven en buena amistad. Juegan en el aire,

en bandadas, pasan la noche juntos, y, por la mañana, en montones, se dirigen en busca

de alimento, y entre ellos no se produce ni la más

pequeña rifía; así lo atestigua Brehm, que ha tenido posibilidad plena de observar su

vida. El halcón de cuello rojo se encuentra también en

bandadas numerosas en los bosques del Brasil, y el halcón rojo cernícalo (Tinunculus

cenchyis), después de abandonar Europa y de haber

alcanzado en invierno las estepas y los bosques de Asia, se reúne en grandes sociedades.

En las estepas meridionales de Rusia lleva (más

exactamente, llevaba) una vida tan social que Nordman lo observó en grandes bandadas

juntos con otros gerifaltes (falco tinunculus, F.

oesulon y F. subbuteo) que se reunían los días claros alrededor de las cuatro de la tarde,

y se recreaban con sus vuelos hasta entrada la

noche. Generalmente volaban todos juntos, en una línea completamente recta, hasta un

punto conocido y determinado; después de lo cual,

volvían inmediatamente siguiendo la misma línea, y luego repetían nuevamente aquel

vuelo.

Tales vuelos en bandadas por el placer mismo del vuelo son muy comunes entre las

aves de todo género. Ch. Dixon informa que,

especialmente en el río Humber, en las llanuras pantanosas, a menudo aparecen. a fines

de agosto, numerosas bandadas de becasas (traga

alpina; "arenero de montaña" llamada también "buche negro") y se quedan durante el

invierno. Los vuelos de estas aves son sumamente

interesantes, puesto que, reunidas en una enorme bandada, describen círculos en el aire,

luego se dispersan y se reúnen de nuevo, repitiendo

esta maniobra con la precisión de soldados bien instruidos. Dispersos entre ellos suelen

encontrarse areneros de otras especies, alondras de

mar y chochas.

Enumerar aquí las diversas asociaciones de caza de las aves sería simplemente

imposible: constituyen el fenómeno más corriente; pero, es

menester, por lo menos, mencionar las asociaciones de pesca de los pelícanos, en las

que estas torpes aves evidencian una organización y

una inteligencia notables. Se dirigen a la pesca siempre en grandes bandadas, Y,

eligiendo una bahía conveniente, forman un amplio

semicírculo, frente a la costa; poco a poco, este semicírculo se estrecha, a medida que

las aves nadan hacia la costa, y, gracias a esta

maniobra, todo pez caído en el semicírculo es atrapado. En los ríos, canales, los

pelícanos se dividen en dos partes, cada una de las cuales

forma su semicírculo, y va al encuentro de la otra, nadando, exactamente como irían al

encuentro dos partidas de hombres con dos largas

redes, para recoger el pez caído entre ellas. A la entrada de la noche, los pelicanos

vuelven a su lugar de descanso habitual -siempre el mismo

para cada bandada- y nadie ha observado nunca que se hayan originado peleas entre

ellos por un lugar de pesca o por un lugar de descanso.

En América del sur, los pelícanos se reúnen en bandadas hasta 50.000 aves, una parte de

las cuáles se entrega al sueño mientras otras

vigilan, y otra parte se dirige a la pesca.

Finalmente, cometería yo una gran injusticia con nuestro gorrión doméstico, tan

calumniado, si no mencionara cuán de buen girado comparte

toda la comida que encuentra con los miembros dé la sociedad a que pertenece. Este

hecho era bien conocido por los griegos antiguos, y

hasta nosotros ha llegado el relato del orador que exclamó cierta vez (cito de memoria):

"Mientras os hablo, un gorrión vino a decir a los otros

gorriones que un esclavo ha desparramado un saco de trigo, y todos s han ido a recoger

el grano". Muy agradable fue para mi encontrar

confirmación de esta observación de los antiguos en el pequeño libro contemporáneo de

Gurney, el cual está completamente convencido que

los gorriones domésticos se comunican entre si siempre que puedan conseguir comida

en alguna parte. Dice: "Por lejos del patio de la granja

que se hubiesen trillado las parvas de trigo, los gorriones de dicho patio siempre

aparecían con los buches repletos de granos". Cierto es que

los gorriones guardan sus dominios con gran celo de la invasión de extraños, como, por

ejemplo, los gorriones del jardín de Luxemburgo,

París, que atacan con fiereza a todos los otros gorriones que tratan, a su vez, de

aprovechar el jardín y la generosidad de sus visitantes; pero

dentro de sus propias comunidades o grupos practican con extraordinaria amplitud el

apoyo mutuo a pesar de que a veces se producen riñas,

como sucede, por otra parte, entre los mejores amigos.

La caza en grupos y la alimentación en bandadas son tan corrientes en el mundo de las

aves que apenas es necesario citar más ejemplos: es

menester considerar estos dos fenómenos como un hecho plenamente establecido. En

cuanto a la fuerza que dan a las aves semejantes

asociaciones, es cosa bien evidente. Las aves de rapiña más grandes suelen verse

obligadas a ceder ante las asociaciones de los pájaros

más pequeños. Hasta las águilas -aun la poderosísima y terrible águila rapaz y el águila

marcial, que se destacan por una fuerza tal que

pueden levantar en sus garras una liebre o un antílope joven- suelen versé obligadas a

abandonar su presa a las bandadas de milanos, que

emprenden una caza regular de ellas, no bien notan que alguna ha hecho una buena

presa. Los milanos también dan caza al rápido gavilán

pescador, y le quitan el pescado capturado; pero nadie ha tenido ocasión de observar

que los milanos se pelearan por la posesión de la presa

arrebatada de tal modo. En la isla Kerguelen el doctor Coués ha visto que el Buphagus,

la pequeña gallina marina, de los pescadores de

focas, persigue a las gaviotas con el fin de obligarlas a vomitar el alimento; a pesar de

que, por otra parte, las gaviotas, unidas a las

golondrinas marinas, ahuyentan a la pequeña gallina de mar en cuanto se aproxima a sus

posesiones, especialmente durante el anidamiento.

Los frailecicos (Vanellus oristatus), pequeños pero muy rápidos, atacan osadamente a

los buhardos, a los mochuelos, o a una corneja o

águila que atisban sus huevos, es un espectáculo instructivo. Se siente que están seguros

de. la victoria, y se ve la decepción del ave de

rapiña. En semejantes casos, las avefrías se apoyan mutuamente, a la perfección, y la

bravura de cada una aumenta con el número.

Ordinariamente persiguen al malhechor de tal modo que éste prefiere abandonar la caza

con tal de alejarse de sus atormentadores. El

frailecico ha merecido bien el apodo de "buena madre" que le dieron los griegos, puesto

que jamás rehusa defender a las otras aves

acuáticas, de los ataques de sus enemigos.

Lo mismo es menester decir acerca del pequeño habitante de nuestros jardines, la blanca

nevatilla, o aguzanieve (Motacilla alba), cuya

longitud total alcanza apenas a ocho pulgadas. Obliga hasta al cemicalo a suspender la

caza. "No bien las aguzanieves ven al ave de rapiña

-ha escrito Brehm, padre- lanzando un grito fuerte la persiguen, previniendo así a todas

las otras aves, y, de tal modo, obligan a muchos buitres

a renunciar a la caza. A menudo he admirado su coraje y su agilidad, y estoy

firmemente convencido de que sólo el halcón, rapidísimo y noble,

es capaz de capturar a la nevatilla... Cuando sus bandadas obligan a cualquier ave de

rapiña a alejarse, ensordecen con sus chillidos

triunfantes y luego se separan" (Brehm tomo tercero, pág. 950). En tales casos, se

reúnen con el fin determinado de dar caza al enemigo,

exactamente lo mismo tuve oportunidad de observar en la población volátil de un

bosque que se elevaba de golpe ante el anuncio de la

aparición de alguna ave nocturna, y todos, tanto las aves de rapiña como- los pequeños e

inofensivos cantores, empezaban a perseguir al

recién venido y, finalmente, le obligaban a volver a su refugio.

¡Qué diferencia enorme entre las fuerzas del milano, del cernícalo o del gavilán y la de

tan pequeños pajarillos, como la nevatilla del prado, sin

embargo, estos pequeños pajarillos gracias a su acción conjunta y su bravura,

prevalecen sobre las rapaces, que están dotadas de vuelo

poderoso y armadas de manera excelente para el ataque. En Europa, las nevatillas no

sólo persiguen a las aves de rapiña que pueden ser

peligrosas para ellas, sino también a los gavilanes pescadores, "más bien para

entretenerse que para hacerles daño" -dice Brehm. En la India,

según el testimonio del Dr. Jerdón, los grajos, persiguen al milano gowinda

"simplemente para distraerse". Y Wied dice que a menudo rodean

al águila brasileña urubitinga innumerables bandadas de tucanes ("burlones") y caciques

(ave que está estrechamente emparentado con

nuestras cornejas de Pico blanco) y se burlan de él. -"El cernícalo -agrega Wied-,

ordinariamente soporta tales molestias con mucha

tranquilidad; además, de tanto en tanto, coge a uno de los burlones que lo rodean".

Vemos, de tal modo, en todos estos casos (y se podría

citar decenas de ejemplos semejantes), que los pequeños pájaros, inmensamente

inferiores por su fuerza al ave de rapiña, se muestran, a

pesar de eso, más fuertes que ella gracias a que actúan en común.

Dos grandes familias de aves, a saber, las grullas y los papagayos han alcanzado los más

admirables resultados en lo que respecta a la

seguridad individual, al goce de la vida en común. Las grullas son sumamente sociables,

y viven en excelentes relaciones no sólo con sus

congéneres, sino también con la mayoría de las aves acuáticas. Su prudencia no es

menos asombrosa que su inteligencia. Inmediatamente

disciernen las condiciones nuevas y actúan de acuerdo con las nueve exigencias. Sus

centinelas vigilan siempre que las bandadas comen o

descansan, y los cazadores saben, por experiencia, cuán difícil es aproximárseles. Si el

hombre consigue cogerlas desprevenidas, no vuelven

más a ese lugar sin enviar primero un explorador, y tras él una partida de exploradores;

y cuando esta partida vuelve con la noticia de que no

se vislumbra peligro, envían una segunda partida exploradora para comprobar el

informe de los primeros, antes de que toda la bandada se

decida a adelantarse. Con especies próximas, las grullas contraen verdaderas amistades,

y, en cautiverio, ninguna otra ave, excepción hecha

solamente del no menos social e inteligente papagayo, contrae una amistad tan

verdadera con el hombre.

"La grulla no ve en el hombre un amo, sino un amigo, y trata de demostrárselo de todos

modos" -dice Brehm basado en su experiencia

personal. Desde la mañana temprano hasta bien entrada la noche, la grulla se encuentra

en incesante actividad; pero, consagra en total

algunas horas de la mañana a la búsqueda del alimento, en especial el alimento vegetal;

el resto del tiempo se entrega a la vida social.

"Estando con ánimo de juguetear -escribe Brehm- la grulla levanta de la tierra

danzando, piedrecillas, pedacitos de madera, los arroja al aire

tratando de agarrarlos tuerce el cuello, despliega las alas, danza, brinca, corre, y, por

todos los medios, expresa su buen humor, y siempre es

hermosa y graciosa. Puesto que viven constantemente en sociedad, casi no tienen

enemigos, a pesar de que Brehm tuvo ocasión de ver, a

veces, que alguna era atrapada accidentalmente por un cocodrilo, pero con excepción

del cocodrilo, no conoce la grulla ningún otro enemigo.

La prudencia de la grulla, que se ha hecho proverbial, la salva de todos los enemigos, y,

en general, vive hasta una edad muy avanzada. Por

esto no es sorprendente que la grulla, para conservar la especie, no tenga necesidad de

criar una descendencia numerosa y, generalmente, no

pone más de dos huevos. En cuanto al elevado desarrollo de su inteligencia, bastará

decir que todos los observadores reconocen

unánimemente que la capacidad intelectual de la grulla recuerda poderosamente la

capacidad del hombre.

Otra ave sumamente social, el papagayo, ocupa, como es sabido, por el desarrollo de su

capacidad intelectual, el primer puesto en todo el

mundo volátil. Su modo de vida está tan excelentemente descrito por Brehm, que me

será suficiente reproducir el trozo siguiente, como la

mejor característica:

"Los papagayos -dice- viven en sociedades o bandadas muy numerosas, excepto durante

el periodo de aparejamiento. Eligen como vivienda

un lugar del bosque, de donde salen todas las mañanas para sus expediciones de caza.

Los miembros de cada bandada están muy ligados

entre sí, comparten tanto el dolor corno la alegría. Todas las mañanas se dirigen juntos

al campo, al huerto, o a cualquier árbol frutal, para

alimentarse de frutas. Apostan centinelas para proteger a toda la bandada y siguen con

atención sus advertencias. En caso de peligro, se

apresuran todos a volar, prestándose mutuo apoyo, y por la tarde, todos vuelven al lugar

de descanso al mismo tiempo. Dicho más

brevemente, viven siempre en unión estrechamente amistosa."

Encuentran también placer en la sociedad de otras aves. En la India: -dice Leyard- los

grajos y los cuervos cubren volando una distancia de

muchas millas, para pasar la noche junto con los papagayos, en las espesuras de

bambúes. Cuando se dirigen a la caza, los papagayos no

sólo demuestran un ingenio y una prudencia sorprendentes, sino también capacidad para

adaptarse a las circunstancias. Así, por ejemplo, una

bandada de cacatúas blancas de Australia, antes de iniciar el saqueo de un trigal,

indefectiblemente envía una partida de exploradores, que se

distribuye en los árboles más altos de la vecindad del campo citado, mientras que otros

exploradores se posan sobre los árboles intermedios

entre el campo y el bosque, y transmiten señales. Si las señales comunican que "todo

está en orden, entonces una decena de cacatúas se

separa de la bandada, traza varios círculos en el aire y se dirige hacia los árboles más

próximos al campo. Esta segunda partida, a su vez,

observa con bastante detención los alrededores, y sólo después de esa observación, da la

señal para el traslado general; después, toda ¡-a

bandada se eleva al mismo tiempo y saquea rápidamente el campo. Los colonos

australianos vencen con mucha dificultad la vigilancia de los

papagayos; pero, si el hombre, con toda su astucia y sus armas, consigue matar algunas

cacatúas, entonces se vuelven tan vigilantes y

prudentes, que desbaratan todas las artimañas de los enemigos.

No hay duda alguna de que sólo gracias al carácter social de su vida, pudieron los

papagayos alcanzar ese elevado desarrollo de la

inteligencia y de los sentidos (que encontramos en ellos) y que casi llega al nivel

humano. Su elevada inteligencia indujo a los mejores

naturalistas a llamar a algunas especies -especialmente al papagayo gris- "avehombres". En cuanto a su afecto mutuo, sabido es que si

ocurre que uno de la bandada es muerto por un cazador, los restantes comienzan a volar

sobre el cadáver de su camarada lanzando gritos

lastimeros y "caen ellos mismos víctimas de su afección amistosa" -como escribió

Audubon-, y si dos papagayos cautivos, aunque sean

pertenecientes a dos especies distintas, contrajeran amistad, y uno de ellos muriera

accidentalmente, no es raro entonces que el otro también

perezca de tristeza y de pena por su amigo muerto.

No es menos evidente que en sus asociaciones los papagayos encuentren una protección

contra los enemigos incomparablemente superior a

la que podrían encontrar por medio del desarrollo más ideal de sus "picos y garras".

Muy escasas aves de rapiña y mamíferos se atreven a

atacar a los papagayos -y esto solamente a las especies pequeñas- y Brehm tiene toda la

razón cuando dice, hablando de los papagayos, que

ellos, igual que las grullas y los monos sociales, apenas tienen otro enemigo fuera del

hombre; y agrega: "Muy probablemente, la mayoría de

los papagayos grandes mueren de vejez y no en las garras de sus enemigos".

Unicamente el hombre, gracias a su superior inteligencia, y a

sus armas -que también constituyen el resultado de su vida en sociedad-, puede, hasta

cierto punto, exterminar a los papagayos. Su misma

longevidad se debe de tal modo al resultado de la vida social. Y, muy probablemente, es

necesario decir lo mismo con respecto a su memoria

sorprendente, cuyo desarrollo, sin duda, favorece la vida en sociedad, y también la

longevidad, acompañada por la plena conservación, tanto

de las capacidades físicas como intelectuales hasta una edad muy avanzada.

Se ve, por todo lo que precede que la guerra de todos contra cada uno no es, de ningún

modo, la ley dominante de la naturaleza. La ayuda

mutua es ley de la naturaleza tanto como la guerra mutua y esta ley se hace para

nosotros más exigente cuando observamos algunas otras

asociaciones de aves y observamos la vida social de los mamíferos. Algunas rápidas

referencias a la importancia de la ley de la ayuda mutua

en la evolución del reino animal han sido ya hechas en las páginas precedentes; pero su

importancia se aclarará con mayor precisión cuando,

citando algunos hechos, podamos hacer, basados en ellos, nuestras conclusiones.

CAPITULO II: LA AYUDA MUTUA ENTRE LOS ANIMALES (Continuación)

Apenas vuelve la primavera a la zona templada, miríadas de aves, dispersas por los

países templados del sur, se reúnen en bandadas

innumerables y se apresuran, llenas de alegre energía, a ir hacia el norte para criar su

descendencia. Cada seto, cada bosquecillo, cada roca

de la costa del océano, cada lago o estanque de los que se halla sembrado el norte de

América, el norte de Europa, y -el norte de Asia,

podrían decirnos, en esa época del año, qué representa la ayuda mutua en la vida de las

aves; qué fuerza, qué energía y cuánta protección dan

a cada ser viviente por débil e indefenso que sea de por sí.

Tomad, por ejemplo, uno de los innumerables lagos de las estepas rusas o siberianas, al

principio de la primavera. Sus orillas están pobladas

de miríadas de aves acuáticas, pertenecientes por lo menos a veinte especies diferentes

que viven en pleno acuerdo y que se protegen entre

sí constantemente. He aquí cómo describe Syevertsof uno de estos lagos:

"El lago se halla oculto entre las arenas de color rojo amarillo, las talas verde oscuro y

las cañas. Aquello es un hervidero de aves, un torbellino

que nos marea... El espacio, lleno de gaviotas (Larus rudibundus) y golondrinas marinas

(Sterna hirundo) es conmovido por sus gritos

sonoros. Miles de avefrías recorren las orillas y silban... Más allá, casi sobre cada ola,

un pato se mece y grita. En lo alto se extienden las

bandadas de patos kazarki; más abajo, de tanto en tanto, vuelan sobre el lago los

'podorliki' (Aquila clanga) y los buhardos de pantano,

seguidos inmediatamente por la bandada bullanguera de los pescadores. Mis ojos se

fueron en pos de ellos".

Por todas partes brota la vida. Pero he aquí las rapaces, "las más fuertes y ágiles" -como

dice Huxley- e -idealmente dotadas para el ataque"

-como dice Syeverstof. Se oyen sus voces hambrientas y ávidas y sus gritos exasperados

cuando, durante horas enteras, esperan una ocasión

conveniente para atrapar, en esta masa de seres vivientes, siquiera un solo individuo

indefenso. No bien se acercan, decenas de centinelas

voluntarios avisan su aparición, y en seguida centenares de gaviotas y golondrinas

marinas inician la persecución del rapaz. Enloquecido por

el hambre, deja de lado por último sus precauciones habituales; se arroja de improviso

sobre la masa viva de aves; pero, atacado por todas

partes, de nuevo es obligado a retirarse. En un arranque de hambre desesperada, se

arroja sobre los patos salvajes; pero, las ingeniosas

aves sociales, rápidamente, se reúnen en una bandada y huyen si el rapaz es un águila

pescadora; si es un halcón, se zambullen en el lago; si

es un buitre, levantan nubes de salpicaduras de agua y sumen al rapaz en una confusión

completa. Y mientras la vida continúa pululando en el

lago, como antes, el rapaz huye con gritos coléricos en busca de carroña, o de algún

pajarilla joven o ratón de campo, aún no acostumbrado a

obedecer a tiempo las advertencias de los camaradas. En presencia de toda esta vida que

fluye a torrentes, el rapaz, armado idealmente,

tiene que contentarse sólo con los desechos de ella.

Aún más lejos, hacia el norte, en los archipiélagos árticos, "podéis navegar millas

enteras a lo largo de la orilla y veréis que todos los

saledizos, todas las rocas y los rincones de las pendientes de las montañas hasta

doscientos pies, y a veces hasta quinientos sobre el nivel

del mar, están literalmente cubiertos de aves marinas, cuyos pechos blancos se destacan

sobre el fondo de las rocas sombrías, de tal modo

que parecen salpicadas de creta. El aire, tanto de cerca como a lo lejos, está repleto de

aves.

Cada una de estas "montañas de aves" constituye un ejemplo viviente de la ayuda

mutua, y también de la variedad sin fin de caracteres,

individuales y específicos,- que son resultado de la vida social. Así, por ejemplo, el

ostrero es conocido por su presteza en atacar a cualquier

ave de presa. El arga de los pantanos es renombrada por su vigilancia e inteligencia

como guía de aves más pacíficas. Pariente de la anterior,

el revuelve piedras, cuando está rodeado de camaradas pertenecientes a especies más

grandes, deja que se ocupen ellos de la protección

de todos, y hasta se vuelve un ave bastante tímida; pero cuando está rodeado de pájaros

más pequeños, toma a su cargo, en interés de la

sociedad, el servicio de centinela, y hace que le obedezcan, dice Brehm.

Se puede observar aquí a los cisnes, dominadores, y a la par de ellos, a las gaviotas

Kitty-Wake -extremadamente sociables y hasta tiernas y

entre las cuales, como dice Nauman, las disputas se producen muy raramente y siempre

son breves; se ve a las atractivas kairas polares, que

continuamente se prodigan caricias; a las gansas-egoístas, que entregan a los caprichos

de la suerte los huérfanos de la camarada muerta, y

junto a ellas, a otras gansas que adoptan a los huérfanos y nadan rodeadas de cincuenta

o sesenta pequeñuelos, de los cuales cuidan como si

fueran sus propios hijos. Junto a los pingüinos, que se roban los huevos unos a otros, se

ven las calandrias marinas, cuyas relaciones

familiares son ,"tan encantadoras y conmovedoras" que ni los cazadores apasionados se

deciden a disparar a la hembra rodeada de su cría;

o a los gansos del norte, entre los cuales (como los patos velludos o "coroyas" de las

sabanas), varias hembras empollan los huevos en un

mismo nido; o los kairas (Uria troile) que -afirman observadores dignos de fe- a veces

se sientan por turno sobre el nido común. La naturaleza

es la variedad misma, y ofrece todos los matices posibles de caracteres, hasta lo más

elevado: por eso no es posible representarla en una

afirmación generalizada. Menos aún puede juzgársela desde el punto de vista moral,

puesto que las opiniones mismas del moralista son

resultado -la mayoría de las veces inconsciente- de las observaciones sobre la

naturaleza.

La costumbre de reunirse en el período de anidamiento es tan común entre la mayoría

de las aves, que apenas es necesario dar otros

ejemplos. Las cimas de nuestros árboles están coronadas por grupos de nidos de

pequeños pájaros; en las granjas anidan colonias de

golondrinas; en las torres viejas y campanarios se refugian centenares de aves

nocturnas; y fácil sería llenar páginas enteras con las más

encantadoras descripciones de la paz y armonía que se encuentran en casi todas estas

sociedades volátiles para el anidamiento. Y hasta

dónde tales asociaciones sirven de defensa a las aves más débiles, es evidente de por sí.

Un excelente observador, como el americano Dr.

Couës, vio, por ejemplo, que las pequeñas golondrinas (cliff swallaws) construían sus

nidos en la vecindad inmediata de un halcón de las

estepas (Falco polyargus). El halcón había construido su nido en la cúspide de uno de

aquellos minaretes de arcilla de los que tantos hay en el

Cañón del Colorado, y la colonia de golondrinas vivía inmediatamente debajo de él. Los

pequeños pájaros pacíficos no temían a su rapaz

vecino: simplemente no le permitían acercarse a su colonia. Si lo hacía, inmediatamente

lo rodeaban y comenzaban correrlo, de modo que el

rapaz había de alejarse enseguida.

La vida en sociedades no cesa cuando ha terminado la época del anidamiento; toma

solamente nueva forma. Las crías jóvenes se reúnen en

otoño, en sociedades juveniles, en las que ordinariamente ingresan varias especies. La

vida social es practicada en esta época

principalmente por los placeres que ella proporciona, y también, en parte, por su

seguridad. Así encontramos en otoño, en nuestros bosques,

sociedades compuestas de picamaderos jóvenes (Sitta coesia), junto con diversos paros,

trepadores, reyezuelos, pinzones de montaña y

pájaros carpinteros. En España, las golondrinas se encuentran en compañía de

cernícalos, atrapamoscas y hasta de palomas.

En el Far West americano, las jóvenes calandrias copetudas (Horned Park) viven en

grandes sociedades, conjuntamente con otras especies

de cogujadas (Spragues Lark), con el gorrión de la sabana (Savannah sparoow) y

algunas otras especies de verderones y hortelanos. En

realidad, sería más fácil describir todas las especies que llevan vida aislada que

enumerar aquellas especies cuyos pichones constituyen

sociedades, cuyo objeto de ningún modo es cazar o anidar, sino solamente disfrutar de

la vida en común y pasar el tiempo en juegos y

deportes, después de las pocas horas que deben consagrar a la búsqueda de alimento.

Por último, tenemos ante nosotros, todavía, un campo amplísimo de estudio de la ayuda

mutua en las aves, durante sus migraciones, y hasta

tal punto es amplio que sólo puedo mencionar, en pocas palabras, este gran hecho de la

naturaleza. Bastará decir que las aves que han vivido,

hasta entonces, meses enteros en pequeñas bandadas diseminadas por una superficie

vasta, comienzan a reunirse en la primavera o en el

otoño a millares; durante varios días seguidos, a veces una semana o ' más, acuden a un

lugar determinado, antes de ponerse en camino, y

parlotean con vivacidad, probablemente sobre la migración inminente. Algunas

especies, todos los días, antes de anochecer, se ejercitan en

vuelos preparatorios, alistándose para el largo viaje. Todas esperan a sus congéneres

retrasadas, y, por último, todas juntas desaparecen un

buen día; es decir vuelan, en una dirección determinada, siempre bien escogida, que

representa, sin duda, el fruto de la experiencia colectiva

acumulada. Los individuos fuertes vuelan a la cabeza de la bandada, cambiándose por

turno para cumplir con esta difícil obligación. De tal

modo, las aves atraviesan hasta los vastos mares, en grandes bandadas compuestas tanto

de aves grandes como de pequeñas; y, cuando, en

la primavera siguiente vuelven al mismo lugar, cada ave se dirige al mismo sitio bien

conocido, y en la mayoría de los casos, hasta cada pareja

ocupa el mismo nido que reparó o construyó el año anterior.

Este, fenómeno de migración se halla tan extendido, y está al mismo tiempo tan

eficientemente estudiado, creó tantas costumbres

asombrosas de ayuda mutua -y estas costumbres y el hecho mismo de la migración

requerirían un trabajo especial- que me veo obligado a

abstenerme de dar mayores detalles. Mencionaré solamente las reuniones numerosas y

animadas que tienen lugar de año en año en el mismo

sitio, antes de emprender su largo viaje al norte o al sur; y, del mismo modo, las

reuniones que se pueden ver en el norte, por ejemplo, en las

desembocaduras del Yenesei, o en los condados del norte de Inglaterra, cuando las aves

vuelven del sur a sus lugares habituales de

anidamiento, pero no se han asentado aún en sus nidos. Durante muchos días, a veces

hasta un mes entero, se reúnen todas las mañanas y

pasan juntas alrededor de media hora, antes de echar a volar en busca de alimento, quizá

deliberando sobre los lugares donde se dispondrán

a construir sus nidos. si durante la migración sucede que las columnas de aves que

emigran son sorprendidas por una tormenta, entonces la

desgracia común une a las aves de las especies más diferentes. La diversidad de aves

que, sorprendidas por una nevasca durante la

migración, golpean contra los vidrios de los faros de Inglaterra, sencillamente es

asombrosa. Necesario es observar también que las aves no

migratorias, pero que se desplazan lentamente hacia el norte o sur, conforme a la época

del año; es decir, las llamadas aves nómadas,

también realizan sus traslados en pequeñas bandadas. No emigran aisladas, para

asegurarse de tal modo, y por separado, el mejor alimento

y encontrar mejor refugio en la nueva región sino, que siempre se esperan mutuamente

y se reúnen en bandadas antes de comenzar su lento

cambio de lugar hacia el norte o el sur.

Pasando ahora a los mamíferos, lo primero que nos asombra en esta vasta clase de

animales es la enorme supremacía numérica de las

especies sociales sobre aquellos pocos carnívoros que viven solitarios. Las mesetas, las

regiones montañosas, estepas y depresiones del

nuevo y viejo mundo, literalmente hierven de rebaños de ciervos, antílopes, gacelas,

búfalos, cabras y ovejas salvajes; es decir, de todos los

animales que son sociales. Cuando los europeos comenzaron a penetrar en las praderas

de América del Norte, las hallaron hasta tal punto

densamente poblados por búfalos, que sucedía que los pioneros tenían, a veces, que

detenerse, y durante mucho tiempo, cuando las columnas

de búfalos en densa columna se prolongaba a veces hasta dos o tres días; y cuando los

rusos ocuparon Siberia, encontraron en ella una

cantidad tan enorme de ciervos, antílopes, corzos, ardillas y otros animales, que la

conquista dé Siberia no fue más que una expedición

cinegética que se prolongó durante dos siglos. Las llanuras herbosas de Africa oriental

aún ahora están repletas de cebras, jirafas y diversas

especies de antílopes.

Hasta hace un tiempo no muy lejano, los ríos pequeños de América del Norte y de la

Siberia Septentrional estaban todavía poblados por

colonias de castores, y en la Rusia europea, toda su parte norte, todavía en el siglo

XVIII, estaba cubierta por colonias semejantes. Las llanuras

de los cuatro grandes continentes están aún ahora pobladas de innumerables colonias de

topos, ratones, marmotas, tarbaganes, "ardillas de

tierra" y otros roedores. En las latitudes más bajas de Asia y Africa, en esta época, los

bosques son refugios de numerosas familias de

elefantes, rinocerontes, hipopótamos y de innumerables sociedades de monos. En el

lejano norte, los ciervos se reúnen en innumerables

rebaños, y aún más al norte, encontramos rebaños de toros almizcleros e incontables

sociedades de zorros polares. Las costas del océano

están animadas por manadas de focas y morsas, y sus aguas por manadas de animales

sociales pertenecientes a la familia de las ballenas;

por último, y aun en los desiertos del altiplano del Asia central, encontramos manadas

de caballos salvajes, asnos salvajes, camellos salvajes y

ovejas salvajes. Todos estos mamíferos viven en sociedades y en grupos que cuentan, a

veces, cientos de miles de individuos, a pesar de que

ahora, después de tres siglos de civilización a base de pólvora, quedan únicamente

restos lastimosos de aquellas incontables sociedades

animales que existían en tiempos pasados.

¡Qué insignificante, en comparación con ella, es el número de los carnívoros! ¡Y qué

erróneo, en consecuencia, el punto de vista de aquéllos

que hablan del mundo animal como si estuviera compuesto solamente de leones y

hienas que clavan sus colmillos ensangrentados en la

presa! Es lo mismo que si afirmásemos que toda la vida de la humanidad se reduce

solamente a las guerras y a las masacres.

Las asociaciones y la ayuda mutua son regla en la vida de los mamíferos. La costumbre

de la vida social se encuentra hasta en los carnívoros,

y en toda esta vasta clase de animales solamente podemos nombrar una familia de

felinos (leones, tigres, leopardos, etc.), cuyos miembros

realmente prefieren la vida solitaria a la vida social, y sólo raramente se encuentran, por

lo menos ahora, en pequeños grupos. Además, aun

entre los leones "el hecho más común es cazar en grupos", dice el célebre cazador y

conocedor S. Baker. Hace poco, N. Schillings, que

estaba cazando en el este del Africa Ecuatorial, fotografió de noche -al fogonazo

repentino de la luz de magnesio- leones que se habían

reunido en grupos de tres individuos adultos, y que cazaban en común; por la mañana,

contó en el río, adonde durante la sequía acudían de

noche a beber los rebaños de cebras, las huellas de una cantidad mayor aún de leones -

hasta treinta- que iban a cazar cebras, y naturalmente,

nunca, en muchos años, ni Schillings ni otro alguno, oyeron decir que los leones se

pelearan o se disputaran la presa. En cuanto a los

leopardos, y esencialmente al puma sudamericano (género de león), su sociabilidad es

bien conocida. El puma, en consecuencia, como lo

describió Hudson, se hace amigo del hombre gustosamente.

En la familia de los viverridoe, carnívoros que representan algo intermedio entre los

gatos y las martas, y en la familia de las martas (marta,

armiño, comadreja, garduña, tejón, etc.), también predomina la forma de vida solitaria.

Pero puede considerarse plenamente establecido que

en épocas no más tempranas que el final del siglo XVIII, la comadreja vulgar (mustela,

vulgaris) era más social que ahora; se encontraba

entonces en Escocia y también en el cantón de Unterwald, en Suiza, en pequeños

grupos.

En cuanto a la vasta familia canina (perros, lobos, chacales, zorros y zorros polares), su

sociabilidad, sus asociaciones con fines de caza

pueden considerarse como rasgo característico de muchas variedades de esta familia. Es

por todos sabido que los lobos se reúnen en

manadas para cazar, y el investigador de la naturaleza de los Alpes, Tschudi, dejó una

descripción excelente de cómo, disponiéndose en

semicírculo, rodean a la vaca que pace en la pendiente montañosa y, luego, saltando

súbitamente, lanzando un fuerte aullido, la hacen caer al

precipicio, Audubon, en el año 1830 vio también que los lobos del Labrador cazaban en

manadas, y que una manada persiguió a un hombre

hasta su choza y destrozó a sus perros. En los crudos inviernos, las manadas de lobos

vuelven tan numerosas que son peligrosas para las

poblaciones humanas, como sucedió en Francia por el año 1840. En las estepas rusas,

los lobos nunca atacan a los caballos si no es en

manadas, y deben soportar una lucha feroz, durante la cual los caballos (según el

testimonio de Kohl), a: veces pasan al ataque; en tal caso, si

los lobos no se apresuran a retroceder.. corren riesgo de ser rodeados por los caballos,

que los matan a coces. Sabido es, también, que los

lobos de las praderas americanas (canis latrans) se reúnen en manadas de 20 y 30

individuos para atacar al búfalo que se ha separado

accidentalmente del rebaño. Los chacales, que se distinguen por su gran bravura y

pueden ser considerados entre los más inteligentes

representantes de la familia canina, siempre cazan en manadas; reunidos de tal modo, no

temen a los carnívoros mayores.

En cuanto a los perros salvajes del Asia (Jolzuni o Dholes), Williamson vio que sus

grandes manadas atacan resueltamente a todos los

animales grandes, excepto elefantes y rinocerontes, y que hasta consiguen vencer a los

osos y tigres, a quienes, como es sabido, arrebatan

siempre los cachorros.

Las hienas viven siempre en sociedades y cazan en manadas, y Cummings se refiere con

gran elogio a las organizaciones de caza de las

hienas manchadas (Lycain). Hasta los zorros, que en nuestros países civilizados

indefectiblemente viven solitarios, se reúnen a veces para

cazar, como lo testimonian algunos observadores. También el zorro polar, es decir, el

zorro ártico, es o más exactamente era, en los tiempos

de Steller, en la primera mitad del siglo XVIII, uno de los animales más sociables.

Leyendo el relato de Steller sobre la lucha que tuvo que

sostener la infortunada tripulación de Behring con estos pequeños e inteligentes

animales, no se sabe de qué asombrarse más: de la

inteligencia no común de los zorros polares y del apoyo mutuo que revelaban al

desenterrar los alimentos ocultos debajo de las piedras o

colocados sobre pilares (uno de ellos, en tal caso, trepaba a la cima del pilar y arrojaba

los alimentos a los compañeros que esperaban abajo),

o de la crueldad del hombre, llevado a la desesperación por sus numerosas manadas.

Hasta, algunos osos viven en sociedades en los lugares

donde el hombre no los molesta. Así, Steller vio numerosas bandas de osos negros de

Kamchatka, y, a veces, se ha encontrado osos polares

en pequeños grupos. Ni siquiera los insectívoros, no muy inteligentes, desdeñan siempre

la asociación.

Por otra parte, encontramos las formas más desarrolladas de ayuda mutua especialmente

entre los roedores, ungulados y rumiantes. Las

ardillas son individualistas en grado considerable. Cada una de ellas construye su

cómodo nido y acumula su provisión. Están inclinadas a la

vida familiar, y Brehm halló que se sienten muy felices cuando las dos crías del mismo

año se juntan con sus padres en algún rincón apartado

del bosque. Mas, a pesar de esto, las ardillas mantienen relaciones recíprocas, y si en el

bosque donde viven se produce una escasez de

piñas, emigran en destacamentos enteros. En cuanto a las ardillas negras del Far West

americano, se destacan especialmente por su

sociabilidad. Con excepción de algunas horas dedicadas diariamente al

aprovisionamiento, pasan toda su vida en juegos, juntándose para

esto en numerosos grupos. Cuando se multiplican demasiado rápidamente en alguna

región, como sucedió, por ejemplo, en Pensylvania en

1749, se reúnen en manadas casi tan numerosas como nubes de langostas y avanzan -en

este caso- hacia el Suroeste, devastando en su

camino bosques, campos y huertos. Naturalmente, detrás de sus densas columnas se

introducen los zorros, las garduflas, los halcones y toda

clase de aves nocturnas, que se alimentan con los individuos rezagados. El pariente de la

ardilla común, burunduk, se distingue por una

sociabilidad aún mayor. Es un gran acaparador, y en sus galerías subterráneas acumula

grandes provisiones de raíces comestibles y nueces,

que generalmente son saqueadas en otoño por los hombres. Según la opinión de algunos

observadores, el burunduk conoce, hasta cierto

punto, las alegrías que experimenta un avaro. Pero, a pesar de eso, es un animal social.

Vive siempre en grandes poblaciones, y cuando

Audubon abrió, en invierno, algunas madrigueras de "hackee" (el congénere americano

más cercano de nuestro burunduk) encontró varios

individuos en un refugio. Las provisiones en tales cuevas, habían sido preparadas por el

esfuerzo común.

La gran familia de las marmotas, en la que entran tres grandes géneros: las marmotas

propiamente dichas, los susliki y los "perros de las

praderas" americanas (Arctomys, Spermophilus y Cynomys), se distingue por una

sociabilidad y una inteligencia aún mayor. Todos los

representantes de esta familia prefieren tener cada cual su madriguera, pero viven en

grandes poblaciones. El terrible enemigo de los trigales

del Sur de Rusia -el suslik- de los cuales el hombre sólo extermina anualmente

alrededor de diez millones, vive en innumerables colonias; y

mientras las asambleas provinciales (Ziemstvo) rusas, discuten seriamente los medios

de liberarse de este "enemigo social", los susliki,

reunidos a millares en sus poblados, disfrutan de la vida. Sus juegos son tan

encantadores que no existe observador alguno que no haya

expresado su admiración y referido sus conciertos melodiosos, formados por los

silbidos agudos de los machos y los silbidos melancólicos de

las hembras, antes de que, recordando sus obligaciones ciudadanas, se dedicaran a la

invención de diferentes medios diabólicos para el

exterminio de estos saqueadores. Puesto que la reproducción de todo género de aves

rapaces y bestias de presa para la lucha con- los

susliki resultó infructuosa, actualmente la última palabra de la ciencia en esta lucha

consiste en inocularles el cólera.

Las Poblaciones de los perros de las praderas" (Cynomys), en las llanuras de la América

del Norte, presentan uno de los espectáculos más

atrayentes. Hasta donde el ojo puede abarcar la extensión de la pradera se ven, por

doquier, pequeños montículos de tierra, y sobre cada uno

se encuentra una bestezuela, en conversación animadísima con sus vecinos, valiéndose

de sonidos entrecortados parecidos al ladrido.

Cuando alguien da la señal de la aproximación del hombre, todos, en un instante, se

zambullen en sus pequeñas cuevas, desapareciendo

como por encanto. Pero no bien el peligro ha pasado, las bestezuelas salen

inmediatamente. Familias enteras salen de sus cuevas y

comienzan a jugar. Los jóvenes se arañan y provocan mutuamente, se enojan, páranse

graciosamente sobre las patas traseras, mientras los

viejos vigilan. Familias enteras se visitan, y los senderos bien trillados entre los

montículos de tierra, demuestran que tales visitas se repiten

muy a menudo. Dicho más brevemente, algunas de las mejores páginas de nuestros

mejores naturalistas están dedicadas a la descripción de

las sociedades de los perros de las praderas de América, de las marmotas del Viejo

Continente y de las marmotas polares de las regiones

alpinas. A pesar de eso, tengo que repetir, respecto a las marmotas lo mismo que dije

sobre las abejas. Han conservado sus instintos bélicos,

que se manifiestan también en cautiverio. Pero en sus grandes asociaciones, en contacto

con la naturaleza libre, los instintos antisociales no

encuentran terreno para su desarrollo, y el resultado final es la paz y la armonía.

Aun animales tan gruñones como las ratas, que siempre se pelean en nuestros sótanos,

son lo bastante inteligentes no sólo para no enojarse

cuando se entregan al saqueo de las despensas, sino para prestarse ayuda mutua durante

sus asaltos y migraciones. Sabido es que a veces

hasta alimentan a sus inválidos. En cuanto al castor o rata almizclera del Canadá

(nuestra ondrata) y la desman, se distinguen por su elevada

sociabilidad. Audubon habla con admiración de sus "comunidades pacíficas, que, para

ser felices, sólo necesitan que no se les perturbe".

Como todos los animales sociales, están llenos de alegría de vivir, son juguetones y

fácilmente se unen con otras especies de animales, y, en

general, se puede decir que han alcanzado un grado elevado de desarrollo intelectual. En

la construcción de sus poblados, situados siempre a

orillas de los lagos y de los ríos, evidentemente toman en cuenta el nivel variable de las

aguas, dice Audubon; sus casas cupuliformes,

construidas con arca y cañas, poseen rincones apartados para los detritus orgánicos; y

sus salas, en la época invernal, están bien tapizadas

con hojas y hierbas: son tibias, y al mismo tiempo están dotados de un carácter

sumamente simpático; sus asombrosos diques y poblados, en

los cuales viven y mueren generaciones enteras sin conocer más enemigos que la nutria

y el hombre, constituyen asombrosas muestras de lo

que la ayuda mutua puede dar al animal para la conservación de la especie, la formación

de las costumbres sociales y el desarrollo de las

capacidades intelectuales. Los diques y poblados de los castores son bien conocidos por

todos los que se interesan en la vida animal, y por

esto no me detendré más en ellos. Observaré únicamente que en los castores, ratas

almizcleras y algunos otros roedores, encontramos ya

aquel rasgo que es también característico de las sociedades humanas, o sea, el trabajo en

común.

Pasaré en silencio dos grandes familias, en cuya composición entran los ratones

saltadores (la yerboa egipcia o pequeño emuran, y el

alataga), la chinchilla, la vizcacha (liebre americana subterránea) y los tushkan (liebre

subterránea del sur de Rusia), a pesar de que las

costumbres de todos estos pequeños roedores podrían servir como excelentes muestras

de los placeres que los animales obtienen de la vida

social. Precisamente de los placeres, puesto que es sumamente difícil determinar qué es

lo que hace reunirse a los animales: si la necesidad

de protección mutua o simplemente el placer, la costumbre, de sentirse rodeados de sus

congéneres. En todo caso, nuestras liebres vulgares,

que no se reúnen en sociedades para la vida en común, y más aún, que no están dotadas

de sentimientos paternales especialmente fuertes,

no pueden vivir, sin embargo, sin reunirse para los juegos comunes. Dietrich de

Winckell, considerado el mejor conocedor de la vida de las

liebres, las describe como jugadoras apasionadas; se embriagan de tal manera con el

proceso del juego, que es conocido el caso de unas

libres que tomaron a un zorro, que se aproximó sigilosamente, como compañero de

juego. En cuanto a los conejos, viven constantemente en

sociedades, y toda su vida reposa sobre él principio de la antigua familia patriarcal; los

jóvenes obedecen ciegamente al padre, y hasta el

abuelo. Con respecto a esto, hasta sucede algo interesante; estas dos especies próximas,

los conejos y las liebres, no se toleran mutuamente,

y no porque se alimentan de la misma clase de comida, como suelen explicarse casos

semejantes, sino, lo que es más probable, porque la

apasionada liebre, que es una gran individualista, no puede trabar amistad con una

criatura tan tranquila, apacible y humilde como el conejo.

Sus temperamentos son tan diferentes, que deben constituir un obstáculo para su

amistad.

En la vasta familia de los equinos, en la que entran los caballos salvajes y asnos salvajes

de Asia, las cebras, los mustangos, los cimarrones

de las pampas y los caballos semisalvajes de Mongolia y Siberia, encontramos de nuevo

la sociabilidad más estrecha. Todas estas especies

y razas viven en rebaños numerosos, cada uno de los cuales se compone de muchos

grupos, que comprenden varias yeguas bajo la dirección

de un padrino. Estos innumerables habitantes del viejo y del nuevo mundo -hablando en

general, bastante débilmente organizados para la

lucha con sus numerosos enemigos y también para defenderse de las condiciones

climáticas desfavorables- desaparecerían de la faz de la

tierra si no fuera por su espíritu social. Cuando se aproxima un carnicero, se reúnen

inmediatamente varios grupos; rechazan el ataque del

carnívoro y, a veces, hasta lo persiguen; debido a esto, ni el lobo, ni siquiera el león,

pueden capturar un caballo, ni aun una cebra mientras no

se haya separado del grupo. Hasta, de noche, gracias a su no común prudencia gregaria

y a la inspección preventiva del lugar, que realizan

individuos experimentados, las cebras pueden ir a abrevar al río, a pesar de los leones

que acechan en los matorrales.

Cuando la sequía quema la hierba de las praderas americanas, los grupos de caballos y

cebras se reúnen en rebaños cuyo número alcanza, a

veces, hasta diez mil cabezas, y emigran a nuevos lugares. Y cuando en invierno, en

nuestras estepas asiáticas, rugen las nevascas, los

grupos se mantienen cerca unos de otros y juntos buscan protección en cualquier

quebrada. Pero, si la confianza mutua, por alguna razón,

desaparece en el grupo, o el pánico hace presa de los caballos y los dispersa, entonces la

mayor parte perece, y se encuentra a los

sobrevivientes, después de la nevasca, medio muertos de cansancio. La unión es, de tal

modo, su arma principal en la lucha por la existencia,

y el hombre, su principal enemigo. Retirándose ante el número creciente de este

enemigo, los antecesores de nuestros caballos domésticos

(denominados por Poliakof Equus Przewalski), prefirieron emigrar a las más salvajes y

menos accesibles partes del altiplano de las fronteras

del Tibet, donde han sobrevivido hasta ahora, rodeados en verdad de carnívoros y en un

clima que poco cede por su crudeza a la región ártica,

pero en un lugar todavía inaccesible al hombre.

Muchos ejemplos sorprendentes de sociabilidad podrían ser tomados de la vida de los

ciervos, y en especial de la vasta división de los

rumiantes, en la que pueden incluirse a los gamos, antílopes, las gacelas, cabras, ibex,

etcétera, en suma de la vida de tres familias

numerosas: antilopides, caprides y ovides. La vigilancia con que preservan sus rebaños

de los ataques de los carnívoros; la ansiedad

demostrada por el rebaño entero de gamuzas, mientras no han atravesado todos un lugar

peligroso a través de los peñascos rocosos; la

adopción de los huérfanos; la desesperación de la gacela, cuyo macho o cuya hembra, o

hasta un compañero del mismo sexo, han sido

muertos; los juegos de los jóvenes, y muchos otros rasgos, podríase agregar para

caracterizar su sociabilidad. Pero, quizá, constituyan el

ejemplo más sorprendente de apoyo mutuo las migraciones ocasionales de los corzos,

parecidas a las que observé una vez en el Amur.

Cuando crucé los altiplanos del Asia Oriental y su cadena limítrofe, el Gran Jingan, por

el camino de Transbaikalia a Merguen, y luego seguí

viaje por las altas planicies de Manchuria, en mi marcha hacia el Amur puede

comprobar cuán escasamente pobladas de corzos se hallan

estás regiones casi inhabitables. Dos años más tarde, viajaba yo a caballo Amur arriba y,

a fines de octubre, alcancé la comarca inferior de

aquel pintoresco paisaje estrecho con el cual el Amur penetra a través de Dousse-Alin

(Pequeño Jingan), antes de alcanzar las tierras bajas,

donde se une con el Sungari. En las stanitsas distribuidas en esta parte del pequeño

Jingan, encontré a los cosacos Henos de la mayor

excitación, pues sucedía que miles y miles de corzos cruzaban a nado el Amur allí, en el

lugar estrecho del gran río, para llegar a las sierras

bajas del Sungari. Durante algunos días, en una extensión de alrededor de sesenta

verstas río arriba, los cosacos masacraron

infatigablemente a los corzos que cruzaban a nado el Amur, el cual ya entonces llevaba

mucho hielo. Mataban miles por día, pero el

movimiento de corzos no se interrumpía

Nunca habían visto antes una migración semejante, y es necesario buscar sus causas,

con toda probabilidad, en el hecho de que en el Gran

Jingan y en sus declives orientales habían caído entonces nieves tempranas

desusadamente copiosas, que habían obligado a los corzos a

hacer el intento desesperado de alcanzar las tierras bajas del Este del Gran Jingan. Y en

realidad, pasados algunos días, cuando comencé a

cruzar estas últimas montañas, las hallé profundamente cubiertas de nieve porosa que

alcanzaba dos y tres pies de profundidad. Vale la pena

reflexionar sobre esta migración de corzos. Necesario es imaginarse el territorio

inmenso (unas 200 verstas de ancho por 700 de largo), de

donde debieron reunirse los grupos de corzos dispersos en él, para iniciar la emigración,

que emprendieron bajo la presión de circunstancias

completamente excepcionales. Necesario es imaginarse, luego, las dificultades que

debieron vencer los corzos antes de llegar a un

pensamiento común sobre la necesidad de cruzar el Amur, no en cualquier parte, sino

justo más al sur, donde su lecho se estrecha en una

cadena, y donde al cruzar el río, cruzarían al mismo tiempo la cadena y saldrían a las

tierras bajas templadas. Cuando se imagina todo esto

concretamente, no es posible dejar de sentir profunda admiración ante el grado y la

fuerza de la sociabilidad evidenciada en el caso presente

por estos inteligentes animales.

No menos asombrosas, también, en lo que respecta a la capacidad de unión y de acción

común, son las migraciones de bisontes y búfalos

que tienen lugar en América del Norte. Verdad es que los búfalos ordinariamente pacían

en cantidades enormes en las praderas, pero esas

masas estaban compuestas de un número infinito de pequeños rebaños que nuca se

mezclaban. Y todos estos pequeños grupos, por más

dispersos que estuvieran sobre el inmenso territorio, en caso de necesidad, se reunían y

formaban las enormes columnas de centenares de

miles de individuos de que he hablado en una de las páginas precedentes.

Debería decir, también, siquiera unas pocas palabras de las "familias compuestas" de los

elefantes, de su afecto mutuo, de la manera

meditada como apostan sus centinelas, y de los sentimientos de simpatía que se

desarrollan entre ellos bajo la influencia de esa vida, plena de

estrecho apoyo mutuo. Podría hacer mención, también, de los sentimientos sociales

existentes entre los jabalíes, que no gozan de buena fama,

y sólo podría alabarlos por su inteligencia al unirse en el caso de ser atacados por un

animal carnívoro. Los hipopótamos y los rinocerontes

deben también tener su lugar en un trabajo consagrado a la sociabilidad de los animales.

Se podría escribir también varias páginas

asombrosas sobre la sociabilidad y el mutuo afecto de las focas y morsas; y finalmente,

podría mencionarse los buenos sentimientos

desarrollados entre las especies sociales de la familia de los cetáceos. Pero es necesario,

aún, decir algo sobre las sociedades de los

monos, que son especialmente interesantes porque representan la transición a las

sociedades de los hombres primitivos.

Apenas es necesario recordar que estos mamíferos que ocupan la cima misma del

mundo animal, y son los más próximos al hombre, por su

constitución y por su inteligencia, se destacan por su extraordinaria sociabilidad.

Naturalmente, en tan vasta división del mundo animal, que

incluye centenares de especies, encontramos inevitablemente la mayor diversidad de

pareceres y costumbres. Pero, tomando todo esto con

consideración, es necesario reconocer que la sociabilidad, la acción en común, la

protección mutua y el elevado desarrollo de los sentimientos

que son consecuencia necesaria de la vida social, son los rasgos distintivos de casi toda

la vasta división de los monos. Comenzando por las

especies más pequeñas y terminando por las más grandes, la sociabilidad es la regia, y

tiene sólo muy pocas excepciones.

Las especies de monos que viven solitarios son muy raras. Así, los monos nocturnos

prefieren la vida aislada; los capuchinos (Cebus

capacinus), y los "ateles" -grandes monos aulladores que se encuentran en el Brasil- y

los aulladores en general, viven en pequeñas familias;

Wallace nunca encontró a los orangutanes de otro modo que aislados o en pequeños

grupos de tres a cuatro individuos; y los gorilas, según

parece, nunca se reúnen en grupos. Pero todas las restantes especies de monos:

chimpancés. gibones, los monos arbóreos de Asia y Africa,

los macacos, mogotes, todos los pavianos parecidos a perros, los mandriles y todos los

pequeños juguetones, son sociables en alto grado.

Viven en grandes bandas y algunas reúnen varias especies distintas. La mayoría de ellos

se sienten completamente infelices cuando se hallan

solitarios. El grito de llamada de cada mono inmediatamente reúne a toda la banda, y

todos juntos rechazan valientemente los ataques de casi

todos los animales carnívoros y aves de rapiña. Ni siquiera las águilas se deciden a

atacar a los monos. Saquean siempre nuestros campos

en bandas, y entonces los viejos se encargan de la tarea de cuidar la seguridad de la

sociedad. Los pequeñas titíes, cuyas caritas infantiles

tanto asombraron a Humboldt, se abrazan Y protegen mutuamente de la lluvia

enrollando la cola alrededor del cuello del camarada que tiembla

de frío. Algunas especies tratan a sus camaradas heridos con extrema solicitud, y

durante la retirada nunca abandonan a un herido antes de

convencerse de que ha muerto, que está fuera de sus fuerzas el volverlo a la vida. Así,

James Forbes refiere en sus Oriental Memoirs con qué

persistencia reclamaron los monos a su partida la entrega del cadáver de una hembra

muerta, y que esta exigencia fue hecha en forma tal que

comprendió perfectamente por qué "los testigos de esta extraordinaria escena decidieron

en, adelante no disparar nunca más contra los

monos".

Los monos de algunas especies reúnense varios cuando quieren volcar una piedra y

recoger los huevos de hormigas que se encuentran bajo

ella. Les pavianos de Africa del Norte (Hamadryas), que viven en grandes bandas, no

sólo colocan centinelas, sino que observadores dignos

de toda fe los han visto formar una cadena para transportar a lugar seguro los frutos

robados. Su coraje es bien conocido, y bastará recordar la

descripción clásica de Brehm, que refirió detalladamente la lucha regular sostenida por

su caravana antes de que los pavianos les permitieran

proseguir viaje en el valle de Mensa, en Abisinia.

Son conocidas también las travesuras de los monos de cola, que los han hecho

merecedores de su propio nombre (juguetones), y gracias a

este rasgo de sus sociedades, también es conocido el afecto mutuo que reina en las

familias de chimpancés. Y si entre los monos superiores

hay dos especies (orangután y gorila) que no se distinguen por la sociabilidad, necesario

es recordar que ambas especies están limitadas a

superficies muy reducidas (una vive en Africa Central y la otra en las islas de Borneo y

Sumatra), y con toda evidencia constituyen los últimos

restos moribundos de dos especies que fueron antes incomparablemente más numerosas.

El gorila, por lo menos así parece, ha sido sociable

en tiempos pasados, siempre que los monos citados por el cartaginés Hannon en la

descripción de su viaje (Periplus) hayan sido realmente

gorilas.

De tal modo, aun en nuestra rápida ojeada vemos que la vida en sociedades no

constituye excepción en el mundo animal; por lo contrario, es

regla general -ley de la naturaleza- y alcanza su más pleno desarrollo en los vertebrados

superiores. Hay muy pocas especies que vivan

solitarias o solamente en pequeñas familias, y son comparativamente poco numerosas.

A pesar de eso, hay fundamentos para suponer que,

con pocas excepciones, todas las aves y los mamíferos que en el presente no viven en

rebaños o bandadas han vivido antes en sociedades,

hasta que el género humano se multiplicó sobre la superficie de la tierra y comenzó a

librar contra ellos una guerra de exterminio, y del mismo

modo comenzó a destruir las fuentes de sus alimentos. "On ne s'associe pas pour

mourir" -observó justamente Espinas (en el libro Les

Sociétés animales). Houzeau, que conocía bien el mundo animal de algunas partes de

América antes de que los animales sufrieran el

exterminio en gran escala de que los hizo objeto el hombre, expresó en sus escritos el

mismo pensamiento.

La vida social se encuentra en el mundo animal en todos los grados de desarrollo; y de

acuerdo con la gran idea de Herbert Spencer, tan

brillantemente desarrollada en el trabajo de Perrier, Colonies Animales, las "colonias",

es decir, sociedades estrechamente ligadas, aparecen

ya en el principio mismo del desarrollo del mundo animal. A medida que nos elevamos

en la escala de la evolución, vemos cómo las

sociedades de los animales se vuelven más y más conscientes. Pierden su carácter

puramente físico, luego cesan de ser instintivas y se

hacen razonadas. Entre los vertebrados superiores, la sociedad es ya temporaria,

periódica, o sirve para la satisfacción de alguna necesidad

definida, por ejemplo la reproducción, las migraciones, la caza o la defensa mutua. Se

hace hasta accidental, por ejemplo, cuando las aves se

reúnen contra un rapaz, o los mamíferos se juntan para emigrar bajo la presión de

circunstancias excepcionales. En este último caso, la

sociedad se convierte en una desviación voluntaria del modo habitual de vida.

Además, la unión a veces es de dos o tres grados: al principio, la familia; después, el

grupo, y por último, la sociedad de grupos,

ordinariamente dispersos, pero que se reúnen en caso de necesidad, como hemos visto

en el ejemplo de los búfalos y otros rumiantes durante

sus cambios de lugar. La asociación también toma formas más elevadas, y entonces

asegura mayor independencia para cada individuo, sin

privarlo, al mismo tiempo, de las ventajas de la vida social. De tal modo, en la mayoría

de los roedores, cada familia tiene su propia vivienda, a

la que puede retirarse si de ea el aislamiento; pero esas viviendas se distribuyen en

pueblos y ciudades enteras, de modo que aseguren a

todos los habitantes las comodidades todas y los placeres de la vida social. Por último,

en algunas especies, como, por ejemplo, las ratas,

marmotas, liebres, etc.... la sociabilidad de la vida se mantiene a pesar de su carácter

pendenciero, o, en general, a pesar de las inclinaciones

egoístas de los individuos tomados separadamente.

En estos casos, la vida social, por consiguiente, no está condicionada, como en las

hormigas y abejas, por la estructura fisiológica;

aprovechan de ella, por las ventajas que presenta, la ayuda mutua o por los placeres que

proporciona. Y esto, finalmente, se manifiesta en

todos los grados posibles, y la mayor variedad de caracteres individuales y específicos y

la mayor variedad de formas de vida social es su

consecuencia, y para nosotros una prueba más de su generalidad.

La sociabilidad, es decir, la necesidad experimentada por los animales de asociarse con

sus semejantes, el amor a la sociedad por la

sociedad, unido al "goce de la vida", sólo ahora comienza a recibir la debida atención

por parte de los zoólogos. Actualmente sabemos que

todos los animales, comenzando por las hormigas, pasando a las aves y terminando con

los mamíferos superiores, aman los juegos, gustan de

luchar y correr uno en pos de otro, tratando de atraparse mutuamente, gustan de

burlarse, etcétera, y así muchos juegos son, por así decirlo, la

escuela preparatoria para los individuos jóvenes, preparándolos para obrar

convenientemente cuando entren en la madurez; a la par de ellos,

existen también juegos que, aparte de sus fines utilitarios, junto con las danzas y

canciones, constituyen la simple manifestación de un exceso

de fuerzas vitales, "de un goce de la vida", y expresan el deseo de entrar, de un modo u

otro, en sociedad con los otros individuos de su misma

especie, o hasta de otra. Dicho más brevemente, estos juegos constituyen la

manifestación de la sociabilidad en el verdadero sentido de la

palabra, como rasgo distintivo de todo el mundo animal. Ya sea el sentimiento de miedo

experimentado ante la aparición de un ave de rapiña,

o una "explosión de alegría" que se manifiesta cuando los animales están sanos y, en

especial, son jóvenes, o bien sencillamente el deseo de

liberarse del exceso de impresiones y de la fuerza vital bullente, la necesidad de

comunicar sus impresiones a los demás, la necesidad del

juego en común, de parlotear, o simplemente la sensación de la proximidad de otros

seres vivos, parientes, esta necesidad se extiende a toda

la naturaleza; y en tal alto grado como cualquier función fisiológica, constituye el rasgo

característico de la vida y la impresionabilidad en

general. Esta necesidad alcanza su más elevado desarrollo y toma las formas más bellas

en los mamíferos, especialmente en los individuos

jóvenes, y más aún en las aves; pero ella se extiende a toda la naturaleza. Ha sido

detenidamente observada por los mejores naturalistas,

incluyendo a Pierre Huber, aun entre las hormigas; y no hay duda de que esa misma

necesidad, ese mismo instinto, reúne a las mariposas y

otros insectos en, las enormes columnas de que hemos hablado antes.

La costumbre de las aves de reunirse para danzar juntas y adornar los lugares donde se

entregan habitualmente a las danzas probablemente

es bien conocida por los lectores, aunque sea gracias a las páginas que Darwin dedicó a

esta materia en su Origen del Hombre (cap. XIII).

Los visitantes del jardín zoológico de Londres conocen también la glorieta, bellamente

adornada, del "pajarito satinado" construida con ese

mismo fin. Pero esta costumbre de danzar resulta mucho más extendida de lo que antes

se suponía, y W. Hudson, en su obra maestra sobre la

región del Plata, hace una descripción sumamente interesante de las complicadas danzas

ejecutadas por numerosas especies de aves:

rascones, jilgueros, avefrías.

La costumbre de cantar en común que existe en algunas especies de aves, pertenece a la

misma categoría de instintos sociales. En grado

asombro está desarrollada en el chajá sudamericano (Chauna Chavarria, de raza

próxima al ganso) y al que los ingleses dieron el apodo más

prosaico de "copetuda chillona". Estas aves se reúnen, a veces, en enormes bandadas y

en tales casos organizan a menudo todo un

concierto, Hudson las encontró cierta vez en cantidades innumerables, posadas

alrededor de un lago de las Pampas, en bandadas separadas

de unas quinientas aves.

"Pronto -dice- una de las bandadas que se hallaba cercana a mí comenzó a cantar, y este

coro poderoso no cesó durante tres o cuatro

minutos. Cuando hubo cesado, la bandada vecina comenzó el canto, y, a continuación

de ella, la siguiente, y así sucesivamente hasta que llegó

el canto de la bandada que se hallaba en la orilla opuesta del lago, y cuyo sonido se

transmitía claramente por el agua; luego, poco a poco, se

callaron y de nuevo comenzó a resonar a mi lado."

Otra vez el mismo zoólogo tuvo ocasión de observar a una innumerable bandada de

chajás que cubría toda la Ranura, pero esta vez dividida

no en secciones, sino en parejas y en grupos pequeños. Alrededor de. las nueve de la

noche, "de repente toda esta masa de aves, que cubría

los pantanos en millas enteras a la redonda, estalló en un poderoso canto vespertino...

Valía la pena cabalgar un centenar de millas para

escuchar tal concierto".

A la observación precedente se puede agregar que el chajá, como todos los animales

sociales, se domestica fácilmente y se aficiona mucho

al hombre. Dícese que "son aves pacíficas que raramente disputan" a pesar de estar bien

armadas y provistas de espolones bastante

amenazadores en las alas. La vida en sociedad, sin embargo, hace superflua este arma.

El hecho de que la vida social sirva de arma poderosísima en la lucha por la existencia

(tomando este término en el sentido amplio de la

palabra) es confirmado, como hemos visto en las páginas precedentes, por ejemplos

bastante diversos, y de tales ejemplos, si necesario

fuera, se podría citar un número incomparablemente mayor. La vida en sociedad, como

hemos visto, da a los insectos más débiles, a las aves

más débiles y a los mamíferos más débiles, la posibilidad de defenderse de los ataques

de las aves y animales carnívoros más temibles, o

prevenirse de ellos. Ella les asegura la longevidad; da a las especies la posibilidad de

criar una descendencia con el mínimo de desgaste

innecesario de energías y de sostener su número aun en caso de natalidad muy baja;

permite a lo animales gregarios realizar sus migraciones

y encontrar nuevos lugares de residencia. Por esto, aun reconociendo enteramente que la

fuerza, la velocidad, la coloración protectora, la

astucia, y la resistencia al frío y hambre, mencionadas por Darwin y Wallace realmente

constituye cualidades que hacen al individuo o a las

especies más aptos en algunas circunstancias, nosotros, junto con esto, afirmamos que la

sociabilidad es la ventaja más grande en la lucha

por la existencia en todas las circunstancias naturales, sean cuales fueran. Las especies

que voluntaria o involuntariamente reniegan de ella,

están condenadas a. la extinción, mientras que los animales que saben unirse del mejor

modo, tienen mayores oportunidades para subsistir y

para un desarrollo máximo, a pesar de ser inferiores a los otros en cada una de las

particularidades enumeradas por Darwin y Wallace, con

excepción solamente de las facultades intelectuales. Los vertebrados superiores, y en

especial él género humano, sirven como la mejor

demostración de esta afirmación.

En cuanto a las facultades intelectuales desarrolladas, todo darwinista está de acuerdo

con Darwin en que ellas constituyen el instrumento más

poderoso en la lucha por la existencia y la fuerza más poderosa para el desarrollo

máximo; pero debe estar de acuerdo, también, en que las

facultades intelectuales, más aún que todas las otras, están condicionadas en su

desarrollo por la vida social. La lengua, la imitación, la

experiencia acumulada, son condiciones necesarias para el desarrollo de las facultades

intelectuales, y precisamente los animales no

sociables suelen estar desprovistos de ellas. Por eso nosotros encontramos que en la

cima de las diversas clases se hallan animales tales

como la abeja, la hormiga y termita, en los insectos, entre los cuales está altamente

desarrollada la sociabilidad, y con ella, naturalmente, las

facultades intelectuales.

"Los más aptos", los mejor dotados para la lucha con todos los elementos hostiles son,

de tal modo, los animales sociales, de manera que se

puede reconocer la sociabilidad como el factor principal de la evolución progresiva,

tanto indirecto, porque asegura el bienestar de la

especie junto con la disminución del gasto inútil de energía, como directo, porque

favorece el crecimiento de las facultades intelectuales".

Además, es evidente que la vida en sociedad sería completamente imposible sin el

correspondiente desarrollo de los sentimientos sociales,

en especial, si el sentimiento colectivo de justicia (principio fundamental de la moral)

no se hubiera desarrollado y convertido en costumbre. Si

cada individuo abusara constantemente de sus ventajas personales y los restantes no

intervinieran en favor del ofendido, ninguna clase de vida

social sería posible. Por esto, en todos los animales sociales, aunque sea poco, debe

desarrollarse el sentimiento de justicia. Por grande que

sea la distancia de donde vienen las golondrinas o las grullas, tanto las unas como las

otras vuelven cada una al mismo nido que construyeron

o repararon el año anterior. Si algún gorrión perezoso (o joven) trata de apoderarse de

un nido que construye su camarada, o aun robar de él

algunas piajuelas, todo el grupo local de gorriones interviene en contra del camarada

perezoso; lo mismo en muchas otras aves, y es evidente

que, si semejantes intervenciones no fueran la regla general, entonces las sociedades de

aves para el anidamiento serían imposibles. Los

grupos separados de pingüinos tienen su lugar de descanso y su lugar de pesca y no se

pelean por ellos. Los rebaños de ganado cornúpeta

de Australia tienen cada uno su lugar determinado, adonde invariablemente se dirigen

día a día a descansar, etcétera.

Disponemos de gran cantidad de observaciones directas que hablan del acuerdo que

reina entre las sociedades de aves anidadoras, en las

poblaciones de roedores, en los rebaños de herbívoros, etc.; pero por otra parte, sabemos

que son muy pocos los animales sociales que

disputan constantemente entre sí, como hacen las ratas de nuestras despensas, o las

morsas que pelean por el lugar para calentarse al sol en

las riberas que ocupan. La sociabilidad, de tal modo, pone límites a la lucha física y da

lugar al desarrollo de los mejores sentimientos morales.

Es bastante conocido el elevado desarrollo del amor paternal en todas las clases de

animales, sin exceptuar siquiera a los leones y tigres. Y

en cuanto a las aves jóvenes y a los mamíferos, que vemos constantemente en relaciones

mutua!, en sus sociedades reciben ya el máximo

desarrollo, la simpatía, la comunidad de sentimientos y no el amor de sí mismos.

Dejando de lado los actos realmente conmovedores de apego y compasión que se han

observado tanto entre los animales domésticos como

entre los salvajes mantenidos en cautiverio, disponemos de un número suficiente de

hechos plenamente comprobados que testimonian la

manifestación del sentimiento de compasión entre los animales salvajes en libertad.

Max Perty y L. Büchner reunieron no pocos de tales

hechos. El relato de Wood de cómo una marta apareció para levantar y llevarse a una

compañera lastimada. goza de una popularidad

bienmerecida. A la misma categoría de hechos se refiere la conocida observación del

capitán Stanbury, durante su viaje por la altiplanicie de

Utah, en las Montañas Rocosas, citada por Darwin. Stanbury observó a un pelicano

ciego que era alimentado, y bien alimentado, por otros

pelícanos, que le traían pescado desde cuarenta y cinco verstas. H. Weddell, durante su

viaje por Bolivia y Perú, observó más de una vez que,

cuando un rebaño de vicuñas es perseguido por cazadores, los machos fuertes cubren la

retirada del rebaño, separándose a propósito para

proteger a los que se retiran. Lo mismo se observa constantemente en Suiza entre las

cabras salvajes. Casos de compasión de los animales

hacia sus camaradas heridos son constantemente citados por los zoólogos que estudian

la vida de la naturaleza: y sólo ha de asombrarse uno

por la vanagloria del hombre, que desea indefectiblemente apartarse del mundo animal,

cuando se ve que semejantes casos no son

generalmente reconocidos. Además, son perfectamente naturales. La compasión

necesariamente se desarrolla en la vida social. Pero la

compasión, a su vez, indica un progreso general importante en el campo de las

facultades intelectuales y de la sensibilidad. Es el primer paso

hacia el desarrollo de los sentimientos morales superiores, y, a su vez, se vuelve agente

poderoso del máximo desarrollo progresivo, de la

evolución.

Si las opiniones expuestas en las páginas precedentes son correctas, entonces surge,

naturalmente, la cuestión: ¿hasta dónde concuerdan

con la teoría de la lucha por la existencia, de la manera como ha sido desarrollada por

Darwin, Wallace y sus continuadores? Y yo contestaré

brevemente ahora a esta importante cuestión. Ante todo, ningún naturalista dudará de

que la idea de la lucha por la existencia, conducida a

través de toda la naturaleza orgánica, constituye la más grande generalización de

nuestro siglo. La vida es lucha, y en esta lucha sobreviven los

más aptos. Pero, la cuestión reside en esto: ¿llega esta competencia hasta los límites

supuestos por Darwin o, aún, por Wallace? y,

¿desempeñó en el desarrollo del reino animal el papel que se le atribuye?

La idea que Darwin llevó a través de todo su libro sobre el origen de las especies es, sin

duda, la idea de la existencia de una verdadera

competencia, de una lucha dentro de cada grupo animal por el alimento, la seguridad y

la posibilidad de dejar descendencia. A menudo habla

de regiones saturadas de vida animal hasta los límites máximos, y de tal saturación

deduce la inevitabilidad de la competencia, de la lucha

entre los habitantes. Pero si empezamos a buscar en su libro pruebas reales de tal

competencia, debemos reconocer que no existen

testimonios suficientemente convincentes. Si acudirnos al párrafo titulado "La lucha por

la existencia es rigurosísima entre individuos y

variedades de una misma especie", no encontramos entonces en él aquella abundancia

de pruebas y ejemplos que estamos acostumbrados a

encontrar en toda obra de Darwin. En confirmación de la lucha entre los individuos de

una misma especie no se trae, bajo el título arriba citado,

ni un ejemplo; se acepta como axioma. La competencia entre las especies cercanas de

animales es afirmada sólo por cinco ejemplos, de los

cuales, en todo caso, uno (que se refiere a dos especies de mirlos) resulta dudoso, según

las más recientes observaciones, y otro (referente a

las ratas), también suscitará dudas.

Si comenzamos a buscar en Darwin mayores detalles con objeto de convencernos hasta

dónde el crecimiento de una especie realmente está

condicionado por el decrecimiento de otra especie, encontramos que, con su habitual

rectitud, dice él lo siguiente:

"Podemos conjeturar (dimley see) por qué la competencia debe ser tan rigurosa entre las

formas emparentadas que llenan casi un mismo

lugar en la naturaleza; pero, probablemente en ningún caso podríamos determinar con

precisión por qué una especie ha logrado la victoria

sobre otras en la gran batalla de la vida.

En cuanto a Wallace, que cita en su exposición del darwinismo los mismos hechos, pero

bajo el título ligeramente modificado ("La lucha por la

existencia entre los animales y las plantas estrechamente emparentadas a menudo es

rigurosísima"), hace la observación siguiente, que da a

los hechos arriba citados un aspecto completamente distinto. Dice (las cursivas son

mías):

"En algunos casos, sin duda, se libra una verdadera guerra entre dos especies, y la

especie más fuerte mata a la más débil; pero esto de

ningún modo es necesario y pueden darse casos en que especies más débiles físicamente

pueden vencer, debido a su mayor poder de

multiplicación rápida, a la mayor resistencia con respecto a las condiciones climáticas

hostiles o a la mayor astucia que les permite evitar los

ataques de sus enemigos comunes."

De tal manera, en casos semejantes, lo que se atribuye a la competencia, a la lucha,

puede ocurrir que de ningún modo sea competencia ni

lucha. De ningún modo una especie desaparece porque otra especie la ha exterminado o

la ha hecho morir de consunción tomándole los

medios de subsistencia, sino porque no pudo adaptarse bien a nuevas condiciones,

mientras que la otra especie logré hacerlo. La expresión

"lucha por la existencia" tal vez se emplea aquí, una vez más, en su sentido figurado, y

por lo visto no tiene otro sentido. En cuanto a la

competencia real por el alimento entre los individuos de una misma especie que Darwin

ilustró en otro lugar con un ejemplo tomado de la vida

del ganado cornúpeta de América del Sur durante una sequía, el valor de este ejemplo

disminuye significativamente porque ha sido tomado

de la vida de animales domésticos. En circunstancias semejantes, los bisontes emigran

con el objeto de evitar la competencia por el alimento.

Por más rigurosa que sea la lucha entre las plantas -y está plenamente demostrada-,

podemos sólo repetir con respecto a ella la observación

de Wallace: "Que las plantas viven allí donde pueden", mientras que los animales, en

grado considerable, tienen la posibilidad de elegirse ellos

mismos el lugar de residencia. Y nosotros nos preguntamos de nuevo: ¿en qué medida

existe realmente la competencia, la lucha, dentro de

cada especie animal? ¿ En qué está basada esta suposición?

La misma observación tengo que hacer con respecto al argumento "indirecto" en favor

de la realidad de una competencia rigurosa y la lucha

por la existencia dentro de cada especie, que se puede deducir del "exterminio de las

variedades de transición", mencionadas tan a menudo

por Darwin. Lo que pasa es lo siguiente: Como es sabido, durante mucho tiempo ha

confundido a todos los naturalistas, y al mismo Darwin la

dificultad que él veía en la ausencia de una gran cadena de formas intermedias entre

especies estrechamente emparentadas; y sabido es que

Darwin buscó la solución de esta dificultad en el exterminio supuesto por él de todas las

formas intermedias. Sin embargo, la lectura atenta de

los diferentes capítulos en los que Darwin y Wallace habían de esta materia, fácilmente

llevan a la conclusión de que la palabra "exterminio"

empleada por ellos de ningún modo se refiere al exterminio real, y menos aún al

exterminio por falta de alimento y, en general, por la

superpoblación. La observación que hizo Darwin acerca del significado de su expresión:

"lucha por la existencia", evidentemente se aplica en

igual medida también a la palabra "exterminio": la última de ninguna manera puede ser

comprendida en su sentido directo, sino únicamente en

el sentido "metafórico" figurado.

Si partimos de la suposición que una superficie determinada está saturada de animales

hasta los límites máximos de su capacidad, y que,

debido a esto, entre todos sus habitantes se libra una lucha aguda por los medios de

subsistencia indispensables -y en cuyo caso cada animal

está obligado a luchar contra todos sus congéneres para obtener el alimento cotidiano-,

entonces la aparición de una variedad nueva, y que ha

tenido éxito, sin duda consistirá en muchos casos (aunque no siempre) en la aparición

de individuos tales que podrán apoderarse de una parte

de los medios de subsistencia mayor que la que les corresponde en justicia; entonces el

resultado sería realmente que semejantes individuos

condenarían a la consunción tanto a la forma paterna original que no pelee la nueva

modificación, como a todas las formas intermedias que ni

poseyeran la nueva especialidad en el mismo grado que ellos. Es muy posible que al

principio Darwin comprendiera la aparición de las

nuevas variedades precisamente en tal aspecto; por lo menos, el uso frecuente de la

palabra "exterminio" produce tal impresión. Pero tanto él

como Wallace conocían demasiado bien la naturaleza para no ver que de ningún modo

ésta es la única solución posible y necesaria.

Si las condiciones físicas y biológicas de una superficie determinada y también la

extensión ocupada por cierta especie, y el modo de vida de

todos los miembros de esta especie, permanecieron siempre invariables, entonces la

aparición repentina de una variedad realmente podría

llevar a la consunción y al exterminio de todos los individuos que no poseyeran, en la

medida necesaria, el nuevo rasgo que caracteriza a la

nueva variedad. Pero, precisamente, no vemos en la naturaleza semejante combinación

de condiciones, semejante invariabilidad. Cada

especie tiende constantemente a la expansión de su lugar de residencia, y la emigración

a nuevas residencias es regla general, tanto para las

aves di vuelo rápido como para el caracol de marcha lenta. Luego, en cada extensión

determinada de la superficie terrestre, se producen

constantemente cambios físicos, y el rasgo característico de las nuevas variedades entre

los animales en un inmenso número de casos -quizá

en la mayoría- no es de ningún modo la aparición de nuevas adaptaciones para arrebatar

el alimento de la boca de sus congéneres -el

alimento es sólo una de las centenares de condiciones diversas de la existencia-, sino,

como el mismo Wallace demostró en un hermoso

párrafo sobre la divergencia de las caracteres" (Darwinism, página 107), el principio de

la nueva variedad puede ser la formación de nuevas

costumbres, la migración a nuevos lugares de residencia y la transición a nuevas formas

de alimentos.

En todos estos casos, no ocurrirá ningún exterminio, hasta faltará ¡a lucha por el

alimento, puesto que la nueva adaptación servirá para

suavizar la competencia, si la última existiera realmente, y sin embargo, se producirá,

transcurrido cierto tiempo, una ausencia de eslabones

intermedias como resultado de la simple supervivencia de aquéllos que están mejor

adaptados a las nuevas condiciones. Se realizará esto

también, sin duda, como si ocurriera el exterminio de las formas originales supuesto por

la hipótesis. Apenas es necesario agregar que, si

admitimos junto con Spencer, junto con todos los lamarckianos y el mismo Darwin, la

influencia modificadora del medio ambiente en las

especies que viven en él -y la ciencia contemporánea se mueve más y más en esta

dirección-, entonces habrá menos necesidad aún de la

hipótesis del exterminio de las formas intermedias.

La importancia de las migraciones de los animales para la aparición y el afianzamiento

de las nuevas variedades, y, por último, de las nuevas

especies, que señaló Moritz Wagner, ha sido bien reconocida posteriormente por el

mismo Darwin. En realidad, no es raro que parte de los

animales de una especie determinada sean sometidos a nuevas condiciones de vida, y a

veces separados de la parte restante de su especie,

por lo cual aparece y se afianza una nueva raza o variedad. Esto fue reconocido ya por

Darwin, pero las últimas investigaciones subrayaron

aún más la importancia de este factor, y mostraron también de qué modo la amplitud del

territorio ocupado por esta determinada especie a

esta amplitud Darwin, con fundamentos plenos, atribuía gran importancia para la

aparición de nuevas variedades puede estar unida al

aislamiento de cierta parte de una especie determinada, en virtud de los cambios

geológicos locales o la aparición de obstáculos locales.

Entrar aquí a juzgar toda esta amplia cuestión sería imposible, pero bastarán algunas

observaciones para ilustrar la acción combinada de tales

influencias. Corro es sabido, no es raro que parte de una especie determinada recurra a

un nuevo género de alimento. Por ejemplo, si se

produce una escasez de piñas en los bosques de alerces, las ardillas se trasladan a los

pinares, y este cambio de alimento, como señaló

Poliakof, produce cambios fisiológicos determinados en el organismo de esas ardillas.

Si este cambio de costumbres no se prolonga, si al

año siguiente hay otra vez abundancia de piñas en los sombríos bosques de alerces,

entonces, evidentemente, no se forma ninguna variedad

nueva. Pero si parte de la inmensa extensión ocupada por las ardillas empieza a cambiar

de carácter físico, digamos debido a la suavización

del clima, o a la desecación, y estas dos causas facilitaran el aumento de la superficie de

los pinares en desmedro de los bosques de alerces,

y si algunas otras condiciones contribuyeran a hacer que parte de las ardillas se

mantuvieran en los bordes de la región, entonces aparecerá

una nueva variedad, es decir, una especie nueva de ardillas. Pero la aparición de esta

variedad no irá acompañada, decididamente, por nada

que pudiese merecer el nombre, de exterminio entre ardillas. Cada año sobrevivirá una

proporción algo mayor, en comparación con otras, de

ardillas de esta variedad nueva y mejor adaptada, y los eslabones intermedios se

extinguirán en el transcurso del tiempo, de año en año, sin

que sus competidores malthusianos las condenen de ningún modo a muerte por hambre.

Precisamente procesos semejantes se realizan ante

nuestros ojos, debidos a los grandes cambios físicos que se producen en las vastas

extensiones de Asia Central a consecuencia de la

desecación que evidentemente se viene produciendo allí desde el período glacial.

Tomemos otro ejemplo. Ha sido demostrado por los geólogos que el actual caballo

salvaje (Equus Przewalski) es el resultado del lento

proceso de evolución que se realizó en el transcurso de las últimas partes del período

terciario y de todo el cuaternario (el glacial y el

posglacial), y durante el transcurso de esta larga serie de siglos, los antecesores del

caballo actual no permanecieron en ninguna superficie

determinada del globo terrestre. Por lo contrario, erraron por el viejo y el nuevo mundo,

y con toda probabilidad, por último, volvieron

completamente transformados en el curso de sus numerosas migraciones, a los mismos

pastos que dejaron en otros tiempos. De esto resulta

claro que, si no encontramos ahora en Asia todos los eslabones intermedios entre el

caballo salvaje actual y sus ascendientes asiáticos

posterciarios, de ningún modo significa que los eslabones intermedios fueran

exterminados. Semejante exterminio jamás ha ocurrido. Ni

siquiera puede haber tan elevada mortandad entre las especies ancestrales del caballo

actual: los individuos que pertenecían a las variedades

y especies intermedias perecieron en las condiciones más comunes -a menudo aun en

medio de la abundancia de alimento- y sus restos se

hallan dispersos ahora en el seno de la tierra por todo el globo terráqueo. Dicho más

brevemente, si reflexionamos sobre esta materia y

releemos atentamente lo que el mismo Darwin escribió sobre ella, veremos que si

empleamos ya la palabra "exterminio" en relación con las

variedades transitorias, hay que utilizarla una vez más en el sentido metafórico,

figurado.

Lo mismo es menester observar con respecto a expresiones tales como "rivalidad" o

"competencia" (competition). Estas dos expresiones

fueron empleadas también constantemente por Darwin (véase por ejemplo, el capítulo

"Sobre la extinción") más bien como imagen o como

medio de expresión, no dándole el significado de lucha real por los medios de

subsistencia entre las dos partes de una misma especie. En

todo caso, la ausencia de las formas intermedias no constituye un argumento en favor de

la lucha recrudecida y de la competencia aguda por

los medios de subsistencia -de la rivalidad, prolongándose ininterrumpidamente dentro

de cada especie animal- es, según la expresión del

profesor Geddes, el "argumento aritmético" tomado en préstamo a Malthus.

Pero este argumento no prueba nada semejante. Con el mismo derecho podríamos tomar

algunas aldeas del Sureste de Rusia, cuyos

habitantes no han sufrido por la carencia de alimento, pero que, al mismo tiempo, nunca

tuvieron clase alguna de instalaciones sanitarias; y

habiendo observado que en los últimos setenta u ochenta años la natalidad media

alcanza en ellas al 60 por 1.000, y, sin embargo, la

población durante este tiempo no ha aumentado -tengo en mis manos tales hechos

concretos- podríamos quizá llegar a la conclusión de que

un tercio de los recién nacidos muere cada año sin haber llegado al sexto mes de vida; la

mitad de los niños muere en el curso de los cuatro

años siguientes, y de cada centenar de nacidos, sólo 17 alcanzan la edad de veinte años.

De tal modo los recién venidos al mundo se van de

él antes de alcanzar la edad en que pudieran llegar a ser competidores. Es evidente, sin

embargo, que si algo semejante ocurre en el medio

humano. ello es más probable aún entre los animales. Y realmente, en el mundo de los

plumíferos se produce la destrucción de huevos en

medida tan colosal que al principio del verano los huevos constituyen el alimento

principal de algunas especies de animales. No hablo ya de

las tormentas e inundaciones que destruyen por millones los nidos en América y en

Asia, y de los cambios bruscos de tiempo por los cuales

perecen en masa los individuos jóvenes de los mamíferos. Cada tormenta, cada

inundación, cada cambio brusco de temperatura, cada

incursión de las ratas a los nidos de las aves, destruyen a aquellos competidores que

parecen tan terribles en el papel. En cuanto a los hechos

de la multiplicación extremadamente rápida de los caballos y del ganado cornúpeta de

América, y también de los cerdos y de los conejos de

Nueva Zelanda, desde que los europeos los introdujeron en esos países, y aun de los

animales salvajes importados de Europa (donde su

cantidad disminuye por la acción del hombre y no por la de los competidores) es

evidente que más bien contradicen la teoría de la

superpoblación. Si los caballos y el ganado cornúpeto pudieron multiplicarse en

América con tal velocidad, demuestra esto simplemente que,

por numerosos que fueran los bisontes y otros rumiantes en el Nuevo Mundo en

aquellos tiempos, su población herbívora, sin embargo, estaba

muy por debajo de la cantidad que hubiera podido alimentarse en las praderas. Si

millones de nuevos inmigrantes hallaron, no obstante,

alimento suficiente sin obligar a sufrir hambre a la población anterior de las praderas,

deberíamos llegar más bien a la conclusión de que los

europeos hallaron en América una cantidad no excesiva, sino insuficiente de herbívoros,

a pesar de la cantidad increíblemente enorme de

bisontes o de palomas silvestres que fue encontrada por los primeros exploradores de

América del Norte.

Además, me permito decir que existen bases serias para pensar que tal escasez de

población animal constituye la situación natural de las

cosas sobre la superficie de todo el globo terrestre, con pocas excepciones, que son

temporales, a esta regla general. En realidad, la cantidad

de animales existentes en una extensión determinada de la tierra de ningún modo se

determina por la capacidad máxima de abastecimiento

de este espacio, sino por lo que ofrece cada año en las condiciones menos favorables.

Lo importante no es saber cuántos millones de

búfalos, cabras, ciervos, etc., pueden alimentarse en un territorio determinado durante

un verano exuberante y de lluvias moderadas, sino

cuántos sobrevivirán si se produce uno de esos veranos secos en que toda la hierba se

quema, o un verano húmedo en que territorios

semejantes a la. Europa central se convierten en pantanos continuos, como he visto en

la, meseta de Vitimsk- o cuando las praderas y los

bosques se incendian en miles de verstas cuadradas, como hemos visto en Siberia y en

Canadá.

He aquí por qué, debido a esta sola cansa, la competencia, la lucha por el alimento,

difícilmente puede ser condición normal de la vida. Pero,

aparte de esto, otras causas hay que a su vez rebajan aún más este nivel no tan alto de

población. Si tomamos los caballos (y también el

ganado cornúpeta) que pasan todo el invierno pastando en las estepas de la

Transbaikalia, encontramos, al finalizar el invierno, a todos ellos

mira, enflaquecidos y exhaustos. Este agotamiento, por otra parte, no es resultado de la

carencia de alimento, puesto que debajo de la

delgada capa de nieve, por doquier, hay pasto en abundancia: su causa reside el, la

dificultad de extraer el pasto que está debajo de la nieve,

y esta dificultad es la misma para todos los caballos. Además, a principios de la

primavera suele haber escarcha, y si se prolonga ésta

algunos días sucesivos los caballos son víctimas de una extenuación aún mayor. Pero

frecuentemente, a continuación sobrevienen las

nevascas, las tormentas de nieve, y entonces los animales, ya debilitados, suelen verse

obligados a permanecer algunos días completamente

privados de alimento, y por ello caen cantidades muy grandes. Las pérdidas durante la

primavera suelen ser tan elevadas, que si ésta se ha

distinguido por una extrema crudeza no pueden ser reparadas ni aún por el nuevo

aumento, tanto más cuanto que todos los caballos suelen

estar agotados y los potrillos nacen débiles. La cantidad de caballos y de ganado

cornúpeto siempre se mantiene, de tal modo,

considerablemente inferior al nivel en que podrían mantenerse si no existiera esta causa

especial: la primavera fría y tormentosa. Durante todo

el año hay alimento en abundancia: alcanzaría para una cantidad de animales cinco o

diez veces mayor de la que existe In realidad; y sin

embargo, la población animal de las estepas crece forma extremadamente lenta, pero

apenas los buriatos, amos del gana y de los rebaños de

caballos, comienzan a hacer aun la más insignificante provisión de heno en las estepas,

y les permiten el acceso durante la escarcha o las

nieves profundas, inmediatamente se observará el aumento de sus rebaños.

En las mismas condiciones se encuentran casi todos los animales herbívoros que viven

en libertad, y muchos roedores de Asia y América; por

eso podemos afirmar con seguridad que su número no se reduce por obra de la rivalidad

y de la lucha mutua; que en ninguna época tienen

que, luchar por alimentos: y que si nunca se reproducen hasta llegar al grado de

superpoblación, la razón reside en el clima, y no en la lucha

mutua por el alimento.

La importancia en la naturaleza de los obstáculos naturales a la reproducción excesiva:

y en especial su relación con la hipótesis de la

Competencia, aparentemente nunca fue tomada todavía en consideración en la medida

debida. Estos obstáculos, o, más exactamente,

algunos de ellos se citan de paso, pero, hasta ahora, no se ha examinado en detalle su

acción. Sin embargo, si se compara la acción real de

las causas naturales sobre la vida de las especies animales, con la acción posible de la

rivalidad dentro de las especies, debemos reconocer

en seguida que la última no soporta ninguna comparación con la anterior. Así, por

ejemplo, Bates menciona la cantidad sencillamente

inimaginable de hormigas aladas que perecen cuando enjambran. Los cuerpos muertos o

semimuertos de la hormiga de fuego (Myrmica

saevissima), arrastrados al río durante una tormenta, "presentaban una línea de una

pulgada o dos de alto y de la misma anchura, y la línea se

extendía sin interrupción en la extensión de algunas millas, al borde del agua". Miríadas

de hormigas suelen ser destruidas de tal modo, en

medio de una naturaleza que podría alimentar mil veces más hormigas de las que vivían

entonces en este lugar.

El Dr. Altum, forestal alemán que escribió un libro muy instructivo los animales

dañinos a nuestros bosques, aporta también muchos hechos

que demuestran la gran importancia de los obstáculos naturales a la multiplicación

excesiva. Dice que una sucesión de tormentas o el tiempo

frío y neblinoso durante la enjumbrazón de la polilla de pino (Bombyx Pini), la destruye

en cantidades inverosímiles, y en la primavera del año

1871 todas estas polillas desaparecieron de golpe, probablemente destruidas por una

sucesión de noches frías. Se podrían citar ejemplos

semejantes, relativos a los insectos de diferentes partes de Europa. El Dr. Altum

también menciona las aves que devoran a las y la enorme

cantidad de huevos de este insecto destruidos por los zorros; pero agrega que los hongos

parásitos que la atacan periódicamente son

enemigos de la polilla considerablemente más terribles que cualquier ave, puesto que

destruyen a la polilla de golpe, en una extensión enorme.

En cuanto a las diferentes especies de ratones (Mus sylvaticus, Arvicola orvalis, y

Aeagretis) Altum, exponiendo una larga lista de sus

enemigos, observa: "Sin embargo, los enemigos más terribles de los ratones no son los

otros animales, sino los cambios bruscos de tiempo

que se producen casi todos los años". Si las heladas y el tiempo templado se alternan,

destruyen a los ratones en cantidades innumerables;

"un solo cambio brusco de tiempo puede dejar, de muchos miles de ratones, nada más

que algunos individuos vivos". Por otra parte, un

invierno templado, o un invierno que avanza paulatinamente, les da la posibilidad de

multiplicarse en proporciones amenazantes, a pesar de

cualesquiera enemigos; así fue en los años 1876 y 1877. La rivalidad es, de tal modo,

con respecto a los ratones, un factor completamente

insignificante en comparación con el tiempo. Hechos del mismo género son citados por

el mismo autor también con respecto a las ardillas.

En cuanto a las aves, todos sabemos bien cómo sufren por los cambios bruscos de

tiempo. Las nevascas a fines de la primavera son tan

ruinosas para las aves en los pantanos de Inglaterra como en la Siberia y Ch. Dixon tuvo

ocasión de ver a las gelinotas reducidas por el frío de

inviernos excepcionalmente crudos, a tal extremo, que abandonaban lugares salvajes en

grandes cantidades "y conocemos casos en que eran

cogidas en las calles de Sheffield". El tiempo húmedo y prolongado -agrega- es también

casi desastroso para ellas".

Por otra parte, las enfermedades contagiosas que afectan de tiempo en tiempo a la

mayoría de las especies animales, las destruyen en tal

cantidad que a menudo las pérdidas no pueden ser repuestas durante muchos años, ni

aun entre los animales que se multiplican más

rápidamente. Así por ejemplo, allá por el año 40, los susliki súbitamente desaparecieron

de los alrededores de Sarepta, en la Rusia

suroriental, debido a cierta epidemia, y durante muchos años no fue posible encontrar en

estos lugares ni un susliki. Pasaron muchos años

antes de que se multiplicaran como anteriormente.

Se podría agregar en cantidad hechos semejantes, cada uno de los cuales disminuye la

importancia atribuida a la competencia y a la lucha

dentro de la especies. Naturalmente, se podría contestar con las palabras de Darwin, de

que, sin embargo, cada ser orgánico, "en cualquier

periodo de su vida, en el transcurso de cualquier estación del año, en cada generación, o

de tiempo en tiempo, debe luchar por la existencia y

sufrir una gran destrucción", y de que sólo los más aptos sobrevivan a tales períodos de

dura lucha por la existencia. Pero si la evolución del

mundo animal estuviera basada exclusivamente, o aun preferentemente en la

supervivencia de los más aptos en períodos de calamidades, si

la selección natural estuviera limitada en su acción a los períodos de sequía excepcional,

o cambios bruscos de temperatura o inundaciones,

entonces la regla general en el mundo animal seria la regresión, y no el progreso.

Aquellos que sobreviven al hambre, o a una epidemia severa de cólera, viruela o

difteria, que diezman en tales medidas como las que se

observan en países incivilizados, de ninguna manera son ni más fuertes, ni más sanos ni

más inteligentes. Ningún progreso podría basarse

sobre semejantes supervivencias, tanto más cuanto que todos los que han sobrevivido

ordinariamente salen de la experiencia con la salud

quebrantada, como los caballos de Transbaikalia que hemos mencionado antes, o las

tripulaciones de los barcos árticos, o las guarniciones

de las fronteras obligadas a vivir durante algunos meses a media ración y que, al

levantarse el sitio, salen con la salud destrozada y con una

mortalidad completamente anormal como consecuencia. Todo lo que la selección

natural puede hacer en los períodos de calamidad se reduce

a la conservación de los individuos dotados de una mayor resistencia para soportar toda

clase de privaciones. Tal es el papel de la selección

natural entre los caballos siberianos y el ganado cornúpeto. Realmente se distinguen por

su resistencia; pueden alimentarse, en caso de

necesidad, con abedul polar, pueden hacer frente al frío y al hambre, pero, en cambio, el

caballo siberiano sólo puede llevar la mitad de la

carga que lleva el caballo europeo sin esfuerzo; ninguna vaca siberiana da la mitad de la

cantidad de leche que da la vaca Jersey, y ningún

indígena de los países salvajes soporta la comparación con los europeos. Esos indígenas

pueden resistir más fácilmente el hambre y el frío,

pero sus fuerzas físicas son considerablemente inferiores a las fuerzas del europeo que

se alimenta bien, y su progreso intelectual se produce

con una lentitud desesperante. "Lo malo no puede engendrar lo bueno", como escribió

Chemishevsky en un ensayo notable consagrado al

darwinismo.

Por fortuna, la competencia no constituye regla general ni para el mundo animal ni para

la humanidad. Se limita, entre los animales, a períodos

determinados, y la selección natural encuentra mejor terreno para su actividad. Mejores

condiciones para la selección progresiva son creadas

por medio de la eliminación de la competencia, por medio de la ayuda mutua y del

apoyo mutuo. En la gran lucha por la existencia -por la

mayor plenitud e intensidad de vida posible con el mínimo de desgaste innecesario de

energía- la selección natural busca continuamente

medios, precisamente con el fin de evitar la competencia en cuanto sea posible. Las

hormigas se unen en nidos y tribus; hacen provisiones,

crían "vacas" para sus necesidades, y de tal modo evitan la competencia; y la selección

natural escoge de todas las hormigas aquella

especies que mejor saben evitar la competencia intestina, con sus consecuencias

perniciosas inevitables. La mayoría de nuestras aves se

trasladan lentamente al Sur, a medida que avanza el invierno, o se reúnen en sociedades

innumerables y emprenden viajes largos, y de tal

modo evitan la competencia. Muchos roedores se entregan al sueño invernal cuando

llega la época de la posible competencia, otras razas de

roedores se proveen de alimento para el invierno y viven en común en grandes

poblaciones a fin de obtener la protección necesaria durante el

trabajo. Los ciervos, cuando los líquenes se secan en el interior del continente emigran

en dirección del mar. Los búfalos atraviesan

continentes inmensos en busca de alimento abundante. Y las colonias de castores,

cuando se reproducen demasiado en un río, se dividen en

dos partes: los viejos descienden el río, y los jóvenes lo remontan, para evitar la

competencia. Y si, por último, los animales no pueden

entregarse al sueño invernal ni emigrar, ni hacer provisiones de alimentos, ni cultivar

ellos mismos el alimento necesario como hacen las

hormigas, entonces se portan como los paros (véase la hermosa descripción de Wallace

en Darwinism; cap. V); a saber: recurren a una nueva

clase de alimento, y, de tal modo, una vez más, evitan incompetencias.

"Evitad la competencia. Siempre es dañina para la especie, y vosotros tenéis abundancia

de medios para evitarla". Tal es la tendencia de la

naturaleza, no siempre realizable por ella, pero siempre inherente a ella. Tal es la

consigna que llega hasta nosotros desde los matorrales.

bosques, ríos y océanos. "Por consiguiente: ¡Uníos! ¡Practicad la ayuda mutua! Es el

medio más justo para garantizar la seguridad máxima

tanto para cada uno en particular como para todos en general; es la mejor garantía para

la existencia y el progreso físico, intelectual y moral".

He aquí lo que nos enseña la naturaleza; y esta voz suya la escucharon todos los

animales que alcanzaron la más elevada posición en sus

clases respectivas. A esta misma orden de la naturaleza obedeció el hombre -el más

primitivo- y sólo debido a ello alcanzó la posición que

ocupa ahora. Los capítulos siguientes, consagrados a la ayuda mutua en las sociedades

humanas, convencerán al lector de la verdad de esto.

CAPITULO III: LA AYUDA MUTUA ENTRE LOS SALVAJES

Hemos considerado rápidamente, en los dos capítulos precedentes, el enorme papel de

la ayuda mutua y del apoyo mutuo en el desarrollo

progresivo del mundo animal. Ahora tenemos que echar una mirada al papel que los

mismos fenómenos desempeñaron en la evolución de la

humanidad. Hemos visto cuán insignificante es el número de especies animales que

llevan una vida solitaria, y, por lo contrario, cuán

innumerables la cantidad de especies que viven en sociedades, uniéndose con fines de

defensa mutua, o bien para cazar y acumular

depósitos de alimentos, para criar la descendencia o, simplemente, para el disfrute de la

vida en común. Hemos visto, también, que aunque la

lucha que se libra entre las diferentes clases de animales, diferentes especies, aun entre

los diferentes grupos de la misma especie, no es

poca, sin embargo, hablando en general, dentro del grupo y de la especie reinan la paz y

el apoyo mutuo; y aquellas especies que poseen

mayor inteligencia para unirse y evitar la competencia y la lucha, tienen también

mejores oportunidades para sobrevivir y alcanzar el máximo

desarrollo progresivo. Tales especies florecen mientras que las especies que desconocen

la sociabilidad van a la decadencia.

Evidente es que el hombre seria la contradicción de todo lo que sabemos de la

naturaleza si fuera la excepción a esta regla general: si un ser

tan indefenso como el hombre en la aurora de su existencia hubiera hallado protección y

un camino de progreso, no en la ayuda mutua, como

en los otros animales, sino en la lucha irrazonada por ventajas personales, sin prestar

atención a los intereses de todas las especies. Para

toda inteligencia identificada con la idea de la unidad de la naturaleza, tal suposición

parecerá completamente inadmisible. Y sin embargo, a

pesar de su inverosimilitud y su falta de lógica, ha encontrado siempre partidarios.

Siempre hubo escritores que han mirado a la humanidad

como pesimistas. Conocían al hombre, más o menos superficialmente, según su propia

experiencia personal limitada: en la historia se

limitaban al conocimiento de lo que nos contaban los cronistas que siempre han

prestado atención principalmente a las guerras, a las

crueldades, a la opresión; y estos pesimistas llegaron a la conclusión de que la

humanidad no constituye otra cosa que una sociedad de seres

débilmente unidos y siempre dispuestos a pelearse entre sí, y que sólo la intervención de

alguna autoridad impide el estallido de una contienda

general.

Hobbes, filósofo inglés del siglo XVII, el primero después de Bacon que se decidió a

explicar que las concepciones morales del hombre no

habían nacido de las sugestiones religiosas, se colocó, como es sabido, precisamente en

tal punto de vista. Los hombres primitivos, según su

opinión, vivían en una eterna guerra intestina, hasta que aparecieron entre ellos los

legisladores, sabios y poderosos que asentaron el principio

de la convivencia pacífica.

En el siglo XVIII, naturalmente, había pensadores que trataron de demostrar que en

ningún momento de su existencia -ni siquiera en el período

más primitivo- vivió la humanidad en estado de guerra ininterrumpida, que el hombre

era un ser social aún en "estado natural" y que más bien

la falta de conocimientos que las malas inclinaciones naturales llevaron a la humanidad

a todos los horrores que caracterizaron su vida

histórica pasada. Pero, los numerosos continuadores de Hobbes prosiguieron, sin

embargo, sosteniendo que el llamado "estado natural" no

era otra cosa que una lucha continua entre los hombres agrupados casualmente por las

inclinaciones de su naturaleza de bestia.

Naturalmente, desde la época de Hobbes la ciencia ha hecho progresos y nosotros

pisamos ahora un terreno más seguro que el que pisaba

él, o el que pisaban en la época de Rousseau. Pero la filosofía de Hobbes aún ahora

tiene bastantes adoradores, y en los últimos tiempos se

ha formado toda una escuela de escritores que, armados, no tanto de las ideas de Darwin

como de su terminología, se han aprovechado de

esta última para predicar en favor de las opiniones de Hobbes sobre el hombre

primitivo; y consiguieron hasta dar a esta prédica un cierto aire

de apariencia científica. Huxley, como es sabido, encabezaba esta escuela, y en su

conferencia, leída en el año 1888, presentó a los hombres

primitivos como algo a modo de tigres o leones, desprovistos, de toda clase de

concepciones sociales, que no se detenían ante nada en la

lucha por la existencia, y cuya vida entera transcurría en una -"pendencia continua".

"Más allá de los límites familiares orgánicos y temporales,

la guerra hobbesiana de cada uno contra todos era -dice- el estado normal de su

existencia".

Ha sido observado más de una vez que el error principal de Hobbes, y en general de los

filósofos del siglo XVIII, consistía en que se

representaban el género humano primitivo en forma de pequeñas familias nómadas, a

semejanza de las familias -limitadas y temporales" de

los animales carnívoros algo más grandes. Sin embargo, se ha establecido ahora

positivamente que semejante hipótesis es por completo

incorrecta. Naturalmente, no tenemos hechos directos que testimonien el modo de vida

de los primeros seres antropoides. Ni siquiera la

época de la primera aparición de tales seres está aún establecida con precisión, puesto

que los geólogos contemporáneos están inclinados a

ver sus huellas ya en los depósitos plicénicos y hasta en los miocénicos del período

terciario. Pero tenemos a nuestra disposición el método

indirecto, que nos da la posibilidad de iluminar hasta cierto grado aun ese período

lejano. Efectivamente, durante los últimos cuarenta años se

han hecho investigaciones muy cuidadosas de las instituciones humanas de las razas

más inferiores, y estas investigaciones revelaron, en las

instituciones actuales de los pueblos primitivos, las huellas de instituciones más

antiguas, hace mucho desaparecidas, pero que, sin embargo,

dejaron signos indudables de su existencia. Poco a poco, una ciencia entera, la

etnología, consagrada al desarrollo de las instituciones

humanas, fue creada por los trabajos de Bachofen, Mac Lennan, Morgan, Edward B.

Tylor, Maine, Post, Kovalevsky y muchos otros. Y esta

ciencia ha establecido ahora, fuera de toda duda, que la humanidad no comenzó su vida

en forma de pequeñas familias solitarias.

La familia no sólo no fue la forma primitiva de organización, sino que, por lo contrario,

es un producto muy tardío de la evolución de la

humanidad. Por más lejos que nos remontemos en la profundidad de la historia más

remota del hombre, encontramos por doquier que los

hombres vivían ya en sociedades, en grupos, semejantes a los rebaños de los mamíferos

superiores. Fue necesario un desarrollo muy lento y

prolongado para llevar estas sociedades hasta la organización del grupo (o clan), que a

su vez debió sufrir otro proceso de desarrollo también

muy prolongado, antes de que pudieran aparecer los primeros gérmenes de la familia,

polígama o monógama.

Sociedades, bandas, clanes, tribus -y no la familia- fueron de tal modo la forma

primitiva de organización de la humanidad y sus antecesores

más antiguos. A tal conclusión llegó la etnología, después de investigaciones

cuidadosas, minuciosas. En suma, esta conclusión podrían

haberla predicho los zoólogos, puesto que ninguno de los mamíferos superiores, con

excepción de bastantes pocos carnívoros y algunas

especies de monos que indudablemente se extinguen (orangutanes y gorilas), viven en

pequeñas familias, errando solitarias por los bosques.

Todos los otros viven en sociedades y Darwin comprendió también que los monos que

viven aislados nunca podrían haberse desarrollado en

seres antropoides, y estaba inclinado a considerar al hombre como descendiente de

alguna especie de mono, comparativamente débil, pero

indefectiblemente social, como el chimpancé, y no de una especie más fuerte, pero

insociable, como el gorila. La zoología y la paleontología

(ciencia del hombre más antiguo) llegan, de tal modo, a la misma conclusión: la forma

más antigua de la vida social fue el grupo, el clan y no la

familia. Las primeras sociedades humanas simplemente fueron un desarrollo mayor de

aquellas sociedades que constituyen la esencia misma

de la vida de los animales superiores.

Si pasamos ahora a los datos positivos, veremos que las huellas más antiguas del

hombre, que datan del período glacial o posglacial más

remoto, presentan pruebas indudables de que el hombre vivía ya entonces en

sociedades. Muy raramente suele encontrarse un instrumento de

piedra aislado, aun en la edad de piedra más antigua; por el contrario, donde quiera que

se ha encontrado uno o dos instrumentos de piedra,

pronto se encontraron allí otros, casi siempre en cantidades muy grandes. En aquellos

tiempos en que los hombres vivían todavía en cavernas

o en las hendiduras de las rocas, como en Hastings, o solamente se refugiaban bajo las

rocas salientes, junto con mamíferos desde entonces

desaparecidos, y apenas sabían fabricar hachas de piedra de la forma más tosca, ya

conocían las ventajas de la vida en sociedad. En

Francia, en los valles de los afluentes del Dordogne, toda la superficie de las rocas está

cubierta, de tanto en tanto, de cavernas que servían de

refugio al hombre paleolítico, es decir, al hombre de la edad de piedra antigua. A veces

las viviendas de las cavernas están dispuestas en

pisos, y, sin duda, recuerdan más los nidos de una colonia de golondrinas que la

madriguera de animales de presa. En cuanto a los

instrumentos de sílice hallados en estas cavernas, según la expresión de Lubbock, "sin

exageración puede decirse que son innumerables". Lo

mismo es verdad con respecto a todas las otras estaciones paleolíticas. A juzgar por las

exploraciones de Lartet, los habitantes de la región

de Aurignac, en el sur de Francia, organizaban festines tribales en los entierros de sus

muertos. De tal modo, los hombre vivían en sociedades,

y en ellas aparecieron los gérmenes del rito religioso tribal, ya en aquella época muy

lejana, en la aurora de la aparición de los primeros

antropoides.

Lo mismo se confirma, con mayor abundancia aún de pruebas respecto al periodo

neolítico, más reciente, de la edad de piedra. Las huellas

del hombre se encuentran aquí en enormes cantidades, de modo que por ellas se pudo

reconstituir en grado considerable toda su manera de

vivir. Cuando la capa de hielo (que en nuestro hemisferio debía extenderse de las

regiones polares hasta el centro de Francia, Alemania y

Rusia, y cubría el Canadá y también una parte considerable del territorio ocupado ahora

por los Estados Unidos), comenzó a derretirse, las

superficies libradas del hielo se cubrieron primero de ciénagas y pantanos, y luego de

innumerables lagos.

En aquella época los lagos, evidentemente, llenaban las depresiones y los

ensanchamientos de los valles antes de que las aguas cavaran los

cauces permanentes, que en la época siguiente se convirtieron en nuestros ríos. Y

dondequiera nos dirijamos ahora, a Europa, Asia o

América, encontramos que las orillas de los innumerables lagos de este periodo -que

con justicia deberíase llamar período lacustre-, están

cubiertas de huellas del hombre neolítico. Estas huellas son tan numerosas que sólo

podemos asombrarnos de la densidad de la población en

aquella época. En las terrazas que ahora marcan las orillas de los antiguos lagos, las

"estaciones" del hombre neolítico se siguen de cerca, y

en cada una de ellas se encuentran instrumentos de piedra en tales cantidades que no

queda ni la menor duda de que durante un tiempo muy

largo estos lugares fueron habitados por tribus de hombres bastante numerosas' Talleres

enteros de instrumentos de sílice que, a su vez,

atestiguan la cantidad de trabajadores que se reunían en un lugar, fueron descubiertos

por los arqueólogos.

Hallamos los rastros de un período más avanzado, caracterizado ya por el uso de

productos de alfarería, en los llamados "desechos culinarios"

de Dinamarca. Como es sabido, estos montones de conchas, de 5 a 10 pies de espesor,

de 100 a 200 pies de anchura y 1.000 y más pies de

longitud, están tan extendidos en algunos lugares del litoral marítimo de Dinamarca que

durante mucho tiempo fueron considerados como

formaciones naturales. Y, sin embargo, se componen "exclusivamente de los materiales

que fueron usados de un modo u otro por el hombre",

y están de tal modo repletos de productos del trabajo humano, que Lubbock, durante

una estancia de sólo dos días en Milgaard, halló 191

piezas de instrumentos de piedra y cuatro fragmentos de productos de alfarería. Las

medidas mismas y la extensión de estos montones de

restos culinarios prueban que, durante muchas y muchas generaciones, en las orillas de

Dinamarca se asentaron centenares de pequeñas

tribus o clanes que sin ninguna duda vivían tan pacíficamente entre sí como viven ahora

los habitantes de Tierra del Fuego, quienes también

acumulan ahora semejantes montones de conchas y toda clase de desechos.

En cuanto a las construcciones lacuestres de Suiza, que representan un grado muy

avanzado en el camino de la civilización, constituyen aún

mejores pruebas de que sus habitantes vivían en sociedades y trabajaban en común.

Sabido es que, ya en la edad de piedra, las orillas de los

lagos suizos estaban sembradas de series de aldeas, compuestas de varias chozas,

construidas sobre una plataforma sostenida por

numerosos pilotes clavados en el fondo del lago. No menos de veinticuatro aldeas, la

mayoría de las cuales pertenecían a la edad de piedra,

fueron descubiertas en los últimos años en las orillas del lago de Ginebra, treinta y dos

en el lago Costanza, y cuarenta y seis en el lago de

Neufehatel, etc., cada una como testimonio de la inmensa cantidad de trabajo realizado

en común, no por la familia, sino por la tribu entera.

Algunos investigadores hasta suponen que la vida de estos habitantes de los lagos estaba

en grado notable libre de choques bélicos; y esta

hipótesis es muy probable si se toma en consideración la vida de las tribus primitivas,

que aún ahora viven en aldeas semejantes, construidas

sobre pilotes a orillas del mar.

Se desprende de tal modo, aun del breve esbozo precedente, que al final de cuenta,

nuestros conocimientos del hombre primitivo de ningún

modo son tan pobres, y en todo caso refutan más que confirman las hipótesis de Hobbes

y de sus continuadores contemporáneos. Además,

pueden ser completadas en medida considerable si se recurre a la observación directa de

las tribus primitivas que en el presente se hallan

todavía en el mismo nivel de civilización en que estaban los habitantes de Europa en los

tiempos prehistóricos.

Ya ha sido plenamente probado por Ed. B. Tylor y J. Lubbock que los pueblos

primitivos que existen ahora de ningún modo representan -como

afirmaron algunos sabios- tribus que han degenerado y que en otros tiempos han

conocido una civilización más elevada, que luego perdieron.

Por otra parte, a las pruebas alegadas contra la teoría de la degeneración se puede

agregar todavía lo siguiente: con excepción de pocas

tribus que se mantienen en las regiones montañosas poco accesibles, los llamados

"salvajes" ocupan una zona que rodea a naciones más o

menos civilizadas, preferentemente los extremos de nuestros continentes, que en su

mayor parte conservaron hasta ahora el carácter de la

época posglacial antigua o que hace poco aún lo tenía. A estos pertenecen los

esquimales y sus congéneres en Groenlandia, América Artica y

Siberia Septentrional, y en el hemisferio Sur, los indígenas australianos, papúes, los

habitantes de Tierra de Fuego y, en parte, los

bosquímanos; y en los límites de la extensión ocupada por pueblos más o menos

civilizados, semejantes tribus primitivas se encuentran sólo

en el Himalaya, en las tierras altas del Sureste de Asia y en la meseta brasileña. No se

debe olvidar que el periodo glacial no terminó de golpe

en toda la superficie del globo terrestre; se prolonga hasta ahora en Groenlandia. Debido

a esto, en la época en que las regiones litorales del

océano Indico, del mar Mediterráneo, del golfo de México gozaban ya de un clima más

templado y en ellos se desarrollaba una civilización

más elevada, inmensos territorios de Europa Central, Siberia y América del Norte, y

también de la Patagonia, Sur del Africa, Sureste de Asia y

Australia, permanecían todavía en las condiciones del período posglacial antiguo, que

las hicieron inhabitables para las naciones civilizadas de

la zona tórrida y templada. En esa época, las zonas citadas constituían algo así como los

actuales y terribles "urman" de la Siberia del

Noroeste, y su población, inaccesible a la civilización y no tocada por ella, conservó el

carácter del hombre posglacial antiguo.

Solamente más tarde, cuando la desecación hizo estos territorios más aptos para la

agricultura, comenzaron a poblarse de inmigrantes más

civilizados; y entonces, parte de los habitantes anteriores se fundieron poco a poco con

los nuevos colonos, mientras que otra parte se retiraba

más y más lejos en dirección a las zonas subglaciales y se asentaba en los lugares donde

los encontramos ahora. Los territorios habitados por

ellos en el presente conservaron hasta ahora, o conservaban hasta una época no muy

lejana, en su aspecto físico, un carácter casi glacial; y las

artes y los instrumentos de sus habitantes hasta ahora no salieron aún del período

neolítico, es decir, la edad de piedra posterior. Y a pesar de

las diferencias de raza y de la extensión que separa estas tribus entre sí, su modo de vida

y sus instituciones sociales son asombrosamente

parecidos.

Por esto podemos considerar a estos "salvajes" como resto de la población del

posglacial antiguo.

Lo primero que nos asombra, no bien comenzamos a estudiar a los pueblos primitivos,

es la complejidad de la organización de las relaciones

maritales en que viven. En la mayoría de ellos, la familia, en el sentido como la

comprendemos nosotros, existe solamente en estado

embrionario. Pero al mismo tiempo, los "salvajes" de ningún modo constituyen "una

turba de hombres y mujeres poco unidos entre sí, que se

reúnen desordenadamente bajo la influencia de caprichos del momento". Todos ellos,

por el contrario, se someten a una organización

determinada, que Luis Morgan describió en sus rasgos típicos y llamó organización

"tribalo de clan".

Exponiendo brevemente esta materia, muy amplia, podemos decir que actualmente no

existen más dudas sobre el hecho de que la

humanidad, en el principio de su existencia, ha pasado por la etapa de las relaciones

conyugales que puede llamarse "matrimonio tribal o

comunal"; es decir, los hombres o las mujeres, en tribus enteras, vivían entre sí como

los maridos con sus esposas, prestando muy poca

atención al parentesco sanguíneo. Pero es indudable también que algunas restricciones a

estas relaciones entre los sexos fueron establecidas

por la costumbre ya en un período muy antiguo. Las relaciones conyugales fueron

pronto prohibidas entre los hijos de una misma madre y la

hermana de ella, sus nietas y tías. Mas tarde tales relaciones fueron prohibidas entre los

hijos e hijas de una misma madre, y siguieron pronto

otras restricciones.

Poco a poco se desarrolló la idea de clan (gens) que abarcaba a todos los descendientes

reales o supuestos de una raíz común (más bien a

todos los unidos en un grupo de clan por el supuesto parentesco). Y cuando el clan se

multiplicó por la subdivisión en algunos clanes, cada uno

de los cuales se dividía, a su vez, en clases (habitualmente en cuatro clases), el

matrimonio era permitido sólo entre clases determinadas,

estrictamente definidas. Se puede observar un estado semejante aun ahora entre los

indígenas de Australia, sus primeros gérmenes

aparecieron en la organización de clan. La mujer hecha prisionera durante la guerra con

cualquier otro clan, en un período más tardío, el que la

había tomado prisionera la guardaba para sí, bajo la observación, además, de

determinados deberes hacia el clan. Podía ser ubicada por él

en una cabaña separada después de haber pagado ella cierto género de tributo a cada

miembro del clan; entonces ella podía fundar dentro

del clan una familia separada, cuya aparición evidentemente, abrió una nueva fase de la

civilización. Pero en ningún caso la esposa que

asentaba la base de la familia especialmente patriarcal podía ser tomada de su propio

clan. Podía provenir solamente de un clan extraño.

Si consideramos que esta organización compleja se ha desarrollado entre hombres que

ocupaban los peldaños más bajos de desarrollo que

conocemos, y que se mantuvo en sociedades que no conocían más autoridad que la

autoridad de la opinión pública, comprenderemos en

seguida cuán profundamente arraigados debían estar los instintos sociales en la

naturaleza humana hasta en los peldaños más bajos de su

desarrollo. El salvaje, que podía vivir en tal organización, sometiéndose por propia

voluntad a las restricciones que constantemente chocaban

con sus deseos personales, naturalmente no se parecía a un animal desprovisto de todo

principio ético y cuyas pasiones no conocían freno.

Pero este hecho se hace aún más asombroso si tomamos en consideración la antigüedad

inconmensurablemente lejana de la organización de

clan.

Actualmente es sabido que los semitas primitivos, los griegos de Homero, los romanos

prehistóricos, los germanos de Tácito, los antiguos

celtas y eslavos, pasaron todos por el período de organización de clan de los

australianos, los indios pieles rojas, esquimales y otros

habitantes del "cinturón de salvajes".

De tal modo, debemos admitir una de dos: o bien el desarrollo de las costumbres

conyugales, por algunas razones, se encaminó en una

misma dirección en todas las razas humanas; o bien los rudimentos de las restricciones

de clan se desarrollaron entre algunos antepasados

comunes que fueron el tronco genealógico de los semitas, arios, polinesios, etc., antes

de que estos antepasados se dividieran en razas

separadas, y estas restricciones se conservaron hasta el presente entre razas que mucho

ha se separaron de la raíz común. Ambas

posibilidades, en igual grado, señalan, sin embargo, la asombrosa tenacidad de esta

institución -tenacidad que no pudo destruir durante

muchas decenas de milenios ningún atentado que contra ella perpetrara el individuo-.

Pero la misma fuerza de la organización del clan

demuestra hasta dónde es falsa la opinión en virtud de la cual se representa a la

humanidad primitiva en forma de una turba desordenada de

individuos que obedecen sólo a sus propias pasiones y que se sirve cada uno de su

propia fuerza personal y su astucia para imponerse a

todos los otros. El individualismo desenfrenado es manifestación de tiempos más

modernos, pero de ninguna manera era propio del hombre

primitivo.

Pasando ahora a los salvajes existentes en el presente, podemos comenzar con los

bosquímanos, que ocupan un peldaño muy bajo de

desarrollo, tan bajo que ni siquiera tienen viviendas y duermen en cuevas cavadas en la

tierra o, simplemente, bajo la cubierta de ligeras

mamparas de hierbas y ramas que los protegen del viento. Es sabido que cuando los

europeos comenzaron a colonizar sus territorios y

destruir enormes rebaños salvajes de ciervos que pacían hasta entonces en las llanuras,

los bosquímanos comenzaron a robar ganado

cornúpeta a los colonos, y estos emigrantes iniciaron entonces una guerra desesperada

contra aquéllos; comenzaron a exterminarlos con una

bestialidad de la que prefiero no hablar aquí. Quinientos bosquímanos fueron

exterminados de tal modo en 1774; en los años 1801 - 1809, la

unión de granjeros destruyó tres mil, etc. Los exterminaban como a ratas, dejándoles

carne envenenada, a estos hombres llevados al hambre,

o los cazaban a tiros como bestias, emboscándose detrás del cadáver de un animal

puesto como cebo; los mataban donde los encontraban.

De tal modo, nuestro conocimiento de los bosquímanos, recibido, en la mayoría de los

casos de los mismos que los exterminaban, no puede

destacarse por una especial simpatía. Sin embargo, sabemos que durante la aparición de

los europeos, los bosquímanos vivían en pequeños

clanes que a veces se reunían en federaciones; que cazaban en común y se repartían la

presa, sin peleas ni disputas; que nunca abandonaban

a los heridos y demostraban un sólido afecto hacia sus camaradas. Lichtenstein refiere

un episodio sumamente conmovedor de un

bosquímano que estuvo a punto de ahogarse en el río y fue salvado por sus camaradas.

Se quitaron de encima sus pieles de animales para

cubrirlo mientras ellos temblaban de frío; lo secaron, lo frotaron ante el fuego y le

untaron el cuerpo con grasa tibia, hasta que por fin le volvieron

a la vida. Y cuando los bosquímanos encontraron, en la persona de Johann van der

Walt, un hombre que los trataba bien, le expresaron su

reconocimiento con manifestaciones del afecto más conmovedor. Burchell y Moffat los

describen como de buen corazón, desinteresados,

fieles a sus promesas y agradecidos cualidades todas ellas que pudieron desarrollarse

sólo siendo constantemente practicadas en el seno de

la tribu. En cuanto a su amor a los niños, bastará recordar que cuando un europeo quería

tener a una mujer bosquímana como esclava, le

arrebataba el hijo; la madre siempre se presentaba por sí misma y se hacía esclava para

compartir la suerte de su niño.

La misma sociabilidad se encuentra entre los hotentotes, que sobrepasan un poco a los

bosquímanos en el desarrollo. Lubbock habla de ellos

como de los "animales más sucios", y realmente son muy sucios. Toda su vestimenta

consiste en una piel de animal colgada al cuello, que

llevan hasta que cae a pedazos; y sus chozas consisten en algunas varillas unidas por las

puntas y cubiertas por esteras: en el interior de las

chozas no hay mueble alguno. A pesar de que crían bueyes y ovejas, y, según parece,

conocían el uso del hierro antes de encontrarse con s

europeos, sin embargo, están hasta ahora en uno de los más bajos peldaños del

desarrollo humano. No obstante eso, los europeos que

conocían de cerca sus vidas, mencionaban con grandes elogios su sociabilidad y su

presteza en ayudarse mutuamente. Si se da algo a un

hotentote, en seguida divide lo recibido entre todos los presentes, cuya costumbre, como

es sabido, asombró también a Darwin en los

habitantes de la Tierra de Fuego. El hotentote no puede comer solo, y por más

hambriento que esté, llama a los que pasan y comparte con

ellos su alimento. Y cuando Kolben, por esta causa, expresó su asombro, le contestaron:

"Tal es la costumbre de los hotentotes". Pero esta

costumbre no es propia solamente de los hotentotes: es una costumbre casi universal,

observada por los viajeros en todos los "salvajes".

Kolben, que conocía bien a los hotentotes y que no pasaba en silencio sus defectos, no

puede dejar de elogiar su moral tribal.

"La palabra dada es sagrada para ellos" -escribe-. "Ignoran por completo la corrupción y

la deslealtad de los europeos". "Viven muy

pacíficamente y raramente guerrean con sus vecinos"... Uno de los más grandes placeres

para los hotentotes es el cambio de regalos y

servicios>, ... "Por su honestidad, por la celeridad y exactitud en el ejercicio de la

justicia, por su castidad, los hotentotes sobrepasan a todos,

o casi todos los otros pueblos.

Tachart, Barrow y Moodie confirman plenamente las palabras de Kolben. Sólo es

necesario notar que cuando Kolben escribió de los

hotentotes que "en sus relaciones mutuas son el pueblo más amistoso, generoso y

benévolo, que jamás haya existido en la tierra" (I, 332), dio

la definición que repiten continuamente, desde entonces, los viajeros, en sus

descripciones de los más diferentes salvajes. Cuando los

europeos incultos chocaron por primera vez con las razas primitivas, habitualmente

presentaban sus vidas de modo caricaturesco; pero bastó

que un hombre inteligente viviera entre salvajes un tiempo más prolongado, para que

los describiera como el pueblo "más manso" o -más

noble- del mundo. Justamente con esas mismas palabras, los viajeros más dignos de fe

caracterizaron a los ostiakos samoyedos, esquimales,

dayacos, aleutas, papúes, etc. Semejante declaración tuve ocasión de leer sobre los

tunguses, los chukchis, los indios sioux y algunas otras

tribus salvajes. La repetición misma de semejantes elogios dice más que tomos enteros

de investigaciones especiales.

Los indígenas de Australia ocupan, por su desarrollo, un lugar no más alto que sus

hermanos surafricanos. Sus chozas tienen el mismo

carácter, y muy a menudo los hombres se conforman hasta con simples mamparas o

biombos de ramas secas para protegerse de los vientos

fríos. En su alimento no se destacan por su discernimiento; en caso de necesidad

devoran carroña en completo estado de putrefacción, y

cuando sobreviene el hambre recurren entonces hasta al canibalismo. Cuando los

indígenas australianos fueron descubiertos por vez primera

por los europeos, se vio que no tenían ningún otro instrumento que los hechos, en la

forma más grosera, de piedra o hueso. Algunas tribus no

tenían siquiera piraguas y desconocían por completo el trueque comercial. Y sin

embargo, después de un estudio cuidadoso de sus

costumbres y hábitos, se vio que tienen la misma organización elaborada de clan de la

que se habló más arriba.

El territorio en que viven está dividido habitualmente entre diferentes clanes, pero la

región en la cual cada clan realiza la caza o la pesca

permanece siendo de dominio común, y los productos de la caza y la pesca van a todo el

clan. También pertenecen al clan los instrumentos de

caza y de pesca. La comida se realiza en común. Como muchos otros salvajes, los

indígenas australianos se atienen a determinadas reglas

respecto a la época en que se permite recoger diversas especies de gomeros y hierbas.

En cuanto a su moral en general, lo mejor es citar

aquí las siguientes respuestas a las preguntas de la Sociedad Antropológica de París,

dadas por Lumholtz, un misionero que vivió en North

Queesland.

"Conocen el sentimiento de amistad; está fuertemente desarrollado en ellos. Los débiles

gozan de la ayuda común; cuidan mucho a los

enfermos. Nunca los abandonan al capricho de la suerte y no los matan. Estas tribus son

antropófagas, pero raramente comen a los miembros

de su propia tribu (si no me equivoco, solamente cuando matan por razones religiosas);

comen sólo a los extraños. Los padres aman a sus

hijos juegan con ellos y los miman. Se practica el infanticidio sólo con el

consentimiento común. Tratan a los ancianos muy bien y nunca los

matan. No tienen religión ni ídolos, y solamente existe el temor a la muerte. El

matrimonio es polígamo. Las disputas surgidas dentro de la tribu

se resuelven por duelos con espadas de madera y escudos de madera. No existe la

esclavitud; no tienen agricultura alguna; no poseen

productos de alfarería; no tienen vestidos, exceptuando un delantal que a veces usan las

mujeres. El clan se compone de doscientas personas

divididas en cuatro clases de hombres y cuatro clases de mujeres; se permite el

matrimonio solamente entre las clases habituales, pero nunca

dentro del mismo clan".

Respecto a los papúes, parientes cercanos de los australianos, tenemos el testimonio de

G. L. Bink, que vivió en Nueva Guinea,

principalmente en Geelwink Bay, desde 1871 hasta 1883. Traemos la esencia de sus

respuestas a las mismas preguntas.

"Los papúes son sociables y de un humor muy alegre. Se ríen mucho. Más bien tímidos

que valientes. La amistad es bastante fuerte entre

miembros de los diferentes clanes y aún más fuerte dentro del mismo clan. El papú, a

menudo paga las deudas de su amigo, a condición de

que este último pague esta deuda, sin intereses, a sus hijos. Cuidan a los enfermos y

ancianos; nunca abandonan a los ancianos, ni los matan,

con excepción de los esclavos que han estado enfermos mucho tiempo. A veces devoran

a los prisioneros de guerra. Miman y aman a los

niños. Matan a los prisioneros de guerra ancianos y débiles, y venden a los restantes

como esclavos. No tienen religión, ni dioses, ni ídolos, ni

clase alguna de autoridad; el miembro más anciano de la familia es el juez. En caso de

adulterio (es decir, violación de sus costumbres

matrimoniales) el culpable paga una multa, parte de la cual va a favor de la "negoria"

(comunidad). La tierra es dominio común, pero los frutos

de la tierra pertenecen a aquél que los ha cultivado. Los papúes tienen vasijas de arcilla

y conocen el trueque comercial, y según una

costumbre elaborada, el comerciante les da mercancía y ellos vuelven a sus casas y

traen los productos indígenas que necesita el

comerciante; si no pueden obtener los productos necesarios, entonces devuelven al

comerciante su mercancía europea. Los papúes "cazan

cabezas" -es decir, practican la venganza de sangre-. Además, "a veces -dice Finsch-, el

asunto se somete a la consideración del Rajah de

Namototte, quien lo resuelve imponiendo una multa".

Cuando se trata bien a los papúes, entonces son muy bondadosos. Mikluho-Maclay

desembarcó, como es sabido, en la costa orienta] de

Nueva Guinea, en compañía de un solo marinero, vivió allí dos años enteros entre tribus

consideradas antropófagas y se separó de ellas con

pesar; prometió volver y cumplió su palabra, y pasó de nuevo un año, y durante todo ese

tiempo no tuvo ningún choque con los indígenas.

Verdad es que mantuvo la regla de no decirles nunca, bajo ningún pretexto, algo que no

fuera cierto, ni hacer promesas que no pudiera cumplir.

Estas pobres criaturas, que no sabían siquiera hacer fuego y que por esto conservaban

cuidadosamente el fuego en sus chozas, viven en

condiciones de un comunismo primitivo, sin tener jefe alguno, y en sus poblados casi

nunca se producen disputas de las que valga la pena

hablar. Trabajan en común, sólo lo necesario para obtener el alimento de cada día; crían

a sus hijos en común; y por las tardes se atavían lo

más coquetamente que pueden y se entregan a las danzas. Como todos los salvajes,

gustan apasionadamente de las danzas, que constituyen

un género de misterios tribales. Cada aldea tiene su "barla" o "barlai" -casa "larga" o

"grande"- para los solteros, en las que se realizan

reuniones sociales y se juzgan los sucesos públicos, un rasgo más que es común a todos

los habitantes de las islas del océano Pacífico, y

también a los esquimales, indios pieles rojas, etc. Grupos enteros de aldeas mantienen

relaciones amistosas, y se visitan mutuamente

concurriendo toda la comunidad.

Por desgracia, entre las aldeas, a menudo surge enemistad, no por "el exceso de

densidad de la población" o "de la competencia agudizada"

y otros inventos semejantes de nuestro siglo mercantilista, sino principalmente debido a

la superstición. Si enferma alguno, se reúnen sus

amigos y parientes y del modo más cuidadoso discuten el problema de quién puede ser

el culpable de la enfermedad. Entonces, consideran a

todos los posibles enemigos, cada uno confiesa su mínima disputa y finalmente se halla

la causa verdadera de la enfermedad. La mandó algún

enemigo de la aldea vecina, y por esto resuelven hacer alguna incursión a esa aldea.

Debido a ello, las riñas son corrientes, aun entre las

aldeas del litoral, sin hablar ya de los antropófagos, que viven en las montañas, a los que

se considera como verdaderos brujos y enemigos, a

pesar de que un conocimiento más estrecho demuestra que no se distinguen en nada de

su vecino que vive en las costas marítimas.

Muchas páginas asombrosas se podrían escribir sobre la armonía que reina en las aldeas

de los habitantes polinesios de las islas del Océano

Pacífico.

Pero ellos ocupan ya un peldaño más elevado de civilización, y por esto tomaremos

otros ejemplos de la vida de los habitantes del lejano

norte. Agregaré solamente, antes de abandonar el hemisferio sur; que hasta los

habitantes de Tierra del Fuego, que gozan de tan mala fama,

comienzan a ser iluminados con luz más favorable a medida que los conocemos mejor.

Algunos misioneros franceses, que viven entre ellos,

"no pueden quejarse de ningún acto hostil". Viven en clanes de ciento veinte a ciento

cincuenta almas, y también practican el comunismo

primitivo como los papúes. Se reparten todo entre ellos, y tratan bien a los ancianos. La

paz completa reina entre estas tribus.

En los esquimales y sus más próximos congéneres, los thlinkets, koloshes y aleutas,

hallamos una semejanza más aproximada a lo que era el

hombre durante el período glacial. Los instrumentos que ellos emplean apenas se

diferencian de los instrumentos del paleolítico, y algunas de

estas tribus hasta ahora no conocen el arte de la pesca: simplemente matan a los peces

con el arpón. Conocen el uso del hierro, pero lo

obtienen solamente de los europeos o de lo que encuentran en los esqueletos de los

barcos después de los naufragios. Su organización social

se distingue por su primitivismo completo, a pesar de que ya han salido del estadio del

"matrimonio comunal", aun con sus restricciones de

"clase". Viven ya en familias, pero los lazos familiares todavía son débiles, puesto que

de tanto en tanto se produce en ellos un cambio de

esposas y esposos. Sin embargo, las familias permanecen reunidas en clanes, y no puede

ser de otro modo. ¿Cómo hubieran podido

soportar la dura lucha por la existencia si no reunieran sus fuerzas del modo más

estrecho? Así se portan ellos, Y los lazos de clan son más

estrechos allí donde la lucha por la vida es más dura, a saber, en el nordeste de

Groenlandia. Viven habitualmente en una "casa larga. en la

que se alojan varias familias, separadas entre sí por pequeños tabiques de pieles

desgarradas, pero con un corredor común para todos. A

veces la casa tiene la forma de una cruz, y en tal caso, en su centro colocan un hogar

común. La expedición alemana que pasó un invierno

cerca de una de esas "casas largas" se pudo convencer de que durante todo el invierno

ártico no perturbó la paz ni una pelea, y que no se

produjo discusión alguna por el uso de estos "espacios estrechos". No se admiten las

amonestaciones, y ni siquiera las palabras inamistosas

de otro modo que no sea bajo la forma legal de una canción burlesca (nigthsong), que

cantan las mujeres en coro. De tal manera, la

convivencia estrecha y la estrecha dependencia mutua son suficientes para mantener, de

siglo en siglo, el respeto profundo a los intereses de

la comunidad, que es característico de la vida de los esquimales. Aun en las comunas

más vastas de los esquimales "la opinión pública es un

verdadero tribunal y el castigo habitual consiste en avergonzar al culpable ante todos".

La vida de los esquimales está basada en el comunismo. Todo lo que obtienen por

medio de la caza o pesca pertenece a todo el clan. Pero,

en algunas tribus, especialmente en el Occidente, bajo la influencia de los daneses,

comienza a desarrollarse la propiedad privada. Sin

embargo, emplean un medio bastante original para disminuir los inconvenientes que

surgen del acumulamiento personal de la riqueza, que

pronto podría perturbar la unidad tribal. Cuando el esquimal empieza a enriquecerse

excesivamente, convoca a todos los miembros de su clan

a un festín, y cuando los huéspedes se sacian, distribuye toda su riqueza. En el río

Yukon, en Alaska, Dall vio que una familia aleutiana repartió

de tal modo diez fusiles, diez vestidos de pieles completos, doscientos hilos de cuentas,

numerosas frazadas, diez pieles de lobo, doscientas

pieles de castor y quinientas de armiño. Luego, los dueños se quitaron sus vestidos de

fiesta y los repartieron, vistiéndose sus viejas pieles,

dirigieron a los miembros de su clan un breve discurso diciendo que a pesar de que

ahora se habían vuelto más pobres que cada uno de sus

huéspedes, sin embargo habían ganado su amistad.

Tales distribuciones de riqueza se convirtieron aparentemente en costumbre arraigada

entre los esquimales, y se practica en una época

determinada todos los años, después de una exhibición preliminar de todo lo que ha sido

obtenido durante el año. Constituye, aparentemente,

una costumbre. La costumbre de enterrar con el muerto, o de destruir sobre su tumba,

todos sus bienes personales -que encontramos en todas

las razas primitivas-, aparentemente debe tener el mismo origen. En realidad, mientras

que todo lo que pertenecía personalmente al muerto

se quema o se rompe sobre su tumba, las cosas que le pertenecieron conjuntamente con

toda su tribu; como, por ejemplo, las piraguas, redes

de la comuna, etc., se dejan intactas. Está sujeta a la destrucción sólo la propiedad

personal. En una época posterior, esta costumbre se

convierte en un rito religioso: se le da interpretación mística, y la destrucción es

prescrita por la religión cuando la opinión pública, sola, se

muestra ya carente de fuerzas para imponer a todos la observación obligatoria de la

costumbre. Finalmente, la destrucción real se reemplaza

por un rito simbólico, que consiste en quemar sobre la tumba simples modelos de papel,

o representaciones, de los bienes del muerto (así se

hace en la China); o se llevan a la tumba los bienes del muerto y traen de vuelta a la

casa al finalizar la ceremonia funeraria; en esta forma, se

ha conservado la costumbre hasta ahora, como es sabido, entre los europeos con

respecto a los caballos de los jefes militares, las espadas,

cruces y otros signos de distinción oficial.

El alto nivel de la moral tribal de los esquimales se menciona bastante a menudo en la

literatura general. Sin embargo, las observaciones

siguientes de las costumbres de los aleutas -congéneres próximos de los esquimales- no

están desprovistas de interés, tanto más cuanto que

pueden servir de buena ilustración de la moral de los salvajes en general. Pertenecen a la

pluma de un hombre extraordinariamente

distinguido, el misionero ruso Venlaminof, que las escribió después de una permanencia

de diez años entre los aleutas y de tener relaciones

estrechas con ellos.

Las resumo, conservando en lo posible las expresiones propias del autor.

"La resistencia -escribió- en su rasgo característico, y, en verdad, es colosal. No sólo se

bañan todas las mañanas en el mar cubierto de hielo y

luego se quedan desnudos en la playa, respirando el aire helado, sino que su resistencia,

hasta en un trabajo pesado y con alimento

insuficiente, sobrepasa todo lo que se puede imaginar. Si sobreviene una escasez de

alimento, el aleuta se ocupa, ante todo, de sus hijos; les

da todo lo que tiene, y él mismo ayuna. No se inclinan al robo, como fue observado ya

por los primeros inmigrantes rusos. No es que no hayan

robado nunca; todo aleuta reconoce que alguna vez ha robado algo, pero se trata

siempre de alguna fruslería, y todo esto tiene carácter

completamente infantil. El afecto de los padres por los hijos es muy conmovedor, a

pesar de que nunca lo expresan con caricias o palabras. El

aleuta difícilmente se decide a hacer alguna promesa, pero una vez hecha, la mantiene

cueste lo que cueste.

Un aleuta regaló a Venlaminof un haz de pescado seco, pero, en el apresuramiento de la

partida, fue olvidado en la orilla, y el aleuta se lo llevó

de vuelta a su casa. No se presentó la oportunidad de enviarlo a Venlaminof hasta enero,

y mientras tanto, en noviembre y diciembre, entre

estos aleutas, hubo una gran escasez de víveres. Pero los hambrientos no tocaron el

pescado ya regalado, y en enero fue enviado a su

destino. Su código moral es variado y severo. Así por ejemplo, se considera

vergonzoso: temer la muerte inevitable; pedir piedad al enemigo;

morir sin haber matado ningún enemigo; ser sorprendido en robo; zozobrar la canoa en

el puerto; temer salir al mar con tiempo tempestuoso;

desfallecer antes que los otros camaradas si sobreviene una escasez de alimentos

durante un viaje largo: manifestar codicia durante el reparto

de la presa -en cuyo caso, para avergonzar al camarada codicioso, los restantes le ceden

su parte. Se estima vergonzoso también: divulgar un

secreto público a su esposa; siendo dos en la caza, no ofrecer la mejor parte de la presa

al camarada; jactarse de sus hazañas, y

especialmente de las imaginadas; insultarse con malicia; también mendigar, acariciar a

su esposa en presencia de los otros y danzar con ella;

comerciar personalmente; toda venta debe ser hecha por medio de una tercera persona,

quien determina el precio. Se estima vergonzoso

para la mujer: no saber coser y, en general, cumplir torpemente cualquier trabajo

femenino; no saber danzar; acariciar a su esposo y a sus

niños, o hasta hablar con el esposo en presencia de extraños"

Tal es la moral de los aleutas, y una confirmación mayor de los hechos podría ser

tomada fácilmente de sus cuentos y leyendas. Sólo agregaré

que cuando Venlaminof escribió sus Memorias (el año 1840), entre los aleutas, que

constituían una población de sesenta mil hombres, en

sesenta años hubo solamente un homicidio, y durante cuarenta años, entre 1.800 aleutas

no se produjo ningún delito criminal. Esto, por otra

parte, no parecerá extraño si se recuerda que todo género de querellas y expresiones

groseras son absolutamente desconocidas en la vida de

los aleutas. Ni siquiera sus hijos pelean, y jamás se insultan mutuamente de palabra. La

expresión más fuerte en sus labios son frases como:

"Tu madre no sabe coser", o "tu padre es tuerto".

Muchos rasgos de la vida de los salvajes continúan siendo, sin embargo, un enigma para

los europeos. En confirmación del elevado desarrollo

de la solidaridad tribal entre los salvajes y sus buenas relaciones mutuas, se podría citar

los testimonios más dignos de fe en la cantidad que

se quiera. Y, sin embargo, no es menos cierto que estos mismos salvajes practican el

infanticidio, y que en algunos casos matan a sus

ancianos, y que todos obedecen ciegamente a la costumbre de la venganza de sangre.

Debemos, por esto, tratar de explicar la existencia

simultánea de los hechos que para la mente europea parecen, a primera vista,

completamente incompatibles.

Acabamos de mencionar cómo el aleuta ayunará días enteros, y hasta semanas,

entregando todo comestible a su niño; cómo la madre

bosquímana se hace esclava para no separarse de su hijo, y se podrían llenar páginas

enteras con la descripción de las relaciones realmente

tiernas existentes entre los salvajes y sus hijos. En los relatos de todos los viajeros se

encuentran continuamente hechos semejantes. En uno

leéis sobre el tierno, amor de la madre; en otro, el relato de un padre que corre

locamente por el bosque, llevando sobre sus hombros a un niño

mordido por una serpiente; o algún misionero narra la desesperación de los padres ante

la pérdida de un niño, al que ya habían salvado de ser

llevado al sacrificio inmediatamente después de haber nacido; o bien, os enteráis de que

las madres "salvajes" amamantan habitualmente a

sus niños hasta el cuarto año de edad, y que en las islas de la Nuevas Hébridas, en caso

de la muerte de un niño especialmente querido, su

madre o tía se suicidan para cuidar a su amado en el otro mundo. Y así sin fin.

Hechos semejantes se citan en cantidad; y por ello, cuando vemos que los mismos

padres amantes practican el infanticidio, debemos

reconocer necesariamente que tal costumbre (cualesquiera que sean sus ulteriores

transformaciones) surgió bajo la presión directa de la

necesidad, como resultado del sentimiento de deber hacia la tribu, y para tener la

posibilidad de criar a los niños ya crecidos. Hablando en

general, los salvajes de ningún modo "se reproducen sin medida", como expresan

algunos escritores ingleses. Por lo contrario, toman todo

género de medidas para disminuir la natalidad. Justamente con éste objeto existe entre

ellos una serie completa de las más diversas

restricciones, que a los europeos indudablemente hasta les parecerían molestas en

exceso, y que son, sin embargo, severamente observadas

por los salvajes. Pero, con todo, los pueblos primitivos no pueden criar a todos los niños

que nacen, y entonces recurren al infanticidio. Por otra

parte, ha sido observado más de una vez que si bien consiguen aumentar sus recursos

corrientes de existencia, en seguida dejan de recurrir a

esta medida, que, en general, los padres cumplen muy a disgusto, y en la primera

posibilidad recurren a todo género de compromisos con tal

de conservar la vida de sus recién nacidos. Como ha sido dicho ya por mi amigo Elíseo

Reclus en su hermoso libro sobre los salvajes, por

desgracia insuficientemente conocido, ellos inventan, por esta razón, los días de

nacimientos faustos y nefastos, para salvar siquiera la vida de

los niños nacidos en los días faustos; tratan de tal modo de posponer la ejecución

algunas horas y dicen después que si el niño ya ha vivido un

día, está destinado a vivir toda la vida. Oyen los gritos de los niños pequeños como si

vinieran del bosque, y aseguran que si se oye tal grito

anuncia desgracia para toda la tribu; y puesto que no tienen nodrizas especiales ni casa

de expósitos que los ayuden a deshacerse de los

niños, cada uno se estremece ante la idea de cumplir la cruel sentencia, y por eso

prefieren exponer al niño en el bosque, antes que quitarle la

vida por un medio violento. El infanticidio es sostenido, de este modo, por la

insuficiencia de conocimientos, y no por crueldad; y en lugar de

llenar a los salvajes con sermones, los misioneros harían mucho mejor si siguieran el

ejemplo de Venlaminof, quien todos los años, hasta una

edad muy avanzada, cruzaba el mar de Ojots en una miserable goleta para visitar a los

tunguses y kamchadales, o viajaba, llevado por perros,

entre los chukchis, aprovisionándolos de pan y utensilios para la caza. De tal modo

consiguió realmente extirpar el infanticidio.

Lo mismo es cierto, también, con respecto al fenómeno que observadores superficiales

llamaron parricidio. Acabamos de ver que la

costumbre de matar a los viejos no está de ningún modo tan extendida como la han

referido algunos escritores. En todos estos relatos hay

muchas exageraciones; pero es indudable que tal costumbre se encuentra temporalmente

entre casi todos los salvajes, y tales casos se

explican por las mismas razones que el abandono de los niños. Cuando el viejo salvaje

comienza a sentir que se convierte en una carga para

su tribu; cuando todas las mañanas ve que quitan a los niños la parte de alimento que le

toca -y los pequeños que no se distinguen por el

estoicismo de sus padres, lloran cuando tienen hambre-; cuando todos los días los

jóvenes tienen que cargarlo sobre sus hombros para

llevarlo por el litoral pedregoso o por la selva virgen, ya que los salvajes no tienen

sillones con ruedas para enfermos ni indigentes para llevar

tales sillones entonces el viejo comienza a repetir lo que hasta ahora repiten los

campesinos viejos de Rusia: Chuyoi viék zaidaiu: pora na

pokoi (literalmente: vivo la vida ajena, es hora de irme a descansar). Y se van a

descansar. Obra de la misma forma que obra un soldado, en

tales casos. Cuando la salvación de un destacamento depende de su máximo avance, y el

soldado no puede avanzar más, y sabe que debe

morir si queda rezagado, suplica a su mejor amigo que le preste el último servicio antes

de que el destacamento avance. Y el amigo descarga,

con mano temblorosa, su fusil en el cuerpo moribundo.

Así obran también los salvajes. El salvaje viejo pide la muerte; él mismo insiste en el

cumplimiento de este último deber suyo hacia su tribu.

Recibe primero la conformidad de los miembros de su tribu para esto. Entonces él

mismo se cava la fosa e invita a todos los congéneres a su

último festín de despedida. Así, en su momento, obró su padre, ahora llególe su turno, y

amistosamente se despide de todos, antes de

separarse de ellos. El salvaje, hasta tal punto considera semejante muerte como el

cumplimiento de un deber hacia su tribu, que no sólo se

rehúsa a que lo salven de la muerte (como refirió Moffat), sino que ni aun reconoce tal

liberación si llegara a realizarse. Así, cuando una mujer

que debía morir sobre la tumba de su esposo (en virtud del rito mencionado antes) fue

salvada de la muerte por los misioneros y llevada por

ellos a una isla, huyó durante la noche, atravesando a nado un amplio estrecho, y se

presentó ante su tribu para morir sobre la tumba. La

muerte en tales casos se hace para ellos una cuestión de religión. Pero, hablando en

general, es tan repulsivo para los salvajes verter sangre

fuera de las batallas, que aun en estos casos ninguno de ellos se encarga del homicidio,

y por eso recurren, a toda clase de medios indirectos

que los europeos no comprendieron y que interpretaron de un modo completamente

falso. En la mayoría de los casos dejan en el bosque al

viejo que se ha decidido a morir, dándole una porción de comida, mayor que la debida,

de la provisión común. ¡Cuántas veces las partidas

exploradoras de las expediciones polares hubieron de obrar exactamente del mismo

modo cuando no tenían fuerzas para llevar a un

camarada enfermo! "Aquí tienes provisiones. Vive todavía algunos días. Tal vez llegue

de alguna parte una ayuda inesperada".

Los sabios de Europa occidental, encontrándose ante tales hechos, se muestran

decididamente incapaces de comprenderlos; no pueden

reconciliarlos con los hechos que testimonian el elevado desarrollo de la moral tribal, y

por eso prefieren arrojar una sombra de duda sobre las

observaciones absolutamente fidedignas, referentes a la última, en lugar de buscar

explicación para la existencia paralela de un doble género

de hechos: la elevada moral tribal y, junto a ella, el homicidio de los padres muy

ancianos y los recién nacidos. Pero si los mismos europeos, a

su vez, refirieran a un salvaje que personas sumamente amables, afectos a sus niños, y

tan impresionables que lloran cuando ven en el

escenario de un teatro una desgracia imaginaria, viven en Europa al lado de zaquizamíes

donde los niños mueren simplemente por

insuficiencia de alimentos, entonces el salvaje tampoco los comprendería. Recuerdo

cuán vagamente me empeñé en explicar a mis amigos

tunguses nuestra civilización construida sobre el individualismo; no me comprenden y

recurrían a las conjeturas más fantásticas. El hecho es

que el salvaje educado en las ideas de solidaridad tribal, practicada en todas las

ocasiones, malas y buenas, es tan exactamente incapaz de

comprender al europeo "moral" que no tiene ninguna idea de tal solidaridad, como el

europeo medio es incapaz de comprender al salvaje.

Además, si nuestro sabio tuviera que vivir entre una tribu semihambrienta de salvajes,

cuyo alimento total disponible no alcanzara para

alimentar algunos días a un hombre, entonces comprendería quizá qué es lo que guía a

los salvajes en sus actos. Del mismo modo, si un

salvaje viviera entre nosotros y recibiera nuestra "educación", quizá comprendiera la

insensibilidad europea hacia nuestros semejantes y esas

comisiones reales que se ocupan de la cuestión de la prevención de las diversas formas

legales de homicidio que se practican en Europa. "En

casa de piedra, los corazones se vuelven de piedra", dicen los campesinos rusos; pero el

"salvaje" tendría que haber vivido primero en una

casa de piedra.

Observaciones semejantes podrían hacerse también respecto a la antropofagia. Si se

toman en cuenta todos los hechos que fueron

dilucidados recientemente, durante la consideración de este problema, en la Sociedad

Antropológica de París, y también muchas

observaciones casuales diseminadas en la literatura sobre los "salvajes", estaremos

obligados a reconocer que la antropofagia fue provocada

por la necesidad apremiante; y que sólo bajo la influencia de los prejuicios y de la

religión se desarrolló hasta alcanzar las proporciones

espantosas que alcanzó en las islas de Fiji y en México, sin ninguna necesidad, cuando

se convirtió en un rito religioso.

Es sabido que hasta la época presente muchas tribus de salvajes suelen verse obligadas,

de tiempo en tiempo, a alimentarse con carroña

casi en completo estado de putrefacción, y en casos de carencia completa de alimentos,

algunas tuvieron que violar sepulturas y alimentarse

con cadáveres humanos, aun en épocas de epidemia. Tales hechos son completamente

fidedignos. Pero si nos trasladamos mentalmente a

las condiciones que tuvo que soportar el hombre durante el período glacial, en un clima

húmedo y frío, no teniendo a su disposición casi ningún

alimento vegetal; si tenemos en cuenta las terribles devastaciones producidas aún hoy

por el escorbuto entre los pueblos semisalvajes

hambrientos y recordamos que la carne y la sangre fresca eran los únicos medios

conocidos por ellos para fortificarse, deberemos admitir que

el hombre, que fue primeramente un animal granívoro, se hizo carnívoro, con toda

probabilidad, durante el período glacial, en que desde el

norte avanzaba lentamente una capa enorme de hielo, y con su hálito frío, agotaba toda

la vegetación.

Naturalmente, en aquellos tiempos probablemente había abundancia de toda clase de

bestias; pero es sabido que en las regiones árticas las

bestias a menudo emprenden grandes migraciones, y a veces desaparecen por completo

durante algunos años de un territorio determinado.

Con el avance. de la capa glacial las bestias, evidentemente, se alejaron hacia el sur,

como lo hacen ahora los corzos, que huyen, en caso de

grandes nevadas, de la orilla norte del Amur a la meridional. En tales casos, el hombre

se veía privado de los últimos medios de subsistencia.

Sabemos, además, que hasta los europeos, durante duras experiencias semejantes,

recurrieron a la antropofagia; no es de extrañar que

recurrieran a ella también los salvajes. Hasta en la época presente suelen verse

obligados, temporalmente. a devorar los cadáveres de sus

muertos, y en épocas anteriores, en tales casos, se veían obligados a devorar también a

los moribundos. Los ancianos morían entonces

convencidos de que con su muerte prestaban el último servicio a su tribu. He aquí por

qué algunas tribus atribuyen al canibalismo origen divino,

representándolo como algo sugerido por orden de un enviado del cielo.

Posteriormente, la antropofagia perdió el carácter de necesidad y se convirtió en una

"supervivencia" supersticiosa. Necesario era devorar a

los enemigos para heredar su coraje; luego, en una época posterior, con ese propósito

sólo se devoraba el corazón del enemigo o sus ojos. Al

mismo tiempo, en otras tribus, en las que se había desarrollado un clero numeroso y

elaborado una mitología compleja, se inventaron dioses

malignos, sedientos de sangre humana, y los sacerdotes exigieron sacrificios humanos

para apaciguar a los dioses. En esta fase religiosa de

su existencia, el canibalismo alcanzó su forma más repulsiva. México es bien conocido

en este sentido como ejemplo, y en las Fiji, donde el

rey podía devorar a cualquiera de sus súbditos, encontramos también una casta poderosa

de sacerdotes, una compleja teología y un

desarrollo complejo del poder ilimitado de los reyes. De tal modo el canibalismo, que

nació por la fuerza de la necesidad, se convirtió en un

período posterior en institución religiosa, y en esta forma existió durante mucho tiempo,

después de haber desaparecido, hacía mucho, entre

tribus que indudablemente lo practicaban en épocas anteriores, pero que no alcanzaron

la forma religiosa de desarrollo. Lo mismo puede

decirse con respecto al infanticidio y al abandono de los padres muy ancianos a los

caprichos de la suerte. En algunos casos estos fenómenos

se mantuvieron también como supervivencia de tiempos antiguos, en forma de tradición

conservada religiosamente.

Finalmente, citaré aquí todavía una costumbre extraordinariamente importante y

generalizada que ha dado motivo, en la literatura, a las

conclusiones más erróneas. Me refiero a la costumbre de la venganza de sangre. Todos

los salvajes están convencidos de que la sangre

vertida debe ser vengada con sangre. Si alguien ha sido herido y su sangre vertida,

entonces la sangre del que produjo la herida también debe

ser vertida. No se admite excepción alguna a esta regla; se extiende hasta a los animales;

si un cazador ha vertido sangre -matando a un oso

o a una ardilla-, su sangre debe ser vertida a su vuelta de la caza. Tal es la concepción

que hasta ahora se conserva en la Europa occidental

con respecto al homicidio.

Mientras el ofensor y el ofendido pertenecen a la misma tribu, el asunto se resuelve muy

simplemente: la tribu y las personas afectadas

resuelven por sí mismas el asunto. Pero cuando el delincuente pertenece a otra tribu, y

esta tribu, por cualquier razón, se rehúsa a dar

satisfacción, entonces la tribu ofendida se encarga de la venganza. Los hombres

primitivos conciben los actos de cada uno en particular como

asuntos de toda su tribu, que han recibido la aprobación de ella y, por eso, estiman a

toda la tribu responsable de los actos de cada uno de

sus miembros. Debido a esto, la venganza puede caer sobre cualquier miembro de la

tribu a que pertenece el ofensor. Pero a menudo sucede

que la venganza ha sobrepasado a la ofensa. Con intención de producir sólo una herida,

los vengadores pudieron matar al ofensor o herirlo

más gravemente de lo que habían supuesto; entonces se produce una nueva ofensa, de la

otra parte, que exige una nueva venganza tribal; el

asunto se prolonga de este modo, sin fin. Y, por eso, los primitivos legisladores

establecían muy cuidadosamente los límites exactos del

desquite: ojo por ojo, diente por diente y sangre por sangre. Pero, ¡no más! Es notable,

sin embargo, que en la mayoría de los pueblos

primitivos, semejantes casos de venganza de sangre son incomparablemente más raros

de lo que se podría esperar, a pesar de que en ellos

alcanzan un desarrollo completamente anormal, especialmente entre los montañeses,

arrojados a la montaña por los inmigrantes extranjeros,

como, por ejemplo, en los montañeses del Cáucaso y especialmente entre los dayacos en

Borneo. Entre los dayacos -según las palabras de

algunos viajeros contemporáneos- se habría llegado a tal punto que un hombre joven no

puede casarse ni ser declarado mayor de edad antes

de haber traído siquiera una cabeza de enemigo. Así, por lo menos, refirió con todos los

detalles cierto Carl Bock. Parece, sin embargo, que

los informes publicados al respecto son exagerados en extremo. En todo caso, lo que los

ingleses llaman "cazar cabezas" se presenta bajo

una luz completamente distinta cuando nos enteramos que el supuesto "cazador" de

ningún modo "caza", y ni siquiera se guía por un

sentimiento personal de venganza. Obra de acuerdo con lo que estima una obligación

moral hacia su tribu, y por eso obra lo mismo que el juez

europeo, que obedeciendo evidentemente al mismo principio falso: "sangre por sangre",

entrega al condenado por él en manos del verdugo.

Ambos -tanto el dayaco como nuestro juez experimentarían hasta remordimiento de

conciencia si por un sentimiento de compasión

perdonaran al homicida. He aquí por qué los dayacos, fuera de esta esfera de los

homicidios cometidos bajo la influencia de sus

concepciones de la justicia, son, según el testimonio ecuánime de todos los que los

conocen bien, un pueblo extraordinariamente simpático. El

mismo Carl Bock, que hizo tan terrible pintura de la "caza de cabezas", escribe:

"En cuanto a la moral de los dayacos, debo asignarles el elevado lugar que merecen en

el concierto de los otros pueblos... El pillaje y el robo

son completamente desconocidos entre ellos. Se distinguen también por una gran

veracidad... Si no siempre llegué a obtener de ellos 'toda la

verdad', sin embargo, nunca les oí decir nada salvo la verdad. Por desgracia, no se puede

decir lo mismo de los malayos"... (págs. 209 y 210).

El testimonio de Bock es corroborado totalmente por Ida Pfeiffer: "comprendí

plenamente -escribió ésta- que continuaría con placer viajando

entre ellos. Generalmente los hallaba honestos, buenos y modestos... en grado bastante

mayor que cualquiera de los otros pueblos que yo

conocía". Stoltze, hablando de los dayacos, usa casi las mismas expresiones.

Habitualmente los dayacos no tienen más que una sola esposa,

y la tratan bien. Son muy sociables, y todas las mañanas el clan entero va en partidas

numerosas a pescar, a cazar o a realizar sus labores de

huerta. Sus aldeas se componen de grandes chozas, en cada una de las cuales se alojan

alrededor de una docena de familias, y a veces un

centenar de hombres, y todos ellos viven entre sí muy pacíficamente. Con gran respeto

tratan a sus esposas Y aman mucho a sus hijos; cuando

alguno enferma, las mujeres lo cuidan por turno. En general, son muy moderados en la

comida y en la bebida. Tales son los dayacos en su vida

cotidiana real.

Citar más ejemplos de la vida de los salvajes significaría solamente repetir, una y otra

vez, lo que se ha dicho ya. Dondequiera que nos

dirijamos, hallamos por doquier las mismas costumbres sociales, el mismo espíritu

comunal. Y cuando tratamos de penetrar en las tinieblas de

los siglos pasados, vemos en ellos la misma vida tribal, y las mismas uniones de

hombres, aunque muy primitivas, para el apoyo mutuo. Por

esto Darwin tuvo perfecta razón cuando vio en las cualidades sociales de los hombres la

principal fuerza activa de su desarrollo máximo, y los

expositores de Darwin de ningún modo tienen razón cuando afirman lo contrario.

"La debilidad comparativa del hombre y la poca velocidad de sus movimientos -

escribió-, y también la insuficiencia de sus armas naturales,

etcétera, fueron más que compensadas en primer lugar por sus facultades mentales (las

que, como observó Darwin en otro lugar, se

desarrollaron principalmente, o casi exclusivamente, en interés de la sociedad); y en

segundo lugar, por sus cualidades sociales, en virtud de

las cuales prestó ayuda. "

En el siglo XVIII estaba en boga idealizar "a los salvajes" y la "vida en estado natural".

Ahora los hombres de ciencia han caído en el extremo

opuesto, en especial desde que algunos de ellos, pretendiendo demostrar el origen

animal del hombre, pero no conociendo la sociabilidad de

los animales, comenzaron a acusar a los salvajes de todas las inclinaciones "bestiales"

posibles e imaginables. Es evidente, sin embargo, que

tal exageración es más científica que la idealización de Rousseau. El hombre primitivo

no puede ser considerado como ideal de virtud ni como

ideal de "salvajismo". Pero tiene una cualidad elaborada y fortificada por las mismas

condiciones de su dura lucha por la existencia: identifica

su propia existencia con la vida de su tribu; y, sin esta cualidad, la humanidad nunca

hubiera alcanzado el nivel en que se encuentra ahora.

Los hombres primitivos, como hemos dicho antes, hasta tal punto identifican su vida

con la vida de su tribu, que cada uno de sus actos, por

más insignificante que sea en si mismo, se considera como un asunto de toda la tribu.

Toda su conducta está regulada por una serie completa

de reglas verbales de decoro, que son fruto de su experiencia general, con respecto a lo

que debe considerarse bueno o malo; es decir,

beneficioso o pernicioso para su propia tribu. Naturalmente, los razonamientos en que

están basadas estas reglas de decencia suelen ser, a

veces, absurdos en extremo. Muchos de ellos tienen su principio en las supersticiones.

En general, haga lo que haga un salvaje sólo ve las

consecuencias más inmediatas de sus hechos; no puede prever sus consecuencias

indirectas y más lejanas; pero en esto sólo exageran el

error que Bentham reprochaba a los legisladores civilizados. Podemos encontrar

absurdo el derecho común de los salvajes, pero obedecen a

sus prescripciones, por más que les sean embarazosas. Las obedecen más ciegamente

aún de lo que el hombre civilizado obedece las

prescripciones de sus leyes. El derecho común del salvaje es su religión; es el carácter

mismo de su vida. La idea del clan está siempre

presente en su mente; y por eso las autolimitaciones y el sacrificio en interés del clan es

el fenómeno más cotidiano. Si el salvaje ha infringido

algunas de las reglas menores establecidas por su tribu, las mujeres lo persiguen con sus

burlas. Si la infracción tiene carácter más serio, lo

atormenta entonces, día y noche, el miedo de haber atraído la desgracia sobre toda su

tribu, hasta que la tribu lo absuelve de su culpa. Si el

salvaje accidentalmente ha herido a alguien de su propio clan, y de tal modo ha

cometido el mayor de los delitos, se convierte en hombre

completamente desdichado: huye al bosque y está dispuesto a terminar consigo si la

tribu no lo absuelve de la culpa, provocándole algún dolor

físico o vertiendo cierta cantidad de su propia sangre. Dentro de la tribu todo es

distribuido en común; cada trozo de alimento, como hemos

visto, se reparte entre los presentes; hasta en el bosque el salvaje invita a todos los que

desean compartir su comida.

Hablando con más brevedad, dentro de la tribu, la regla: "cada uno para todos", reina

incondicionalmente hasta que el surgimiento de la familia

separada empieza a perturbar la unidad tribal. Pero esta regla no se extiende a los clanes

o tribus vecinas, ni siquiera si se han aliado para la

defensa mutua. Cada tribu o clan representa una unidad separada. Así como entre los

mamíferos y las aves, el territorio no queda indiviso, sino

que es repartido entre familias separadas, del mismo modo se le distribuye entre las

tribus separadas y, exceptuando épocas de guerra, estos

límites se observan religiosamente. Al penetrar en territorio vecino, cada uno debe

mostrar que no tiene malas intenciones; cuanto más

ruidosamente anuncia su aproximación, tanto más goza de confianza; si entra en una

casa, debe entonces dejar su hacha a la entrada. Pero

ninguna tribu está obligada a compartir sus alimentos con otras tribus; libre es de

hacerlo o no. Debido a esto, toda la vida del hombre

primitivo se descompone en dos géneros de relaciones, y debe ser considerada desde

dos puntos de vista éticos: las relaciones dentro de la

tribu y las relaciones fuera de ella; y (como nuestro derecho internacional) el derecho

"intertribal" se diferencia mucho del derecho tribal común.

Debido a esto, cuando se llega hasta la guerra entre dos tribus, las crueldades más

indignantes hacia el enemigo pueden ser consideradas

como algo merecedor del mayor elogio.

Tal doble concepción de la moral atraviesa, por otra parte, todo el desarrollo de la

humanidad, y se ha conservado hasta los tiempos

presentes. Nosotros, europeos, hemos hecho algo -no mucho, en todo caso- para

apartamos de esta doble moral; pero necesario es, también,

decir que si hasta un cierto grado hemos extendido nuestras ideas de solidaridad -por lo

menos en teoría- a toda la nación, y a veces también

a otras naciones, al mismo tiempo hemos debilitado los lazos de solidaridad dentro de

nuestra nación y hasta dentro de nuestra misma familia.

La aparición de las familias separadas dentro del clan perturbó de manera inevitable la

unidad establecida. La familia aislada conduce,

inevitablemente, a la propiedad privada y a la acumulación de riqueza personal. Hemos

visto, sin embargo, cómo los esquimales tratan de

obviar los inconvenientes de este nuevo principio en la vida tribal.

En un desarrollo más avanzado de la humanidad, la misma tendencia toma nuevas

formas: y seguir las huellas de las diferentes instituciones

vitales (las comunas aldeanas, guildas, etc.), con ayuda de las cuales las masas

populares se empeñaron en mantener la unidad tribal, a pesar

de las influencias que se habían empeñado en destruirla, constituiría una de las

investigaciones más instructivas. Por otra parte, los primeros

rudimentos de conocimientos aparecidos en épocas extremadamente lejanas, en que se

confundían con la hechicería, también se hicieron en

manos del individuo una fuerza que podía dirigirse contra los intereses de la tribu. Estos

rudimentos de conocimientos se conservaban

entonces en gran secreto, y se transmitían solamente a los iniciados en las sociedades

secretas de hechiceros, shamanes y sacerdotes que

encontramos en todas las tribus decididamente primitivas. Además, al mismo tiempo,

las guerras e incursiones creaban el poder militar y

también la casta de los guerreros, cuyas asociaciones y "clubs" poco a poco adquirieron

enorme fuerza. Pero con todo, nunca, en ningún

período de la vida de la humanidad, las guerras fueron la condición normal de la vida.

Mientras los guerreros se destruían entre sí, y los

sacerdotes glorificaban estos homicidios, las masas populares proseguían llevando la

vida cotidiana y haciendo su trabajo habitual de cada

día. Y seguir esta vida de la masa, estudiar los métodos con cuya ayuda mantuvieron su

organización social, basada en sus concepciones de

la igualdad, de la ayuda mutua y del apoyo mutuo -es decir, su derecho común-, aun

entonces, cuando estaban sometidos a la teocracia o

aristocracia más brutal en el gobierno, estudiar esta faz del desarrollo de la humanidad

es muy importante actualmente para una verdadera

ciencia de la vida.

CAPITULO IV: LA AYUDA MUTUA ENTRE LOS BARBAROS

Al estudiar a los hombres primitivos es imposible dejar de admirarse del desarrollo de la

sociabilidad que el hombre evidenció desde los

primerísimos pasos de su vida. Se han hallado huellas de sociedades humanas en los

restos de la edad de piedra, tanto neolítica como

paleolítica; y cuando comenzamos a estudiar a los salvajes contemporáneos, cuyo modo

de vida no se distingue del modo de vida del hombre

neolítico, encontramos que estos salvajes están ligados entre sí por una organización de

clan extremadamente antigua que les da posibilidad

de unir sus débiles fuerzas individuales, gozar de la vida en común y avanzar en su

desarrollo. El hombre, de tal modo, no constituye una

excepción en la naturaleza. También él está sujeto al gran principio de la ayuda mutua,

que asegura las mejores oportunidades de

supervivencia sólo a quienes mutuamente se prestan al máximo apoyo en la lucha por la

existencia. Tales son las conclusiones a que hemos

llegado en el capítulo precedente.

Sin embargo, no bien pasamos a un grado más elevado de desarrollo y recurrimos a la

historia, que ya puede decirnos algo acerca de este

grado, suelen consternarnos las luchas y los conflictos que esta historia nos descubre.

Los viejos lazos parecen estar completamente rotos.

Las tribus luchan contra las tribus, unos clanes contra otros, los individuos entre sí, y, de

este choque de fuerzas hostiles, sale la humanidad

dividida en castas, esclavizada por los déspotas, despedazada en estados separados que

siempre están dispuestos a guerrear el uno contra

el otro. Y he aquí que, hojeando tal historia de la humanidad, el filósofo pesimista llega

triunfante a la conclusión de que la guerra y la opresión

son la verdadera esencia de la naturaleza humana; que los instintos guerreros y de rapiña

del hombre pueden ser, dentro de determinados

límites, refrenados sólo por alguna autoridad poderosa que, por medio de la fuerza,

estableciera la paz y diera de tal modo a algunos pocos

hombres nobles la posibilidad de preparar una vida mejor para la humanidad del futuro.

Sin embargo, basta someter a un examen más cuidadoso la vida cotidiana del hombre

durante el período histórico, como han hecho en los

últimos tiempos muchos investigadores serios de las instituciones humanas, v esta vida

inmediatamente adquiere un tinte completamente

distinto. Dejando de lado las ideas preconcebidas de la mayoría de los historiadores, y

su evidente predilección por la parte dramática de la

vida humana, vemos que los mismos documentos que aprovechan ellos habitualmente

son, por su esencia tales, que exageran la parte de la

vida humana que se entregó a la lucha y no aprecian debidamente el trabajo pacífico de

la humanidad. Los días claros y soleados se pierden

de vista por obra de las descripciones de las tempestades y de los terremotos.

Aun en nuestra época, los voluminosos anales que almacenamos para el historiador

futuro en nuestra prensa, nuestros juzgados, nuestras

instituciones gubernamentales y hasta en nuestras novelas, cuentos, dramas y en la

poesía, padecen de la misma unilateralidad. Transmiten a

la posteridad las descripciones más detalladas de cada guerra, combate y conflicto, de

cada discusión y acto de violencia; conservan los

episodios de todo género de sufrimientos personales; pero en ellos apenas se conservan

las huellas precisas de los numerosos actos de

apoyo mutuo y de sacrificio que cada uno de nosotros conoce por experiencia propia; en

ellos casi no se presta atención a lo que constituye la

verdadera esencia de nuestra vida cotidiana, a nuestros instintos y costumbres sociales.

No es de asombrarse por esto si los anales de los

tiempos pasados se han mostrado tan imperfectos. Los analistas de la antigüedad

inscribieron invariablemente en sus crónicas todas las

guerras menudas y todo género de calamidades que sufrieron sus contemporáneos; pero

no prestaron atención alguna a la vida de las masas

populares, a pesar de que justamente las masas se dedicaban, sobre todo, al trabajo

pacífico, mientras que la minoría se entregaba a las

excitaciones de la lucha. Los poemas épicos, las inscripciones de los monumentos, los

tratados de paz, en una palabra, casi todos los

documentos históricos, tienen el mismo carácter; tratan de las perturbaciones de la paz y

no de la paz misma. Debido a esto, aun aquellos

historiadores que procedieron al estudio del pasado con las mejores intenciones,

inconscientemente trazaron una imagen mutilada de la

época que trataban de presentar; y para restablecer la relación real entre la lucha y la

unión que existía en la vida, debemos ocuparnos ahora

del análisis de los hechos pequeños y de las indicaciones débiles que fueron

conservadas accidentalmente en los monumentos del pasado, y

explicarlos con ayuda de la etnología comparativa. Después de haber oído tanto sobre lo

que dividía a los hombres, debemos reconstruir,

piedra a piedra, las instituciones que los unían.

Probablemente no está ya lejana la época en que se habrá de escribir nuevamente toda la

historia de la humanidad en un nuevo sentido,

tomando en cuenta ambas corrientes de la vida humana ya citada y apreciando el papel

que cada una de ellas ha desempeñado en el

desarrollo de la humanidad. Pero, mientras esto no ha sido todavía hecho, podemos ya

aprovechar el enorme trabajo preparatorio realizado

en los últimos años y que nos da la posibilidad de reconstruir, aún en líneas generales, la

segunda corriente, que ha sido descuidada durante

mucho tiempo. De períodos de la historia que están mejor estudiados, podemos esbozar

algunos cuadros de la vida de las masas populares y

mostrar qué papel ha desempeñado en ellas, durante estos períodos, la ayuda mutua.

Observaré que, en bien de la brevedad, no estamos

obligados a empezar indefectiblemente por la historia egipcia, ni siquiera griega o

romana, porque en realidad la evolución de la humanidad

no ha tenido el carácter de una cadena ininterrumpida de, sucesos. Algunas veces

sucedió que la civilización quedaba interrumpida en cierto

lugar, en cierta raza, y comenzaba de nuevo en otro lugar, en medio de otras razas. Pero,

todo nuevo surgimiento comenzaba siempre desde

la misma organización tribal que acabamos de ver en los salvajes. De modo que si

tomamos la última forma de nuestra civilización actual

-desde la época en que empezó de nuevo en los primeros siglos de nuestra era, entre

aquellos pueblos que los romanos llamaron "bárbaros"-

tendremos una gama completa de la evolución, empezando por la organización tribal y

terminando por las instituciones de nuestra época. A

estos cuadros estarán consagradas las páginas siguientes.

Los hombres de ciencia aún no se han puesto de acuerdo sobre las causas que, hace

alrededor de dos mil años, movieron a pueblos enteros

de Asia a Europa y provocaron las grandes migraciones de los bárbaros que pusieron fin

al imperio romano de Occidente. Sin embargo, se

presenta de modo natural al geógrafo una causa posible, cuando contempla las ruinas de

las que fueron otrora ciudades densamente

pobladas de los desiertos actuales de Asia Central, o bien sigue los viejos lechos de ríos

ahora desaparecidos, y los restos de lagos que

otrora fueron enormes y que ahora quedaron reducidos casi a las dimensiones de

pequeños estanques. La causa es la desecación: una

desecación reciente que continúa todavía, con rapidez que antes considerábamos

imposible admitir. Contra semejantes fenómeno, el hombre

no pudo luchar. Cuando los habitantes de Mongolia occidental y de Turquestán oriental

vieron que el agua se les iba, no les quedó otra salida

que descender a lo largo de los amplios valles que conducen a las tierras bajas y

presionar hacia el oeste a los habitantes de estas tierras.

Tribu tras tribu, de tal modo, fueron desplazadas hacia Europa, obligando a las otras

tribus a ponerse en movimiento una y otra vez durante una

serie entera de siglos; hacia el Oeste, o de vuelta al Este, en busca de nuevos lugares de

residencia más o menos permanente. Las razas se

mezclaron, durante estas migraciones; los aborígenes con los inmigrantes, los arios con

los uralaltaicos; y no seria nada asombroso, si las

instituciones sociales que los unían en sus patrias, se desplomaran completamente

durante esta estratificación de razas distintas que se

realizaba entonces en Europa y Asia.

Pero estas instituciones no fueron destruidas; sólo sufrieron la transformación que

requerían las nuevas condiciones de vida.

La organización social de los teutones, celtas, escandinavos, eslavos y otros pueblos,

cuando por primera vez entró en contacto con los

romanos, se encontraba en estado de transición. Sus uniones tribales, basadas en la

comunidad de origen real o supuesta, sirvieron para

unirlos durante muchos milenios. Pero semejantes uniones respondieron a su fin sólo

hasta que aparecieron dentro del clan mismo las familias

separadas. Sin embargo, en virtud de las razones expuestas más arriba, las familias

patriarcales separadas, lenta, pero inconteniblemente, se

formaban dentro de la organización tribal y su aparición, al final de cuentas,

evidentemente condujo a la acumulación de riquezas y de poder, a

su transmisión hereditaria en la familia y a la descomposición del clan. Las migraciones

frecuentes y las guerras que las acompañaban sólo

pudieron apresurar la desintegración de los clanes en familias separadas, y la dispersión

de las tribus durante las migraciones y su mezcla con

los extranjeros constituían exactamente las condiciones con las que se facilitó la

desintegración de las uniones anteriores basadas sobre lazos

de parentesco. A los bárbaros -es decir, aquellas tribus que los romanos llamaron

"bárbaros" y que, siguiendo las clasificaciones de Morgan,

llamaré con ese mismo nombre para diferenciarlos de las tribus más primitivas, de los

llamados "salvajes"- se presentaba de tal modo una

disyuntiva: dejar su clan y disolverse en grupos de familias débilmente unidas entre, sí,

de las cuales, las familias más ricas (especialmente

aquellas en quienes las riquezas se unían a las funciones del sacerdocio o a la gloria

militar) se adueñarían del poder sobre los otros; o bien

buscar alguna nueva forma de estructura social fundada sobre algún principio nuevo.

Muchas tribus fueron impotentes para oponerse a la desintegración: se dispersaron y

perdiéronse para la historia. Pero las tribus más

enérgicas no se dividieron; salieron de la prueba elaborando una estructura social nueva:

la comuna aldeana, que continuó uniéndolas durante

los quince siglos siguientes, o más aún. En ellas se elaboró la concepción del territorio

común, de la tierra adquirida y defendida con sus

fuerzas comunes, y esta concepción ocupó el lugar de la concepción del origen común,

que ya se extinguía. Sus dioses perdieron

paulatinamente su carácter de ascendientes y recibieron un nuevo carácter local,

territorial. Se convirtieron en divinidades o, posteriormente,

en patronos de un cierto lugar.

La "tierra" se identificaba con los habitantes. En lugar de las uniones anteriores por la

sangre, crecieron las uniones territoriales, y esta nueva

estructura evidentemente ofrecía muchas ventajas en determinadas condiciones.

Reconocía la independencia de la familia y hasta aumentaba

esta independencia, puesto que la comuna aldeana renunciaba a todo derecho a

inmiscuirse en lo que ocurría dentro de la familia misma;

daba también una libertad considerablemente mayor a la iniciativa personal; no era un

principio hostil a la unión entre personas de origen

distinto, y además, mantenía la cohesión necesaria en los actos y en los pensamientos de

los miembros de la comunidad; y, finalmente, era lo

bastante fuerte para oponerse a las tendencias de dominio de la minoría, compuesta de

hechiceros, sacerdotes y guerreros profesionales o

distinguidos que pretendían adueñarse del poder. Debido a esto, la nueva organización

se convirtió en la célula primitiva de toda vida social

futura; y en muchos pueblos, la comuna aldeana conservó este carácter hasta el

presente.

Ya es sabido ahora -y apenas se discute- que la comuna aldeana de ningún modo ha sido

rasgo característico de los eslavos o de los antiguos

germanos. Estaba extendida en Inglaterra, tanto en el período sajón como en. el

normando, y se conservó en algunos lugares hasta el siglo

diecinueve; fue la base de la organización social de la antigua Escocia, la antigua

Irlanda y el antiguo Gales. En Francia, la posesión común y

la división comunal de la tierra arable por la asamblea aldeana se conservó desde los

primeros siglos de nuestra era hasta la época de Turgut,

que halló las asambleas comunales "demasiado ruidosas" y por ello comenzó a

destruirlas. En Italia, la comuna sobrevivió al dominio romano y

renació después de la caída del imperio romano. Fue regla general entre los

escandinavos, eslavos, fineses (en la pittüyü, y probablemente en

la kihlakunta), los cures y los lives. La comuna aldeana en la India -pasada y presente,

aria y no aria- es bien conocida gracias a los trabajos

de sir Henry Maine, que han hecho época en este dominio; y Elphistone la describió en

los afganos. La encontramos también en el ulus mogol,

en la cabila thaddart, en la dessa javanesa, en la kota o tofa malaya y, bajo diferentes

designaciones, en Abisinia, Sudán, en el interior de

Africa, en las tribus indígenas de ambas Américas, y en todas las tribus, pequeñas y

grandes, de las islas del océano Pacífico. En una palabra,

no conocemos ninguna raza humana, ningún pueblo, que no hubiera pasado en

determinado periodo por la comuna aldeana. Ya este solo

hecho refuta la teoría según la cual se trató de representar a la comuna aldeana de

Europa como un producto de la servidumbre. Se formó

mucho antes que la servidumbre y ni siquiera la sumisión servil pudo destruirla. Ella

constituye una fase general del desarrollo del género

humano, un renacimiento natural de la organización tribal, por lo menos en todas las

tribus que desempeñaron o desempeñan hasta la época

presente algún papel en la historia.

La comuna aldeana constituía una institución crecida naturalmente, y por ello no podía

ser de estructura completamente uniforme. Hablando en

general, era una unión de familias que se consideraban originarias de una raíz común y

que poseían en común una cierta tierra. Pero en

algunas tribus, en circunstancias determinadas, las familias crecieron

extraordinariamente antes de que de ellas brotaran nuevas familias; en

tales casos, cinco, seis o siete generaciones continuaron viviendo bajo un techo o dentro

de un recinto, poseyendo en común el cultivo y el

ganado, y reuniéndose para la comida ante un hogar común. Entonces se formó lo que

se conoce en la etnología con el nombre de "familia

indivisa- o "economía doméstica indivisa", que nosotros hallamos aún ahora en toda la

China, en la India, en la zadruga de los eslavos

meridionales y, ocasionalmente, en Africa, América, Dinamarca, Rusia septentrional, en

Siberia (las semieskie), y en Francia occidental. En

otros pueblos, o en otras circunstancias que todavía no están determinadas con

precisión, las familias no alcanzaron tan grandes

proporciones; los nietos, y a veces también los hijos, salían del hogar inmediatamente

después de contraer matrimonio, y cada uno de ellos

asentaba el principio de su propia célula. Pero tanto las familias divididas como las

indivisas, tanto las que se establecieron juntas como las

que se establecieron diseminadas por los bosques, todas ellas se unieron en comunas

aldeanas. Algunas aldeas se unieron en clanes, o

tribus, y algunas tribus en uniones o federaciones. Tal era la organización, social que se

desarrolló entre los así llamados bárbaros cuando

empezaron a asentarse en residencias más o menos permanentes en Europa. Necesario

es recordar, sin embargo, que las palabras

"bárbaros" y "período bárbaro" se emplean aquí siguiendo a Morgan y otros

antropólogos -investigadores de la vida de las sociedades

humanas- exclusivamente para designar el período de la comuna aldeana que siguió a la

organización tribal, hasta la formación de los

Estados contemporáneos.

Una larga evolución fue necesaria para que el clan llegara a reconocer dentro de él la

existencia separada de la familia patriarcal que vivía en

una choza separada; pero, sin embargo, aun después de tal reconocimiento, el clan,

hablando en general, todavía no reconocía la herencia

personal de la propiedad. Bajo la organización tribal, las pocas cosas que podían

pertenecer a un individuo se destruían sobre su tumba o se

enterraban junto a él. La comuna aldeana, por lo contrario, reconocía plenamente la

acumulación privada de riquezas dentro de la familia, y su

transmisión hereditaria. Pero la riqueza se extendía exclusivamente en forma de bienes

muebles, incluyendo en ellos el ganado, los

instrumentos y la vajilla, las armas, y la casa-habitación que, "como todas las cosas que

podían ser destruidas por el fuego", se contaban en

esa misma categoría. En cuanto a la propiedad privada territorial, la comuna aldeana no

reconocía y no podía reconocer nada semejante, y

hablando en general, no reconoce tal género de propiedad tampoco ahora. La tierra era

propiedad común de todo el clan o de la tribu entera y

la misma comuna aldeana poseía su parte de territorio tribal, sólo hasta donde el clan o

la tribu no es posible establecer aquí límites precisos

no hallaba necesaria una nueva distribución de las parcelas aldeanas.

Puesto que el desbroce de la tierra boscosa, y el desmonte de las tierras vírgenes, en la

mayoría de los casos, eran realizados por toda la

comuna o, por lo menos, por el trabajo conjunto de varias familias -siempre con el

consentimiento de la comuna- las parcelas vueltas a limpiar

pasaban a ser de cada familia por cuatro, doce, veinte años, después de lo cual, se

consideraban ya como parte de la, tierra arable

perteneciente a toda la comuna. La propiedad privada o el dominio "perpetuo" de la

tierra era también incompatible con las concepciones

fundamentales de las ideas religiosas de la comuna aldeana, como antes eran

incompatibles con las concepciones de clanes; de modo que

fue necesaria la influencia prolongada del derecho romano y de la iglesia cristiana, que

asimiló presto las leyes de la Roma pagana, para

acostumbrar a los bárbaros a la practicabilidad de la propiedad privada territorial. Pero,

aun entonces, cuando la propiedad privada o el

dominio por tiempo, indeterminado fue reconocido, el propietario de una parcela

separada seguía siendo, al mismo tiempo, copropietario de

una parcela de los bosques y de las dehesas comunes. Además, vemos continuamente,

en especial en la historia de Rusia, que cuando varias

familias, actuando completamente por separado, habían tomado posesión de alguna

tierra perteneciente a las tribus que consideraban como

extranjeras, las familias de los usurpadores se unían en seguida entre sí y formaban una

comuna aldeana que, en la tercera o cuarta

generación, ya creía en la comunidad de su origen. Siberia está llena hasta ahora de tales

ejemplos.

Una serie completa de instituciones, en parte heredadas del período tribal, empezó

entonces a elaborarse sobre esta base del dominio común

de la tierra, y continuó elaborándose a través de las largas series de siglos que fueron

necesarios para someter a los comuneros a la

autoridad de los Estados, organizados según el modelo romano o bizantino. La comuna

aldeana no sólo era una sociación para asegurar a

cada uno la parte justa en el disfrute de la tierra común; era, también, una asociación

para el cultivo común de la tierra, para el apoyo mutuo en

todas las formas posibles, para la defensa contra la violencia y para el máximo

desarrollo de los conocimientos, los lazos nacionales y las

concepciones morales; y cada cambio en el derecho jurídico, militar, educacional o

económico de la comuna era decidido por todos, en la

reunión del mir de la aldea, la asamblea de la tribu, o en la asamblea de la confederación

de las tribus y comunas. La comuna, siendo

continuación del clan, heredó todas sus funciones. Representaba a la universitas, el mir

en sí mismo.

La caza en común, la pesca en común y el cultivo comunal de las plantaciones frutales,

era la regla general bajo los antiguos órdenes tribales.

Del mismo modo, el cultivo común de los campos se hizo regla en las comunas

aldeanas de los bárbaros. Es cierto que tenemos muy pocos

testimonios directos en este sentido, y que en la literatura antigua encontramos en total

algunas frases de Diodoro y Julio César que se

refieren a los habitantes de las islas de Lipari, a una de las tribus celtiberas y a los

suevos. Pero no existe, sin embargo, insuficiencia de

hechos que prueben que el cultivo común de la tierra era practicado entre algunas tribus

germánicas, entre los francos y entre los antiguos

escoceses, irlandeses y galeses. En cuanto a las últimas supervivencias del cultivo

comunal, son simplemente innumerables. Hasta en la

Francia completamente romanizada, el arar en común era un fenómeno corriente hace

apenas unos veinticinco años; en Morbihan (Bretaña).

Hallamos el antiguo cyvar galés, o el "arado conjunto", por ejemplo, en el Cáucaso, y el

cultivo común de la tierra entregada en usufructo al

santuario de la aldea constituye un fenómeno corriente en las tribus del Cáucaso, menos

tocadas por la civilización; hechos semejantes se

encuentran constantemente entre los campesinos rusos.

Además, es bien sabido que muchas tribus del Brasil, de América Central y México

cultivaban sus campos en común, y que la misma

costumbre está ampliamente difundida, aún ahora, entre los malayos, en Nueva

Celedonia, entre algunas tribus negras, etc.. Hablando más

brevemente, el cultivo comunal de la tierra constituye un fenómeno tan corriente en

muchas tribus arias, uralaltaicas, mogólicas, negras y pieles

rojas, malayas y melanesias, que debemos considerarlo como una forma general -

aunque no la única posible- de agricultura primitiva.

Necesario es recordar, sin embargo, que el cultivo comunal de la tierra no implica aún el

necesario consumo común. Ya en la organización

tribal vemos, a menudo, que cuando los botes cargados de frutas o pescados vuelven a

la aldea, el alimento transportado en ellos se reparte

entro las chozas separadas y las "casas largas" (en las que se alojan ya varias familias,

ya los jóvenes) y el alimento se prepara en cada fuego

separado. La costumbre de sentarse a la mesa en un círculo más estrecho de parientes o

camaradas, de tal modo, aparece ya en el período

antiguo de la vida tribal. En la comuna aldeana se convierte en regla.

Hasta los productos alimenticios cultivados en común, habitualmente se dividían entre

los dueños de casa después que una parte había sido

almacenada para uso común. Además, la tradición de los festines comunales se

conservaba piadosamente. En cada caso oportuno, como,

por ejemplo, en los días consagrados a la recordación de los antepasados, durante las

fiestas religiosas, al comienzo o al final de las labores

campestres y, también con motivo de sucesos tales como nacimiento de los niños, bodas

y entierros, la comuna se reunía en un festín comunal.

Aún era la época presente, en Inglaterra, encontramos una supervivencia de esta

costumbre, bien conocida bajo el nombre de cena de la

cosecha (Harvest Supper): se ha conservado más que todas las otras costumbres. Aún

mucho tiempo después que los campos dejaron de ser

cultivados conjuntamente por toda la comuna, vemos que algunas labores agrícolas

continúan realizándose por medio de ella. Cierta parte de

la tierra comunal, aun ahora, en muchos lugares es cultivada en común, con el objeto de

ayudar a los indigentes, y también para formar

depósitos comunales o para usar los productos de semejante trabajo durante las fiestas

religiosas. Los canales de regadío y las acequias son

cavadas y reparadas en común. Los prados comunales son segados por la comuna; y uno

de los espectáculos más inspiradores lo constituye

la comuna aldeana rusa durante la siega, en la cual los hombres rivalizan entre sí en la,

amplitud del corte de guadaña y la rapidez de las

siegas, y las mujeres remueven la hierba cortada y la recogen en gavillas; vemos aquí

qué podría ser y qué debería ser el trabajo humano. En

tales casos, se reparte el heno entre los hogares separados, y es evidente que ninguno

tiene derecho a tomar el heno del henar de su vecino

sin su permiso; pero la restricción a esta regla general, que se encuentra en los osietinos,

en el Cáucaso, es muy instructiva: ni bien comienza

a cantar el cuclillo anunciando la entrada de la primavera, que pronto vestirá todos los

prados de hierba, adquieren todos el derecho de tomar

del henar vecino el heno que necesiten para alimentar a su ganado. De tal modo, se

afirman una vez más los antiguos derechos comunales,

como para demostrar con ello hasta qué punto el individualismo sin restricciones

contradice a la naturaleza humana.

Cuando el viajero europeo desembarca en alguna isleta del océano Pacífico, y viendo de

lejos un grupo de palmeras se dirige hacia allí,

generalmente le asombra el descubrimiento de que las aldehuelas de los indígenas están

unidas entre sí por caminos pavimentados con

grandes piedras, perfectamente cómodos para los aborígenes descalzos, y que en

muchos sentidos recuerdan a los "viejos caminos" de las

montañas suizas. Caminos semejantes fueron trazados por los "bárbaros" por toda

Europa, y es necesario viajar por los países salvajes, poco

poblados, que están situados lejos de las líneas principales de las comunicaciones

internacionales, para comprender las proporciones de ese

trabajo colosal que realizaron las comunas bárbaras para vencer la aspereza de las

inmensas extensiones boscosas y pantanosas que

presentaba Europa alrededor de dos mil años atrás. Las familias separadas, débiles y sin

los instrumentos necesarios, no hubieran podido

jamás vencer la selva, virgen. El bosque y el pantano las hubieran vencido. Solamente

las comunas aldeanas, trabajando en común, pudieron

conquistar estos bosques salvajes, estas ciénagas absorbentes y las estepas Limitadas.

Los senderos, los caminos de fajinas, las balsas y los puentes livianos que se quitaban

en invierno y se construían de nuevo después de las

crecidas de primavera, las trincheras y empalizadas con las que se cercaban las aldeas,

las fortalezas de tierra, las pequeñas torres y ata

layas de que estaba sembrado el territorio, todo esto fue obra de las manos de las

comunas aldeanas. Y cuando la comuna creció, comenzó el

proceso de echar brotes. A alguna distancia de la primera, brotó una nueva comuna, y de

tal modo, paso a paso, los bosques y las estepas

cayeron bajo el poder del hombre. Todo el proceso de la formación de las naciones

europeas fue en esencia el fruto de tal brote de las

comunas aldeanas. Hasta en la época presente los campesinos rusos, si no están

completamente abrumados por la necesidad, emigran en

comunas, cultivan la tierra virgen en común y, también, en común, cavan las chozas de

tierra, y luego construyen las casas, cuando se asientan

en las cuencas del Amur o en Canadá. Hasta los ingleses, al principio de la colonización

de América, volvieron al antiguo sistema: se

asentaron y vivieron en comunas.

La comuna aldeana era entonces el arma principal en la dura lucha contra la naturaleza

hostil. Era, también, el lazo que los campesinos

oponían a la opresión de parte de los más hábiles y fuertes, que trataban de reforzar su

autoridad en aquellos agitados tiempos. El "bárbaro"

imaginario, es decir, el hombre que lucha y mata a los hombres por bagatelas, existió

tan poco en la realidad como el "sanguinario" salvaje de

nuestros literatos.

El bárbaro comunal, por lo contrario, en su vida se sometía a una serie entera y

completa de instituciones, imbuidas de cuidadosas

consideraciones sobre qué puede ser útil o nocivo para su tribu o su confederación; y las

instituciones de este género fueron transmitidas

religiosamente de generación en generación en versos y cantos, en proverbios y tríades,

en sentencias e instrucciones.

Cuanto más estudiamos este período, tanto más nos convencemos de los lazos estrechos

que ligaban a los hombres en sus comunas. Toda

riña surgida entre dos paisanos se consideraba asunto que concernía a toda la comuna,

hasta las palabras ofensivas que escaparan durante

una riña se consideraban ofensas a la comuna y a sus antepasados. Era necesario reparar

semejantes ofensas con disculpas y una multa

liviana en beneficio del ofendido y en beneficio de la comuna. Si la riña terminaba en

pelea y heridas, el hombre que la presenciara y no

interviniera para suspenderla era considerado como si él mismo hubiera producido las

heridas causadas.

El procedimiento jurídico estaba imbuido del mismo espíritu. Toda riña, ante todo, se

sometía a la consideración de mediadores o árbitros, y la

mayoría de los casos eran resueltos por ellos, puesto que el árbitro desempeñaba un

papel importante en la sociedad bárbara. Pero si el

asunto era demasiado serio y no podía ser resuelto por los mediadores, se sometía al

juicio de la asamblea comunal, que tenía el deber de

"hallar la sentencia" y la pronunciaba siempre en forma condicional: es decir, "el

ofensor deberá pagar tal compensación al ofendido si la

ofensa es probada". La ofensa era probada o negada por seis o doce personas, quienes

confirmaban o negaban el hecho de la ofensa bajo

juramento: se recurría a la ordalía solamente en el caso de que surgiera contradicción

entre los dos cuerpos de jurados de ambas partes

litigantes. Semejante procedimiento, que estuvo en vigor más de dos mil años, habla

suficientemente por sí mismo; muestra cuán estrechos

eran los lazos que unían entre sí a todos los miembros de la comuna.

No está de más recordar aquí que, aparte de su autoridad moral, la asamblea comunal no

tenía ninguna otra fuerza para hacer cumplir su

sentencia. La única amenaza posible era declarar al rebelde, proscrito, fuera de la ley;

pero aun esta amenaza era un arma de doble filo. Un

hombre descontento con la decisión de la asamblea comunal podía declarar que

abandonaba su tribu y que se unía a otra, y ésta era una

amenaza terrible, puesto que, según la convicción general, atraía indefectiblemente

todas las desgracias posibles sobre la tribu, que podía

haber cometido una injusticia con uno de sus miembros. La oposición a una decisión

justa, basada sobre el derecho común, era sencillamente

"inimaginable" según la expresión muy afortunada de Henry Maine, puesto que "la ley,

la moral y el hecho constituían, en aquellos tiempos, algo

inseparable". La autoridad moral de la comuna era tan grande que hasta en una época

considerablemente posterior, cuando las comunas

aldeanas fueron sometidas a los señores feudales, conservaron, sin embargo, la

autoridad jurídica; sólo permitían al señor o a su

representante "hallar" las sentencias arriba citadas condicionales, de acuerdo con el

derecho común que él juraba mantener en su pureza; y se

le permitía percibir en su beneficio la multa (fred) que antes se percibía en favor de la

comunal. Pero, durante mucho tiempo, el mismo señor

feudal, si era copropietario de los baldíos y dehesas comunales, se sometía, en los

asuntos comunales, a la decisión de la comuna.

Perteneciera ya a la nobleza o al clero, debía someterse a la decisión de la asamblea

comunal. "Wer daselbst Wasser und Weid gerusst, muss

gehorsan sein" -quien goza del derecho al agua y a los pastos, debe obedecer-, dice una

antigua sentencia. Hasta cuando los campesinos se

convirtieron en esclavos de los señores feudales, los últimos estaban obligados a

presentarse ante la asamblea comunal si los citaban.

En sus concepciones de la justicia, los bárbaros evidentemente no se alejaron mucho de

los salvajes. También ellos consideraban que todo

homicidio debía implicar la muerte del homicida; que la herida producida debía ser

castigada, produciendo, punto por punto, la misma herida,

y que la familia ofendida debía cumplir, ella misma, la sentencia pronunciada o a virtud

del derecho común; es decir, matar al homicida o a

alguno de sus congéneres, o producir un determinado género de heridas al ofensor o a

uno de sus allegados. Esto era para ellos un deber

sagrado, una deuda hacía los antepasados que debía ser cumplida completamente en

público y de ningún modo en secreto, y debía dársele la

más amplia publicidad. Por esto, los pasajes más inspirados de las sagas y de todas las

obras de la poesía épica en general de aquella

época están consagrados a glorificar lo que siempre se consideró justo, es decir, la

venganza tribal. Los mismos dioses se unían a los

matadores, en tales casos, y los ayudaban.

Además, el rasgo predominante de la justicia de los bárbaros es ya, por una parte, el

intento de limitar la cantidad de personas que pueden ser

arrastradas en una guerra de dos clanes por causa de la venganza de sangre, y por otra

parte, el intento de extirpar la idea brutal de la

necesidad de pagar sangre por sangre y herida por herida, y el deseo de establecer un

sistema de indemnizaciones al ofendido, por la ofensa.

Los códigos de leyes bárbaras que constituían colecciones de resoluciones de derecho

común, escritos para gula de los jueces, "al principio

permitían y luego estimulaban y por último exigían" la sustitución de la venganza de

sangre por la indemnización, como lo observó

Kbnigswarter. Pero representar este sistema de compensaciones judiciales por las

ofensas, como un sistema de multas que era igual que si

diera al hombre rico carta blanche es decir, pleno derecho a obrar como se le antojara,

demuestra una incomprensión completa de esta

institución. La compensación monetaria, es decir, Wehrgeld, que se pagaba al ofendido,

es completamente distinta de la pequeña multa o fred

que se pagaba a la comuna o a su representante. La compensación monetaria que se

fijaba comúnmente para todo género de violencia era

tan elevada que, naturalmente, no era un estímulo para semejante género de delitos. En

caso de homicidio, la compensación monetaria

comúnmente excedía todos los bienes posibles del homicida. "Dieciocho veces

dieciocho vacas" -tal era la indemnización de los osietinos,

que no sabían contar más allá de dieciocho; en las tribus africanas, la compensación

monetaria por un homicidio alcanza a ochocientos vacas

o cien camellos con su cría, y sólo en las tribus más pobres se reducía a 416 ovejas. En

general, en la enorme mayoría de los casos, era

imposible pagar la compensación monetaria por un homicidio, de modo que sólo restaba

al homicida hacer una cosa: convencer a la familia

ofendida, con su arrepentimiento, de que lo adoptara. Hasta ahora, en el Cáucaso,

cuando una guerra de tribus, por venganza de sangre,

termina en paz, el ofensor toca con sus labios el pecho de la mujer más anciana de la

tribu, y de tal modo se convierte en "hermano de leche"

de todos los hombres de la familia ofendida. En algunas tribus africanas, el homicida

debe dar en matrimonio su hija o hermana a uno de los

miembros de la familia del muerto; en otras tribus debe casarse con la viuda del muerto;

y en todos los casos se convierte, después de esto,

en miembro de la familia, cuya opinión es escuchada en todos los asuntos familiares

importantes.

Además, los bárbaros no sólo no menospreciaban la vida humana, sino que de ningún

modo conocían los castigos espantosos que fueron

introducidos más tarde por la legislación laica y canónica bajo la influencia de Roma y

Bizancio.

Si el derecho sajón fijaba la pena de muerte con bastante facilidad, aun en caso de

incendio y asalto a mano armada, los otros códigos

bárbaros recurrían a ella sólo en caso de traición a su tribu y de sacrilegio hacia los

dioses comunales. Veían en la pena de muerte el único

medio de apaciguar a los dioses.

Todo esto, evidentemente, está muy lejos del supuesto "desenfreno moral de los

bárbaros". Por lo contrario, no podemos hacer menos que

admirar los principios profundamente morales que fueron elaborados por las antiguas

comunas aldeanas y que hallaron su expresión en las

tríades galesas, en las leyendas del Rey Arturo, en los comentarios irlandeses, "Brehon",

en las antiguas leyendas germánicas, etcétera, y

también ahora se expresan en los proverbios de los bárbaros modernos. En su

introducción a The Story of Brunt Njal, George Dasent

caracterizó muy fielmente, del modo siguiente, las cualidades del normando, tal como

se precisan sobre la base de las sagas:

"Hacer franca y varonilmente lo que ha de hacerse, sin temer a los enemigos, ni a las

enfermedades, ni al destino ... ; ser libre y atrevido en

todos los actos; ser gentil y generoso con los amigos y congéneres; ser severo y temible

con los enemigos (es decir, con aquellos que caían

bajo la ley del talión), pero cumplir, aun con ellos, todas las obligaciones debidas... No

romper los armisticios, no ser murmurador ni

calumniador. No decir en ausencia de una persona nada que no se atreva a decir en su

presencia. No arrojar del umbral de su casa al hombre

que pida alimento o refugio, aunque fuera el propio enemigo".

De tales, o aún más elevados principios, está imbuida toda la poesía épica y las tríades

galesas. Obrar "con dulzura y según los principios de

la equidad" con los otros, sin distinción de que sean enemigos o amigos, y "reparar el

mal ocasionado", tales son los más elevados deberes

del hombre, -el mal es la muerte, y el bien es la vida-, exclama el poeta legisladora. "El

mundo seria absurdo si los acuerdos hechos

verbalmente no fueran respetados" -dice la ley de Brehon-. Y el apacible shaman

mordvino, después de haber alabado cualidades semejantes,

agrega, en sus principios di derecho común, que "entre los vecinos, la vaca y la vasija de

ordeñar es un bien común", y que "necesario es

ordeñar la vaca para sí y para aquél que pueda pedir leche"; que "el cuerpo del miro

enrojece por los golpes, pero el rostro del que golpea al

niño enrojece de vergüenza", etc. Se podría llenar muchas páginas con la exposición de

principios morales similares, que los -bárbaros" no

sólo expresaron, sino que siguieron.

Necesario es mencionar aquí todavía un mérito de las antiguas comunas aldeanas. Y es

que paulatinamente ampliaron el círculo de las

personas que estaban estrechamente ligadas entre sí. En el periodo de que hablamos, no

sólo las clases se unieron en tribus, sino que a su

vez, las tribus, aun siendo de orígenes distintos, se unieron en federaciones y

confederaciones. Algunas federaciones eran tan estrechas que,

por ejemplo, los vándalos que quedaron en el lugar, después que parte de su

confederación fue hacia el Rhin y de allí a España y Africa,

durante cuarenta años, cuidaron las tierras comunales y las aldeas abandonadas de sus

confederados; no tomaron posesión de ellas hasta

que sus enviados especiales los convencieron de que sus confederados no tenían

intención de volver más. Entre otros bárbaros, encontramos

que la tierra era cultivada por una parte de la tribu, mientras la otra parte combatía en las

fronteras de su territorio común, o más allá de sus

límites. En cuanto a las ligas entre varias tribus, constituían el fenómeno más corriente.

Los sicambrios se unieron con los keruscos y suevos;

los cuados con los sármatas; los sármatas con los alanos, carpios y hunos. Más tarde,

vemos también cómo la concepción de nación se

desarrolla gradualmente en Europa, considerablemente antes de que algo del género de

Estado comenzara a formarse en lugar alguno de la

parte del continente ocupada por los bárbaros. Estas naciones -porque no es posible

negar el nombre de nación a la Francia merovingia o la

Rusia del siglo undécimo o duodécimo-, estas naciones no estaban, sin embargo, unidas

entre sí por otra cosa que no fuera la unidad de la

lengua y el acuerdo tácito de sus pequeñas repúblicas de elegir sus duques (protectores

militares y jueces) de entre una familia determinada.

Naturalmente, las guerras eran ineludibles: las migraciones inevitablemente llevan

consigo las guerras, pero ya sir Henry Maine, en su notable

trabajo sobre el origen tribal del derecho internacional, demostró plenamente que "el

hombre nunca fue tan brutal ni tan estúpido como para

someterse a un mal como la guerra sin hacer algunos esfuerzos para conjurarla". Mostró

también cuán grande era -el número de las antiguas

instituciones que revelan la intención de prevenir la guerra o encontrarle algunas

alternativas. En realidad, el hombre, a despecho de las

suposiciones corrientes, es un ser tan antiguérrero que cuando los bárbaros se asentaron

finalmente en sus lugares, perdieron el hábito de la

guerra tan rápidamente que pronto debieron establecer caudillos militares especiales,

acompañados por Scholae especiales o mesnadas

guerreras para la defensa de sus aldeas en contra de posibles ataques. Prefirieron el

trabajo pacífico a la guerra, y el mismo pacifismo del

hombre fue causa de la especialización de la profesión militar, y se obtuvo corno

resultado de esta especialización, posteriormente, la

esclavitud y las guerras "del período estatal" de la historia de la humanidad.

La historia encuentra grandes dificultades en sus tentativas para restablecer las

instituciones del período bárbaro. A cada paso, el historiador

halla débiles indicios de una u otra institución. Pero el pasado se ilumina con luz

brillante ni bien recurrimos a las instituciones de las

numerosas tribus que aún viven bajo una organización social que casi es idéntica a la

organización de la vida de nuestros antepasados, los

bárbaros. Aquí encontramos tal abundancia de material que la dificultad se presenta en

la selección, puesto que las islas del océano Pacífico,

las estepas de Asia y las mesetas de Africa son verdaderos museos históricos que

contienen muestras de todas las posibles instituciones

intermedias por las que ha atravesado la humanidad en su paso de la condición tribal de

los salvajes a la organización estatal. Examinemos

algunas de estas muestras.

Si tomamos, por ejemplo, las comunas aldeanas de los mogoles buriatos, especialmente

de aquellos que viven en la estepa de Kudinsk, en el

Lena superior, y que evitaron más que los otros la influencia rusa, tenemos en ellos una

muestra bastante buena de los bárbaros en estado de

transición de la ganadería a la agricultura. Estos buriatos viven, hasta ahora, en

"familias indivisas", es decir, que a pesar de que cada hijo

después de su casamiento, se va a vivir a una choza separada, sin embargo las chozas de

por lo menos tres generaciones se encuentran

dentro de un recinto, y la familia indivisa trabaja en común en sus campos y posee en

común sus bienes domésticos, el ganado y también los

"teliátniki" (pequeños espacios cercados en los que guardan el pasto tierno para

alimentar a los terneros). Comúnmente cada familia se reúne

para comer en su choza; pero cuando se asa carne, todos los miembros de la familia

indivisa, de veinte a sesenta personas, banquetean

juntos.

Varias de tales grandes familias, que viven en grupo, y también familias de menor

proporción, asentadas en el mismo lugar (en la mayoría de

los casos, constituyen restos de familias indivisas, disgregadas por cualquier razón),

forman un "ulus" o comuna aldeana. Varios "ulus"

componen un clan -más exactamente una tribu- y cada cuarenta y seis "clanes" de la

estepa de Kudinsk están unidos en una confederación. En

caso de necesidad, provocada por tales o cuales circunstancias especiales, varios

"clanes- ingresan en uniones menores, pero más

estrechas. Estos buriatos no reconocen la propiedad privada agraria, que los "ulus"

poseen la tierra en común, o más exactamente, la posee

toda la confederación, y de ser preciso se procede a la redistribución de las tierras entre

los diferentes "ulus", en la asamblea de todo el clan, y

entre los cuarenta y seis clanes en la asamblea de la confederación. Menester es

observar que la misma organización tienen todos los

250.000 buriatos de la Siberia Oriental, a pesar de que ya hace más de trescientos años

que se encuentran bajo el dominio de Rusia y

conocen bien las instituciones rusas.

No obstante todo lo dicho, la desigualdad de fortunas se desarrolla rápidamente entre

los buriatos, especialmente desde que el gobierno ruso

comenzó a atribuir importancia excesiva a los "taisha" (príncipes) elegidos por los

buriatos, a quienes consideran recaudadores responsables

de impuestos y representantes de la confederación en sus relaciones administrativas y

hasta comerciales con los rusos. De tal modo, se

ofrecen numerosos caminos para el enriquecimiento de una minoría que marcha a la par

con el empobrecimiento de la masa, debido a la

usurpación de las tierras buriatas por los rusos. Sin embargo, entre los buriatos,

especialmente los de Kudinsk, se conserva la costumbre (y la

costumbre es más fuerte que la ley) según la cual si una familia ha perdido su ganado,

las familias más ricas le dan algunas vacas y caballos

para reparar la pérdida. En cuanto a los pobres sin familia, comen en casa de sus

congéneres; el pobre penetra en la choza y ocupa -por

derecho, no por caridad- un lugar junto al fuego y recibe una porción de comida que se

divide siempre del modo más escrupuloso en partes

iguales; se queda a dormir allí donde ha cenado. En general, los conquistadores rusos de

la Siberia se sorprendieron tanto de las costumbres

comunistas de los buriatos, que los llamaron "bratskyie" (los fraternales) e informaron a

Moscú: "lo tienen todo en común-; todo lo que poseen

es dividido entre todos.

Hasta en la actualidad, los buriatos de Kudinsk, cuando venden el trigo o mandan a

vender su ganado al carnicero ruso, todas las familias del

"ulus", o hasta de la tribu, vierten su trigo en un lugar y reúnen su ganado en un rebaño,

vendiendo todo al por mayor, como si perteneciera a

una persona. Además, cada "ulus" tiene su depósito de granos para préstamo en caso de

necesidad, sus hornos comunales para cocer el pan

(el four banal de las antiguas comunas francesas), y su herrero, quien como el herrero de

las aldeas indias, siendo miembro de la comuna,

nunca recibe pago por su trabajo dentro de ella. Debe efectuar gratuitamente todo el

trabajo de herrería necesario, y si utiliza sus horas de ocio

para fabricar discos de hierro cincelados y plateados, que sirven a los buriatos para

adornar los vestidos, puede venderlos a una mujer de otro

clan, pero sólo puede regalarlos a la mujer que pertenece a su propio clan. La compraventa de ningún modo puede tener lugar dentro de la

comuna, y esta regla es observada tan severamente que cuando una familia buriata

acomodada toma a un trabajador, debe hacerlo de otro

clan o de los rusos. Observaré que tal costumbre con respecto a la compra-venta no

existe sólo en los buriatos: está tan vastamente difundida

entre los comuneros contemporáneos -los "bárbaros"- arios y uralaltaicos, que debe

haber sido general entre nuestros antepasados.

El sentimiento de unión dentro de la confederación es mantenido por los intereses

comunes de todos los clanes, sus conferencias comunales y

los festejos que generalmente tienen lugar en conexión con las conferencias. El mismo

sentimiento es mantenido, además, también por otra

institución: por la caza tribal, aba, que evidentemente constituye una reminiscencia de

un pasado muy lejano. Cada otoño se reúnen todos los

cuarenta y seis clanes de Kudinsk para tal caza, cuya presa es repartida después entre

todas las familias. Además, de tiempo en tiempo, se

convoca a una aba nacional, para afirmar los sentimientos de unión de toda la nación

buriata. En tales casos, todos los clanes buriatos

dispersos en centenares de verstas al este y oeste del lago Baikal deben enviar cazadores

especialmente elegidos para este fin. Miles de

personas se reúnen para esta caza nacional, y cada una trae provisiones para un mes

entero. Todas las porciones de provisión deben ser

iguales, y por ello antes de depositarlas todas juntas, cada porción es sopesada por un

anciano (starschiná) elegido (indefectiblemente "a

mano": la balanza sería una infracción a la costumbre antigua). A continuación de esto,

los cazadores se dividen en destacamentos, a razón de

veinte hombres cada uno, y comienzan la caza según un plan trazado de antemano. En

tales cazas nacionales, toda la nación buriata revive las

tradiciones épicas de aquellos tiempos en que estaba unida en una federación poderosa.

Puedo también agregar que semejantes cacerías

son un fenómeno corriente entre los indios pieles rojas y entre los chinos de las orillas

del Usuri (kada).

En los kabdas, cuyo modo de vida ha sido tan bien descrito por dos investigadores

franceses, tenemos a los representantes de los "bárbaros"

que han hecho algún progreso más en la agricultura. Sus campos están regados por

acequias, abonados y, en general, bien trabajados, y en

las zonas montañosas, todo pedazo de tierra apto es labrado a pico. Los kabilas han

pasado por no pocas vicisitudes en su historia: siguieron

por algún tiempo la ley musulmana sobre la herencia, pero no pudieron conformarse con

ella, y hace unos ciento cincuenta años volvieron a su

anterior derecho común tribal. Debido a esto, la posesión de la tierra tiene en ellos un

carácter mixto, y la propiedad privada de la tierra existe

junto con la posesión comunal. En todo caso, la base de la organización comunal actual

es la comuna aldeana (thaddart), que generalmente se

compone de algunas familias indivisas (klaroubas), que reconocen la comunidad de su

origen, y también, en menor proporción, de algunas

familias de extranjeros. Las aldeas se agrupan en clanes o tribus (arch); varios clanes

constituyen la confederación (thak' ebilt); y finalmente,

varias confederaciones se constituyen a veces en una liga cuyo fin principal es la

protección armada.

Los kabilas no conocen autoridad alguna fuera de su djemda o asamblea de la comuna

aldeana. Participan en ella todos los hombres adultos,

y se reúnen simplemente bajo el cielo abierto, o bien en un edificio especial que tiene

asientos de piedras. Las decisiones de la djemda,

evidentemente, deben ser tomadas por unanimidad, es decir, el juicio se prolonga hasta

que todos los presentes están de acuerdo en tomar

una decisión determinada, o en someterse a ella. Puesto que en la comuna aldeana no

existe autoridad que pueda obligar a la minoría a

someterse a la decisión de la mayoría, el sistema de decisiones unánimes era practicado

por el hombre en todas partes donde existían tales

comunas, y se practica aún ahora allí donde continúan existiendo, es decir, entre varios

centenares de millones de hombres, sobre toda la

extensión del globo terrestre. La djemaa kabileña misma designa su poder ejecutivo al

anciano, al escriba y al tesorero; ella misma determina

sus impuestos y administra la repartición de las tierras comunales, lo mismo que todos

los trabajos de utilidad pública.

Una parte importante del trabajo es efectuado en común; los caminos, las mezquitas, las

fuentes, los canales de regadío, las torres de defensa

contra las incursiones, las cercas de las aldeas, etc., todo esto es construido por la

comuna aldeana, mientras que los grandes caminos, las

mezquitas de mayores dimensiones y los grandes mercados son obras de la tribu entera.

Muchas huellas del cultivo comuna¡ existen aún hoy, y

las casas siguen siendo construidas por toda la aldea, o bien, con ayuda de todos los

hombres y mujeres de la aldea. En general, recurren a la

"ayuda" casi diariamente, para el cultivo de los campos, para la recolección, las

construcciones, etc. En cuanto a los trabajos artesanos, cada

comuna tiene su herrero a quien se da parte de la tierra comunal, y él trabaja para la

comuna. Cuando se aproxima la época de arar, recorre

todas las casas y repara gratuitamente los arados y otros instrumentos agrícolas; el forjar

un arado nuevo es considerado una obra piadosa

que no puede ser recompensada con dinero ni, en general, con ninguna clase de paga.

Puesto que en los kabilas existe ya la propiedad privada, evidentemente existen entre

ellos ricos y pobres. Pero, como todos los hombres que

viven en estrecha relación y saben cómo y dónde comienza la pobreza, consideran que

la pobreza es una eventualidad que puede

presentárselas a todos. "De la miseria y de la cárcel nadie está libre" -dicen los

campesinos rusos-; los kabilas llevan a la práctica este

proverbio, y en su medio es imposible notar ni la más ligera diferencia en el trato entre

pobres y ricos; cuando un pobre solicita "ayuda", el rico

trabaja en su campo exactamente lo mismo que el pobre trabaja, en caso parecido, en el

campo del rico. Además, la djemáa aparta

determinados huertos y campos, a veces cultivados en común, en beneficio de los

miembros más pobres de la comuna. Muchas costumbres

parecidas se conservaron hasta hoy. Puesto que las familias más pobres no están en

condiciones de comprarse carne, regularmente compra

con la suma formada por el dinero de las multas, de las donaciones en beneficio de la

djemáa, o del pago para el uso de los depósitos

comunales de extracción de aceite de oliva; y esta carne se reparte equitativamente entre

aquellos que por su pobreza no están en

condiciones de comprarla. Exactamente lo mismo, cuando alguna familia sacrifica una

oveja o un buey en día que no es de mercado, el

pregonero de la aldea lo anuncia por todas las calles para que los enfermos y las mujeres

encinta puedan recibir cuanta carne necesiten.

El apoyo mutuo atraviesa como un hilo rojo toda la vida de los kabilas, y si uno de

ellos, durante un viaje fuera de los limites de la tierra natal,

encuentra a otro kabila necesitado, debe prestarle ayuda, aunque para esto tuviera que

arriesgar sus propios bienes y su vida. Si tal cosa no

fuera prestada, la comuna a que pertenece el que ha sido damnificado por semejante

egoísmo, puede quejarse y entonces la comuna del

egoísta lo indemniza inmediatamente. En el caso que tratamos, tropezamos de tal modo

con una costumbre que conoce bien aquél que ha

estudiado las guildas comerciales medievales.

Todo extranjero que aparece en la aldea kabila tiene derecho, en invierno, a refugiarse

en una casa, y sus caballos pueden pastar durante un

día en las tierras comunales. En caso de necesidad, puede, además, contar con un apoyo

casi ilimitado. Así, durante el hambre de los años

1867-1868, los kabilas aceptaban y alimentaban, sin hacer diferencia de origen, a todos

aquellos que buscaban refugio en sus aldeas. En el

distrito de Deflys se reunieron no menos de doce mil personas, negadas no solamente de

todas las partes de Argelia, sino hasta de

Marruecos, y los kabilas las alimentaron a toda!. Mientras que por toda Argelia la gente

se moría de hambre, en la tierra kabileña no hubo un

solo caso de muerte por hambre; las comunas kabileñas, a menudo privándose de lo más

necesario, organizaron la ayuda, sin pedir ningún

socorro al gobierno y sin quejarse por la carga; la consideraban como su deber natural.

Y mientras que entre los colonos europeos se tomaban

todas las medidas policiales posibles para prevenir el robo y el desorden originados por

la afluencia de extranjeros, no fue necesario ninguna

vigilancia semejante para el territorio kabileño; las djemáas no tuvieron necesidad de

defensa ni de ayuda exterior.

Puedo citar, sólo brevemente, dos rasgos extraordinariamente interesantes de la vida

kabileña, a saber: el establecimiento de la llamada

anaya, que tiene por objeto vigilar, en caso de guerra, los pozos, las acequias de riego,

las mezquitas, las plazas de los mercados y algunos

caminos, y, también, la institución de los Cofs, de la que hablaré más abajo. En la anaya

tenemos propiamente una serie completa de

disposiciones que tienden a disminuir el mal causado por la guerra, y a conjurarla. Así,

la plaza del mercado es anaya, especialmente si se

halla cerca de la frontera y sirve de lugar de encuentro de los kabilas con los

extranjeros; nadie se atreve a perturbar la paz en el mercado; y si

se produjeran desordenes, en seguida son reprimidos por los mismos extranjeros

reunidos en la ciudad. El camino por donde las mujeres

aldeanas van por agua a la fuente, se considera también anaya en caso de guerra, etc. La

misma institución se encuentra en ciertas islas del

Océano Pacífico.

En cuanto al Cof, esta institución constituye una forma vastamente extendida de

asociación en ciertos respectos, análoga a las sociedades y

guildas medievales (Bürgschaften o Gegilden), y también constituye una sociedad

existente tanto para la defensa mutua como para diversos

fines intelectuales, políticos, religiosos, morales, etc., que no pueden ser satisfechos por

la organización territorial de la comuna, del clan o de

la confederación. El Cof no conoce limitaciones territoriales; recluta sus miembros en

diferentes aldeas, hasta entre los extranjeros, y ofrece a

sus miembros protección en todas las circunstancias posibles de la vida. En general, es

una tentativa de completar la asociación territorial por

medio de una agrupación extraterritorial, con el fin de dar expresión a la afinidad mutua

de todo género de aspiraciones que va más allá de los

límites de un lugar determinado. De tal modo, las libres asociaciones internacionales de

gustos e ideas, que nosotros consideramos una de

las mejores expresiones de nuestra vida contemporánea, tiene su principio en el período

bárbaro antiguo.

La vida de los montañeses caucasianos ofrece otra serie de ejemplos del mismo género,

sumamente instructiva. Estudiando las costumbres

contemporáneas de los osietines -sus familias indivisas, sus comunas y sus

concepciones jurídicas-, el profesor M. Kovalevsky, en su notable

obra Las costumbres modernas y la ley antigua, pudo, paso a paso, compararlas con

disposiciones similares de las antiguas leyes bárbaras,

y hasta tuvo posibilidad de observar el nacimiento primitivo del feudalismo. En otras

tribus caucasianas, encontramos a veces indicios del

modo cómo se originó la comuna aldeana en los casos en que no era tribal, sino que

había nacido, de la unión voluntaria entre familias de

diferentes orígenes. Tal caso se observó, por ejemplo, recientemente en las aldeas de los

jevsures, cuyos habitantes prestaban juramento de

"comunidad y fratemidad". En otra parte del Cáucaso, en el Daghestan, vemos los

orígenes de las relaciones feudales entre dos tribus,

conservándose ambas, al mismo tiempo, constituidas en comunas aldeanas y

conservando hasta las huellas de las "clases" de la organización

tribal.

En este caso, tenemos, de este modo, un ejemplo vivo de las formas que tomó la

conquista de Italia y de la Galia por los bárbaros. Los

vencedores lezhinos, que han sometido a varias aldeas georgianas y tártaras del distrito

de Zakataly, no sometieron estas aldeas a la

autoridad de las familias separadas; organizaron un clan feudal, compuesto ahora de

doce mil hogares divididos en tres aldeas, y poseyendo

en común no menos de doce aldeas georgianas y tártaras. Los conquistadores

repartieron sus propias tierras entre sus clanes, y los clanes, a

su vez, la dividieron en partes iguales entre sus familias; pero no intervienen en los

asuntos de las comunas de sus tributarios, quienes hasta

ahora practican la costumbre mencionada por Julio César, a saber: la comuna decide

anualmente qué parte de la tierra comunal debe ser

cultivada, y esta tierra se reparte en parcelas según la cantidad de familias, y dichas

parcelas se distribuyen por sorteo. Es menester observar

que a pesar de que los propietarios no son raros entre los lezhinos -que viven bajo el

sistema de la propiedad territorial privada y la posesión

común de los esclavos-, son muy raros entre los georgianos sometidos a la servidumbre

y que continúan manteniendo sus tierras en propiedad

comunal.

En cuanto al derecho común de los montañeses georgianos, es muy similar al derecho

de los longobardos y los francos sálicos, y algunas de

sus disposiciones arrojan nueva luz sobre el procedimiento jurídico del período bárbaro.

Destacándose por su carácter muy impresionable, los

habitantes del Cáucaso emplean todas sus fuerzas para que sus riñas no lleguen hasta el

homicidio: así, por ejemplo, entre los jevsures pronto

se desnudan los sables, pero si acude una mujer y arroja entre los contendientes un trozo

de lienzo que sirve a las mujeres como adorno de la

cabeza, los sables vuelven en seguida a sus vainas y se interrumpe la riña. El adorno de

cabeza de las mujeres en este caso es anaya. Si la

riña no se interrumpiera a tiempo y terminara con un homicidio, la compensación

monetaria impuesta al homicida es tan grande, que el

culpable queda arruinado para toda la vida, si no lo adopta como hijo la familia del

muerto; si ha recurrido al puñal en una riña sin importancia y

producido heridas, pierde para siempre el respeto de sus congéneres.

En todas las riñas, los asuntos pasan a mano de mediadores: ellos eligen a los jueces

entre sus congéneres -seis si los asuntos son más bien

pequeños, y de diez a quince en los asuntos más serios- y observadores rusos atestiguan

la absoluta incorruptibilidad de los jueces. El

juramento tiene tal importancia, que las personas que gozan de respeto general son

dispensadas de él, confirmación simple que es

plenamente suficiente, tanto más cuanto que en los asuntos serios el jevsur nunca vacila

en reconocer su culpa (naturalmente, me refiero al

jevsur no tocado todavía por la llamada "cultura"). El juramento se reserva

principalmente para asuntos tales como las disputas sobre bienes,

en las cuales, aparte del simple establecimiento de los hechos, se requiere además un

determinado género de apreciación de ellos. En tales

casos, los hombres, cuya afirmación influye de manera decisiva en la solución de la

discusión, actúan con la mayor circunspección. En general,

puede decirse que las sociedades "bárbaras" del Cáucaso se distinguen por su

honestidad y su respeto a los derechos de los congéneres.

Las diferentes tribus africanas presentan tal diversidad de sociedades, interesantes en

grado sumo, y situadas en todos los grados

intermedios de desarrollo, comenzando por la comuna aldeana primitiva y terminando

por las monarquías bárbaras despóticas, que debo

abandonar todo pensamiento de dar siquiera los resultados más importantes del estudio

comparativo de sus instituciones. Será suficiente

decir que, aun bajo el despotismo más cruel de los reyes, las asambleas de las comunas

aldeanas y su derecho común siguen dotadas de

plenos poderes sobre un amplio circulo de toda clase de asuntos. La ley de Estado

permite al rey quitar la vida a cualquier súbdito, por simple

capricho, o hasta para satisfacer su glotonería, pero el derecho común del pueblo

continúa conservando aquella red de instituciones que sirven

para el apoyo mutuo, que existe entre otros "bárbaros" o existía entre nuestros

antepasados. Y en algunas tribus en mejor situación (en Bornu,

Uganda y Abisinia), y en especial entre los bogos, algunas disposiciones del derecho

común están espiritualizadas por sentimientos realmente

exquisitos y refinados.

Las comunas aldeanas de los indígenas de ambas Américas tenían el mismo carácter.

Los tupíes de Brasil, cuando fueron descubiertos por

los europeos, vivían en "casas largas" ocupadas por clanes enteros que cultivaban en

común sus sementeras de grano y sus campos de

mandioca. Los aran¡, que han avanzado más en el camino de la civilización, cultivaban

sus campos en común; lo mismo los ucagas, que

permaneciendo bajo el sistema del comunismo primitivo y de las "casas largas"

aprendieron a trazar buenos caminos y en algunos dominios

de la producción doméstica no eran inferiores a los artesanos del período antiguo de la

Europa medieval. Todos ellos obedecían al mismo

derecho común, cuyos ejemplos hemos citado en las páginas precedentes.

En el otro extremo del mundo encontramos el feudalismo malayo, el cual, sin embargo,

mostróse impotente para desarraigar la negaria; es

decir, la comuna aldeana, con su dominio comuna¡, por lo menos, sobre una parte de la

tierra y su redistribución entre las negarias de la tribu

entera. En los alfurus de Minahasa encontramos el sistema comunal de labranzas de tres

amelgas; en la tribu india de los wyandots

encontramos la redistribución periódica de la tierra, realizada por todo el clan.

Principalmente en todas las partes de Sumatra, donde el

derecho musulmán aún no ha logrado destruir por completo la antigua organización

tribal, hallamos a la familia indivisa (suka) y a la comuna

aldeana (kohta) que conservan sus derechos sobre la tierra, aun en los casos en que parte

de ella ha sido desbrozada sin permiso de la

comunal. Pero decir esto significa decir, al mismo tiempo, que todas las costumbres que

sirven para la protección mutua y la conjuración de

las guerras tribales a causa de la venganza de sangre y, en general, de todo género de

guerra -costumbres que hemos señalado brevemente

más arriba como costumbres típicas de la comuna-, también existen en el caso que nos

ocupa. Más aún: cuando más completa se ha

conservado la posesión comunal, tanto mejores y más suaves son las costumbres. De

Stuers afirma positivamente que en todas partes donde

la comuna aldeana ha sido menos oprimida por los conquistadores, se observa menos

desigualdad de bienes materiales, y las mismas

prescripciones de venganza de sangre se distinguen por una crueldad menor; y, por lo

contrario, en todas partes donde la comuna aldeana ha

sido destruida definitivamente, "los habitantes sufren una opresión insoportable de parte

de los gobernantes despóticos". Y esto es

completamente natural. De modo que cuando Waitz observó que las tribus que han

conservado sus confederaciones tribales se hallan en un

nivel más elevado de desarrollo y poseen una literatura más rica que las tribus en las

cuales estos lazos han sido destruidos, expresó

justamente lo que se hubiera podido prever anticipadamente.

Citar más ejemplos significaría ya repetirse, tan sorprendentemente se parecen las

comunas bárbaras entre sí, a pesar de la diversidad de

climas y de razas. Un mismo proceso de desarrollo se produjo en toda la humanidad,

con uniformidad asombrosa. Cuando, destruida

interiormente por la familia separada, y exteriormente por el desmembramiento de los

clanes que emigraban y por la necesidad de aceptar en

su medio a los extranjeros, la organización tribal comenzó a descomponerse, en su

reemplazo apareció la comuna aldeana, basada sobre la

concepción de territorio común. Esta nueva organización, crecida de modo natural de la

organización tribal precedente, permitió a los

bárbaros atravesar el período más turbio de la historia sin desintegrarse en familias

separadas, que hubieran perecido inevitablemente en la

lucha por la existencia. Bajo la nueva organización se desarrollaron nuevas formas de

cultivo de la tierra, la agricultura alcanzó una altura que la

mayoría de la población del globo terrestre no ha sobrepasado hasta los tiempos

presentes; la producción artesana doméstica alcanzó un

elevado nivel de perfección. La naturaleza salvaje fue vencida; se practicaron caminos a

través de los bosques, y pantanos, y el desierto se

pobló de aldeas, brotadas como enjambres de las comunas maternas. Los mercados, las

ciudades fortificadas, las iglesias, crecieron entre

los bosques desiertos y las llanuras. Poco a poco empezaron a elaborarse las

concepciones de uniones más amplias, extendidas a tribus

enteras, y a grupos de tribus, diferentes por su origen. Las viejas concepciones de la

justicia, que se reducían simplemente a la venganza, de

modo lento sufrieron una transformación profunda y el deber de reparar el perjuicio

producido ocupó el lugar de la idea de venganza.

El derecho común, que hasta ahora sigue siendo ley de la vida cotidiana para las dos

terceras partes de la humanidad, si no más, se elaboró

poco a poco bajo esta organización, lo mismo que un sistema de costumbres que tendían

a prevenir la opresión de las masas por la minoría,

cuyas fuerzas crecían a medida que aumentaba la posibilidad de la acumulación

individual de riqueza.

Tal era la nueva forma en que se encauzó la tendencia de las masas al apoyo mutuo. Y

nosotros veremos en los capítulos siguientes que el

progreso -económico, intelectual y moral- que alcanzó la humanidad bajo esta forma

nueva popular de organización fue tan grande, que

cuando más tarde comenzaron a formarse los Estados, simplemente se apoderaron, en

interés de las minorías, de todas las funciones

jurídicas, económicas y administrativas que la comuna aldeana desempeñaba ya en

beneficio de todos.

CAPITULO V: LA AYUDA MUTUA EN LA CIUDAD MEDIEVAL

La sociabilidad y la necesidad de ayuda y apoyo mutuo son cosas tan innatas de la

naturaleza humana, que no encontramos en la historia

épocas en que los hombres hayan vivido dispersos en pequeñas familias individuales,

luchando entre sí por los medios de subsistencia. Por el

contrario, las investigaciones modernas han demostrado, como hemos visto en los dos

capítulos precedentes, que desde los tiempos más

antiguos de su vida prehistórica, los hombres se unían ya en clanes mantenidos juntos

por la idea de la unidad de origen de todos los

miembros del clan y por la veneración de los antepasados comunes. Durante muchos

milenios, la organización tribal sirvió, de tal modo, para

unir a los hombres, a pesar de que no existía en ella decididamente ninguna autoridad

para hacerla obligatoria; y esta organización de vida

dejó una impresión profunda en todo el desarrollo subsiguiente de la humanidad.

Cuando los lazos del origen común comenzaron a debilitarse a causa de las migraciones

frecuentes y lejanas, y el desarrollo de la familia

separada dentro del clan mismo, también destruyó la antigua unidad tribal; entonces,

una nueva forma de unión, fundada en el principio

territorial -es decir, la comuna aldeana' fue llamada a la vida por el genio social creador

del hombre. Esta institución, a su vez, sirvió para unir a

los hombres durante muchos siglos, dándoles la posibilidad de desarrollar más y más

sus instituciones sociales, y junto con eso, ayudándalos

a atravesar los períodos más sombríos de la historia sin haberse desintegrado en

conglomerados de familias e individuos a quienes nada

ligaba entre sí. Gracias a esto, como hemos visto en los dos capítulos precedentes, el

hombre pudo avanzar al máximo en su desarrollo y

elaborar una serie de instituciones sociales secundarias, muchas de las cuales han

sobrevivido hasta el presente.

Ahora tenemos que seguir el desarrollo más avanzado de aquella tendencia a la ayuda

mutua, siempre inherente al hombre. Tomando las

comunas aldeanas de los llamados bárbaros en la época en que entraron en el nuevo

período de civilización, después de la caída del imperio

romano de Occidente, debemos estudiar ahora las nuevas formas en que se encauzaron

las necesidades sociales de las masas durante la

edad media, y especialmente, las guildas medievales en la ciudad medieval

Los así llamados bárbaros de los primeros siglos de nuestra era, lo mismo que muchas

tribus mogólicas, africanas, árabes, etc., que aún

ahora se encuentran en el mismo nivel de desarrollo, no sólo no se parecían a los

animales sanguinarios con los que se les compara a

menudo, sino que, por el contrario, invariablemente preferían la paz a la guerra. Con

excepción de algunas pocas tribus, que durante las

grandes migraciones fueron arrojadas a los desiertos estériles o a las altas zonas

montañosas, y de tal modo se vieron obligadas a vivir de

incursiones periódicas contra sus vecinos más afortunados; con excepción de estas

tribus, decíamos, la gran mayoría de los germanos,

sajones, celtas, eslavos, etc., en cuanto se asentaron en sus tierras recién conquistadas,

inmediatamente se volvieron al arado, o al pico, y a

sus rebaños. Los códigos bárbaros más antiguos nos describen ya sociedades

compuestas de comunas agrícolas pacíficas, y de ninguna

manera hordas desordenadas de hombres que se hallaban en guerra ininterrumpida entre

sí.

Estos bárbaros cubrieron los piases ocupados por ellos de aldeas y granjas; desbrozaron

los bosques, construyeron puentes sobre los

torrentes bravíos, levantaron senderos de tránsito sobre los pantanos, colonizaron el

desierto completamente inhabitable hasta entonces, y

dejaron las arriesgadas ocupaciones guerreras a las hermandades, scholae, mesnadas de

hombres inquietos que se reunían alderedor de

caudillos temporarios, que iban de lugar en lugar ofreciendo su pasión de aventuras, sus

armas y conocimientos de los asuntos militares para

proteger la población que deseaba sólo una cosa: que la permitieran vivir en paz.

Bandas de tales guerreros iban y venían, librando entre sí

guerras tribales por venganzas de sangre; pero la masa principal de la población

continuaba arando la tierra, prestando muy poca atención a

sus pretendidos caudillos, mientras no perturbara la independencia de las comunas

aldeanas. Y esta masa de nuevos pobladores. de Europa

elaboró, ya entonces, sistemas de posesión de la tierra y métodos de cultivo que hasta

ahora permanecen en vigor y en uso entre centenares

de millones de hombres. Elaboraron su sistema de compensación por las ofensas

inferidas, en lugar de la antigua venganza de sangre;

aprendieron los primeros oficios; y después de haber fortificado sus aldeas con

empalizadas, ciudadelas de tierra y torres, en donde podían

ocultarse en caso de nuevas incursiones, pronto entregaron la protección de estas torres

y ciudadelas a quienes hacían de la guerra un oficio.

Precisamente este pacifismo de los bárbaros, y de ningún modo los supuestos instintos

bélicos, se convirtió de tal manera en la fuente del

sojuzgamiento de los pueblos por los caudillos militares que siguió a este período. Es

evidente que el mismo modo de vida de las

hermandades armadas daba a las mesnadas oportunidades considerablemente mayores

para el enriquecimiento que las que podrían

presentárselas a los labradores que llevaban una vida pacífica en sus comunas agrícolas.

Aun hoy vemos que los hombres armados, de tanto

en tanto, emprenden incursiones de piratería para matar a los matabeles africanos y

quitarles sus rebaños, a pesar de que los matabeles sólo

aspiran a la paz y están dispuestos a comprarla aunque sea a un precio elevado; así en la

antigüedad los mesnaderos evidentemente no se

distinguían por una escrupulosidad mayor que sus descendientes contemporáneos. De

este modo se apropiaron de ganado, hierro (que tenía

en aquellos tiempos un valor muy elevado) y esclavos; y a pesar de que la mayor parte

de los bienes saqueados se gastaba allí mismo en los

gloriosos festines que canta la poesía épica, de todos modos una cierta parte quedaba y

contribuía a un enriquecimiento mayor.

En aquellos tiempos existían aún abundancia de tierras incultas y no había escasez de

hombres dispuestos a cultivarla siempre que pudieran

conseguir el ganado necesario y los instrumentos de trabajo. Aldeas enteras llevadas a la

miseria por las enfermedades, las epizootias del

ganado, los incendios o ataques de nuevos inmigrantes, abandonaban sus casas y se iban

a la desbandada en búsqueda de nuevos lugares

de residencia lo mismo que en Rusia aún en el presente hay aldeas que vagan dispersas

por las mismas causas. Y he aquí que si algunos de

los hirdmen, es decir, jefes de mesnaderos, ofrecían entregar a los campesinos algún

ganado para iniciar su nuevo hogar, hierro para forjar el

arado, si no el arado mismo, y también protección contra las incursiones y los saqueos,

y si declaraba que por algunos años los nuevos

colonos estarían exentos de toda paga antes de comenzar a amortizar la deuda, entonces

los inmigrantes de buen grado se asentaban en su

tierra. Por consiguiente, cuando después de una lucha obstinada con las malas cosechas,

inundaciones y fiebres, estos pioneros comenzaban

a reembolsar sus deudas, fácilmente se convertían en siervos del protector del distrito.

Así se acumulaban las riquezas; y detrás de las riquezas sigue siempre el poder. Pero,

sin embargo, cuanto más penetramos en la vida de

aquellos tiempos -siglo sexto y séptimo- tanto más nos convencemos de que para el

establecimiento del poder de la minoría se requería,

además de la riqueza y de la fuerza militar, todavía un elemento. Este elemento fue la

ley y el derecho, el deseo de las masas de mantener la

paz y establecer lo que consideraban justicia; y este deseo dio a los caudillos de las

mesnadas, a los knyazi, príncipes, reyes, etc., la fuerza

que adquirieron dos o tres siglos después. La misma idea de la justicia, nacida en el

período tribal, pero concebida ahora como la

compensación debida por la ofensa causada, pasé como un hilo rojo a través de la

historia de todas las instituciones siguientes; y en medida

considerablemente mayor que las causas militares o económicas, sirvió de base sobre la

cual se desarrolló la autoridad de los reyes y de los

señores feudales.

En realidad, la principal preocupación de las comunas aldeanas bárbaras era entonces

(como también ahora en los pueblos contemporáneos

nuestros, situados en el mismo nivel de desarrollo) la rápida suspensión de las guerras

familiares, surgidas de la venganza de sangre, debidas

a las concepciones de la justicia, corrientes entonces. No bien se producía una riña entre

dos comuneros, inmediatamente la comuna, y la

asamblea comunal, después de escuchar el caso, fijaba la compensación monetaria

(wergeld), es decir, la compensación que debía pagar al

perjudicado o a su familia, y de modo igual también el monto de la multa (fred) por la

perturbación de la paz, que se pagaba a la comuna.

Dentro de la misma comuna las disensiones se arreglaban fácilmente de este modo. Pero

cuando se producía un caso de venganza de sangre

entre dos tribus diferentes, o dos confederaciones de tribus -entonces, a pesar de todas

las medidas tomadas para conjurar tales guerras- era

difícil encontrar el árbitro o conocedor del derecho común, cuya decisión fuera

aceptable para ambas partes, por confianza en su imparcialidad

y en su conocimiento de las leyes más antiguas. La dificultad se Complicaba aún más

porque el derecho común de las diferentes tribus y

confederaciones no determinaba igualmente el monto de la compensación monetaria en

los diferentes casos.

Debido a esto, apareció la costumbre de tomar un juez de entre las familias o clanes

conocidos por que conservaban la ley antigua en toda su

pureza, y poseían el conocimiento de las canciones, versos, sagas, etcétera, con cuya

ayuda se retenía la ley en la memoria. La conservación

de la ley, de este modo, se hizo un género de arte, "misterio", cuidadosamente

transmitido de generación en generación, en determinadas

familias. Así, por ejemplo, en Islandia y en los otros países escandinavos, en cada

Alithing o asamblea nacional, el lövsögmathr (recitador de

los derechos) cantaba de memoria todo el derecho común, para edificación de los

reunidos, y en Irlanda, como es sabido, existía una clase

especial de hombres que tenían la reputación de ser conocedores de las tradiciones

antiguas, y debido a esto gozaban de gran autoridad en

calidad de jueces. Por esto, cuando encontramos en los anales rusos noticias de que

algunas tribus de Rusia noroccidental, viendo los

desórdenes que iban en aumento y que tenían su origen en el hecho de que "el clan se

levanta contra el clan", acudieron a los varingiar

normandos y les pidieron que se convirtiesen en sus jueces y en comandantes de sus

mesnadas; cuando vemos más tarde a los knyazi,

elegidos invariablemente durante los dos siglos siguientes de una misma familia

normanda, debemos reconocer que los eslavos admitían en

estos normandos un mejor conocimiento de las leyes de derecho común, el cual los

diferentes clanes eslavos reconocían como conveniente

para ellos. En este caso, la posesión de las runas, que servían para anotar las antiguas

costumbres, fue entonces una ventaja positiva en favor

de los normandos; a pesar de que en otros casos existen también indicaciones de que

acudían en procura de jueces al clan más "antiguo", es

decir, a la rama que se consideraba materna, y que las resoluciones de estos jueces eran

consideradas justísimas. Por último, en una época

posterior vemos la inclinación más notoria a elegir jueces entre el clero cristiano, que

entonces se atenta aún al principio fundamental del

cristianismo, ahora olvidado: que la venganza no constituye un acto de justicia.

Entonces el clero cristiano abría sus iglesias como lugar de

refugio a los hombres que huían de la venganza de sangre, y de buen grado intervenía

en calidad de mediador en los asuntos criminales,

oponiéndose siempre al antiguo principio tribal: "vida por vida y sangre por sangre".

En una palabra, cuanto más profundamente penetramos en la historia de las antiguas

instituciones, tanto menos encontramos fundamentos

para la teoría del origen militar de la autoridad que sostiene Spencer. Juzgando por todo

eso hasta la autoridad que más tarde se convirtió en

fuente de opresión tuvo su origen en las inclinaciones pacíficas de las masas.

En todos los casos jurídicos, la multa (fred) que a menudo alcanzaba a la mitad del

monto de la compensación monetaria (wergeld) se ponía a

disposición de la asamblea comunal, y desde tiempos inmemoriales se empleaba en

obras de utilidad común, o que servían para la defensa.

Hasta ahora tiene el mismo destino (erección de torres) entre los kabilas y algunas tribus

mogólicas; y tenemos testimonios históricos directos

de que aun bastante más tarde, las multas judiciales, en Pskov y en algunas ciudades

francesas y alemanas, se empleaban en la reparación

de las murallas de la ciudad. Por esto era perfectamente natural que las multas se

confiaran a los jueces (knyaziá), condes, etc., quienes, al

mismo tiempo, debían mantener la mesnada de hombres armados para la defensa del

territorio, y también debían hacer cumplir la sentencia.

Esto se hizo costumbre general en los siglos octavo y noveno, hasta en los casos en que

actuaba como juez un obispo electo. De tal modo

aparecieron los gérmenes de la fusión en una misma persona de lo que ahora llamamos

poder judicial y ejecutivo.

Además, la autoridad del rey, knyaz, conde, etc., estaba estrictamente limitada, a estas

dos funciones. No era, de ningún modo, el gobernador

del pueblo, el poder supremo pertenecía aún a la asamblea popular; no era ni siquiera

comandante de la milicia popular, puesto que cuando el

pueblo tomaba las armas se hallaba bajo el comando de un caudillo también electo, que

no estaba sometido al rey o al knyaz, sino que era

considerado su igual. El rey o el knyaz era señor todopoderoso sólo en sus dominios

personales. Prácticamente, en la lengua de los bárbaros

la palabra knung, konung, koning o cyning -sinónimo del rex latino-, no tenía otro

significado que el de simple caudillo temporal o jefe de un

destacamento de hombres. El comandante de una flotilla de barcos, o hasta de un simple

navío pirata, era también konung; aun ahora en

Noruega, el pescador que dirige la pesca local se llama Not-kcing (rey de las redes). Los

honores con que más tarde comenzaron a rodear la

personalidad del rey aún no existían entonces, y mientras que el delito de traición al clan

se castigaba con la muerte, por el asesinato del rey se

imponía solamente una compensación monetaria, en cuyo caso solamente se valoraba el

rey tantas veces más que un hombre libre común. Y

cuando el rey (o Kanut) mató a uno de los miembros de su mesnada, la saga le

representa convocándolos a la asamblea (thing), durante la

cual se puso de rodillas suplicando perdón. Su culpa fue perdonada, pero sólo después

de haber aceptado pagar una compensación

monetaria nueve veces mayor que la habitual, y de esta compensación recibió él mismo

una tercera parte, por la pérdida de su hombre, una

tercera parte fue entregada a los parientes del muerto y una tercera parte (en calidad de

fred, es decir multa) a la mesnada. En realidad, fue

necesario que se efectuara el cambio más completo en las concepciones corrientes, bajo

la influencia de la Iglesia y el estudio del derecho

romano, antes de que la idea de la sagrada inviolabilidad comenzara a aplicarse a la

persona del rey.

Me saldría yo, sin embargo, de los límites de los ensayos presentes si quisiera seguir

desde los elementos arriba citados el desarrollo

paulatino de la autoridad. Historiadores tales como Green y la señora de Green con

respecto a Inglaterra; Agustin Thierry, Michelet y Luchaire

en Francia; Kaufmann, Janssen y hasta Nitzsch en Alemania; Leo y Botta en Italia, y

Bielaief, Kostomarof y sus continuadores en Rusia, y

muchos otros, nos han referido esto detalladamente. Han mostrado cómo la población,

plenamente libre y que había acordado solamente

"alimentar" a determinada cantidad de sus protectores militares, paulatinamente se

convirtió en sierva de estos protectores; cómo el

entregarse a la protección de la Iglesia, o del señor feudal (commendation), se convirtió

en una onerosa necesidad para los ciudadanos libres,

siendo la única protección contra los otros depredadores feudales; cómo el castillo del

señor feudal y del obispo se convirtió en un nido de

asaltantes, en una palabra, cómo se introdujo el yugo del feudalismo y cómo las

cruzadas, librando a todos los que llevaban la cruz, dieron el

primer impulso para la liberación del pueblo. Pero no tenemos necesidad de referir aquí

todo esto, pues nuestra tarea principal es seguir ahora

la obra del genio constructor de las masas populares, en sus instituciones, que servían a

la obra de ayuda mutua.

En la misma época en que parecía que las últimas huellas de la libertad habían

desaparecido entre los bárbaros, y que Europa, caída bajo el

poder de mil pequeños gobernantes, se encaminaba directamente al establecimiento de

los Estados teocráticos y despóticos que

comúnmente seguían al período bárbaro en la época precedente de civilización, o se

encaminaba a la creación de las monarquías bárbaras,

como las que ahora vemos en Africa, en esta misma época, decíamos, la vida en Europa

tomaba una nueva dirección. Se encaminó en

dirección semejante a la que ya había sido tomada una vez por la civilización de las

ciudades de la antigua Grecia. Con unanimidad que nos

parece ahora casi incomprensible, y que durante mucho tiempo realmente no ha sido

observada por los historiadores, las poblaciones

urbanas, hasta los burgos más pequeños, comenzaron a sacudir el yugo de sus señores

temporales y espirituales. La villa fortificada se rebeló

contra el castillo del señor feudal; primeramente sacudió su autoridad, luego atacó al

castillo, y finalmente lo destruyó. El movimiento se

extendió de una ciudad a otra, y en breve tiempo participaron de él todas las ciudades

europeas. En menos de cien años, las ciudades libres

crecieron a orillas del Mediterráneo, del mar del Norte, del Báltico, el océano Atlántico

y de los fiordos de Escandinavia; al pie de los Apeninos,

Alpes Schwarzenwald, Grampianos, Cárpatos; en las llanuras de Rusia, Hungría,

Francia y España. Por doquier ardían las mismas rebeliones,

que tenían en todas partes los mismos caracteres, pasando en todas partes

aproximadamente a través de las mismas formas y conduciendo a

los mismos resultados.

En cada ciudad pequeña, en cualquier parte donde los hombres encontraban o pensaban

encontrar cierta protección tras las murallas de la

ciudad, ingresaban en las "conjuraciones" (cojurations), "hermandades y amistades"

(amicia), unidas por un sentimiento común, e iban

atrevidamente al encuentro de la nueva vida de ayuda mutua y de libertad. Y lograron

realizar sus aspiraciones tanto que, en trescientos o

cuatrocientos años cambió por completo el aspecto de Europa. Cubrieron el país de

ciudades, en las que se elevaron edificios hermosos y

suntuosos que eran expresión del genio de las uniones libres de hombres libres, edificios

cuya belleza y expresividad aún no hemos superado.

Dejaron en herencia a las generaciones siguientes, artes y oficios completamente

nuevos, y toda nuestra educación moderna, con todos los

éxitos que ha obtenido y todos los que se esperan en lo futuro, constituyen solamente un

desarrollo ulterior de esta herencia. Y cuando ahora

tratamos de determinar qué fuerzas produjeron estos grandes resultados, las

encontramos no en el genio de los héroes individuales ni en la

poderosa organización de los grandes Estados, ni en el talento político de sus

gobernantes, sino en la misma corriente de ayuda mutua y

apoyo mutuo, cuya obra hemos visto en la comuna aldeana, y que se animó y renovó en

la Edad Media mediante un nuevo género de uniones,

las guildas, inspiradas por el mismo espíritu, pero que se había encauzado ya en una

nueva forma.

En la época presente, es bien sabido que el feudalismo no implica la descomposición de

la comuna aldeana, a pesar de que los gobernantes

feudales consiguieron imponer el yugo de la servidumbre a los campesinos y apropiarse

de los derechos que antes pertenecían a la comuna

aldeana (contribuciones, mano-muerta, impuestos a la herencia y casamientos), los

campesinos, a pesar de todo, conservaron dos derechos

comunales fundamentales: la posesión comunal de la tierra y la jurisdicción propia. En

tiempos pasados, cuando el rey enviaba a su vogt Guez)

a la aldea, los campesinos iban al encuentro del nuevo juez con flores en una mano y un

arma en la otra, y le preguntaban qué ley tenía

intención de aplicar, si la que él hallaba en la aldea o la que él traía. En el primer caso,

le entregaban las flores y lo aceptaban, y en el segundo,

entablaban guerra contra él. Ahora los campesinos habían de aceptar al juez enviado por

el rey o el señor feudal, puesto que no podían

rechazarlo; pero a pesar de todo, retenían el derecho de jurisdicción para la asamblea

comunal, y ellos mismos designaban seis, siete o doce

jueces que actuaban conjuntamente con el juez del señor feudal, en presencia de la

asamblea comunal, en calidad de mediadores o personas

que "hallaban las sentencias". En la mayoría de los casos, ni siquiera quedaba al juez

real o feudal más que confirmar la resolución de los

jueces comunales y recibir la multa (fred) habitual.

El preciso derecho al procedimiento judicial propio, que en aquel tiempo implicaba el

derecho a la administración propia y a la legislación

propia, se conserva en medio de todas las guerras y conflictos. Ni siquiera los

jurisconsultos que rodeaban a Carlomagno pudieron destruir

este derecho; se vieron obligados a confirmarlo. Al mismo tiempo, en todos los asuntos

relativos a las posesiones comunales, la asamblea

comunal conservaba la soberanía y, como ha sido demostrado por Maurer, a menudo

exigía la sumisión de parte del mismo señor feudal en

los asuntos relativos a la tierra. El desarrollo más fuerte del feudalismo no pudo

quebrantar la resistencia de la comuna aldeana: se aferraba

firmemente a sus derechos; y cuanto, en el siglo noveno y en el décimo, las invasiones

de los normandos, árabes y húngaros, mostraron

claramente que las mesnadas guerreras en realidad eran impotentes para proteger el país

de las incursiones, por toda Europa los campesinos

mismos comenzaron a fortificar sus poblaciones con muros de piedras y fortines. Miles

de centros fortificados fueron erigidos entonces,

gracias a la energía de las comunas aldeanas; y una vez que alrededor de las comunas se

erigieron baluartes y murallas, y en este nuevo

santuario se crearon nuevos intereses comunales, los habitantes comprendieron en

seguida que ahora, detrás de sus muros, podían resistir no

sólo los ataques de los enemigos exteriores, sino también los ataques de. los enemigos

interiores, es decir, los señores feudales. Entonces

una nueva vida libre comenzó a desarrollarse dentro de estas fortalezas. Había nacido la

ciudad medieval.

Ningún período de la historia sirve de mejor confirmación de las fuerzas creadoras del

pueblo que los siglos décimo y undécimo, en que las

aldeas fortificadas y las villas comerciales que constituían un género de "oasis en la

selva feudal" comenzaron a liberarse del yugo de los

señores feudales y a elaborar lentamente la organización futura de la ciudad. Por

desgracia, los testimonios históricos de este período se

distinguen por su extrema escasez: conocemos sus resultados, pero muy poco ha llegado

hasta nosotros sobre los medios con que estos

resultados fueron obtenidos. Bajo la protección de sus muros, las asambleas urbanas -

algunas completamente independientes, otras bajo la

dirección de las principales familias de nobles o de comerciantes- conquistaron y

consolidaron el derecho a elegir el protector militar de la

ciudad (defensor municipit) y el del juez supremo, o por lo menos el derecho de elegir

entre aquellos que expresaran sus deseos de ocupar

este puesto. En Italia, las comunas jóvenes expulsaban continuamente a sus protectores

(defensores o domina) y hasta sucedió que las

comunas debieron luchar con los que no consentían en irse de buen grado. Lo mismo

sucedía en el Este. En Bohemia, tanto los pobres como

los ricos (Bohemicae gentis magni et parvi, nobiles et ignobiles), tomaban igualmente

parte en las elecciones; y las asambleas populares

(viéche) de las ciudades rusas regularmente elegían, ellas mismas, a sus knyaz -siempre

de una misma familia, los Rurik-; contraían pactos

(convenciones) y expulsaban al knyaz si provocaba descontento. Al mismo tiempo, en

la mayoría de las ciudades del Oeste y Sur de Europa

existía la tendencia a designar en calidad de protector de la ciudad (defensor) al obispo,

que la ciudad misma elegía; y los obispos a menudo

sobresalieron tanto en la defensa de los privilegios (inmunidades) y de las libertades

urbanas, que muchos de ellos, después de muertos,

fueron reconocidos como santos o patronos especiales de sus diferentes ciudades. San

Uthelred de Winchester, San Ulrico de Augsburg, San

Wolfgang de Ratisbona, San Heriberto de Colonia, San Adalberto de Praga, etc., y

numerosos abates y monjes se convirtieron en santos de

sus ciudades por haber defendido sus derechos populares. Y con la ayuda de estos

nuevos defensores, laicos y clérigos, los ciudadanos

conquistaron para su asamblea popular plenos derechos a la independencia en la

jurisdicción y administración.

Todo el proceso de liberación fue avanzando poco a poco, gracias a una serie

ininterrumpida de actos en que se manifestaba su fidelidad a la

obra común y que eran realizados por hombres salidos de las masas populares, por

héroes desconocidos, cuyos mismos nombres no han

sido conservados por la historia. El asombroso movimiento, conocido bajo el nombre de

"paz de Dios (treuga Dei)", con cuya ayuda las

masas populares trataban de poner límite a las interminables guerras tribales por

venganza de sangre que se prolongaba entre las familias de

los notables, nació en las jóvenes ciudades libres, y los obispos y los ciudadanos se

esforzaban por extender a la nobleza la paz que

establecieron entre ellos, dentro de sus murallas urbanas.

Ya en este período, las ciudades comerciales de Italia, y en especial Amalfi (que tenía

cónsules electos desde el año 844) y a menudo

cambiaban a su dux en el siglo décimo, elaboraron el derecho común marítimo y

comercial, que más tarde sirvió de ejemplo para toda Europa.

Ravenna elaboró, en la misma época, su organización artesanal, y Milán, que hizo su

primera revolución en el año 980, se convirtió en centro

comercial importante y su comercio gozaba de una completa independencia ya en el

siglo undécimo. Lo mismo puede decirse con respecto a

Brujas y Gante, y también a varias ciudades francesas en las que el Mahl o forum

(asamblea popular) se había hecho ya una institución

completamente independiente. Ya durante este período comenzó la obra de

embellecimiento artístico de las ciudades con las producciones de

la arquitectura que admiramos aún, y que atestiguan elocuentemente el movimiento

intelectual que se producía entonces. "Casi por todo el

mundo se renovaban los templos" -escribía en su crónica Raúl Cylaber, y algunos de los

monumentos más maravillosos de la arquitectura

medieval datan de este período: la asombrosa iglesia antigua de Bremen fue construida

en el siglo noveno; la catedral de San Marcos, en

Venecia, fue terminada en el año 1071, y la hermosa catedral de Pisa, en el año 1063.

En realidad, el movimiento intelectual que se ha

descrito con el nombre de Renacimiento del siglo duodécimo y de racionalismo del

siglo duodécimo, que fue precursor de la Reforma, tiene su

principio en este período en que la mayoría de las ciudades constituían aún simples

aglomeraciones de pequeñas comunas aldeanas,

rodeadas por una muralla común, y algunas se convirtieron ya en comunas

independientes.

Pero se requería todavía otro elemento, a más de la comuna aldeana, para dar a estos

centros nacientes de libertad e ilustración la unidad de

pensamiento y acción y la poderosa fuerza de iniciativa que crearon su poderío en el

siglo duodécimo y decimotercero. Bajo la creciente

diversidad de ocupaciones, oficios y artes, y el aumento del comercio con países

lejanos, se requería una forma de unión que no había dado

aún la comuna aldeana, y este nuevo elemento necesario fue encontrado en las guildas.

Muchos volúmenes se han escrito sobre estas uniones

que, bajo el nombre de guildas, hermandades, drúzhestva, minne, artiél, en Rusia; esnaf

en Servía y Turquía, amkari en Georgia, etc.,

adquirieron gran desarrollo en la Edad Media. Pero los historiadores hubieron de

trabajar más de sesenta años sobre esta cuestión antes de

que fuera comprendida la universalidad de esta institución y explicado su verdadero

carácter. Sólo ahora, que ya están impresos y estudiados

centenares de estatutos de guildas y se ha determinado su relación con los collegia

romana, y también con las uniones aún más antiguas de

Grecia e India, podemos afirmar con plena seguridad que estas hermandades son

solamente el desarrollo mayor de aquellos mismos

principios cuya aparición hemos visto ya en la organización tribal y en la comuna

aldeana.

Nada puede ilustrar mejor estas hermandades medievales que las guildas temporales que

se formaban en las naves comerciales. Cuando la

nave hanseática se había hecho a la mar, solía ocurrir que, pasado el primer medio día

desde la salida del puerto, el capitán o skiper (Schiffer)

generalmente reunía en cubierta a toda la tripulación y a los pasajeros y les dirigía,

según el testimonio de un contemporáneo, el discurso

siguiente:

"Como nos hallamos ahora a merced de la voluntad de Dios y de las olas -decíadebemos ser iguales entre nosotros. Y puesto que estamos

rodeados de tempestades, altas olas, piratas marítimos y otros peligros, debemos

mantener un orden estricto, a fin de llevar nuestro viaje a un

feliz término. Por esto debemos rogar que haya viento favorable y buen éxito y, según la

ley marítima, elegir a aquellos que ocuparán el asiento

de los jueces (Schöffenstellen)". Y luego la tripulación elegía a un Vogt y cuatro scabini

que se convertían en jueces. Al final de la navegación,

el Vogt y los scabini se despojaban de su obligación y dirigían a la tripulación el

siguiente discurso: "Debemos perdonarnos todo lo que

sucedió en la nave y considerarlo muerto (todt und ab sein lassen). Hemos juzgado con

rectitud y en interés de la justicia. Por esto, rogamos a

todos vosotros, en nombre de la justicia honesta, olvidar toda animosidad que podáis

albergar el uno contra el otro y jurar sobre el pan y la sal

que no recordaréis lo pasado con rencor. Pero si alguno se considera ofendido, que se

dirija al Landvogt (juez de tierra) y, antes de la caída

del sol, solicite justicia ante él". "Al desembarcar a tierra todas las multas (fred)

cobradas en el camino se entregaban al Vogt portuario para

ser distribuidas entre los pobres".

Este simple relato quizá caracterice mejor que nada el espíritu de las guildas

medievales. Organizaciones semejantes brotaban doquiera

apareciese un grupo de hombres unidos por alguna actividad común: pescadores,

cazadores, comerciantes, viajeros, constructores, o

artesanos asentados, etc. Como hemos visto, en la nave ya existía una autoridad, en

manos del capitán, pero, para el éxito de la empresa

común, todos los reunidos en la nave, ricos y pobres, los amos y la tripulación, el

capitán y los marineros, acordaban ser iguales en sus

relaciones personales -acordaban ser simplemente hombres obligados a ayudarse

mutuamente- y se obligaban a resolver todos los

desacuerdos que pudieran surgir entre ellos con la ayuda de los jueces elegidos por

todos. Exactamente lo mismo cuando cierto número de

artesanos, albañiles, carpinteros, picapedreros, etc., se unían para la construcción, por

ejemplo, de una catedral, a pesar de que todos ellos

pertenecían a la ciudad, que tenía su organización política, y a pesar de que cada uno de

ellos, además, pertenecía a su corporación, sin

embargo, al juntarse para una empresa común -para una actividad que conocían mejor

que las otras- se unían además en una organización

fortalecida por lazos más estrechos, aunque fuesen temporarios: fundaban una guilda,

un artiél, para la construcción de la catedral. Vemos lo

mismo, también actualmente, en el kabileño. Los kabilas tienen su comuna aldeana,

pero resulta insuficiente para la satisfacción de todas sus

necesidades políticas, comerciales y personales de unión, debido a lo cual se constituye

una hermandad más estrecha en forma de cof.

En cuanto al carácter fraternal de las guildas medievales, para su explicación, puede

aprovecharse cualquier estatuto de guilda. Si tomamos,

por ejemplo, la skraa de cualquier guilda danesa antigua, leemos en ella, primeramente,

que en las guildas deben reinar sentimientos

fraternales generales; siguen luego las reglas relativas a la jurisdicción propia en las

guildas, en caso de riña entre dos hermanos de las

guildas o entre un hermano y un extraño, y por último, se enumeran los deberes de los

hermanos. Si la casa de un hermano se incendia, si

pierde su barca, si sufre durante una peregrinación, todos los demás hermanos deben

acudir en su ayuda. Si el hermano se enferma de

gravedad, dos hermanos deben permanecer junto a su lecho hasta que pase el peligro; si

muere, los hermanos deben enterrarlo -un deber de

no poca importancia en aquellos tiempos de epidemias frecuentes- y acompañarlo hasta

la iglesia y la sepultura. Después de la muerte de un

hermano, si era necesario, debían cuidarse de sus hijos; muy a menudo, la viuda se

convertía en hermana de la guilda.

Los dos importantes rasgos arriba citados se encuentran en todas las hermandades,

cualquiera que fuera la finalidad para la cual han sido

fundadas. En todos los casos, los miembros precisamente se trataban así y se llamaban

mutuamente hermano y hermana. En las guildas,

todos eran iguales. Las guildas tenían en común alguna propiedad (ganado, ,tierra,

edificios, iglesias o "ahorros comunales"). Todos los

hermanos juraban olvidar todos los conflictos tribales anteriores por venganza de

sangre; y, sin imponerse entre sí el deber incumplible de no

reñir nunca, llegaban a un acuerdo para que la riña no pasara a ser enemistad familiar

con todas las consecuencias de la venganza tribal, y

para que, en la solución de la riña, los hermanos no se dirigieran a ningún otro tribunal

fuera del tribunal de la guilda de los mismos hermanos.

En el caso de que un hermano fuera arrastrado a una riña con una persona ajena a la

guilda, los hermanos estaban obligados a apoyarlo a

cualquier precio; y si fuera él acusado, justa o injustamente, de inferir la ofensa, los

hermanos debían ofrecerle apoyo y tratar de llevar el asunto

a una solución pacífica. Siempre que la violencia ejercida por un hermano no fuera

secreta -en este último caso estaría fuera de la ley- la

hermandad salía en su defensa. Si los parientes del hombre ofendido quisieran vengarse

inmediatamente del ofensor con una agresión, la

hermandad lo proveería de caballo para la huida, o de un bote, o de un par de remos, de

un cuchillo y un acero para producir fuego; si

permanecía en la ciudad, lo acompañaba por todas partes una guardia de doce

hermanos; y durante este tiempo la hermandad trataba por

todos los medios de arreglar la reconciliación (composition). Cuando el asunto llegaba a

los tribunales, los hermanos se presentaban al

tribunal para confirmar, bajo juramento, la veracidad de las declaraciones del acusado;

si el tribunal lo hallaba culpable, no le dejaban caer en

la ruina completa, o ser reducido a la esclavitud debido a la imposibilidad de pagar la

indemnización monetaria reclamada: todos participaban

en el pago de ella, exactamente lo mismo que lo hacía en la antigüedad todo el clan.

Sólo en el caso de que el hermano defraudara la

confianza de sus hermanos de guilda, o hasta de otras personas, era expulsado de la

hermandad con el nombre de "inservible" (tha scal han

maeles af brödrescap met nidings nafn). La guilda era, de tal modo, prolongación del

"clan" anterior.

Tales eran las ideas dominantes de estas hermandades que gradualmente se extendieron

a toda la vida medieval. En realidad, conocemos

guildas surgidas entre personas de todas las profesiones posibles: guildas de esclavos,

guildas de ciudadanos libres y guildas mixtas,

compuestas de esclavos y ciudadanos libres; guildas organizadas con fines especiales: la

caza, la pesca o determinada expedición comercial

y que se disolvían cuando se había logrado el fin propuesto, y guildas que existieron

durante siglos en determinados oficios o ramos de

comercio. Y a medida que la vida desarrollaba una variedad de fines cada vez mayor,

crecía, en proporción, la variedad de las guildas. Debido

a esto, no sólo los comerciantes, artesanos, cazadores y campesinos se unían en guildas,

sino que encontramos guildas de sacerdotes,

pintores, maestros de escuelas primarias y universidades; guildas para la representación

escénica de "La Pasión del Señor", para la

construcción de iglesias, para el desarrollo de los "misterios" de determinada escuela de

arte u oficio; guildas para distracciones especiales,

hasta guildas de mendigos, verdugos y prostitutas, y todas estas guildas estaban

organizadas según el mismo doble principio de jurisdicción

propia y de apoyo mutuo. En cuanto a Rusia, poseemos testimonios positivos que

indican que el hecho mismo de la formación de Rusia fue

tanto obra de los artieli de pescadores, cazadores e industriales como del resultado del

brote de las comunas aldeanas. Hasta en los días

presentes, Rusia está cubierta por artieli.

Se ve ya por las observaciones precedentes cuán errónea era la opinión de los primeros

investigadores de las guildas cuando consideraban

como esencia de esta institución la festividad anual que era organizada comúnmente por

los hermanos. En realidad, el convite común tenía

lugar el mismo día, o el día siguiente, después de realizada la elección de los jefes, la

deliberación de las modificaciones necesarias en los

reglamentos y, muy a menudo, el juicio de las riñas surgidas entre hermanos; por

último, en este día, a veces, se renovaba el juramento de

fidelidad a la guilda. El convite común, como el antiguo festín de la asamblea comunal

de la tribu -mahl o mahlum- o la aba de los buriatos, o la

fiesta parroquias y el festín al finalizar la recolección, servían simplemente para

consolidar la hermandad. Simbolizaba los tiempos en que todo

era del dominio común del clan. En ese día, por lo menos, todo pertenecía a todos; se

sentaban todos a una misma mesa. Hasta en un período

considerablemente más avanzado, los habitantes de los asilos de una de las guildas de

Londres, ese día, se sentaban a una mesa común

junto con los ricos alderpnen.

En cuanto a la diferencia que algunos investigadores trataron de establecer entre las

viejas -guildas de paz" sajonas (frith guild) y las llamadas

guildas "sociales" o "religiosas", con respecto a esto puede decirse que todas eran

guildas de paz en el sentido ya dicho y todas ellas eran

religiosas en el sentido en que la comuna aldeana o la ciudad puesta bajo la protección

de un santo especial son sociales y religiosas. Si la

institución de la guilda tuvo tan vasta difusión en Asia, Africa y Europa, si sobrevivió

un milenio, surgiendo nuevamente cada vez que

condiciones similares la llamaban a la vida, se explica porque la guilda representaba

algo considerablemente mayor que una simple

asociación para la comida conjunta, o para concurrir a la iglesia en determinado día, o

para efectuar el entierro por cuenta común. Respondía a

una necesidad hondamente arraigada en la naturaleza humana; reunía en sí todos

aquellos atributos de que posteriormente se apropió el

Estado por medio de su burocracias su policía, y aun mucho más. La guilda era una

asociación para el apoyo mutuo "de hecho y de consejo",

en todas las circunstancias y en todas las contingencias de la vida; y era una

organización para el afianzamiento de la justicia, diferenciándose

del gobierno, sin embargo, en que en lugar del elemento formal, que era el rasgo

esencial característico de la intromisión del Estado. Hasta

cuando el hermano de la guildas aparecía ante el tribunal de la misma, era juzgado por

personas que le conocían bien, estaban a su lado en el

trabajo conjunto, se habían sentado con él más de una vez en el convite común, y juntos

cumplían toda clase de deberes fraternales; respondía

ante hombres que eran sus iguales y sus hermanos verdaderos, y no ante teóricos de la

ley o defensores de ciertos intereses ajenos.

Es evidente que una institución tal como la guilda, bien dotada para la satisfacción de la

necesidad de unión, sin privar por eso al individuo de

su independencia e iniciativa, debió extenderse, crecer y fortalecerse. La dificultad

residía solamente en hallar una forma que permitiera a las

federaciones de guildas unirse entre sí, sin entrar en conflicto con las federaciones de

comunas aldeanas, y uniera unas y otras en un todo

armonioso. Y cuando se halló la forma conveniente -en la ciudad libre- y una serie de

circunstancias favorables dio a las ciudades la

posibilidad de declarar y afirmar su independencia, la realizaron con tal unidad de

pensamiento, que habría de provocar admiración aun en

nuestro siglo de los ferrocarriles, las comunicaciones telegráficas y la imprenta.

Centenares de Cartas con las que las ciudades afirmaron su

unión llegaron hasta nosotros; y en todas estas Cartas aparecen las mismas ideas

dominantes, a pesar de la infinita diversidad de detalles

que dependían de la mayor o menor plenitud de libertad. Por doquier la ciudad se

organizaba como una federación doble, de pequeñas

comunas aldeanas y de guildas.

"Todos los pertenecientes a la amistad de la ciudad -como dice, por ejemplo, la Carta

acordada en 1188 a los ciudadanos de la ciudad de

Aire, por Felipe, conde de Flandes- han prometido y confirmado, bajo juramento, que se

ayudarán mutuamente como hermanos en todo lo útil y

honesto; que si el uno ofende al otro, de palabra o de hecho, el ofendido no se vengará

por sí mismo ni lo harán sus allegados... presentará una

queja y el ofensor pagará la debida indemnización por la ofensa, de acuerdo con la

resolución dictada por doce jueces electos que actuarán

en calidad de árbitros. Y si el ofensor o el ofendido, después de la tercera advertencia,

no se somete a la resolución de los árbitros, será

excluido de la amistad como hombre depravado y perjuro.

"Todo miembro de la comuna será fiel a sus conjurados, y les prestará ayuda y consejo

de acuerdo con lo que dicte la justicia" -así dicen las

Cartas de Amiens y Abbeville-. "Todos se ayudarán mutuamente, cada uno según sus

fuerzas, en los límites de la comuna, y no permitirán que

uno tome algo a otro comunero, o que obligue a otro a pagar cualquier clase de

contribución", leemos en las cartas de Soissons, Compiégne,

Senlis, y de muchas otras ciudades del mismo tiempo.

"La comuna -escribió el defensor del antiguo orden, Guilbert de Nogent- es un

juramento de ayuda mutua (mutui adjutori conjuratio)"... "Una

palabra nueva y detestable. Gracias a ella, los siervos (capite sensi) se liberan de toda

servidumbre; gracias a ella, se liberan del pago de las

contribuciones que generalmente pagaban los siervos".

Esta misma ola liberadora rodó en los siglos décimo, undécimo y duodécimo por toda

Europa, arrollando tanto las ciudades ricas como las

más pobres. Y si podemos decir que, hablando en general, primero se liberaron las

ciudades italianas (muchas aún en el siglo undécimo y

algunas también en el siglo décimo), sin embargo no podemos dejar de señalar el centro

menudo, un pequeño burgo de un punto cualquiera

de Europa central se ponía a la cabeza del movimiento de su región, y las grandes

ciudades tomaban su Carta como modelo. Así, por ejemplo,

la Carta de la pequeña ciudad de Lorris fue aceptada por ciudades del sureste de

Francia, y la Carta de Beaumont sirvió de modelo a más de

quinientas ciudades y villas de Bélgica y Francia. Las ciudades enviaban continuamente

diputados especiales a la ciudad vecina, para obtener

copia de su Carta, y sobre esa base elaboraban su propia constitución. Sin embargo, las

ciudades no se conformaban con la simple

transcripción de las Cartas: componían sus cartas en conformidad con las concesiones

que conseguían arrancar a sus señores feudales;

resultando, como observó un historiador, que las cartas de las comunas medievales se

distinguen por la misma diversidad que la arquitectura

gótica de sus iglesias y catedrales. La misma idea dominante en todas, puesto que la

catedral de la ciudad representaba simbólicamente la

unión de las parroquias o de las comunas pequeñas y de las guildas en la ciudad libre, y

en cada catedral había una infinita riqueza de

variedad en los detalles de su ornamento.

El punto más esencial para las ciudades que se liberaban era su jurisdicción propia, que

implicaba también la administración propia. Pero la

ciudad no era simplemente una parte "autónoma" del Estado -tales palabras ambiguas

no habían sido inventadas-, constituía un Estado por sí

mismo. Tenía derecho a declarar la guerra y negociar la paz, el derecho de establecer

alianzas con sus vecinos y de federarse con ellos. Era

soberana en sus propios asuntos y no se inmiscuía en los ajenos.

El poder político supremo de la ciudad se encontraba, en la mayoría de los casos,

íntegramente en manos de la asamblea popular (forum)

democrática, como sucedía, por ejemplo, en Pskof, donde la viéche enviaba y recibía los

embajadores, concluía tratados, invitaba y expulsaba

a los knyaziá, o prescindía por completo de ellos durante décadas enteras. 0 bien, el alto

poder político era transferido a manos de algunas

familias notables, comerciantes o hasta de nobles; o era usurpado por ellos, como

sucedía en centenares de ciudades de Italia y Europa

central. Pero los principios fundamentales continuaban siendo los mismos: la ciudad era

un Estado y, lo que es quizá aún más notable, si el

poder de la ciudad había sido usurpado, o se habían apropiado paulatinamente de él la

aristocracia comercial o hasta la nobleza, la vida

interior de la ciudad y el carácter democrático de sus relaciones cotidianas sufrían por

ello poca mengua: dependía poco de lo que se puede

llamar forma política del Estado.

El secreto de esta contradicción aparente reside en que la ciudad medieval no era un

Estado centralizado. Durante los primeros siglos de su

existencia, la ciudad apenas se podía llamar Estado, en cuanto se refería a su

organización interna, puesto que la edad media, en general, era

ajena a nuestra centralización moderna de las funciones, como también a nuestra

centralización de las provincias y distritos en manos de un

gobierno central. Cada grupo tenía, entonces, su parte de soberanía.

Comúnmente la ciudad estaba dividida en cuatro barrios, o en cinco, seis o siete kontsi

(sectores) que irradiaban de un centro donde estaba

situada la catedral y a menudo la fortaleza (krieml). Y cada barrio o koniets en general

representaba un determinado género de comercio o

profesión que predominaban en él, a pesar de que en aquellos tiempos en cada barrio o

koniets podían vivir personas que ocupaban

diferentes posiciones sociales y que se entregaban a diversas ocupaciones: la nobleza,

los comerciantes, los artesanos y aún los semisiervos.

Cada koniets o sector, sin embargo, constituía una unidad enteramente independiente.

En Venecia, cada isla constituía una comuna política

independiente, que tenía su organización propia de oficios y comercios, su comercio de

sal y pan, su administración y su propia asamblea

popular o forum. Por esto, la elección por toda Venecia de uno u otro dux, es decir, el

jefe militar y gobernador supremo, no alteraba la

independencia interior de cada una de estas comunas individuales.

En Colonia, los habitantes se dividían en Geburschaften y Heimschaften (viciniae), es

decir, guildas vecinales cuya formación data del

periodo de los francos, y cada una de estas guildas tenía en juez (Burgrichter) y los doce

jurados electos corrientes (Schóffen), -su Vogt

(especie de jefe policial) y su greve o jefe de la milicia de la guilda.

La historia del Londres antiguo, antes de la conquista normanda del siglo XII, dice

Green, es la historia de algunos pequeños grupos,

dispersos en una superficie rodeada por los muros de la ciudad, y donde cada grupo se

desarrollaba por sí solo, con sus instituciones, guildas,

tribunales, iglesias, etc.; sólo poco a poco estos grupos se unieron en una confederación

municipal. Y cuando consultamos los anales de las

ciudades rusas, de Novgorod y de Pskof, que se distinguen tanto los unos como los otros

por la abundancia de detalles puramente locales, nos

enteramos de que también los kontsi, a su vez, consistían en calles (ulitsy)

independientes, cada una de las cuales, a pesar de que estaba

habitada preferentemente por trabajadores de un oficio determinado, contaba, sin

embargo, entre sus habitantes también comerciantes y

agricultores, y constituía una comuna separada. La ulitsa asumía la responsabilidad

comuna¡ por todos sus miembros, en caso de delito.

Poseía tribunal y administración propios en la persona de los magistrados de la calle

(ulitchánske stárosty) tenía sello propio (el símbolo del

poder estatal) y en caso de necesidad, se reunía su viéche (asamblea) de la calle. Tenía,

por último, su propia milicia, los sacerdotes que ella

elegía, y tenía su vida colectiva propia y sus empresas colectivas. De tal modo, la ciudad

medieval era una federación doble: de todos los jefes

de familia reunidos en pequeñas confederaciones territoriales -calle, parroquia, konietsy de individuos unidos por un juramento común en

guildas, de acuerdo con sus profesiones. La primera federación era fruto del crecimiento

subsiguiente, provocado por las nuevas condiciones.

En esto residía toda la esencia de la organización de las ciudades medievales libres, a las

que debe Europa el desarrollo esplendoroso

tomado por su civilización.

El objeto principal de la ciudad medieval era asegurar la libertad, la administración

propia y la paz; y la base principal de la vida de la ciudad,

como veremos en seguida, al hablar de las guildas artesanos, era el trabajo. Pero la

"producción- no absorbía toda la atención del economista

medieval. Con su espíritu práctico comprendía que era necesario garantizar el

"consumo" para que la producción fuera posible; y por esto el

proveer a "la necesidad común de alimento y habitación para pobres y ricos- (gemeine

notdurft und gemach armer und richer), era el

principio fundamental de toda ciudad. Estaba terminantemente prohibido comprar

productos alimenticios y otros artículos de primera

necesidad (carbón, leña, etc.) antes de ser entregados al mercado, o comprarlos en

condiciones especialmente favorables -no accesibles a

otros-, en una palabra, el preempcio, la especulación. Todo debía ir primeramente al

mercado, y allí ser ofrecido para que todos pudieran

comprar hasta que el sonido de la campana anunciara la clausura del mercado. Sólo

entonces podía el comerciante minorista comprar los

productos restantes: pero aun en este caso, su beneficio debía ser "un beneficio

honesto". Además, si un panadero, después de la clausura

del mercado, compraba grano al por mayor, entonces cualquier ciudadano tenía derecho

a exigir determinada cantidad de este grano

(alrededor de medio quarter) al precio por mayor si hacía tal demanda antes de la

conclusión definitiva de la operación; pero, del mismo modo,

cualquier panadero podía hacer la demanda si un ciudadano compraba centeno para la

reventa. Para moler el grano bastaba con llevarlo al

molino de la ciudad, donde era molido por turno, a un precio determinado; se podía

cocer el pan en el four banal, es decir, el horno comunal.

En una palabra, si la ciudad sufría necesidad, la sufrían entonces más o menos todos;

pero, aparte de tales desgracias, mientras existieron las

ciudades Ubres, dentro de sus muros nadie podía morir de hambre. como sucede

demasiado a menudo en nuestra época.

Además, todas estas reglas datan ya del período más avanzado de la vida de las

ciudades, pues al principio de su vida las ciudades libres

generalmente compraban por sí mismas todos los productos alimenticios para el

consumo de los ciudadanos. Los documentos publicados

recientemente por Charles Gross contienen datos plenamente precisos sobre este punto,

y confirman su conclusión de que las cargas de

productos alimenticios llegadas a la ciudad "eran compradas por funcionarios civiles

especiales, en nombre de la ciudad, y luego distribuidas

entre los comerciantes burgueses, y a nadie se permitía comprar mercancía descargada

en el puerto a menos que las autoridades

municipales hubieran rehusado comprarla. Tal era -agrega Gross- según parece, la

práctica generalizada en Inglaterra, Irlanda, Gales y

Escocia. Hasta en el siglo XVI vemos que en Londres se efectuaba la compra común de

grano -para comodidad y beneficio en todos los

aspectos, de la ciudad y del Palacio de Londres y de todos los ciudadanos y habitantes

de ella en todo lo que de nosotros depende", como

escribía el alcalde en l565.

En Venecia, todo el comercio de granos, como se sabe bien ahora, se hallaba en manos

de la ciudad, y de los "barrios", al recibir el grano de

la oficina que administraba la importación, debían distribuir por las casas de todos los

ciudadanos del barrio la cantidad que corresponda a

cada uno. En Francia, la ciudad de Amiens compraba sal y la distribuía entre todos los

ciudadanos al precio de compra; y aún en la época

presente encontramos en muchas ciudades francesas las halles que antes eran el depósito

municipal para el almacenamiento del grano y de

la sal. En Rusia, era esto un hecho corriente en Novgorod y Pskof.

Necesario es decir que toda esta cuestión de las compras comunales para consumo de

los ciudadanos y de los medios con que eran

realizadas no ha recibido aún la debida atención de parte de los historiadores; pero aquí

y allá se encuentran hechos muy instructivos que

arrojan nueva luz sobre ella. Así, entre los documentos de Gross existe un reglamento

de la ciudad de Kilkenny, que data del año 1367, y por

este documento nos enteramos de qué modo se establecían los precios de las

mercaderías. "Los comerciantes y los marinos -dice Grossdebían mostrar, bajo juramento, el precio de compra de su mercadería y los gastos

originados por el transporte. Entonces el alcalde de la

ciudad y dos personas honestas fijaban el precio (named the price) a que debía venderse

la mercadería." La misma regla se observaba en

Thurso para las mercaderías que llegaban "por mar y por tierra". Este método "de fijar

precio" armoniza tan justamente con el concepto que

sobre el comercio predominaba en la Edad Media que debe haber sido corriente. El que

una tercera persona fijara el precio era costumbre

muy antigua; y para todo género de intercambio dentro de la ciudad indudablemente se

recurría muy a menudo a la determinación del precio,

no por el vendedor o el comprador, sino por una tercera persona -una persona

"honesta"-. Pero este orden de cosas nos remonta a un período

aún más antiguo de la historia del comercio, precisamente al período en que todo el

comercio de productos importantes era efectuado por la

ciudad entera, y los compradores eran sólo comisionistas apoderados de la ciudad para

las ventas de la mercadería que ella exportaba. Así el

reglamento de Waterford, publicado también por Gross, dice que "todas las

mercaderías, de cualquier género que fueran... debían ser

compradas por el alcalde (el jefe de la ciudad) y los ujieres (balives), designados

compradores comunales (para la ciudad) para el caso, y

debían ser distribuidas entre todos los ciudadanos libres de la ciudad (exceptuando

solamente las mercancías propias de los ciudadanos y

habitantes libres"). Este estatuto apenas se puede interpretar de otro modo que no sea

admitiendo que todo el comercio exterior de la ciudad

era efectuado por sus agentes apoderados. Además, tenemos el testimonio directo de

que precisamente así estaba establecido en Novgorod

y Pskof. El soberano señor Novgorod y el soberano señor Pskof enviaban ellos mismos

sus caravanas de comerciantes a los países lejanos.

Sabemos también que en casi todas las ciudades medievales de Europa central y

occidental, cada guilda de artesanos habitualmente

compraba en común todas las materias primas para sus hermanos y vendía los productos

de su trabajo por medio de sus delegados; y apenas

es admisible que el comercio exterior no se realizara siguiendo este orden, tanto más

cuanto que, como bien saben los historiadores, hasta el

siglo XIII todos los compradores de una determinada ciudad en el extranjero no sólo se

consideraban responsables, como corporación, de las

deudas contraídas por cualquiera de ellos, sino que también la ciudad entera era

responsable de las deudas contraídas por cada uno de sus

ciudadanos comerciantes. Solamente en los siglos XII y XIII las ciudades del Rhin

concertaron pactos especiales que anulaban esta caución

solidaria. Y por último, tenemos el notable documento de Ipswich, publicado por Gross,

en el cual vemos que la guilda comercial de esta

ciudad se componía de todos aquellos que se contaban entre los hombres libres de la

ciudad, y expresaban conformidad en pagar su cuota

(su "hanse") a la guildas, y toda la comuna juzgaba en común cuál era el mejor modo de

apoyar a la guilda comercial y qué privilegios debía

darle. La guilda comercial (the Merchant guild) de Ipswich resultaba de tal modo más

bien una corporación de apoderados de la ciudad que

una guilda común privada.

En una palabra. cuanto más conocemos la ciudad medieval, tanto más nos convencemos

de que no era una simple organización política para

la protección de ciertas libertades políticas. Constituía una tentativa -en mayor escala de

lo que se había hecho en la comuna aldeana- de unión

estrecha con fines de ayuda y apoyo mutuos, para el consumo y la producción y para la

vida social en general, sin imponer a los hombres, por

ello, los grillos del Estado, sino, por el contrario, dejando plena libertad a la

manifestación del genio creador de cada grupo individual de

hombres en el campo de las artes, de los oficios, de la ciencia, del comercio y de la

organización política.

Hasta dónde tuvo éxito esta tentativa lo veremos, mejor que nada, examinando en el

capítulo siguiente la organización del trabajo en la ciudad

medieval y las relaciones de las ciudades con la población campesina que las rodeaba.

CAPITULO VI: LA AYUDA MUTUA EN LA CIUDAD MEDIEVAL

Las ciudades medievales no estaban organizadas según un plano trazado de antemano

por voluntad de algún legislador extraño a la

población: Cada una de estas ciudades era fruto del crecimiento natural, en el sentido

pleno de la palabra- era el resultado, en constante

variación de la lucha entre diferentes fuerzas, que se ajustaban mutuamente una y otra

vez, de conformidad con la fuerza viva de cada una de

ellas, y también según las alternativas de la lucha y según el apoyo que hallaban en el

medio que las circundaba. Debido a esto, no se hallarán

dos ciudades cuya organización interna y cuyos destinos históricos fueran idénticos; y

cada una de ellas, -tomada en particular-, cambia su

fisonomía de siglo en siglo. Sin embargo, si echamos un vistazo amplio sobre todas las

ciudades de Europa, las diferencias locales y

nacionales desaparecen y nos sorprendemos por la similitud. asombrosa que existe entre

todas ellas, a pesar de que cada una de ellas se

desarrolló por sí misma, independientemente de las otras, y en condiciones diferentes.

Cualquiera pequeña ciudad del Norte de Escocia,

poblada por trabajadores y pescadores pobres, o las ricas ciudades de Flandes, con su

comercio mundial, con su lujo, amor a los placeres y

con su vida animada; una ciudad italiana enriquecida por sus relaciones con Oriente y

que elaboró dentro de sus muros un gusto artístico

refinado y una civilización refinada, y, por último, una ciudad pobre, de la región

pantanosolacustre de Rusia, dedicada principalmente a la

agricultura, parecería que poco tienen de común entre sí. Y, sin embargo, las líneas

dominantes de su organización y el espíritu de que están

impregnadas asombran por su semejanza familiar.

Por doquier hallamos las mismas federaciones de pequeñas comunas o parroquias o

guildas; los mismos "suburbios" alrededor de la

"ciudad" madre; la misma asamblea popular; los mismos signos exteriores de

independencia; el sello, el estandarte,, etc. El protector

(defensor) de la ciudad bajo distintas denominaciones, y distintos ropajes, representa a

una misma autoridad defendiendo los mismos

intereses; el abastecimiento de víveres, el trabajo, el comercio, están organizados en las

mismas líneas generales; los conflictos interiores y

exteriores nacen de los mismos motivos; más aún, las mismas consignas desplegadas

durante estos conflictos y hasta las fórmulas utilizadas

en los anales de la ciudad, ordenanzas, documentos, son las mismas; y los monumentos

arquitectónicos, ya sean de estilo gótico, romano o

bizantino, expresan las mismas aspiraciones y los mismos ideales; estaban concebidos

para expresar el mismo pensamiento y se construían

del mismo modo. Muchas disimilitudes son simplemente el resultado de las diferencias

de edad de dos ciudades, y esas disimilitudes entre

ciudades de la misma región, por ejemplo, Pskof y Novgorod, Florencia y Roma, que

tenían un carácter real, se repiten en distintas partes de

Europa. La unidad de la idea dominante y las razones idénticas del nacimiento allanan

las diferencias aparecidas como resultado del clima, de

la posición geográfica, de la riqueza, del lenguaje y de la religión. He aquí por qué

podemos hablar de la ciudad medieval en general, como de

una fase plenamente definida de la civilización; y a pesar de que son de desear en grado

superlativo las investigaciones que señalen las

particularidades locales. e individuales de las ciudades, podemos, no obstante, señalar.

los rasgos. principales del desarrollo que eran

comunes a todas ellas.

No cabe duda alguna de que la protección que habitual y universalmente se acordaba al

mercado, ya desde las primeras épocas bárbaras,

desempeñó un papel importante, a pesar de no ser exclusivo, en la obra de la liberación

de las ciudades medievales. Los bárbaros del

período antiguo no conocían el comercio dentro de, sus comunas aldeanas; comerciaban

solamente con los extranjeros en ciertos lugares

determinados y ciertos días fijados de antemano. Y para que el extranjero, pudiera

presentarse en el lugar de trueque, sin riesgo de ser muerto

en cualquier altercado sostenido por dos clanes, a causa de una venganza de sangre, el

mercado se ponía siempre bajo la protección

especial de todos los clanes. También era inviolable, como el lugar de veneración

religiosa bajo cuya sombra se organizaba generalmente.

Entre los kabilas, el mercado hasta ahora es anaya, lo mismo que el sendero por el cual

las mujeres acarrean el agua de los pozos; no era

posible aparecer armado en el mercado ni en el sendero, ni siquiera durante las guerras

intertribales. En la época medieval, el mercado

gozaba por lo común exactamente de la misma protección. La venganza tribal nunca

debía proseguirse hasta la plaza donde se reunía el

pueblo con propósitos de comerciar, y, del mismo modo, en determinado radio

alrededor de esta plaza; y si en la abigarrada multitud de

vendedores y compradores se producía alguna riña, era menester someterla al examen

de aquéllos bajo cuya protección se encontraba el

mercado; es decir, al tribunal de la comuna, o al juez del obispado, del señor feudal o

del rey. El extranjero que se presentara con fines

comerciales era huésped, y hasta usaba este hombre; en el mercado era inviolable. Hasta

el barón feudal, que sin escrúpulos despojaba a los

comerciantes en el camino real, trataba con respeto al Weichbild, la señal de la

asamblea popular, es decir, la pértiga que se elevaba en la

plaza del mercado, en cuyo tope se hallaban las armas reales! o un guante de caballero,

o la imagen del santo local, o simplemente la cruz,

según estuviera el mercado bajo la protección del rey, de la asamblea popular, viéche, o

de la iglesia local.

Es fácil comprender de qué modo el poder judicial propio de la ciudad, pudo originarse

en el poder judicial especial del mercado, cuando este

poder fue cedido, de buen grado o no, a la ciudad misma. Es comprensible, también,

que tal origen de las libertades urbanas, cuyas huellas se

pueden seguir en muchos casos, imprimió tu seno inevitablemente. a su desarrollo

ulterior. Dio el predominio a la parte comercial de la

comuna. Los burgueses que poseían en aquellos tiempos una casa en la ciudad y que

eran copropietarios de las tierras de ella, muy a menudo

organizaban entonces una guilda comercial, la cual tenía en sus manos también el

comercio de la ciudad, y a pesar de que al principio cada

ciudadano, pobre o rico, podía ingresar en la guilda comercial, y hasta el comercio

mismo era efectuado en interés de toda la ciudad, por

medio de sus apoderados, no obstante la guilda comercial paulatinamente se convertía

en un género de corporación privilegiada. Llena de

celo, no admitió en sus filas a la población advenediza, que pronto comenzó a afluir a

las ciudades libres y todas las ventajas derivadas del

comercio las conservaban en beneficio de unas pocas "familias" (les familles, los

staroyíby, viejos habitantes) que eran ciudadanos cuando la

ciudad proclamó su independencia. De tal modo, evidentemente, amenazaba el peligro

del surgimiento de una oligarquía comercial. Pero, ya

en el siglo X, y aún más, en los siglos XI y XII, los oficios principales también se

organizaban en guildas, que en la mayoría de los casos podían

limitar las tendencias oligárquicas de los comerciantes.

La guilda de artesanos de aquellos tiempos, generalmente vendía por sí misma los

productos que sus miembros elaboraban, y compraban en

común las materias primas para ellos, y de este modo sus miembros eran, al mismo

tiempo, tanto comerciantes corno artesanos. Debido a

esto, el predominio alcanzado por las viejas guildas de artesanos desde el principio

mismo de la vida libre de las ciudades dio al trabajo de

artesano aquella elevada posición que ocupó posteriormente en la ciudad. En realidad,

en la ciudad medieval, el trabajo del artesano no era

signo de posición social inferior, por lo contrario, no sólo conservaba huellas del

profundo respeto con que se le trataba antes, en la comuna

aldeana, sino que el rápido desarrollo de la habilidad artística en la producción de todos

los oficios: de la joyería, del tejido, de la cantería, de la

arquitectura, etcétera, hacía que todos los que estaban en el poder en las repúblicas

libres de aquella época, trataran con profundo respeto

personal al artesano-artista.

En general, el trabajo manual se consideraba en: los "misterios" (artiéti, guildas)

medieval es como un deber piadoso hacia los

conciudadanos, corno una función (Amt) social, tan honorable corno cualquier otra. La

idea de "justicia" con respecto a la comuna y de

"verdad" con respecto al productos y al consumidor, que nos parecería tan extraña en

nuestra época, entonces impregnaba todo el proceso de

producción y trueque. El trabajo del curtidor, calderero, zapatero, debía ser "justo",

Concienzudo escribían entonces. La madera, el cuero o los

hilos utilizados por los artesanos, debían ser "honestos"; el pan debía ser amasado "a

conciencia", etcétera. Transportado este lenguaje a

nuestra vida moderna, aparecerá artificioso y afectado; pero entonces era

completamente natural y estaba desprovisto de toda afectación,

pues que el artesano medieval no producía para un comprador que no conocía, no

arrojaba sus mercancías en un mercado desconocido; antes

que nada producía para su propia guilda, que al principio vendía ella misma, en su

cámara de tejedores, de cerrajeros, etcétera, la mercancía

elaborada por los hermanos de la guilda; para una hermandad de hombres en la que

todos se conocían, en la que todos conocían la técnica

del oficio y, al estabais el precio al producto, cada uno podía apreciar la habilidad

puesta en la producción de un objeto determinado y el

trabajo empleado en él. Además, no era un, productor aislado que ofrecía a la comuna la

mercancía pala la compra, la ofrecía la guilda; la

comuna misma, a su vez, ofrecía a la hermandad de las comunas confederadas aquellas

mercancías que eran exportadas por ella y por cuya

calidad respondía ante ellas.

Con tal organización para cada oficio, era cuestión de amor propio no ofrecer mercancía

de calidad inferior; los defectos técnicos de la

mercancía o adulteraciones afectaban a toda la comuna, pues, según las palabras de una

ordenanza, "destruyen la confianza pública" De tal

modo la producción era un deber social y estaba puesta bajo el control de toda las

amitas -de toda la hermandad-; debido a lo cual, el trabajo

manual, mientras existieron las ciudades libres, no podía descender a la posición inferior

a la cual, a menudo, llega ahora.

LA diferencia entre el maestro y el aprendiz, o entre el maestro y el. medio oficial

(compayne, Geselle) ha existido ya desde la época misma

del establecimiento de las ciudades medievales libres; pero al principio esta diferencia

era sólo diferencia de edad y de grado de habilidad, y

no de autoridad y riqueza. Después de haber estado siete años como aprendiz y de haber

demostrado conocimiento y capacidad en un

determinado oficio, por medio de una obra hecha especialmente, el aprendiz se

convertía, en maestro a su vez. Y solamente bastante más

tarde, en e! siglo XVI, cuando la autoridad real ya había destruido la organización de la

ciudad y de los artesanos, se podía llegar a maestro

simplemente por herencia o en virtud de la riqueza. Pero ésta ya era la época de la

decadencia general de la industria y del arte de la Edad

Media.

En el primer período, floreciente, de las ciudades medievales, no había en ellas mucho

lugar para el trabajo alquilado y para los alquiladores

individuales. El trabajo de los tejedores, armeros, herreros, panaderos, etcétera,

efectuábase para la guilda y la ciudad; y cuando en los oficios

de la construcción se alquilaban artesanos extraños, éstos trabajaban como corporación

temporal (como se observa también en la época

presente en los artiéli rusos) cuyo trabajo se pagaba a todo el artiél, en bloque. El trabajo

para un patrón individual empezó a extenderse más

tarde; pero también en estas circunstancias se pagaba al trabajador mejor de lo que se

paga ahora, aun en Inglaterra, y considerablemente

mejor de lo que se pagaba comúnmente en toda Europa en la primera mitad del siglo

XIX. Thorold Rogers hizo conocer este hecho en grado

suficiente a los lectores ingleses; pero es menester decir lo mismo de la Europa

continental, como lo demuestran las investigaciones de Falke

y Schónberg, y también muchas indicaciones ocasionales. Aún en el siglo XV, el

albañil, carpintero o herrero, recibía en Amiens un salario

diario a razón de cuatro sols, que correspondían a 48 libras de pan o a una octava parte

de un buey pequeño (bouverd). En Sajonia, el salario

de un Geselle (medio oficial) en el oficio de la construcción era tal que, expresándonos

con las palabras de Falke, el obrero podía comprar con

su sueldo de seis días tres ovejas y un par de botas. Las ofrendas de los obreros

(Geselle) en los distintos templos son también testimonios

de su relativo bienestar, sin hablar ya de las ofrendas suntuosas de algunas guildas de

artesanos y de sus gastos para las festividades y sus

procesiones pomposas. Realmente, cuanto más estudiamos las ciudades medievales,

tanto más nos convencemos que nunca el trabajo ha

sido tan bien pagado y ha gozado de respeto general como en la época en que la vida de

las ciudades libres se hallaba en su punto máximo

de desarrollo. Más aún. No sólo, muchas aspiraciones de nuestros radicales modernos

habían sido realizadas ya en la Edad media, sino que

hasta mucho de lo que ahora se considera utópico se aceptaba entonces como algo

completamente natural. Se burlan de nosotros cuando

decimos que el trabajo debe ser agradable, pero, según las palabras de la ordenanza de

la Edad Media de Kuttenberg, "cada uno debe hallar

placer en su trabajo y nadie debe, pasando el tiempo en holganza (mit nichts thun),

apropiarse de lo que ha sido producido con la aplicación y

el trabajo ajeno, pues las leyes deben ser un escudo para la defensa de la aplicación y

del trabajo". Y entre todas las charlas modernas sobre

la jornada de ocho horas de trabajo, no sería inoportuno recordar la ordenanza de

Fernando I, relativa a las minas imperiales de carbón; según

esta ordenanza se establece la jornada de trabajo del minero en ocho horas "como se ha

hecho desde antiguo" (wie vor Alters herkommen), y

que estaba completamente prohibido trabajar después del medio día del sábado . Una

jornada de trabajo más larga era muy rara, dice

Janssen, mientras que se daban con bastante frecuencia las más cortas. Según las

palabras de Rogers, en Inglaterra, en el siglo XV, los

trabajadores trabajaban solamente cuarenta y ocho "horas por semana". El semiferiado

del sábado, que consideramos una conquista

moderna, en realidad era una antigua institución medieval; era ese el día de baño de una

parte considerable de los miembros de la comuna, y

los jueves, después del mediodía, lo era para todos los medios oficiales (Geselle). Y a

pesar de que en aquella época no existían aun los

comedores escolares -probablemente porque no enviaban hambrientos los niños a la

escuela- se había establecido, en diversas ciudades, el

distribuir dinero a los niños para el baño, si este gasto constituía una carga para sus

padres.

En cuanto a los congresos de trabajadores, eran un fenómeno corriente en la Edad

Media. En algunas partes de Alemania, los artesanos de

un mismo oficio, pero que pertenecían a diferentes comunas, generalmente se reunían

para determinar el plazo del aprendizaje, el salario, la

condición del viaje por su país, que se consideraba entonces obligatorio para todo

trabajador que había terminado su aprendizaje, etcétera. En

el año 1572, las ciudades que pertenecían a la liga hanseática formalmente reconocían a

los artesanos el derecho de reunirse periódicamente

en asamblea y adoptar cualquier género de resoluciones, siempre que estas últimas no se

opusieran a las ordenanzas de las ciudades, que

determinaban la calidad de las mercancías. Es sabido que tales congresos de

trabajadores, en parte internacionales (como la misma Hansa),

eran convocados por los panaderos, fundadores, curtidores, herreros, espaderos,

toneleros.

La organización de las guildas requería, naturalmente, una supervisión cuidadosa de

ellas sobre los artesanos, y para este fin se designaban

jurados especiales. Es notable, sin embargo, el hecho de que mientras las ciudades

llevaban una vida libre, no se oían quejas sobre

supervisión; mientras que cuando el Estado intervino y confiscó la propiedad de las

guildas y violó su independencia en beneficio de su propia

burocracia, las quejas se hicieron simplemente innumerables. Por otra parte, el enorme

progreso en el campo de todas las artes, alcanzado

bajo el sistema de la guilda medieval, es la mejor demostración de que este sistema no

era un obstáculo para el desarrollo de la iniciativa

personal. El hecho es que la guilda medieval, como la parroquia medieval, la ulitsa o el

koniets, no era una Corporación de ciudadanos

puestos bajo en control de los funcionarios del Estado; era una confederación de todos

los hombres unidos para una determinada producción,

y en su composición entraban compradores jurados de materias primas, vendedores de

mercancías manufacturadas y maestros artesanos,

medio oficiales, compaynes y aprendices. Para la organización interna de una

determinada producción, la asamblea de todas estas personas

era soberana, mientras no afectara a las otras guildas, en cuyo caso el asunto se sometía

a la consideración de la guilda de las guildas, es

decir, de la ciudad. Aparte de las funciones recién indicadas, la guilda representaba aún

algo más. Tenía su jurisdicción propia, es decir, el

derecho propio de justicia en sus asuntos, y su propia fuerza armada; tenía sus

asambleas generales o viéche, propias tradiciones de lucha,

gloria e independencia, y sus relaciones propias con las otras guildas del mismo oficio u

ocupación de otras ciudades. En una palabra, llevaba

una vida orgánica plena, que provenía de que abrazaba en un conjunto la vida toda de

esta unión. Cuando la ciudad era convocada a las urnas,

la guilda marchaba como una compañía separada (Schaar), equipada con las armas que

le pertenecían (y en una época más avanzada, con

sus cañones propios, adornados amorosamente por la guilda), bajo el mando de los jefes

elegidos por ella misma. En una palabra, la guilda

era la misma unidad independiente, era la federación, como lo era la república de Uri, o

Ginebra, cincuenta años atrás, en la confederación

suiza. Por esta razón, comparar las guildas con los sindicatos modernos o las uniones

profesionales, despojados de todos los atributos de la

soberanía del Estado y reducidos al cumplimiento de dos o tres funciones secundarias,

es tan irrazonable corno comparar Florencia y Brujas

con cualquier comuna aldeana francesa que arrastra una vida desgraciada, bajo la

opresión del prefecto y del código napoleónico, o con una

ciudad rusa administrada según las ordenanzas municipales de Catalina II. La aldehuela

francesa y la ciudad rusa tienen también su alcalde

electo, como lo tenían Florencia y Brujas, y la ciudad rusa hasta tenía las corporaciones

de aduanas; pero la diferencia entre ellos es toda la

diferencia que existe entre Florencia, por una parte, y cualquier aldehuela de Fontenayles Oises, en Francia, o Tsarevokokshaisk, por otra; o

bien, entre el dux veneciano y el alcalde de aldea moderno, que se inclina ante el

escribiente del señor subprefecto.

Las guildas de la Edad Media estaban en condición de sostener su independencia, y

cuando más tarde especialmente en el siglo XIV, debido

a varias razones que indicaremos en seguida, la antigua vida de la ciudad empezó a

sufrir profundos cambios, entonces los oficios más

jóvenes demostraron ser lo bastante fuertes para conquistarse, a su vez, la parte que les

correspondía en la dirección de los asuntos de la

ciudad. Las masas organizadas en guildas "menores" se rebelaron para arrancar el poder

de manos de la oligarquía creciente, y en la mayoría

de los casos obtuvieron éxito, y entonces abrieron una nueva era de florecimiento de las

ciudades libres. Verdad es que, en algunas ciudades,

la rebelión de las guildas menores fue ahogada en sangre, y entonces se decapitó sin

piedad a los trabajadores, como sucedió en el año 1306

m París y en 1374 en Colonia. En esos casos, las libertades urbanas, después de tales

derrotas, se encaminaron hacia la decadencia, y la

ciudad cayó bajo el yugo del poder central. Pero en la mayoría de las ciudades existían

fuerzas vitales suficientes como para salir de la lucha

renovadas y con energías nuevas. Un nuevo período de renovación juvenil fue entonces

su recompensa. Se infundió a las ciudades una ola de

vida nueva, que halló también su expresión en magníficos monumentos arquitectónicos

nuevos y en un- nuevo período de prosperidad, en el

progreso repentino de la técnica y de los inventos, y en el nuevo movimiento intelectual

que condujo pronto a la época del Renacimiento y de la

Reforma. La vida de la ciudad medieval era una serie completa de luchas que tenían que

librar los burgueses para obtener la libertad y

conservarla. Verdad es que durante esta dura lucha se desarrolló la raza de los

ciudadanos fuerte y tenaz; verdad es que esta lucha creó el

amor y la adoración por la ciudad natal y que los grandes hechos realizados por las

comunas, medievales estaban inspirados precisamente

por este amor. Pero los sacrificios que tuvieron que hacer las comunas en las luchas por

la libertad eran, sin embargo, muy duros, y la lucha

sostenida por las comunas introdujo fuentes profundas de disensiones en su vida interior

misma. Muy pocas ciudades consiguieron, gracias al

concurso de circunstancias favorables, alcanzar la libertad inmediatamente, y en la

mayoría de los casos la perdieron con la misma facilidad.

La enorme mayoría de las ciudades hubo de luchar durante cincuenta y cien años, y a

veces más, para alcanzar el primer reconocimiento de

sus derechos a una vida libre, y otro siglo más antes de que consiguieran afirmar su

libertad sobre una base sólida; las Cartas del siglo XII

fueron solamente los primeros pasos hacia la libertad. En realidad, la ciudad medieval

era un oasis fortificado en un país hundido en la

sumisión feudal, y tuvo que afirmar con la fuerza de las armas su derecho a la vida.

Debido a las razones expuestas brevemente en el capítulo que precede, toda comuna

aldeana cayó gradualmente bajo el yugo de algún señor

laico o clérigo. La casa de tal señor poco a poco se transformó en castillo, y sus

hermanos de armas se convirtieron entonces en la peor clase

de vagabundos mercenarios, siempre dispuestos a despojar a los campesinos. A más de

la barchina, es decir, de los tres días semanales

que los campesinos debían trabajar para el señor, imponíanles ahora iodo género de

contribuciones por todo: por el derecho de sembrar y

cosechar por el derecho de estar triste o de alegrarse, por el derecho de vivir, casarse y

morir. Pero lo peor de todo era que constantemente

los despojaban los hombres armados que pertenecían a las mesnadas de los

terratenientes feudales vecinos, quienes miraban a los

campesinos cómo si fueran familiares. del señor, y por ello, si estallaba entre sus

señores una guerra tribal por venganza de sangre, ejercían su

venganza sobre sus campesinos, sus ganados y sus sembrados. Además, todos los

prados, todos los campos, todos los ríos y caminos, todo

alrededor de la ciudad y todo hombre asentado sobre la tierra estaban bajo la autoridad

de algún señor feudal.

El odio de los burgueses contra los terratenientes feudales halló una expresión muy

precisa en algunas Cartas que obligaron a firmar a sus

ex-señores. Enrique V, por ejemplo, debió firmar, en la Carta acordada a la ciudad de

Speier, en el año 1111, que libraba a los burgueses de

"la ley horrible e indigna de la posesión de manomuerta, por la cual la ciudad fue

llevada a la miseria más profunda (von dem Scheusslichen

und nichtswurdigen Gesetze, welches gemein Budel genannt wird. Kallsen, T. I. 397 .).

En la coutume, es decir, ordenanza de la ciudad de

Bayona, existen tales líneas: "El pueblo es anterior al señor. El. pueblo, que sobrepasa

por su número a las otras clases, deseando la paz, creó

a los señores para frenar y reprimir a los poderosos", etc. (Giry, Etablissements de

Rouen, T. I., 117, citado por Luchairel pág. 24). Una carta

sometida a la firma del rey Roberto no es menos característica. Le obligaron a decir en

ella: "No robaré bueyes ni otros animales. No me

apoderaré de los comerciantes ni les quitaré su dinero, ni les impondré rescate. Desde la

Anunciación hasta el día de Todos los Santos, no me

apoderaré, en los prados, de caballos, yeguas ni potros. No incendiaré los molinos y no

robaré la harina... No prestaré protección a los

ladrones", etc. (Pfister publicó este documento, reproducido también por Luchaire). La

Carta "otorgada" por el obispo de Besangon, Hugues, a

la ciudad que se había rebelado contra él, en la cual debió enumerar todas las

calamidades causadas por sus derechos a la posesión feudal,

no es menos característica. Se podrían citar muchos otros ejemplos.

Conservar la libertad entre la arbitrariedad de los barones feudales que las rodeaban

hubiera sido imposible, y por esto las ciudades libres se

vieron obligadas a iniciar una guerra fuera de sus muros. Los burgueses comenzaron a

enviar sus hombres para levantar a las aldeas contra

los terratenientes y dirigir la insurrección; aceptaron a las aldeas en la organizaci6n de

sus corporaciones; y por último iniciaron la guerra

directa contra la nobleza. En Italia, donde la tierra estaba densamente poblada de

castillos feudales, la guerra asumió proporciones heroicas y

era librada por ambas partes con extrema dureza. Florencia tuvo que sostener, durante

setenta y siete años enteros guerras sangrientas para

liberar su contado (es decir, su provincia) de los nobles, pero, cuando la lucha se

terminó victoriosamente (en el año 1181), hubo que empezar

de nuevo. La nobleza reunió sus fuerzas y formó sus propias ligas en contraposición a

las ligas de las ciudades, y recibió el apoyo creciente ya

sea de parte del emperador o del papa, y prolongó la guerra aún ciento treinta años más.

Lo mismo sucedió en la región de Roma, en

Lombardía, en la región de Génova, por toda Italia.

Prodigios de valor, audacia y tenacidad fueron real izados por los burgueses durante

estas guerras. Pero el arco y las segures de guerra de

los artesanos de las ciudades no siempre se impusieron a lo! caballeros vestidos de

armaduras, y muchos castillos resistieron el asedio con

éxito, a pesar de las ingeniosas máquinas agresivas y la tenacidad de los burgueses que

lo sitiaban. Algunas ciudades, como por ejemplo

Florencia, Bolonia y muchas otras en Francia, Alemania y Bohemia, consiguieron

liberar a las aldeas que las rodeaban, y la recompensa de

sus esfuerzos fue una notable prosperidad y tranquilidad. Pero aun en estas ciudades, y

más aún en las ciudades menos poderosas o menos

emprendedoras, los comerciantes y los artesanos, agotados por la guerra y

comprendiendo falsamente sus propios intereses, concertaron la

paz con lo barones, vendiéndoles, por así decirlo, los campesinos. Obligaron al barón a

prestar juramento de lealtad a la ciudad; su castillo fue

derruido hasta los cimientos y él dio su conformidad para construir una casa y vivir en

la ciudad, donde se convirtió entonces en conciudadano

(combourgeois, concittadino), pero en cambio, conservó la mayoría de sus derechos

sobre los campesinos, quienes de tal modo recibieron

sólo un alivio parcial de la carga servil que pesaba sobre ellos. Los burgueses no

comprendieron que les era menester dar iguales derechos

de ciudadanía al campesino, en quien tenían que confiar en materia de

aprovisionamiento de productos alimenticios para la ciudad; y debido a

esta incomprensión entre la ciudad y la aldea se abrió entre ellos, desde entonces, un

profundo abismo. En algunas ocasiones, los

campesinos solamente cambiaron de señores, puesto que la ciudad compraba los

derechos al barón y los vendía en parte a sus propios

ciudadanos. La servidumbre se mantuvo de tal modo, y sólo considerablemente más

tarde, al final del siglo XIII, revolución de los oficios

menores le puso fin; pero, habiendo destruido la servidumbre personal, esta revolución,

al mismo tiempo, quitaba no pocas veces al

campesino sus tierras. Apenas es necesario agregar que las ciudades sintieron pronto en

carne propia las consecuencias fatales de tal

política miope: la aldea se convirtió en enemiga de la ciudad.

La guerra contra los castillos tuvo todavía una consecuencia perniciosa más: arrojó a las

ciudades a guerras prolongadas, lo que permitió que

se formara entre los historiadores la teoría que estuvo en boga hasta tiempos recientes, y

según la cual las ciudades perdieron su libertad

debido a la envidia recíproca y a la lucha entre sí. Sostenían esta teoría especialmente

los historiadores imperialistas, pero fue sacudida

fuertemente por las recientes investigaciones. Es indudable que en Italia las ciudades

lucharon entre sí con animosidad obstinada; pero en

ninguna parte, fuera de Italia, las guerras urbanas, especialmente en el período antiguo,

tuvieron sus causas especiales. Fueron (como lo han

demostrado ya Sismondi y Ferrari) la prolongación de la lucha contra los castillos, la

prolongación inevitable de la lucha del principio del

municipio libre y federativo en contra del feudalismo, del imperialismo y del papado; es

decir, en contra de los partidarios de la servidumbre,

apoyados unos por el emperador germano y otros por el papa. Muchas ciudades que se

habían liberado sólo en parte del poder del obispo,

del señor feudal o del emperador, fueron arrastradas por la fuerza a la lucha contra las

ciudades libres, por los nobles, el emperador y la

Iglesia, cuya política tendía a no permitir que las ciudades se unieran, y a armarlas una

contra la otra. Estas condiciones especiales (que

parcialmente se habían reflejado también sobre Alemania) explican por qué las ciudades

italianas, de las cuales algunas buscaron el apoyo

del emperador para luchar contra el papa, otras el de la Iglesia para luchar contra el

emperador, Pronto se dividieron en dos campos, gibelinos

y güelfos, y por qué la misma división apareció también dentro de cada ciudad. El

enorme progreso económico alcanzado por la mayoría de

las ciudades italianas justamente en la época en que estas guerras estaban en su apogeo,

y la ligereza con que se concertaban las alianzas

entre las ciudades, dan una idea aún más fiel de la lucha de las ciudades y socava más

aún la teoría arriba citada. Y en los años 1130-1150

empezaron a formarse poderosas alianzas o ligas de ciudades; y transcurridos algunos

años, cuando Federico Barbarroja atacó a Italia, y,

apoyado por la nobleza y algunas ciudades retardadas marchó contra Milán, el

entusiasmo del pueblo se despertó con fuerza en muchas

ciudades, bajo la influencia de los predicadores populares. Cremona, Piacenza, Brescia,

Tortona y otras se lanzaron al rescate; los

estandartes de las guildas de Verona, Padua, Vicenzia y Trevisso, llameaban juntos en el

campamento de las ciudades contra los estandartes

del emperador y de la nobleza. El año siguiente se formó la alianza lombarda, y sesenta

años después vemos ya que esta liga se fortificó con

las alianzas de muchas otras ciudades, y constituyó una organización durable que

guardaba la mitad de sus fondos de guerra en Génova y la

mitad en Venecia. En Toscana, Florencia encabezaba otra liga poderosa, la de Toscana,

a la que pertenecían Lucea, Bologna, Pistoia y otras

ciudades, y la cual desempeñó un papel importante en la derrota de la nobleza de Italia

central. Ligas más reducidas eran, en aquella misma

época, el fenómeno más corriente. De tal modo, es indudable que a pesar de que existía

rivalidad entre las ciudades, y no era difícil sembrar la

discordia entre ellas, esta rivalidad no impedía a las ciudades unirse para la defensa

común de su libertad. Solamente más tarde, cuando cada

una de las ciudades se convirtió en un pequeño Estado, empezaron entre ellas guerras,

como sucede siempre que los Estados comienzan a

luchar entre sí por el predominio o por las colonias.

Ligas semejantes se formaron, con el mismo fin, en Alemania. Cuando, bajo los

herederos de Conrado, el país se convirtió en un campo de

interminables guerras de venganza entre los barones, las ciudades de Westfalia

formaron una liga contra los caballeros, y uno de los puntos

del pacto era la obligación de no dar nunca préstamo de dinero al caballero que

continuara ocultando mercancías robadas. En los tiempos en

que "los caballeros y la nobleza vivían de la rapiña y mataban a quienes querían", como

dice la queja de Worms (Wormser Zorn), las ciudades

del Rhin (Mainz, Colonia, Speier, Strassbourg y Basel) tomaron la iniciativa de formar

una liga para perseguir a los saqueadores y mantener la

paz; pronto contó con sesenta ciudades que habían ingresado en la alianza. Más tarde, la

liga de las ciudades de Suabia, divididas en tres

círculos de paz- (Augsburg, Constanza y Ulm) perseguía el mismo objeto. Y a pesar de

que estas alianzas fueron rotas se prolongaron el

tiempo suficiente como para demostrar que mientras los pretendidos pacificadores -los

reyes, emperadores y la Iglesia- fomentaban la

discordia, y ellos mismos eran impotentes contra los rapaces caballeros, el impulso para

el establecimiento de la paz y la unión provino de las

ciudades. Las ciudades -y no los emperadores- fueron los verdaderos creadores de la

unión nacional.

Alianzas similares, mejor dicho, federaciones, con fines semejantes, se organizaron

también entre las aldeas, y ahora que Luchaire ha llamado

la atención sobre este fenómeno es de esperar que pronto conoceremos más detalles de

estas federaciones. Sabemos que las aldeas se

unieron en pequeñas ligas en el distrito (contado) de Florencia; también en los distritos

sometidos a Novgorod y Pskof. En cuanto a Francia,

existe el testimonio positivo de la federación de diecisiete aldeas campesinas que ha

existido en el Laonnais durante casi cien años (hasta el

año 1256) y que han luchado obstinadamente por su independencia. Además, en las

vecindades de la ciudad de Laon existían tres repúblicas

campesinas que tenían tartas juradas, según el modelo de la Carta de Laon y Soissons, y

como sus tierras lindaban, se apoyaban mutuamente

en sus guerras de liberación. En general, Luchaire opina que muchas de tales uniones se

formaron en Francia en los siglos XII y XIII, pero en la

mayoría de los casos se han perdido las noticias documentales sobre ellas.

Naturalmente, no estando protegidas por muros, como las

ciudades, las uniones aldeanas fueron fácilmente destruidas por los reyes y barones,

pero bajo algunas condiciones favorables, cuando

hallaron apoyo en las uniones de las ciudades, o protección en sus montañas, semejantes

repúblicas campesinas se hicieron independientes,

como ocurrió en la Confederación Suiza.

En cuanto a las uniones concertadas por las ciudades con fines especiales, eran un

fenómeno muy corriente. Las relaciones establecidas en el

período de liberación, cuando las ciudades se copiaban mutuamente las cartas, no se

interrumpieron posteriormente. A veces cuándo los

seabini de cualquier ciudad alemana debían pronunciar una sentencia, en un caso para

ellos nuevo y complejo, y declaraban que no podían

hallar la resolución (des Urtheiles nieht weise zu sean), enviaban delegados a otra

ciudad con el fin de buscar una solución oportuna. Lo

mismo sucedía también en Francia. Sabemos también que Forli y Ravenna

naturalizaban recíprocamente a sus ciudadanos y les daban plenos

derechos en ambas ciudades.

Someter una disputa surgida entre dos ciudades, o dentro de la ciudad, a la resolución de

otra comuna, a la que incitaban a actuar en calidad

de árbitro, estaba también en el espíritu de la época. En cuanto a los pactos comerciales

entre las ciudades eran cosa muy corriente. Las

uniones para la regulación de la producción y la determinación del volumen de los

toneles utilizados en el comercio de vinos, las "uniones de

los arenqueros", etc., fueron precursores de la gran federación comercial de la Hansa

flamenca, y más tarde, de la gran Hansa germánica del

Norte, en la cual ingresaron la soberana Novgorod y algunas ciudades polacas. La

historia de estas dos vastas uniones es interesante en

grado sumo, e instructiva, pero se requerirían muchas páginas para relatar su vida

compleja y multiforme. Observaré, solamente, que gracias a

las Uniones de la Edad Media hicieron más por el desarrollo de las relaciones

internacionales, de la navegación marítima y de los

descubrimientos marítimos que todos los Estados de los primeros diecisiete siglos de

nuestra era.

Resumiendo lo dicho, las ligas y las uniones entre pequeñas unidades territoriales, lo

mismo que entre los hombres que se unían con fines

comunes en sus guildas correspondientes, y también las federaciones entre las ciudades

y grupos de ciudades, constituyó la esencia misma

de la vida y del pensamiento de todo este período. Los primeros cinco siglos del

segundo milenio de nuestra era (hasta el XVI) pueden ser

considerados, de tal modo, una colosal tentativa de asegurar la ayuda mutua y el apoyo

mutuo en gran escala, sobre los principios de la unión

y de la colaboración, llevados a través de todas las manifestaciones de la vida humana y

en todos los grados posibles. Este intento fue

coronado por el éxito en grado considerable. Unió a los hombres, antes divididos, les

aseguró una libertad considerable, decuplicó sus

fuerzas. En aquella época en que multitud de toda clase de influencias creaban en los

hombres la tendencia a aislarse de los otros en su

célula, y existía tal abundancia de causas de discordia, es consolador ver y observar que

las ciudades diseminadas por toda Europa tuvieran

tanto en común y que con tal presteza se unieran para la persecución de tan numerosos

objetivos comunes. Verdad es que, al final de cuentas,

no resistieron ante, enemigos poderosos. Practicaban ampliamente los principios de

ayuda mutua, pero, sin embargo, separándose de los

campesinos labradores, aplicaron estos principios a la vida de una manera que no fue

suficientemente amplia, y privadas del apoyo de los

campesinos, las ciudades no pudieron resistir la violencia de los reinos e imperios

nacientes. Pero no perecieron debido a la enemistad

recíproca, y sus errores no fueron la consecuencia del desarrollo insuficiente del espíritu

federativo entre ellos.

La nueva dirección tomada por la vida humana en la ciudad de la Edad Media tuvo

enormes consecuencias en el desarrollo de toda la

civilización. A comienzos del siglo XI, las ciudades de Europa constituían solamente

pequeños grupos de miserables chozas, que se

refugiaban alrededor de iglesias bajas y deformes, cuyos constructores apenas si sabían

trazar un arco. Los oficios, que se reducían

principalmente a la tejeduría y a la forja, se hallaban en estado embrionario; la ciencia

encontraba refugio sólo en algunos monasterios. Pero

trescientos cincuenta años más tarde el aspecto mismo de Europa cambió por completo.

La tierra estaba ya sembrada de ricas ciudades, y

estas ciudades hallábanse rodeadas por muros dilatados y espesos que se hallaban

adornados por torres y puertas ostentosas cada una de,

las cuales constituía una obra de arte. Catedrales concebidas en estilo grandioso y

cubiertas por numerosos ornamentos decorativos,

elevaban a las nubes sus altos campanarios, y en su arquitectura se manifestaba tal

audacia de imaginación y tal pureza de forma, que

vanamente nos esforzamos en alcanzar en la época presente. Los oficios y las artes se

elevaron a tal perfección que aun, ahora apenas

podemos decir que las hemos superado en mucho, si no colocamos la velocidad de la

fabricación por encima del talento inventiva del

trabajador y de la terminación de su trabajo. Las naves de las ciudades libres surcaban

en todas direcciones el mar Mediterráneo norte y sur;

un esfuerzo más y cruzarían el océano. En vastas extensiones, el bienestar ocupó el

lugar de la miseria anterior; se desarrolló y se extendió la

educación.

Junto con esto se elaboró el método científico de investigación -positivo y natural en

lugar de la escolástica anterior- y fueron establecidas las

bases de la mecánica y de las ciencias físicas. Más aún: estaban preparados todos

aquellos inventos mecánicos de que tanto se enorgullece

el siglo XIX. Tales fueron los cambios mágicos que se habían producido en Europa en

menos de cuatrocientos años. Y las pérdidas sufridas

por Europa cuando cayeron sus ciudades libres pueden ser plenamente apreciadas si se

compara el siglo diecisiete con el catorce o hasta

con el trece. En el siglo dieciocho desapareció el bienestar que distinguía a Escocia,

Alemania, las llanuras de Italia. Los caminos decayeron,

las ciudades se despoblaron, el trabajo libre se convirtió en esclavitud, las artes se

marchitaron, y hasta el comercio decayó. . Si tras las

ciudades medievales no hubiera quedado monumento escrito alguno, por los cuales se

pudiera juzgar el esplendor de su vida, si hubieran

quedado tras ellas solamente los monumentos de su arte arquitectónico, que hallamos

dispersos por toda Europa, de Escocia a Italia, y de

Gerona, en España, hasta Breslau, en el territorio eslavo, aun entonces podríamos decir

que la época de las ciudades independientes fue la

del máximo florecimiento del intelecto humano durante todos los siglos del

cristianismo, hasta el fin del siglo XVIII. Mirando, por ejemplo, el

cuadro medieval que representa Nuremberg, con sus decenas de torres y elevados

campanarios que llevaban en si cada una el sello del arte

creador libre, apenas podemos imaginar que sólo trescientos años antes Nuremberg era

únicamente un montón de chozas miserables.

Lo mismo con respecto a todas las ciudades libres de la Edad Media, sin excepción. Y

nuestro asombro aumenta a medida que observamos

en detalle la arquitectura y los ornatos de cada una de las innumerables iglesias,

campanarios, puertas de las ciudades y casas consistoriales,

diseminados por toda Europa, empezando por Inglaterra, Holanda, Bélgica, Francia e

Italia, y llegando, en el Este, hasta Bohemia y hasta las

ciudades de la Galitzia polaca, ahora muertas. No solamente Italia -madre del arte-, sino

toda Europa, estaba repleta de semejantes

monumentos. Es extraordinariamente significativo, además, el hecho de que de todas las

artes, la arquitectura arte social por excelencia

alcanzara en esta época el más elevado desarrollo. Y realmente, tal desarrollo de la

arquitectura fue posible sólo como resultado de la

sociabilidad altamente desarrollada en la vida de entonces.

La arquitectura medieval alcanzó tal grandeza no sólo porque era el desarrollo natural

de un oficio artístico, como insistió sobre esto

justamente Ruskin; no solamente porque cada edificio y cada ornato arquitectónico

fueron concebidos por hombres que conocían por la

experiencia de sus propias manos cuáles efectos artísticos pueden producir la piedra, el

hierro, el bronce o simplemente las vigas y el

cemento mezclado con guijarros; no sólo porque cada monumento era el resultado de la

experiencia colectiva reunida, acumulada en cada

arte u oficio, la arquitectura medieval era grande porque era la expresión de una gran

idea. Como el arte griego, surgió de la concepción de la

fraternidad y unidad alentadas por la ciudad. Poseía una audacia que pudo ser lograda

sólo merced a la lucha atrevida de las ciudades contra

sus opresores y vencedores; respiraba energía porque toda la vida de la ciudad estaba

impregnada de energía. La catedral o la casa

consistorial de la ciudad encarnaba, simbolizaba, el organismo en el cual cada albañil y

picapedrero eran constructores. El edificio medieval

nunca constituía el designio de un individuo, para cuya realización trabajan miles de

esclavos, desempeñando un trabajo determinado por una

idea ajena: toda la ciudad tomaba parte en su construcción. El alto campanario era parte

de un gran edificio; en el que palpitaba la vida de la

ciudad; no estaba colocado sobre una plataforma que no tenla sentido como la torre

Eiffel de París; no era una construcción falsa, de piedra:

erigida con objeto de ocultar la fealdad del armazón de hierro que le servía de base,

como fue hecho recientemente en el Towér Bridge,

Londres. Como la Acrópolis de Atenas, la catedral de la ciudad medieval tenía por

objeto glorificar las grandezas de la ciudad victoriosa;

encarnaba y espiritualizaba la unión de los oficios, era la expresión del sentimiento de

cada ciudadano, que se enorgullecía de su ciudad,

puesto que era su propia creación. No raramente ocurría también que la ciudad,

habiendo realizado con éxito la segunda: resolución de los

oficios menores, comenzaba a construir una nueva catedral con objeto de expresar la

unión nueva, más profunda y amplia, que había

aparecido en su vida.

Las catedrales y casas consistoriales de la Edad Media tienen un rasgo asombroso más.

Los recursos efectivos con que las ciudades

empezaron sus grandes construcciones solían secar en la mayoría de los casos,

desproporcionadamente reducidos. La catedral de Colonia,

por ejemplo, fue iniciada con un desembolso anual de 500 marcos en total; una

donación de 100 marcos se inscribió como dádiva importante.

Hasta cuando la obra se aproximaba a su fin, el gasto anual apenas avanzaba a 5.000

marcos, y nunca sobrepasó los 14.000. La catedral de

Basilea fue construida con los mismos insignificantes medios. Pero cada corporación

ofrendaba para su monumento común tu parte de

piedra de trabajo y de genio decorativo. Cada guilda expresaba en ese momento sus

opiniones políticas, refiriendo, en la piedra o el bronce,

la historia de la ciudad, glorificando los principios de libertad, igualdad y fraternidad;

ensalzando a los aliados de la ciudad y condenando al

fuego eterno a sus enemigos. Y cada guilda expresaba su amor al monumento común

ornándolo ricamente con ventanas y vitrales, pinturas,

"con puertas de iglesia dignas de ser las puertas del cielo" -según la expresión de

Miguel Angel- o con ornatos de piedra en todos los más

pequeños rincones de la construcción. Las pequeñas ciudades, y hasta las más pequeñas

parroquias, rivalizaban en este género de trabajos

con las grandes ciudades, y las catedrales de Lyon o de Saint Ouen apenas ceden a la

catedral de Reims, a la Casa Consistorial de Bremen o

al campanario del Consejo Popular de Breslau. "Ninguna obra debe ser comenzada por

la comuna si no ha sido concebida en consonancia

con el gran corazón del la comuna, formada por los corazones de todos sus ciudadanos,

unidos en una sola voluntad común" -tales eran las

palabras del Consejo de la Ciudad, en Florencia-; y este espíritu se manifiesta en todas

las obras comunales que están destinadas a la utilidad

pública, como por, ejemplo, en los canales, las terrazas, los plantíos de viñedos y

frutales alrededor de Florencia, o en los canales de regadío

que atravesaban las llanuras de Lombardía, en el puerto y en el acueducto de Génova, y,

en suma, en todas las construcciones comunales que

se emprendían en casi todas las ciudades

Todas las artes tenían el mismo éxito en las ciudades medievales, y nuestras

adquisiciones actuales en este campo, en la mayoría de los

casos, no. son nada más que la prolongación de lo que había crecido entonces. El

bienestar de las ciudades flamencas se fundaba en la

fabricación de los finos tejidos de lana., Florencia, a comienzos del siglo XIV hasta la

epidemia de la "muerte negra", fabricaba de 70.000 a

100.000 piezas de lana, que se evaluaban en 1.200.000 florines de oro. El cincelado de

metales preciosos, el arte de la. fundición, la forja

artística del hierro, fueron creación de las guildas medievales (misterios), que

alcanzaron en sus respectivos dominios todo cuanto se podia

lograr mediante el trabajo manual, sin, recurrir a la ayuda de un motor mecánico

poderoso; por medio del traba o manual y la inventiva, pues,

sirviéndose de las palabras de Whewell, "recibimos el pergamino y el papel, la imprenta

y el grabado, el vidrio perfeccionado y el acero, la

pólvora, el reloj, el telescopio, la brújula marítima, el calendario reformado, el sistema

decimal, el álgebra, la trigonometría, la química, el

contrapunto (descubrimiento que equivale a una nueva creación de la música): hemos

heredado todo esto de aquella época que tan

despreciativamente llamamos "período de estancamiento"".

Verdad es que, como observó Whewell, ninguno, de estos descubrimientos introdujo un

principio nuevo; pero la ciencia medieval alcanzó algo

más que el descubrimiento real de nuevos principios. Preparó al descubrimiento de

todos aquellos nuevos principios que conocemos

actualmente en el dominio de las ciencias mecánicas: enseñó al investigador a observar

los hechos y extraer conclusiones. Entonces se creó

la ciencia inductiva, y a pesar de que no había captado aún plenamente el sentido y la

fuerza de la inducción, echó las bases tanto de la

mecánica como de la física. Francis Bacon, Galileo y Copérnico, fueron descendientes

directos de Roger Bacon y Miguel Scott, como la

máquina de vapor fue el producto directo de las investigaciones sobre la presión

atmosférica- realizadas en las universidades italianas y de la

educación matemática y técnica que distinguía a Nurember.

Pero, ¿es necesario, en verdad, extenderse y demostrar el progreso de las ciencias y de

las artes en las ciudades de la Edad Media? ¿No

basta mencionar simplemente las catedrales, en el campo de las artes, y la lengua

italiana y el poema de Dante, en el dominio del

pensamiento, para dar en seguida la medida de lo que creó la ciudad medieval durante

los cuatro siglos de su existencia?

No cabe duda alguna de que las ciudades medievales prestaron un servicio inmenso a la

civilización europea. Impidieron que Europa cayera

en los estados teocráticos y despóticos que se crearon en la antigüedad en Asia; diéronle

variedad de manifestaciones vivientes, seguridad

en sí misma, fuerza de iniciativa y aquella enorme energía intelectual y moral que posee

ahora y que es la mejor garantía de que la civilización

europea podrá rechazar toda nueva invasión de Oriente.

Pero, ¿por qué estos centros de civilización que trataron de hallar respuestas a las

exigencias de la naturaleza humana y que se distinguieron

por tal plenitud de vida no pudieron prolongar su existencia? ¿Por qué en el siglo XVI

fueron atacadas de debilidad senil y por qué, después de

haber rechazado tantas invasiones exteriores y de haber sabido extraer una nueva

energía aun de sus discordias interiores, estas ciudades, al

final de cuentas, cayeron víctimas de los ataques exteriores y de las disensiones

intestinas?

Diferentes causas provocaron esta caída, algunas de las cuales tuvieron su raíz en el

pasado lejano, mientras que las otras fueron el resultado

de errores cometidos por las ciudades mismas. El impulso en este sentido fue dado

primeramente por las tres invasiones de Europa: la mogol

a Rusia en el siglo XIII, la turca a la península balcánica y a los eslavos del Este, en el

siglo XV, y la invasión de los moros a España y Sur de

Francia, desde el siglo IX hasta el XII. Detener estás invasiones fue muy difícil; y se

consiguió arrojar a los mogoles, turcos y moros, que se

habían afirmado en diferentes lugares de Europa, solamente cuando en España y

Francia, Austria y Polonia, en Ucrania y en Rusia, los

pequeños y débiles knyaziá, condes, príncipes, etc., sometidos por los más fuertes de

ellos, comenzaron a formar, estados capaces de mover

ejércitos numerosos contra los conquistadores orientales.

De tal modo, a fines del siglo XV, en Europa, comenzó a surgir una serie de pequeños

estados, formados según el modelo romano antiguo. En

cada país y en cada dominio, cualquiera de los señores feudales que fuera más astuto

que los otros, más inclinado a la codicia y, a menudo,

menos escrupuloso que su vecino, lograba adquirir en propiedad personal patrimonios

más ricos, con mayor cantidad de campesinos, y

también reunir en tomo a sí mayor cantidad de caballeros y mesnaderos y acumular más

dinero en sus arcas. Un barón, rey o knyaz,

generalmente escogía como residencia no una ciudad administrativa con el consejo

popular, sino un grupo de aldeas, de posición geográfica

ventajosa, que no se habían familiarizado aún con la vida libre de la ciudad; París,

Madrid, Moscú, que sé, convirtieron en centros de grandes

Estados, se hallaban justamente en tales condiciones; y con ayuda del trabajo servil se

creó aquí la ciudad real fortificada, a la cual atraía,

mediante una distribución generosa de aldeas "para alimentarse", a los compañeros de

hazañas, y también a los comerciantes, que gozaban

de la protección que él ofrecía al comercio.

Así se citaron, mientras se hallaban aún en condición embrionaria, los futuros estados,

qué comenzaron gradualmente a absorber a otros

centros iguales. Los jurisconsultos, educados en el estudio del derecho romano, afluían

de buen grado a tales ciudades; una raza de hombres,

tenaz y ambiciosa, surgida de entre los burgueses y que odiaba por igual la altivez de los

feudales Ala manifestación de lo que llamaban

iniquidad de los campesinos. Ya las formas mismas de la comuna aldeana, desconocidas

en sus códigos, los mismos principios del

federalismo, les eran odiosos, como herencia de los bárbaros. Su ideal era el cesarismo,

apoyado por la ficción del consenso popular y

-especialmente- por la fuerza de las armas; y trabajaban celosamente para aquellos en

quienes confiaban para la realización de este ideal.

La Iglesia cristiana, que antes se había rebelado contra el derecho romano y que ahora

se había convertido en su aliada, trabajaba en el

mismo sentido. Puesto que la tentativa de formar un imperio teocrático en Europa, bajo

la supremacía del Papa, no fue coronada por el éxito,

los obispos más inteligentes y ambiciosos comenzaron a ofrecer entonces apoyo a los

que consideraban capaces de reconstituir el poder de

los reyes de Israel y el de los emperadores de Constantinopla. La Iglesia investía a los

gobernantes que surgían con su santidad; los coronaba

como representantes de Dios sobre la tierra, ponía a su servicio la erudición y el talento

estadista de sus servidores; les traía sus bendiciones

y, sus maldiciones, sus riquezas y la simpatía que ella conservaba entre los pobres. Los

campesinos, a los cuales las ciudades no pudieron o

no quisieron liberar, viendo a los burgueses impotentes para poner fin a las guerras

interminables entre los caballeros -por las cuales los

campesinos hubieron de pagar tan caro- depositaron entonces sus esperanzas en el rey,

el emperador, el gran knyaz; y ayudándoles a destruir

el poder de los señores feudales, al mismo tiempo les ayudaron a establecer el Estado

Centralizado. Por último, las guerras que tuvieron que

sostener durante dos siglos contra los mogoles y los turcos, y la guerra santa contra los

moros en España, y del mismo modo también aquellas

guerras terribles que pronto comenzaron dentro de cada pueblo entre los centros

crecientes de soberanía: Ile de France y Borgogne, Escocia

e Inglaterra, Inglaterra y Francia, Lituania y Polonia, Moscú y Tver, etc., condujeron

finalmente, a lo mismo. Surgieron estados poderosos y las

ciudades tuvieron que entablar lucha no sólo con las federaciones, débilmente unidas

entre sí, de los barones feudales o knyaziá, sino con

centrosfuertemente organizados que tenían a su disposición ejércitos enteros de siervos.

Lo peor de todo era, sin embargo, que los centros crecientes de la monarquía hallaron

apoyo en las disensiones que surgían dentro de las

ciudades mismas. Una gran idea, sin duda, constituía la base de la ciudad medieval, pero

fue comprendida con insuficiente amplitud. La ayuda

y el apoyo mutuo no pueden ser limitados por las fronteras de una asociación pequeña;

deben extenderse a todo lo circundante, de lo

contrario, lo circundante absorbe a la asociación; y en este respecto, el ciudadano

medieval, desde el principio mismo, cometió un error

enorme. En lugar de considerar a los campesinos y artesanos que se reunían bajo la

protección de sus muros, como colaboradores que

podían aportar su parte en la obra de creación de la ciudad -lo que han hecho en

realidad-, "las familias" de los viejos burgueses se

apresuraron a separarse netamente de los nuevos inmigrantes. A los primeros, es decir, a

los fundadores de la ciudad, se les dejaba todos los

beneficios del comercio comunal de ella, y el usufructo de sus tierras, y a los segundos

no se les dejaba más, que el derecho de manifestar

libremente la habilidad de sus manos. La ciudad, de tal modo, se dividió en "burgueses".

o "comuneros" y en "residentes" o "habitantes". El

comercio, que tenía antes carácter comunal, se convirtió ahora en privilegio de las

familias de los. comerciantes y artesanos: de la guilda

mercantil y de algunas guildas de los llamados "viejos oficios"; y el paso siguiente: la

transición al comercio personal o a los privilegios de las

compañías capitalistas opresoras -de los trusts- se hizo inevitable.

La misma división surgió también entre la ciudad, en el sentido propio de la palabra, y

las aldeas que la rodeaban. Las comunas medievales

trataron, pues, de liberar a los campesinos; pero, sus guerras contra los feudales, poco a

poco, se convirtieron, como se ha dicho antes, más

bien en guerras por liberar la ciudad misma del poder, de los feudales que por liberar a

los campesinos. Entonces las ciudades dejaron a los

feudales sus derechos sobre los campesinos, con la condición de que no causarían más

daño a la ciudad y se hicieron "conciudadanos". Pero

la nobleza "adoptada" por la ciudad introdujo sus viejas guerras familiares, en los

límites de ella. No se conformaba con la idea de qué los

nobles debían someterse al tribunal de simples artesanos y comerciantes, y continuó

librando en las calles de las ciudades sus viejas guerras

tribales por venganza de sangre. En cada ciudad existían sus Colonnas y Orsinis, sus

Montescos y Capuletos, sus Overtolzes y Wises.

Extrayendo mayores rentas de las posesiones que consiguieron conservar, los señores

feudales se rodearon de numerosos clientes e

introdujeron hábitos y costumbres feudales en la vida de la ciudad misma. Cuando en

las ciudades comenzó a surgir el descontento entre las

clases artesanas contra las viejas guildas y familias, los feudales comenzaron a ofrecer a

ambas partes sus espadas y sus numerosos

servidores para resolver, por medio de la guerra, los conflictos que surgían, en lugar de

dar al descontento una salida pacífica valiéndose de

los medios que hasta entonces había hallado siempre, sin recurrir a las armas.

El error más grande y más fatal cometido por la mayoría de las ciudades fue también el

basar sus riquezas en el comercio y la industria, junto

con un trato despectivo hacia la agricultura. De tal modo, repitieron el error cometido ya

una vez por las ciudades de la antigua Grecia y debido

al cual cayeron en los mismos crímenes. Pero el distanciamiento entre las ciudades y la

tierra las arrastró, necesariamente, a una política hostil

hacia. las clases agrícolas, que se hizo especialmente visible en Inglaterra. durante

Eduardo III, en Francia durante las jacqueries (las grandes

rebeliones campesinas), en Bohemia en las guerras hussitas, y en Alemania durante la

guerra de los campesinos del siglo XVI.

Por otra parte, la política comercial arrastró también a las autoridades populares urbanas

a empresas lejanas, y desarrolló la pasión' por

enriquecerse con las colonias. Surgieron las colonias fundadas por las repúblicas

italianas, en, el sureste, en Asia Menor y a orillas del mar

Negro; por los alemanes en el Este, en tierras eslavas, y por los eslavos, es decir, por

Novgorod y Pskof, en el lejano noroeste. Entonces fue

necesario mantener ejércitos de mercenarios para las guerras coloniales, y luego esos

mercenarios fueron utilizados también para oprimir a

los mismos burgueses. Merced a esto, ciudades enteras comenzaron a concertar

empréstitos en tales proporciones que pronto tuvieron una

influencia profundamente desmoralizadora sobre los ciudadanos; las ciudades se

convirtieron en tributarías y no raramente en instrumentos

obedientes en manos de algunos de sus capitalistas. Asumir el poder fue cosa muy

ventajosa, y las disensiones internas se desarrollaron en

mayores proporciones en cada elección, durante las cuales la política colonial

desempeñaba un papel importante en interés de unas pocas

familias. La división entre ricos y pobres, entre los hombres "mejores" y "peores", se

extendió más y más, y en el siglo XVI el poder real halló

en cada ciudad aliados y colaboradores dispuestos, a veces entre "las familias" que

luchaban por el poder, y muy a menudo también entre los

pobres, a quienes prometían apaciguar a los ricos.

Sin embargo, existía todavía una razón de la decadencia de las instituciones comunales,

que era más profunda que las restantes. La historia

de las ciudades medievales constituye uno de los ejemplos más asombrosos de la

poderosa influencia de las ideas y de los principios

,fundamentales reconocidos por los hombres, sobre el destino de la humanidad. Del

mismo modo nos enseña también que ante un cambio

radical en las ideas dominantes de la sociedad, se producen resultados completamente

nuevos que encauzan la vida en una nueva dirección.

La fe en sus fuerzas y en el federalismo, el reconocimiento de la libertad y de la

administración propia a cada grupo separado y en general, la

estructura del cuerpo político de lo simple a lo complejo, tales fueron los pensamientos

dominantes del siglo XI., Pero desde aquélla época, las

concepciones sufrieron un cambio completo., Los eruditos jurisconsultos (legistas) que

habían estudiado, derecho romano y los prelados de la

Iglesia, estrechamente unidos desde la época de Inocencio III, lograron paralizar la idea

la antigua idea griega de la libertad y de la federación

que predominaba en la época de la liberación de las ciudades y existía primeramente en

la fundación de estas repúblicas.

Durante dos o tres siglos, los jurisconsultos y el clero comenzaron a enseñar, desde el

púlpito, desde la cátedra universitaria y en los tribunales,

que la salvación de los hombres se encuentra en un estado fuertemente centralizado,

sometido al poder semidivino de uno o de unos pocos;

que un hombre puede y debe ser el salvador de la sociedad, y en nombre de la salvación

pública puede realizar cualquier acto de violencia:

quemar a los hombres en las hogueras, matarlos con muerte lenta en medio de torturas

indescriptibles, sumir provincias enteras en la miseria

más abyecta. Y no escatimaron el dar lecciones visuales en gran escala, y con una

crueldad inaudita se daban estas lecciones donde quiera

que pudiese llegar la espada del rey o la hoguera de la Iglesia Debido a estas lecciones y

a los ejemplos correspondientes, constantemente

repetidos e inculcados por la fuerza en la conciencia pública bajo el signo de la fe, del

poder y de lo que consideraba ciencia, la mente misma

de los hombres comenzó a adquirir una nueva forma. Los ciudadanos comenzaron a

encontrar que ningún poder puede ser desmedido, ningún

asesinato lento demasiado cruel cuando se trata de la "seguridad pública". Y en esta

nueva dirección de las mentes, y en esta nueva fe en la

fuerza de un gobernante único, el antiguo principio federal perdió su fuerza, y junto con

él murió también el genio creador de las masas. La idea

romana venció, y en tales circunstancias los estados militares centralizados hallaron en

las ciudades una presa fácil.

La Florencia del siglo XV constituye el modelo típico de semejante cambio.

Anteriormente, la revolución popular solía ser el comienzo de un

progreso nuevo y más grande. Pero entonces, cuando el pueblo, reducido a la

desesperación, se rebeló, ya no poseía el espíritu constructivo v

creador, y el movimiento popular no produjo idea nueva alguna. En lugar de los

anteriores cuatrocientos representantes ante el consejo

popular, se introdujeron en ella cien. Pero esta revolución en los números no condujo a

nada. El descontento popular crecía, y siguió una serie

de nuevas revueltas. Entonces se buscó la salvación en el "tirano", que recurrió a la

masacre de los rebeldes, pero la desintegración del

organismo comunal prosiguió. Y cuando, después de una nueva revuelta, el pueblo

florentino solicitó consejo a su favorito, Jerónimo

Savonarola, el monje respondió: "Oh, pueblo mío, tú sabes que no puedo intervenir en

los asuntos del estado... Purifica tu alma, y si en tal

disposición de mente reformas la ciudad, entonces tú, pueblo de Florencia, debes

comenzar la reforma de toda Italia". Se quemaron las

máscaras que se ponían durante los paseos en carnaval y los libros tentadores; se

promulgó una ley de ayuda a los pobres y otra dirigida

contra los usureros, pero la democracia de Florencia quedó donde estaba. El antiguo

espíritu creador había desaparecido. Debido a la

excesiva confianza en el gobierno, los florentinos cesaron de confiar en sí mismos; y

demostraron ser impotentes para renovar su vida. El

estado no tuvo más que avanzar y destruir sus últimas libertades. Y así lo hizo.

Y sin embargo, la corriente de ayuda y apoyo mutuo no se apagó en las masas, y

continuó fluyendo aún después de esta derrota de las

ciudades libres. Pronto surgió de nuevo, con fuerza poderosa, en respuesta al llamado

comunista de los primeros propagandistas de la

reforma, y siguió viviendo aún después de que las masas, que hablan sufrido de nuevo

el fracaso en su tentativa de construir una nueva vida,

inspirada por una religión reformada, cayeron bajo el poder de la monarquía. Fluye hoy

todavía y busca los caminos para una nueva expresión

que no será ya el estado, ni la ciudad medieval, ni la comuna aldeana de los bárbaros, ni

la organización tribal de los salvajes, sino que,

procediendo de todas estas formas, será más perfecta que ellas, por su profundidad y por

la amplitud de sus principios humanos.

CAPITULO VII: LA AYUDA MUTUA EN LA SOCIEDAD MODERNA

La inclinación de los hombres a la ayuda mutua tiene un origen tan remoto y está tan

profundamente entrelazada con todo el desarrollo pasado

de la humanidad, que los hombres la han conservado hasta la época presente, a pesar de

todas las vicisitudes de la historia. Esta inclinación

se desarrolló, principalmente, en los períodos de paz y bienestar; pero aun cuando las

mayores calamidades azotaban a los hombres, cuando

países enteros eran devastados por las guerras, y poblaciones enteras morían de miseria,

o gemían bajo el yugo del poder que los oprimía, la

misma inclinación, la misma necesidad continuó existiendo en las aldeas y entre las

clases más pobres de la población de las ciudades. A

pesar de todo, las fortificó, y, al final de cuentas, actuó aun sobre la minoría gobernante,

belicosa y destructiva que trataba a esta necesidad

como si fuera una tontería sentimental. Y cada vez que la humanidad tenía que elaborar

una hueva organización social, adaptada a una nueva

fase de su desarrollo, el genio creador del hombre siempre extraía la inspiración y los

elementos para un nuevo adelanto en el camino del

progreso, de la misma inclinación, eternamente viva, a la ayuda mutua. Todas las

nuevas doctrinas morales y las nuevas religiones provienen

de la misma fuente. De modo que el progreso moral del género humano, si lo

consideramos desde un punto de vista amplio, constituye una

extensión gradual de los principios de la ayuda mutua, desde el clan primitivo, a la

nación y a la unión de pueblos, es decir, a las agrupaciones

de tribus v hombres, más y más amplia, hasta que por último estos principios abarquen a

toda la humanidad sin distinciones de creencias,

lenguas y razas.

Atravesando el período del régimen tribal y el período siguiente de la comuna aldeana,

los europeos, como hemos visto, elaboraron en la Edad

Media una nueva forma de organización que tenía una gran ventaja. Dejaba un amplio

margen a la iniciativa personal y, al mismo tiempo,

respondía en grado considerable a la necesidad de apoyo mutuo del hombre. En las

ciudades medievales, fue llamada a la vida la federación

de las comunas aldeanas, cubierta por una red de guildas y hermandades, v con ayuda

de esta nueva forma de doble unión se alcanzaron

resultados inmensos en el bienestar común, en la industria, en el arte. la ciencia y el

comercio. Hemos considerado estos resultados con

bastante detalle en los dos capítulos precedentes, y hemos tratado de explicar por qué, al

final, del siglo XV las repúblicas medievales,

rodeadas por los feudos hostiles, incapaces de liberar a los campesinos del yugo servil y

gradualmente corrompidas por las ideas del

cesarismo romano, inevitablemente debían ser presa de los estados guerreros que nacían

y habían sido creados para ofrecer resistencia a las

invasiones de los mogoles, turcos y árabes.

Sin embargo, antes que someterse, en los trescientos años siguientes, al poder del estado

que lo absorbía todo, las masas populares hicieron

una tentativa grandiosa de reconstruir la sociedad, conservando la base anterior de la

ayuda y el apoyo mutuos. Ahora es ya bien sabido que

el gran movimiento de los hussitas y de la reforma no fue, de ningún modo, sólo una

revuelta en contra de los abusos de la Iglesia católica. Este

movimiento expuso también su ideal constructivo, y ese ideal era la vida en las comunas

fraternales libres. Los escritos y discursos de los

predicadores del período primitivo de la reforma, que habían hallado el mayor eco en el

pueblo, estaban impregnados de las ideas de una

hermandad económica y social de los hombres. Son conocidos los "doce puntos" de los

campesinos alemanes, expuestos por ellos en su

guerra contra los terratenientes y duques, y los artículos de fe, parecidos a ellos,

difundidos entre los campesinos y artesanos alemanes y

suizos, que exigían no sólo el establecimiento del derecho de cada uno a interpretar la

Biblia según su propia razón, sino que incluían también

la exigencia de la devolución de las tierras comunales a las comunas aldeanas y la

supresión de la prestación feudal, y en estas exigencias se

aludía siempre a la fe cristiana "verdadera", es decir a la fe en la fraternidad humana. Al

mismo tiempo, decenas de miles de hombres

ingresaron en Moravia en las hermandades comunistas, sacrificando en beneficio de las

hermandades todos sus bienes y creando numerosas

y florecientes poblaciones, fundadas en los principios del comunismo. Solamente las

masacres en masa, durante las cuales perecieron

decenas de miles de personas, pudieron detener éste movimiento popular que se

extendía ampliamente y solamente con ayudas de la

espada, del fuego y de la rueda, los estados jóvenes se aseguraron la primera y decisiva,

victoria sobre las masas populares.

Durante los tres siglos siguientes, los Estados que se formaron en toda Europa destruían

sistemáticamente las instituciones en las que hallaba

expresión la tendencia de los hombres al apoyo mutuo. Las comunas aldeanas fueron

privadas del derecho de sus asambleas comunales, de

la jurisdicción propia y de la administración independiente, y las tierras que les

pertenecían fueron sometidas al control de los funcionarios del

estado y entregadas a merced de los caprichos y de la venalidad. Las ciudades fueron

desposeídas de su soberanía, y las fuentes mismas de

su vida interior, la véche (la asamblea, el tribunal electo, la administración electa y la

soberana de la parroquia y de las guildas, todo esto fue

destruido. Los funcionarios del estado, tornaron en sus manos todos los eslabones de lo

que antes constituía un todo orgánico.

Debido a esta política fatal y a las guerras engendradas por ella, países enteros, antes

poblados y ricos, fueron asolados. Ciudades ricas

populosas se transformaron en aldehuelas insignificantes; hasta los caminos que unían a

las ciudades entre sí se hicieron intransitables. La

industria, el arte, la ilustración, decayeron. La educación política, la ciencia y el derecho

fueron sometidos a la idea de la centralización estatal.

En las universidades, y desde las cátedras eclesiásticas se empezó a enseñar que las

instituciones en que los hombres acostumbraban a

encarnar hasta entonces su necesidad de ayuda mutua no pueden ser toleradas en un

estado debidamente organizado; que sólo el estado y la

iglesia pueden constituir los lazos de unión entre sus súbditos; que el federalismo y el

"particularismo" es decir, el cuidado de los intereses

locales de una región o de una ciudad eran enemigos del progreso. El estado es el único

impulsor apropiado de todo desarrollo ulterior.

Al final del siglo XVIII., los reyes del continente europeo, el Parlamento, en Inglaterra,

y hasta la convención revolucionaria en Francia, aunque

se hallaban en guerra, entre sí, coincidían, en la afirmación de que dentro del Estado no

debía haber ninguna clase de uniones separadas entre

los ciudadanos, aparte de las establecidas por, el estado y sometidas a él; que para los

trabajadores que se atrevían a ingresar a una

"coalición", es decir, en uniones para la defensa de sus derechos, el único castigo

conveniente era el trabajo forzado y la muerte. "No

toleraremos un estado en el estado". Unicamente el estado y la Iglesia del, estado debían

ocuparse de los intereses generales de los súbditos,

los mismos súbditos debían ser grupos de hombres poco vinculados entre sí, no unidos

por clase alguna de lazos especiales y obligados a

recurrir al estado cada vez que tenían una necesidad común. Hasta la mitad del siglo

XIX esta teoría. y su práctica correspondiente dominaban

en, Europa.

Hasta las sociedades comerciales e industriales eran miradas con desconfianza por todos

los estados. En cuanto a los trabajadores,

recordamos aún que sus uniones eran consideradas ilegales hasta en Inglaterra. El

mismo punto de vista sosteníase no hace mucho más de

veinte arios, al final del siglo XIX, en todo el continente, incluso en Francia; a pesar de

las revoluciones que vivió, los mismos revolucionarios

eran tan feroces partidarios del estado como los funcionarios del rey y del emperador.

Todo el sistema de nuestra educación estatal, hasta la

época presente, aun en Inglaterra, era tal que una parte importante de la sociedad

consideraba como una medida revolucionaria que el pueblo

recibiese los derechos de que gozaban todos -libres y siervos- en la Edad Media,

quinientos años Antes, en la asamblea aldeana, en su

guilda, en su parroquia y en la ciudad.

La absorción por el estado de todas las funciones sociales, fatalmente favoreció el

desarrollo del individualismo estrecho, desenfrenado. A

medida que los deberes del ciudadano hacia el estado se multiplicaban, los ciudadanos

evidentemente se liberaban de los deberes hacia los

otros. En la guilda -en la Edad Media todos pertenecían a alguna guilda o cofradía-, dos

"hermanos" debían cuidar por turno al hermano

enfermo; ahora basta con dar al compañero de trabajo la del hospital, para pobres, más

próximo. En la sociedad "bárbara" presenciar una

pelea entre dos personas por cuestiones personales y no preocuparse de que no tuviera

consecuencias fatales significaría atraer sobre sí la

acusación de homicidio, pero, de acuerdo con las teorías más recientes del estado que

todo lo. vigila, el que presencia una pelea no tiene

necesidad de intervenir, pues para eso está la policía. Cuando entre los salvajes -por

ejemplo, entre los hotentotes-, se considerarla

inconveniente ponerse a comer sin haber hecho a gritos tres veces una invitación Al que

deseara unirse al festín, entre nosotros el ciudadano

respetable se limita a pagar un impuesto para los pobres, dejando a los hambrientos

arreglárselas como puedan.

El resultado obtenido fue que por doquier -en la vida, la ley, la ciencia, la religióntriunfa ahora la afirmación de que cada uno puede y debe

procurarse su propia felicidad, sin prestar atención alguna a las necesidades ajenas. Esto

se transformó en la religión de nuestros tiempos, y

los hombres que dudan de ella son considerados utopistas peligrosos. La ciencia

proclama en alta voz que la lucha de cada uno contra todos

constituye el principio dominante de la naturaleza en general, y de las sociedades

humanas en particular. Justamente a esta guerra la biología

actual atribuye el desarrollo progresivo del mundo animal. La historia juzga del mismo

modo; y los economistas, en su ignorancia ingenua,

consideran que el éxito de la industria y de la mecánica contemporánea son los

resultados "asombrosos" de la influencia del mismo principio.

La religión misma de la Iglesia es la religión del individualismo, ligeramente suavizada

por las relaciones más o menos caritativas hacia el

prójimo, con preferencia los domingos. Los hombres "prácticos" y los teóricos, hombres

de ciencia y predicadores religiosos, legistas y

políticos, están todos de acuerdo en que el individualismo, es decir, la afirmación de la

propia personalidad en sus manifestaciones groseras,

naturalmente, pueden ser suavizadas con la beneficencia, y que ese individualismo es la

única base segura para el mantenimiento de la

sociedad y su progreso ulterior.

Parecería, por esto, algo desesperado buscar instituciones de ayuda mutua en la sociedad

moderna, y en general las manifestaciones

prácticas de este principio. ¿Qué podía restar de ellas? Y además, en cuanto empezamos

a examinar cómo viven millones de seres humanos

y estudiamos sus relaciones cotidianas, nos asombra, ante todo, el papel enorme que

desempeñan en la vida humana, aún en la época actual,

los principios de ayuda y apoyo mutuo. A pesar de que hace ya trescientos o

cuatrocientos años que, tanto en la teoría, como en la vida misma

se produce una destrucción de las instituciones y de los hábitos de ayuda mutua, sin

embargo, centenares de millones de hombres continúan

viviendo con ayuda de estas instituciones y hábitos; y religiosamente las apoyan allí

donde pudieron ser conservadas y tratan de reconstruirlas

donde han sido destruidas. Cada uno de nosotros, en nuestras relaciones mutuas,

pasamos minutos en los que nos indignamos contra el

credo estrechamente individualista, de moda en nuestros días; sin embargo los actos en

cuya realización los hombres son guiados por su

inclinación a la ayuda mutua constituyen una parte tan enorme de nuestra vida cotidiana

que, si fuera posible ponerles término repentinamente,

se interrumpiría de inmediato todo el progreso moral ulterior de la humanidad. La

sociedad humana, sin la ayuda mutua, no podría ser

mantenida más allá de la vida de una generación.

Los hechos de tal género, a los que no se presta atención, que son muy numerosos y que

describen la vida de las sociedades, tienen un

sentido de primer orden para la vida y la elevación ulterior de la humanidad. También

los examinaremos ahora, comenzando por las

instituciones existentes de apoyo mutuo y pasando luego a los actos de ayuda mutua que

tienen origen en las simpatías personales o sociales.

Echando una mirada amplia a la constitución contemporánea de la sociedad europea nos

asombra, en primer lugar, el hecho de que, a pesar

de todos los esfuerzos para terminar con la comuna aldeana, está forma de unión de los

hombres continúa existiendo en grandes

proporciones, como se verá a continuación, y que en el presente se hacen tentativas ya

sea para reconstituirla en una u otra forma, ya sea para

hallar algo en su reemplazo. Las teorías corrientes de los economistas burgueses y de

algunos socialistas afirman que la comuna ha muerto en

la Europa occidental de muerte natural, puesto que se encontró que la posesión comunal

de la tierra era incompatible con las exigencias

contemporáneas del cultivo de la tierra. Pero la verdad es que en ninguna parte

desapareció la comuna aldeana por propia voluntad, al

contrario, en todas partes las clases dirigentes necesitaron varios siglos de medidas

estatales persistentes para desarraigar la comuna y

confiscar las tierras comunales. Un ejemplo de tales medidas y de los métodos para

ponerla en práctica nos lo ha dado recientemente el

gobierno zarista en el celo del ministro Stolypin.

En Francia, la destrucción de la independencia de las comunas aldeanas y el despojo de

las tierras que les pertenecían empezó ya en el siglo

XVI. Además, sólo en el siglo siguiente, cuando la masa campesina fue reducida a la

completa esclavitud y a la miseria por las requisiciones y

las guerras tan brillantemente descritas por todos los historiadores, el despojo de las

tierras comunales pudo realizarse impunemente y

entonces alcanzó proporciones escandalosas "Cada uno les tomaba cuanto podía... las

dividían... para despojar a las comunas, se servían de

deudas simuladas". Así sé expresaba el edicto promulgado por Luis XIV, en el año

1667. Y como era de esperar, el estado no halló otro medio

de curar éstos males que una mayor sumisión de las comunas a su autoridad y un

despojo mayor, esta vez hecho por el Estado mismo. En

realidad, dos años después todos los ingresos monetarios de las comunas fueron

confiscados por el rey. En cuanto a la usurpación de las

tierras comunales, se extendió más y más, y en el siglo siguiente la nobleza y el clero

eran ya dueños de enormes extensiones de tierra: Según

algunas apreciaciones, poseían la mitad de la superficie apta para el cultivo, y la

mayoría de esas tierras permanecía inculta. Pero los

campesinos todavía conservaban sus instituciones comunales y hasta el año 1787 la

asamblea comunal campesina, compuesta por todos los

jefes de familia, se reunía, generalmente a la sombra de un campanario o de un árbol,

para distribuir las porciones de tierra o partir los campos

que quedaban en su posesión, para fijar los impuestos y elegir la administración

comunal, exactamente lo mismo que el mir ruso hoy. Esto ha

sido demostrado ahora plenamente por Babeau.

El gobierno francés encontró, sin embargo, que las asambleas populares comunales eran

"demasiado ruidosas", es decir, demasiado

desobedientes, y en- el año 1787 fueron sustituidas por consejos electivos, compuestos

por un alcalde y de tres o seis síndicos que eran

elegidos entre los campesinos más acomodados. Dos años más tarde, la Asamblea

Constituyente "revolucionaria", que en este sentido

concordaba plenamente con la vieja organización, ratificó (el 14 de diciembre de 1789)

la ley citada, y la burguesía aldeana se dedicó ahora, a

su vez, al despojo de las tierras campesinas, que se prolongó durante todo el período

revolucionario. El 16 de agosto del año 1792, la

Asamblea Legislativa, bajo la presión de las insurrecciones campesinas y del ánimo

alterado del pueblo de París, después de haber éste

ocupado el palacio real, decidió devolver a las comunas las tierras que les habían

quitado; pero, al mismo tiempo, dispuso que de estas

tierras, las de laboreo fueran distribuidas solamente entre los "ciudadanos", es decir,

entre los campesinos más acomodados. Esta medida,

naturalmente, provocó nuevas insurrecciones, y fue derogada al año siguiente cuando,

después de la expulsión de los girondinos de la

Convención, los jacobinos dispusieron, el 11 de junio de 1793, que todas las tierras

comunales quitadas a los campesinos por los

terratenientes y otros, a partir del año 1669, fueran devueltas a las comunas que podían -

si lo decidía una mayoría de dos tercios de votosrepartir las tierras comunales, pero, en tal caso, en partes iguales entre todos los

habitantes, tanto ricos como pobres, tanto "activos" como

"inactivos".

Sin embargo, las leyes sobre la repartición de las tierras comunales eran contrarias de tal

modo a las concepciones de los campesinos, que

estos últimos no las cumplían, y en todas partes donde los campesinos volvían a poseer,

aunque no fuera más que una parte de las tierras,

comunales que les habían usurpado, las poseían en común, dejándolas sin dividir. Pero

pronto sobrevinieron los largos años de guerras y la

reacción, y las tierras comunales fueron llanamente confiscadas por el estado (en el año

1794) para asegurar los préstamos estatales; una

parte fue destinada a la venta, y al final de cuentas, usurpada; luego fueron devueltas las

tierras nuevamente a las comunas, y otra vez

confiscadas (en el año 1813), y recientemente en el año 1816, los restos de estas tierras,

constituidos por alrededor de 6.000.000 de

deciatinas de la tierra menos productiva, fueron devueltas a las comunas aldeanas.

Todo, régimen nuevo veía en las tierras comunales una

fuente accesible para recompensar a sus partidarios, y tres leyes (la primera en 1837, y

la última bajo Napoleón III) fueron promulgadas con el

fin de incitar a las comunas aldeanas a realizar la repartición de las tierras comunales.

Pero tampoco éste fue, todavía, el fin de las penurias

comunales. Hubo que derogar tres veces estas leyes, debido a la resistencia que

encontraron en las aldeas, pero cada vez, el gobierno

consiguió usurpar algo de las posesiones comunales; así Napoleón III, con el pretexto

de proteger, con un método perfeccionado, la agricultura,

entregó grandes posesiones comunales a algunos de sus favoritos.

He aquí la serie de violencias con que los adoradores del centralismo luchaban contra la

comuna. Y a esto llaman los economistas "muerte

natural de la agricultura comunal, en virtud de las leyes económicas"

En cuanto a la administración propia de las comunas aldeanas, ¿qué podía quedar de

ella después de tantos golpes? El gobierno

consideraba al alcalde y a los síndicos Como funcionarios gratuitos, que cumplían

determinadas funciones de la máquina estatal. Aun ahora,

bajo la tercera república, la aldea está privada de toda independencia, y dentro de la

comuna no puede ser realizado el más mínimo acto sin la

intervención y aprobación de casi todo el complejo mecanismo estatal, incluyendo los

prefectos y los ministros. Resulta difícil creerlo, y sin

embargo tal es la realidad. Si, por ejemplo, un campesino tiene intención de pagar con

un depósito en dinero su parte de trabajo en la

reparación de un camino comunal (en lugar de poner él mismo la cantidad necesaria de

pedregullo), no menos de doce funcionarios del

Estado, de diferentes rangos, deben dar su conformidad y para ello se necesitan 52

documentos, que deben intercambiar los funcionarios,

antes de que se permita al campesino hacer su pago en dinero al consejo comunal. Lo

mismo si una tormenta arroja un árbol en el camino; y

todo el resto tiene igual carácter.

Lo que ocurrió en Francia sucedió en toda Europa occidental y central. Aun los años

principales del colosal saqueo de las tierras comunales

coinciden en todas partes. En Inglaterra, la única diferencia reside en que el pillaje se

efectuó por medio de actos aislados y no por medio de

una ley general, en una palabra, se produjo con menor precipitación que en Francia

pero, sin embargo, con mayor solidez. La usurpación de

las tierras comunales por los terratenientes (landlords) empezó en el siglo XV, después

de la sofocación de la insurrección campesina en el

año 1380, como se desprende de la Historia de Rossus y del estatuto de Enrique VII, en

los cuales se habla de estas usurpaciones bajo el

título de "Abominaciones y fecharías que perjudican al bien público". Más tarde, bajo

Enrique VIII, se inició, como es sabido, una investigación

especial (Great Inquest), cuyo objeto era hacer cesar la usurpación de las tierras

comunales: pero esta investigación terminó con la ratificación

de las dilapidaciones, en las proporciones en que ya se habían llevado a cabo.

La dilapidación de las tierras comunales se prolongó y se continuó expulsando a los

campesinos de las tierras. Pero solamente desde

mediados del siglo XVIII, en Inglaterra como por doquier en los, otros países, se

instituyó una política sistemática, con miras a destruir la

posesión comunal; de modo que no es menester asombrarse de que la posesión comunal

haya desaparecido, sino de que haya podido

conservarse hasta en Inglaterra y "predominar aún en el recuerdo de los abuelos de

nuestra generación". El verdadero objeto de las actas de

cercamiento (Enclosure Acts), como fue demostrado por Seebohm, era la eliminación

de la posesión, comunal' y fue eliminada tan por

completo cuando el Parlamento promulgó, entre 1760 y 1844, casi 4.000 actas de

cercamiento, que de ella quedan ahora sólo débiles huellas.

Los lores se apoderaron de las tierras de las comunas aldeanas y cada caso de despojo

fue ratificado por el Parlamento.

En Alemania, Austria y Bélgica, la comuna aldeana fue destruida por el estado de modo

exactamente igual. Fueron raros los casos en que los

comuneros mismos dividieran entre sí las tierras comunales, a pesar de que en todas

partes el estado obligaba a tal repartición o,

simplemente, favorecía el despojo de sus tierras por particulares, El último golpe a la

posesión comunal en el norte de Europa fue asestado

también a mediados del siglo XVIII. En Austria, el gobierno tuvo qué poner en acción

la fuerza bruta, en el año 1768, para obligar a las

comunas a realizar la división de las tierras, y dos años después se designó, para este

objeto, una comisión especial. En Prusia, Federico II,

en varias de sus ordenanzas (en 1752, 1763, 1765 y 1769) recomendó a las Cámaras

judiciales (Justizcollegien) efectuar la división por

medio de la violencia. En un distrito de Polonia, Silesia, con el mismo objeto, fue

publicada, en 1771, una resolución especial. Lo mismo

sucedió también en Bélgica, pero, como las comunas demostraron desobediencia,

entonces, en el año 1847, fue emitida una ley que daba al

gobierno el derecho de comprar los prados comunales y venderlos en parcelas y realizar

una venta obligatoria de las tierras comunales si

hubiese compradores.

Para abreviar, lo que se dice acerca de la muerte natural de las comunas aldeanas, en

virtud de las leyes económicas, constituye una broma

tan pesada como si habláramos de la muerte natural de los soldados caídos en el campo

de batalla. El lado positivo de la cuestión es este: las

comunas aldeanas vivieron más de mil años, y en los casos en que los campesinos no

fueron arruinados por las guerras y las requisiciones,

gradualmente mejoraron los métodos de cultivo; pero, como el valor de la tierra

aumentaba debido al crecimiento de la industria, y la nobleza,

bajo la organización estatal, alcanzó una autoridad como nunca tuvo en el sistema

feudal, se apoderó de la mejor parte de las tierras

comunales y aplicó todos sus esfuerzos en destruir las instituciones comunales.

Sin embargo, las instituciones de la comuna aldeana responden tan bien a las

necesidades y concepciones de los que cultivan la tierra, que a

pesar de todo, Europa hasta en la época presente está aún cubierta de supervivencias

vivas de las comunas aldeanas, y en la vida aldeana

abundan aún hoy hábitos y costumbres cuyo origen se remonta al período comunal. En

Inglaterra misma, a pesar de todas las medidas

,draconianas adoptadas para destruir el viejo orden de cosas, existió hasta principios del

siglo XIX. Gomme, uno de los pocos sabios ingleses

que ha llamado la atención sobre esta materia, señala en su obra que en Escocia se han

conservado muchas huellas de la posesión comunal

de las tierras, y la "runrigtenancy"; es decir, la posesión por los granjeros de parcelas en

muchos campos (derechos del comunero

traspasados al granjero), se mantuvo en Forfarshire hasta el año 1813; y en algunas

aldeas de Invernes, hasta el año 1801, era costumbre arar

la tierra para toda la comuna, sin trazar límites, distribuyéndola después de la labor. En

Kilmoriel la participación y repartición de los campos

estuvo en pleno vigor "hasta los últimos veinticinco años", decía Gomme, y la Comisión

Crofter del año ochenta halló que esta costumbre se

conservaba todavía en algunas islas". En Irlanda, este mismo sistema predominó hasta

la época del hambre terrible del año 1848. En cuanto a

Inglaterra, las obras de Marshall, que pasaron inadvertidas mientras Nasse y Mine no

llamaron la atención sobre ellas, no dejan la menor duda

de que el sistema de la comuna aldeana gozaba de amplia difusión en casi todas las

regiones de Inglaterra, aún en los comienzos del siglo

XIX.

En el año 1870, sir Henry Maine fue "sorprendido extraordinariamente por la cantidad

de casos de títulos de propiedad anormales, los que de

modo necesario suponen una existencia primitiva de la posesión colectiva y del cultivo

conjunto de la tierra", y estos casos llamaron su

atención después de un estudio comparativamente breve. Y como la posesión comunal

se conservó en Inglaterra hasta una época tan reciente,

es indudable que en las aldeas inglesas se hubiera podido hallar gran número de hábitos

y costumbres de ayuda mutua, con sólo que los

escritores ingleses hubieran prestado mayor atención a la vida aldeana real.

Por último, tales rastros fueron señalados, no hace mucho, en un artículo del Journal of

the Statistical Society, vol. IX, junio 1897, y en un

excelente artículo de la nueva edición, undécima, de la Enciclopedia Británica. Por este

artículo nos enteramos de que, valiéndose del

"cercamiento" de los campos comunales y dehesas, los supuestos dueños y los

herederos de los derechos feudales quitaron a las comunas

1.016.700 deciatinas desde el año 1709 hasta 1797, con preferencia campos cultivables;

484.490 deciatinas desde 1801 hasta 1842, y

228.910 deciatinas desde 1845 hasta 1869; además, 37.040 deciatinas de bosques; en

total 1.767.140 deciatinas, es decir, más de la octava

parte de toda la superficie de Inglaterra, incluido Gales (13.789.000 deciatinas), fue

quitada al pueblo.

Y a pesar de esto, la posesión comunal de la tierra se ha conservado hasta ahora en

algunos lugares de Inglaterra y Escocia, como lo

demostró en el año 1907 el doctor Gilbert Slater en su obra detallada The English

Peasantry and the Enclosure of Common Fields, donde

están los planos de algunas de dichas comunas -que recuerdan plenamente los planos

del libro de P. P. Semionof- y se describe su vida así:

sistema de tres o cuatro amelgas, y los comuneros deciden todos los años en la asamblea

con qué sembrar la tierra en barbecho y se

conservan las "franjas" lo mismo que en la comuna rusa. El autor del artículo de la

Enciclopedia Británica considera que hasta ahora quedan

bajo posesión comunal, en Inglaterra, de 500.000 a 700.000 deciatinas de campos, y

principalmente dehesas.

En la parte continental de Europa, numerosas instituciones comunales, que han

conservado hasta ahora su fuerza vital, se encuentran en

Francia, Suiza, Alemania. Italia, Países Escandinavos y en España, sin hablar de toda la

Europa occidental eslava. Aquí la vida aldeana, hasta

ahora, está impregnada de hábitos y costumbres comunales, y la literatura europea casi

anualmente se enriquece con trabajos serios

consagrados a esta materia, y lo que tiene relación con ella. Por esto, en la elección de

los ejemplos, tengo que limitarme a algunos, los más

típicos.

Suiza nos ofrece uno de estos ejemplos. Existen allí como repúblicas: Uri, Schwytz,

Appenzell, Glarus y Unterwalden, que poseen una parte

importante de sus tierras sin dividir y son administradas todas por la asamblea popular

de toda la república (cantón), pero, en todas las otras

repúblicas, las comunas aldeanas también gozan de amplia autonomía y vastas partes

del territorio federal permanecen hasta ahora en

posesión comunal. Dos tercios de todos los prados alpinos y dos tercios de todos los

bosques de Suiza y un número importante de campos,

huertos, viñedos, turberas, canteras, hasta ahora siguen siendo de propiedad comunal.

En el cantón de Vaud, donde todos los jefes de familia

tienen derecho a participar con voto consultivo en las deliberaciones de los asuntos

comunales, el espíritu comunal se manifiesta con vivacidad

especial en los consejos elegidos por ellos. Al final del invierno, en algunas aldeas, toda

la juventud masculina se encamina al bosque por

algunos días, para cortar árboles y lanzarlos por las pendientes abruptas de las montañas

(en forma semejante al deslizamiento en trineo

desde las montañas); la madera para construcción y la leña se reparte entre todos los

jefes de familia o se vende en su beneficio. Estas

excursiones son verdaderas fiestas del trabajo viril. Sobre las orillas del lago de

Ginebra, una parte del trabajo necesario para conservar en

orden las terrazas de los viñedos aun ahora se realiza en común; y en primavera, cuando

el termómetro amenaza descender a bajo cero antes

de la salida del sol y cuando la helada podría dañar los sarmientos, el sereno nocturno

despierta a todos los jefes de familias, los cuales

encienden hogueras de paja y estiércol y preservan de tal modo a las vides de la helada,

envolviéndolas en nubes de humo.

En el Tessino, los bosques son de dominio comunal; se realiza la tala con mucha

regularidad, por secciones, y los ciudadanos de cada

comuna reciben, por familia, su porción de rendimiento. Luego, casi en todos los

cantones las comunas aldeanas poseen las llamadas

Bürgernútzen, es decir, mantienen en común una determinada cantidad de vacas para

proveer de manteca a todas las familias; o bien cuidan

en común los campos o viñedos, cuyos productos se reparten entre los comuneros, o

bien, por último, arriendan su tierra, en cuyo caso el

ingreso se destina al beneficio de toda la comuna.

En general, puede tomarse como regla que allí donde las comunas han retenido una

esfera de derechos lo suficientemente amplia como para

ser partes vivas del organismo nacional, y donde no han sido reducidas a la miseria

completa, los comuneros no dejan de cuidar sus tierras

con atención. Debido a esto, las propiedades comunales de Suiza presentan un contraste

asombroso, en comparación con la situación

lamentable de las tierras "comunales" de Inglaterra. Los bosques comunales del cantón

de Vaud y de Valais se conservan en excelente orden,

según las reglas de la moderna silvicultura. En otros lugares, "las pequeñas franjas" de

los campos comunales, que cambian de dueños bajo el

sistema de reparticiones, están muy bien abonados, puesto que no hay escasez de

ganado ni de prados. Los elevados prados alpinos, en

general, se conservan bien, y los caminos de las aldeas son excelentes. Y cuando

admiramos el chalet suizo, es decir, la cabaña, los caminos

montañeses, el ganado campesino, las terrazas de los viñedos y las casas de escuela en

Suiza, debemos recordar que la madera para la

construcción del chalet, en su mayor parte, proviene de los bosques comunales, y los

caminos y las casas escolares son resultado del trabajo

comunal. Naturalmente, en Suiza, como en todas partes, la comuna perdió muchos de

sus derechos y funciones, y la "corporación", compuesta

por un pequeño número de viejas familias, ocupó el lugar de la comuna aldeana

anterior, a la que pertenecían todos. Pero lo que se conservó,

mantuvo, según la opinión de investigadores serios, su plena vitalidad.

Apenas es necesario decir que en las aldeas suizas se conservan, hasta ahora, muchos

hábitos y costumbres de ayuda mutua. Las veladas

para descascarar nueces, que se realizan por turno en cada hogar; las reuniones al

atardecer para coser el ajuar en casa de la doncella que

se va a casar; las invitaciones a la "ayuda" cuando se construyen casas y para la

recolección de la cosecha, y de igual manera para todos los

trabajos posibles que pudieran ser necesarios a cada uno de los comuneros; la costumbre

de intercambiar los niños de un cantón a otro con el

fin de enseñarles dos idiomas distintos, francés y alemán, etc., todo esto es un fenómeno

completamente corriente.

Es curioso observar que también diferentes necesidades modernas se satisfacen de este

mismo modo. Así, por ejemplo, en Glarus, la

mayoría de los prados alpinos fueron vendidos en época de calamidades, pero las

comunas continúan aún comprando campos llanos, y así,

después que las parcelas recompradas han permanecido en poder de diferentes

comuneros durante diez, veinte o treinta años, vuelven al

cuerpo de las tierras comunales, que se distribuyen según las necesidades de todos los

miembros. Existen también grandes cantidades de

pequeñas uniones que se dedican a la producción de artículos alimenticios necesarios -

pan, queso, vino- por medio del trabajo común, a

pesar de que esta producción no ha alcanzado grandes proporciones; y finalmente,

gozan de gran difusión en Suiza las cooperativas rurales.

Las asociaciones de diez a treinta campesinos que compran y siembran en común

prados y campos constituyen un fenómeno corriente; y las

asociaciones para la venta de leche y queso están organizadas en todo el país. En suma,

Suiza fue la cuna de esta forma de cooperación.

Además, allí se presenta un amplio campo para el estudio de toda clase de sociedades

pequeñas y grandes, fundadas para la satisfacción de

todas las posibles necesidades modernas. Así, por ejemplo, casi en todas las aldeas de

algunas partes de Suiza se puede hallar toda una

serie de sociedades: de protección contra incendios, de aprovisionamiento del agua, de

paseos en botes, de conservación de los muelles del

lago, etc.; además, todo el país está sembrado de sociedades de arqueros, tiradores,

topógrafos, exploradores y de otras sociedades

semejantes, nacidas de los peligros que significa el militarismo moderno y el

imperialismo.

Sin embargo, Suiza no es, de ningún modo, una excepción en Europa, puesto que

instituciones y hábitos semejantes se pueden observar en

las aldeas de Francia, Italia, Alemania, Dinamarca, etcétera. Así, en las páginas

precedentes hemos hablado de lo que hicieron los

gobernantes de Francia con el fin de destruir la comuna aldeana y usurparle sus tierras,

pero, a pesar de todos los esfuerzos del gobierno, una

décima parte de todo el territorio apto para el cultivo, es decir, alrededor de 13.500.000

acres que comprenden la mitad de los prados

naturales y casi la quinta parte de los bosques del país continúan bajo posesión comunal.

Estos bosques proveen a los comuneros de

combustible, y la madera de construcción, en la mayoría de los casos, es cortada por

medio del trabajo comunal, con toda la regularidad

deseable; el ganado de los comuneros pace libremente en las dehesas comunales, y el

remanente de los campos comunales se divide y

reparte en algunos lugares. de Francia -como en las Ardenas- de modo corriente.

Estas fuentes suplementarias que ayudan a los campesinos más pobres a sobrellevar los

años de malas cosechas sin vender las parcelas

pequeñas de tierra de su pertenencia y sin enredarse en deudas impagables, sin duda

tienen importancia tanto para los trabajadores agrícolas

como para casi 3.000.000 de modestos campesinos-propietarios. Hasta es dudoso que la

pequeña propiedad campesina pudiera

conservarse sin ayuda de estas fuentes suplementarias. Pero la importancia ética de la

propiedad comunal, por pequeñas que fueran sus

proporciones, sobrepasa en mucho a su importancia económica. Ayuda a la

conservación, en la vida aldeana, de un núcleo de hábitos y

costumbres de ayuda mutua que indudablemente actúa como contrapeso del

individualismo estrecho y de la codicia, que tan fácilmente se

desarrolla entre los pequeños propietarios de la tierra, y facilita el desenvolvimiento de

las formas modernas de cooperación y sociabilidad. La

ayuda mutua, en todas las circunstancias de la vida aldeana, entra en la rutina habitual

de la aldea. Por todas partes encontramos, bajo

nombres distintos, el "charroi", es decir, ayuda libre prestada por los vecinos para

levantar la cosecha, para la recolección de uva, para la

construcción de una casa, etcétera; por todas partes encontramos las mismas reuniones

vespertinas que en Suiza. En todas partes los

comuneros se asocian para efectuar todos los trabajos posibles que ellos por sí solos no

podrían realizar. Casi todos los que han escrito sobre

la vida aldeana francesa han mencionado esta costumbre. Pero quizá lo mejor de todo

sería citar aquí algunos fragmentos de cartas que recibí

de un amigo, al que rogué comunicarme sus observaciones sobre esta materia. Estas

informaciones se deben a un hombre de edad, que ha

sido durante mucho tiempo alcalde de su comuna natal en el Sur de Francia (en el

departamento de Ariége); los hechos qué ha comunicado le

eran conocidos merced a una observación personal de muchos años y tienen la ventaja

de que provienen de una localidad y no están tomados

por partes, de observaciones hechas en lugares alejados entre sí. Algunos de ellos

pueden parecer baladíes, pero en general, pintan el

mundillo entero de la vida aldeana.

"En algunas comunas, próximas a las nuestras -escribe mi amigo- se mantiene en pleno

vigor la vieja costumbre de l'emprount. Cuando en la

granja se necesitan muchas manos para el cumplimiento rápido de cierto trabajo -

recoger papas o segar un prado- se convoca a los jóvenes

de la vecindad; reúnense mozos y muchachas y realizan el trabajo animada y

gratuitamente, y por la tarde, después de una cena alegre, los

jóvenes organizan bailes.

"En las mismas aldeas, cuando una moza se va a casar, las vecinas de la aldehuela se

reúnen en su casa para coser su ajuar. En algunas

aldeas las mujeres, aún ahora, hilan con bastante celo. Cuando le llega la época a

determinada familia de devanar el hilo, se realiza este

trabajo en una tarde, con la ayuda de los vecinos invitados. En muchas comunas de

Ariége, y en otros lugares del Suroeste de Francia, el

desgranamiento del maíz también se efectúa con la ayuda de todos los vecinos. Se les

agasaja con castañas y vino, y los jóvenes danzan

después de terminado el trabajo. La misma costumbre se practica al elaborarse el aceite

de nueces y al recoger el cáñamo. En la comuna L.,

la misma costumbre se observa cuando se transporta el trigo. Estos días de trabajo

pesado se convierten en fiestas, puesto que el dueño

considera un honor agasajar a los voluntarios con una buena comida. No se fija pago

alguno: todos se ayudan mutuamente.

"En la comuna C., la superficie de las dehesas comunales se aumenta cada año, de modo

que actualmente casi toda la tierra de la comuna ha

pasado a ser de uso común. Los pastores son elegidos por los dueños del ganado,

incluyendo también las mujeres. Los toros son comunales.

"En la comuna M., los pequeños rebaños de 40 a 50 cabezas que pertenecen a los

comuneros, se reúnen en uno y luego se dividen en tires o

cuatro rebaños antes de enviarlos a los prados de la montaña. Cada dueño permanece

durante una semana junto al rebaño, en calidad de

pastor.

"En la aldea C., algunos jefes de familia compraron en común una trilladora, todas las

familias, en común, proveen los hombres que son

necesarios, quince o veinte, para atender la máquina. Otras tres trilladoras compradas

por los jefes de familia de la misma aldea son ofrecidas

en alquiler por ellos, pero el trabajo en este caso es realizado por ayudantes forasteros,

invitados del modo habitual.

"En nuestra comuna R., era necesario levantar un muro alrededor del cementerio. La

mitad de la suma requerida para la compra de la cal y

para el pago de los obreros hábiles fue dada por él consejo del distrito, y la otra mitad

fue reunida por suscripción. En cuanto al trabajo de

suministrar arena y agua, mezclar la argamasa y ayudar a los albañiles, todo fue

realizado por voluntarios (lo mismo que sé hace en la djemâa

kabileña). Los caminos de la aldea son limpiados también por medio del trabajo

voluntario de los comuneros. Otras comunas construyeron de

tal modo sus fuentes. La prensa para extraer el jugo de la uva y otras pequeñas

instalaciones a menudo son de propiedad comunal."

Dos habitantes de la misma localidad, interrogados por mi amigo, agregaron lo

siguiente:

"En O., hace algunos años no existía molino. La comuna construyó un molino

imponiendo una contribución a los comuneros. En cuanto al

molinero, para evitar que incurriera en cualquier clase de engaños y de parcialidad, se

decidió pagarle dos francos por consumidor y que el

trigo fuera molido gratis.

"En Saint G., muy pocos campesinos se aseguran contra incendio. Cuando se produce

un incendio -como sucedió recientemente- todos

entregan algo a la familia damnificada: una caldera, una sábana, una silla, etc., y de tal

modo el modesto hogar es reconstituido. Todos los

vecinos ayudan al perjudicado por el incendio a reconstruir su casa, y la familia,

mientras tanto, se aloja gratuitamente en casa de los vecinos."

Semejantes hábitos de ayuda mutua, y se podrían citar un sinnúmero, indudablemente

nos explican por qué los campesinos franceses se

asocian con tal facilidad para el uso por turno del arado y sus yuntas de caballos, o bien

de la prensa de uva o de la trilladora, cuando los

últimos pertenecen a una cierta persona de la aldea, y de igual modo también para la

realización en común de todo género de trabajos de

aldea. La conservación de los canales de riego, el desmonte de los bosques, la

desecación de pantanos, la plantación de árboles, etc., desde

tiempo inmemorial, eran realizados por el municipio. Lo mismo continúa haciéndose

ahora. Así, por ejemplo, muy recientemente en La Bome,

en el departamento de Lozére, las colinas áridas y bravías fueron convertidas en ricos

huertos mediante el trabajo común. "La gente llevaba la

tierra sobre sus hombros; construyeron terrazas y las sembraron de castaños y

durazneros; diseñaron huertos y trajeron. el agua, por medio de

un canal, desde dos o tres millas de distancia". Ahora, según parece, se ha construido

allí un nuevo acueducto de once millas de longitud.

El mismo espíritu comunal explica el notable éxito obtenido en los últimos tiempos por

los sindicatos agrícolas; es decir, las asociaciones de

campesinos y granjeros. En el año 1884, se autorizaron, en Francia, las asociaciones

compuestas por más de 19 personas, y apenas es

necesario agregar que cuando se decidió hacer esta "experiencia peligrosa" -como se

dijo en la Cámara de los Diputados- los funcionarios

tomaron todas aquellas "precauciones" posibles que sólo la burocracia puede inventar.

Pero, a pesar de todo, Francia se llena de

asociaciones agrícolas (sindicatos). Al principio se formaban solamente para la compra

de abono y semillas, puesto que las adulteraciones en

estos dos ramos y las mezclas de toda clase de desperdicios alcanzaron proporciones

inverosímiles. Pero gradualmente extendieron su

actividad en diversas direcciones; incluso a la venta de productos agrícolas y a la mejora

constante de las parcelas de tierras. En el sur de

Francia, los estragos producidos por la filoxera originaron la formación de gran número

de asociaciones entre los propietarios de viñedos.

Diez, veinte, a veces treinta de esos propietarios organizaban un sindicato, compraban

una máquina a vapor para bombear agua y hacían los

preparativos necesarios para inundar sus viñedos por turno. Constantemente se forman

nuevas asociaciones para la defensa contra las

inundaciones, para el riego, para la conservación de los canales de riego ya existentes,

etc. Y no constituye obstáculo alguno el deseo unánime

de todos los campesinos de la vecindad en cuestión que la ley exige. En otros lugares

encontramos las fruitiéres o asociaciones de queseros

o lecheros, y algunos de ellos reparten el queso y la manteca en partes iguales,

independientemente del rendimiento de leche de cada vaca.

En Ariége existe una asociación de ocho comunas diferentes para el cultivo conjunto de

sus tierras, que se unieron en una; en el mismo

departamento, comunas en 172 sindicatos han organizado la ayuda médica gratuita; en

conexión con los sindicatos surgen también

sociedades de consumidores, etcétera. "Una verdadera revolución se realiza en nuestras

aldeas -dice Alfred Baudrillart- por medio de estas

asociaciones que adquieren en cada región de Francia su carácter propio".

Casi Tomismo puede decirse también de Alemania. En todas partes donde los

campesinos han podido detener el despojo de sus tierras

comunales, las conservan en propiedad comunal, la que predomina ampliamente en

Württemberg, Baden, Hohenzollern, y en la provincia de

Hessen, en Starkenberg. Los bosques comunales, en general, se conservan en estado

excelente, y en miles de comunas tanto la madera de

construcción como la leña se reparte anualmente entre todos los habitantes; hasta la

antigua costumbre denominada Lesholztag goza aún

ahora de amplia difusión: al tañido de la campana del campanario de la aldea, todos los

habitantes se dirigen al bosque para traer cada uno

cuanta leña pueda. En Westfalia existen comunas en las cuales se cultiva toda la tierra

como si fuera una propiedad común, según las

exigencias de la agronomía moderna. En cuanto a los viejos hábitos y costumbres

comunales, se hallan hasta ahora en vigor en la mayor parte

de Alemania. Las invitaciones a la "ayuda", verdaderas fiestas del trabajo, son un

fenómeno arteramente corriente en Westfalia, Hessen y

Nassau. En las regiones en que abundan maderas de construcción, para la construcción

de una casa nueva, se toma habitualmente del

bosque comunal y todos los vecinos ayudan en la edificación. Hasta en los arrabales de

la gran ciudad de Francfort, entre los hortelanos, en

casa de enfermedad de alguno de ellos, existe la costumbre de ir los domingos a cultivar

el huerto del camarada enfermos.

En Alemania, lo mismo que en Francia, cuando los gobernantes del pueblo derogaron

las leyes dirigidas contra las asociaciones de

campesinos -lo que fue hecho en 1884-1888- este género de uniones comenzó a

desarrollarse con rapidez asombrosa, a pesar de toda clase

de obstáculos ofrecidos por la nueva ley, que estaba lejos de favorecerlas. El hecho es

que -dice Buchenberger- debido a estas uniones, en

millares de comunas aldeanas, en las que antes nada sabían de abonos químicos ni de

alimentación racional del ganado, ahora tanto el uno

como la otra se aplican en proporciones sin precedentes" (t. II, pág. 507). Con ayuda de

estas uniones se compra todo género de instrumentos

y de máquinas agrícolas que economizan trabajo, y de modo parecido se introducen

diferentes métodos para el mejoramiento de la calidad de

los productos. Se forman también uniones para la venta de los productos agrícolas y

para la mejora constante de las parcelas de tierra.

Desde el punto de vista de la economía social, todos estos esfuerzos de los campesinos

naturalmente no tienen gran importancia. No pueden

aliviar de modo sustancial -y menos todavía durable- la miseria a que están condenadas

las clases agrícolas de toda Europa. Pero desde el

punto de vista moral, que es el que nos ocupa en este momento, su importancia es

enorme. Demuestra que, aun bajo el sistema del

individualismo desenfrenado que domina ahora, las masas agrícolas conservan

piadosamente la ayuda mutua heredada por ellos; y en cuanto

los Estados debilitan las leyes férreas mediante las cuales destruyeron todos los lazos

existentes entre los hombres para tenerlos mejor en sus

manos, estos lazos se reanudan inmediatamente, a pesar de las innumerables

dificultades políticas, económicas y sociales; y se reconstituyen

en las formas que mejor responden a las exigencias modernas de la producción. Y

señalan también las direcciones en que es menester

buscar el máximo progreso, y las formas en que tienden a fundirse.

Fácilmente podría aumentarse la cantidad de ejemplos, tomándolos de Italia, España y,

especialmente, Dinamarca, y podrían señalarse

algunos rasgos muy interesantes, propios de cada uno de estos países. Sería menester,

también, mencionar la población eslava de Austria y

de la península balcánica, en la que aún existe la "familia compuesta" y el "hogar

indiviso" y gran número de instituciones de apoyo mutuo.

Pero me apresuro a pasar a Rusia, donde la misma tendencia al apoyo mutuo asume

algunas formas nuevas e inesperadas. Además,

examinando la comuna aldeana en Rusia, tenemos la ventaja de poseer una enorme

cantidad de material, emprendido por algunos ziemstva

(concejos campesinos) y que comprendía una población de casi 20.000.000 de

campesinos de diferentes partes de Rusia.

De la enorme cantidad de datos reunidos por los censos rusos se pueden extraer dos

importantes conclusiones. En la Rusia Media, donde

una tercera parte de la población campesina, si no más, fue arrastrada a la ruina

completa (por los impuestos gravosos, los nadiely muy

pequeños, de tierra mala, el elevado arriendo y la recaudación muy severa de' impuestos

después de pérdidas completas de cosechas) se

hizo evidente, durante los primeros veinticinco años de la emancipación de los

campesinos de la servidumbre, la tendencia decidida a

establecer la propiedad, personal de la tierra dentro de las comunas aldeanas. Muchos

campesinos empobrecidos, "sin caballos",

abandonaron sus nadiely, y sus tierras a menudo pasaban a ser propiedad de los

campesinos más ricos, los cuales, dedicados al comercio,

poseían fuentes suplementarias de ingresos; o bien los nadiely cayeron en manos de

comerciantes extraños que compraban tierras,

principalmente con objeto de arrendarlas luego a los mismos campesinos a precios

desproporcionadamente elevados. Se debe observar

también que, debido a una omisión en la Ley de Emancipación de 1861, ofrecíase una

gran posibilidad de acaparar las tierras de los

campesinos a precio muy bajo y los funcionarios del Estado, a su vez, utilizaban su

influencia poderosa en favor de la propiedad privada y se

comportaban en forma negativa hacia la propiedad comunal.

Sin embargo, desde el año 1880 comenzó también una fuerte oposición en Rusia Media

contra la propiedad personal, y los campesinos que

ocupaban una posición intermedia entre los ricos y los pobres hicieron esfuerzos

enérgicos para mantener las comunas. En cuanto a las

fértiles estepas del sur, que son las partes de la Rusia europea actualmente más pobladas

y ricas, fueron principalmente colonizadas durante

el siglo XIX, bajo el sistema de la propiedad personal o la usurpación reconocida en esta

forma por el estado. Pero desde que en la Rusia del

sur fueron introducidos, con ayuda de la máquina, métodos mejorados de agricultura,

los campesinos propietarios de algunos lugares

comenzaron, por sí mismos, a pasar de la propiedad personal a la comunal, de modo que

ahora en este granero de Rusia se puede hallar,

según parece, una cantidad bastante importante de comunas aldeanas, creadas

libremente y de origen muy reciente.

La Crimea y la parte del continente situada al norte de ella (la provincia de Tauride), de

las cuales tenemos datos detallados, pueden servir

mejor que nada para ilustrar este movimiento. Después de su anexión a Rusia, en el año

1783, esta localidad comenzó a ser colonizada por

emigrantes de la gran Rusia, la pequeña Rusia y la Rusia blanca -por cosacos, hombres

libres y siervos fugitivos- que afluían aisladamente o

en pequeños grupos de todos los rincones de Rusia. Al principio se dedicaron a la

ganadería, y más tarde, cuando comenzaron a arar la tierra,

cada uno araba cuanto podía. Pero, cuando debido al aflujo de colonos que se

prolongaba, y a la introducción de los arados perfeccionados,

aumentó la demanda de tierra, surgieron entre los colonos disputas exasperadas. Las

disputas se prolongaron años enteros hasta que estos

hombres, no ligados antes por ningún vínculo mutuo, llegaron gradualmente al

pensamiento de que era necesario poner fin a las discordias

introduciendo la propiedad comunal de la tierra. Entonces comenzaron a concertar

acuerdos según los cuales la tierra que hablan poseído

hasta entonces personalmente pasaba a ser de propiedad comunal; e inmediatamente

después comenzaron a dividir y a repartir esta tierra,

según las costumbres establecidas en las comunas aldeanas. Este movimiento fue

adquiriendo, gradualmente, vastas proporciones, y en un

territorio relativamente pequeño, las estadísticas de Tauride hallaron 161 aldeas en las

que la posesión comunal había sido introducida por los

mismos campesinos propietarios, en reemplazo de la propiedad privada, principalmente

durante los años 1855-1885. De tal modo, los

colonos elaboraron libremente los tipos más variados de comuna aldeana. Lo que, añade

todavía un especial interés a este paso de la

posesión personal de la tierra a la comunas que se realizó no sólo entre los grandes

rusos, acostumbrados a la vida comunal, sino también

entre los pequeños rusos, que hacía mucho que bajo el dominio polaco habían olvidado

la comuna, y también entre los griegos y búlgaros y

hasta entre los alemanes, quienes ya hacía tiempo habían conseguido elaborar, en sus

florecientes colonias semiindustriales, en el Volga, un

tipo especial de comuna aldeana. Los tártaros musulmanes de la provincia de Tauride,

evidentemente, continuaron poseyendo la tierra según

el derecho común musulmán, que permitía sólo una limitada posesión personal de la

tierra; pero, aun entre ellos, en algunos contados casos

implantaron la comuna aldeana europea. En cuanto a las otras nacionalidades que

pueblan la provincia de Tauride, la posesión privada fue

suprimida en seis aldeas estonas, dos griegas, dos búlgaras, una checa y una alemana.

El retorno a la posesión comunal de la tierra es característico de las fértiles estepas del

sur. Pero, ejemplos aislados del mismo retorno se

pueden encontrar también en la pequeña Rusia. Así, en algunas aldeas de la provincia de

Chernigof, los campesinos eran antes propietarios

privados de la tierra; tenían documentos legales individuales de sus parcelas, y

disponían libremente de la tierra, dándola en arriendo o

dividiéndola. Pero en 1850 se inició entre ellos un movimiento en favor de la posesión

comunal, y sirvió de argumento principal el aumento del

número de familias empobrecidas. Inicióse tal movimiento en una aldea, y después le

siguieron otras, y el último caso citado por V. V. se

remontaba al año 1882. Naturalmente, se originaron choques entre los campesinos

pobres que exigían el paso a la posesión comunal y los

ricos, que ordinariamente prefieren la propiedad privada, y a veces la lucha se

prolongaba años enteros. En algunas localidades, la resolución

unánime de toda la comuna, exigida por la ley para el paso a la nueva forma de posesión

de la tierra, no pudo ser alcanzada, y la aldea se

dividió entonces en dos partes: una continuaba con la posesión privada de la tierra y la

otra pasaba a la comunal; a veces, se fundían, más

tarde, en una comuna, y a veces quedaban así, cada cual con su forma de posesión de la

tierra.

En cuanto a Rusia central, en muchas aldeas cuya población se inclinaba a la posesión

privada surgió, desde el año 1880, un movimiento de

masas en favor del restablecimiento de la comuna aldeana. Hasta los campesinos

propietarios, que habían vivido durante años bajo el sistema

de posesión personal de la tierra, volvían al orden comunal. Así, por ejemplo, existe una

cantidad importante de ex-siervos que han recibido

sólo una cuarta parte de nadie¡, pero Ubres de redención y con títulos de propiedad

privada. En el año 1890, inicióse entre ellos un movimiento

(en las provincias de Kursk, Riazan, Tanibof y otras) cuya finalidad era establecer en

común sus parcelas, sobre la base de la posesión

comunal. Exactamente lo mismo "los agricultores libres" (vólnye klebopáshtsy) que

fueron emancipados de la servidumbre por la ley de 1803

y que compraron sus nadiely cada familia por separado casi todos pasaron ahora al

sistema comunal, libremente introducido por ellos. Todos

estos movimientos se remontan a una época muy reciente, y en ellos participan también

los campesinos de otras nacionalidades, además de

la rusa. Así, por ejemplo, los búlgaros del distrito de Tiraspol, que poseyeron la tierra

durante sesenta años bajo régimen de propiedad

privada, introdujeron la posesión comunal en los años 1876-1882. Los, menonitas

alemanes del distrito de Berdiansk lucharon, en el año 1890.

por la introducción de la posesión comunal, y los pequeños campesinos-propietarios

(Kleinwirthschafiliche), entre los bautistas alemanes,

hicieron propaganda en sus aldeas para la adopción de la misma medida. Para concluir

citaré un ejemplo más: en la provincia de Samara, el

gobierno ruso organizó, a modo de ensayo, en el año 1840, 103 aldeas bajo el régimen

de la posesión privada de la tierra. Cada jefe de

familia recibió un excelente nadiel, de 40 deciatinas. En el año 1890, en 72 aldeas de

estas 103, los campesinos expresaron su deseo de

pasar a la posesión comunal. Tomo todos estos hechos del excelente trabajo de V. V.,

quien, a su vez, se limitó a clasificar los que las

estadísticas territoriales señalaron durante los censos por hogar arriba citados.

Tal movimiento en favor de la posesión comunal va rotundamente en contra de las

teorías económicas modernas, según las cuales el cultivo

intensivo de la tierra es incompatible con la comuna aldeana. Pero de estás teorías se

puede decir solamente que nunca pasaron por el luego

de la experiencia práctica: pertenecen enteramente al dominio de las teorías abstractas.

Los hechos mismos que tenemos ante nuestros ojos

demuestran, por el contrario, que en todas partes donde los campesinos rusos, gracias al

concurso de circunstancias favorables, fueron

menos presa de la miseria, y en todas partes donde hallaron entre sus vecinos hombres

experimentados y que tenían iniciativa la comuna

aldeana contribuían la introducción de diferentes perfeccionamientos en el dominio de

la agricultura y, en general, de, la vida campesina. Aquí,

como en todas partes, la ayuda mutua conduce al progreso más rápidamente y mejor que

la guerra de cada uno contra todos, como puede

verse por los hechos siguientes. Hemos visto ya (apéndice XVI) que los campesinos

ingleses de nuestro tiempo, allí donde la comuna se

conservó intacta, convirtieron el campo en barbecho, en campos de leguminosas y

tuberosas. Lo mismo empieza a hacerse también en Rusia.

Bajo Nicolás 1, muchos funcionarios del Estado y terratenientes obligaban a los

campesinos a introducir el cultivo comunal en las pequeñas

parcelas que pertenecían a la aldea, con el fin de llenar los depósitos comunales de

grano. Tales cultivos, que en el espíritu de los campesinos

van unidos a los peores recuerdos de la servidumbre, fueron abandonados

inmediatamente después de la caída del régimen servil; pero ahora

los campesinos comienzan, en algunas partes, a establecerlos por iniciativa propia. En

un distrito (Ostrogozh, de la provincia de Kursk) fue

suficiente el espíritu de empresa de una persona para introducir tales cultivos en las

cuatro quintas partes de las aldeas del distrito. Lo mismo

se observa también en algunas otras localidades. En. el día fijado, los comuneros se

reúnen para el trabajo: los ricos con arados o carros, y los

más pobres aportan al trabajo común sólo sus propias manos, y no se hace tentativa

alguna de calcular cuánto trabaja cada uno. Luego, lo

recaudado por el cultivo comunal es destinado a préstamo para los comuneros más

pobres -la mayoría de las veces sin devolución-, o bien se

utiliza para mantener a los huérfanos y viudas, o para reparar la iglesia de la aldea o la

escuela, o, por último, para el pago de cualquier deuda

de la comuna.

Como debe esperarse de hombres que viven bajo el sistema de la comuna aldeana, todos

los trabajos que entran, por así decirlo, en la rutina

de la vida aldeana (la reparación de caminos y puentes, la construcción de diques y

caminos de fajina, la desecación de pantanos, los canales

de riego y pozos, la tala de bosques, la plantación de árboles, etc.), son realizados por

las comunas enteras; exactamente lo mismo que la

tierra, muy a menudo, se arrienda en común, y los prados son segados por todo el mir, y

al trabajo van los ancianos y los jóvenes, los hombres

y las mujeres, como lo ha descrito magníficamente L.N. Tolstoy. Tal género de trabajo

es cosa de todos los días en todas partes de Rusia; pero

la comuna aldeana no elude de modo alguno las mejoras de la agricultura moderna,

cuando puede hacer los gastos correspondientes y

cuando el conocimiento, que habla sido hasta entonces privilegio de los ricos, penetra,

por fin, en la choza de la aldea.

Hemos indicado ya que los arados perfeccionados se extienden rápidamente en el sur de

Rusia, y está probado que en muchos casos

precisamente las comunas aldeanas, cooperaron en esta difusión. Sucedía también,

cuando el arado era comprado por la comuna, que,

después de probarlo en la parcela de la tierra comunal, los campesinos indicaban los

cambios necesarios a aquellos a quienes habían

comprado el. arado; o bien, ellos mismos prestaban ayuda para organizar la producción

artesana de atados baratos. En el distrito de Moscú,

donde la compra de arados por los campesinos se extendió rápidamente, el impulso fue

dado por aquellas comunas que arrendaban la tierra

en común y fue hecho esto con el fin especial de mejorar sus cultivos.

En el nordeste de Rusia, en la provincia de Viatka, pequeñas asociaciones de

campesinos que viajaban con sus aventadoras (fabricadas por

los artesanos de uno de los distritos en que abundaba el hierro) extendieron el uso de

estas máquinas entre ellos, y aun en las provincias

vecinas. La amplia difusión de las trilladoras en las provincias. de Samara, Sartof y

Jerson, es el resultado de la actividad de las asociaciones

de campesinos, que pueden llegar a comprar hasta una máquina cara, mientras que el

campesino aislado no está en condiciones de hacerlo.

Y mientras que en casi todos los, tratados económicos dícese que la comuna aldeana

está condenada a desaparecer en cuanto el sistema de

tres amelgas sea reemplazado por el cultivo rotativo, vemos que en Rusia muchas

comunas aldeanas tomaron la iniciativa de la introducción

justamente de este sistema de cultivo rotativo, lo mismo que hicieron en Inglaterra. Pero

antes de pasar a él, los campesinos habitualmente

reservan, una parte de los campos comunales para efectuar ensayos de siembra artificial

de pastos, y las semillas son compradas por el mir .

Si el ensayo tiene éxito, los campesinos no se sienten embarazados en hacer una nueva

repartición de los campos para pasar a la economía

de cuatro, cinco y aun seis amelgas.

Este sistema se practica ahora en centenares de aldeas de la provincia de Moscú, Tver,

Smolensk, Viatka y Pskof. Y allí donde el posible

separar cierta cantidad de tierra para este fin, las comunas reservan parcelas para el

cultivo de plantíos de frutales.

Además, las comunas emprenden, con bastante frecuencia, mejoras constantes, como el

drenaje y el riego. Así, por ejemplo, en tres distritos

de la provincia de Moscú, de carácter industrial marcado, durante una década (1880-

1890), se ejecutaron trabajos de drenaje en gran escala

en 180 a 200 aldeas diferentes, y los comuneros mismos trabajaron con el pico. En el

otro extremo de Rusia, en las estepas áridas del distrito

de Novouzen, fueron erigidos por la comuna más de 1.000 diques para estanques y

fosos, y fueron excavados algunos centenares de pozos

profundos. Al mismo tiempo, en una rica colonia alemana del sureste de Rusia, los

comuneros -hombres y mujeres- trabajaron cinco semanas

consecutivas en la erección de un dique de tres verstas de largo destinado al riego. Pues,

¿cómo podrían luchar contra el clima seco hombres

aislados? ¿Y a dónde podrían llegar con el esfuerzo personal, en aquella época en que el

sur de Rusia sufría por la multiplicación de

marmotas, y todos los agricultores, ricos y pobres. comuneros e individualistas hubieron

de aplicar el trabajo de sus propias manos para

conjurar esa calamidad? La policía, en tales circunstancias, no sirve de ayuda, y el único

medio es la asociación.

Como es sabido, bajo el reinado de Nicolás II, el ministro Stolypin hizo una tentativa en

gran escala para destruir la posesión comunal de la

tierra y transportar los campesinos a parcelas de granjas separadas. Muchos esfuerzos y

mucho dinero del estado se gastó en esto, con éxito

en algunas provincias, según parece, especialmente en Ucrania. Pero la guerra y la

revolución que siguió sacudieron tan profundamente toda

la vida de la aldea que en el momento presente es imposible dar respuesta que tenga

cierta precisión sobre, los resultados de esta campaña

del estado contra la comuna.

Después de haber hablado tanto de la ayuda y del apoyo mutuos practicados por los

agricultores de los países "civilizados", veo que podría

aún llenarse un tomo bastante voluminoso de ejemplos tomados de la vida de los

centenares de millones de hombres que viven más o me nos

bajo la autoridad o la protección de estados más o menos civilizados, pero que, sin

embargo, están aún fuera de la civilización moderna y de

las ideas modernas. Podría describir, por ejemplo, la vida interior de la aldea turca, con

su red de asombrosos hábitos y costumbres ayuda

mutua. Consultando mis cuadernos de apuntes con respecto a la ayuda campesina del

Cáucaso, hallo hechos muy conmovedores de apoyo

mutuo. Los mismos hábitos hallo en mis notas sobre la djemáa árabe, la purra afgana,

sobre las aldeas de Persia, India y Java, sobre la

familia indivisa de los chinos, sobre los seminómadas del Asia Central y los nómadas

del lejano Norte. Consultando las notas, tomadas en

parte al azar, de la riquísima literatura sobre Africa, encuentro que están llenas de los

mismos hechos; aquí también se convoca a la "ayuda"

para recoger la cosecha; las casas también se construyen con ayuda de todos los

habitantes de la aldea. a veces para reparar el estrago

ocasionado por las incursiones de bandidos "civilizados"; en algunos casos, pueblos

enteros se prestan ayuda en la desgracia o bien

protegen a los viajeros, etcétera. Cuando recurro a trabajos como el compendio del

derecho común africano hecho por Post, empiezo a

comprender por qué, a pesar de toda la tiranía, de todas las opresiones, de los despojos y

de las incursiones, a pesar de las guerras

internacionales, de los reyes antropófagos, de los hechiceros charlatanes y de los

sacerdotes, a pesar de los cazadores de esclavos, etc., la

población de estos países no se ha dispersado por los bosques; por qué conservó un

determinado grado de civilización; empiezo a

comprender por qué estos "salvajes" siguieron siendo, sin embargo, hombres, y no

descendieron al nivel de familias errantes, como los

orangutanes que se están extinguiendo. El caso es que los cazadores de esclavos,

europeos y americanos, los saqueadores de los depósitos

de marfil, lo reyes belicosos, los "héroes" matabeles y malgaches desaparecen dejando

tras sí sólo huellas marcadas con sangre y fuego; pero

el núcleo de instituciones, hábitos y costumbres de ayuda mutua creadas primero por la

tribu y luego por la comuna aldeana permanece y

mantiene a los hombres unidos en sociedades, abiertas al progreso de la civilización y

prestas a aceptarla cuando llegue el día en que, en

lugar de balas y aguardiente, comiencen a recibir de nosotros la verdadera civilización.

Lo mismo se puede decir también de nuestro mundo civilizado. Las calamidades

naturales y las provocadas por el hombre pasan.

Poblaciones enteras son periódicamente reducidas a la miseria y al hambre; las mismas

tendencias vitales son despiadadamente aplastadas

en millones de hombres reducidos al pauperismo de las ciudades; el pensamiento y los

sentimientos de millones de seres humanos están

emponzoñados por doctrinas urdidas en interés de unos pocos. Indudablemente, todos

estos fenómenos constituyen parte de nuestra

existencia. Pero el núcleo de instituciones, hábitos y costumbres de ayuda mutua

continúa existiendo en millones de hombres; ese núcleo los

une, y los hombres prefieren aferrarse a esos hábitos, creencias y tradiciones suyas antes

que aceptar la doctrina de una guerra de cada uno

contra todos, ofrecida en nombre de una pretendida ciencia, pero que en realidad nada

tiene de común con la ciencia.

CAPITULO VIII: LA AYUDA MUTUA EN LA SOCIEDAD MODERNA

(Continuación)

Observando la vida cotidiana de la población rural de Europa he visto que, a pesar de

todos los esfuerzos de los estados modernos para

destruir la -comuna- aldeana, la vida de los campesinos está llena dé hábitos y

costumbres de ayuda mutua y apoyo mutuo; hemos encontrado

que se han conservado hasta: ahora restos de la posesión comunal de la tierra que están

ampliamente difundidos y tienen todavía importancia;

y que apenas fueron suprimidos, en época reciente, los obstáculos legales que

embarazaban el resurgimiento de las asociaciones y uniones

rurales; en todas partes surgió rápidamente entre los campesinos una red entera de

asociaciones libres con todos los fines posibles; y este

movimiento juvenil evidencia indudablemente la tendencia a restablecer un género

determinado de unión, semejante a la que existía en la

comuna aldeana anterior. Tales fueron las conclusiones a que llegamos en el capítulo

precedente; y por eso nos ocuparemos ahora de

examinar las instituciones de apoyo mutuo que se forman en la época presente entre la

población industrial.

Durante los tres últimos siglos, las condiciones para la elaboración de dichas

asociaciones fueron tan desfavorables en las ciudades como en

las aldeas. Sabido es que, prácticamente, cuando las ciudades medievales fueron

sometidas, en el siglo XVI, al dominio de los estados

militares que nacían entonces, todas las instituciones que asociaban a los artesanos, los

maestros y los mercaderes en guildas y en comunas

ciudadanas fueron aniquiladas por la violencia. La autonomía y la jurisdicción propia,

tanto en las guildas como en la ciudad, fueron destruidas;

el juramento de fidelidad entre hermanos de las guildas comenzó a ser considerado

como una manifestación de traición hacia el estado; los

bienes de las guildas fueron confiscados del mismo modo que las tierras de las comunas

aldeanas; la organización interior y técnica de cada

ramo del trabajo cayó en manos del estado. Las leyes, haciéndose gradualmente más y

más severas, trataban de impedir de todos modos

que los artesanos se asociaran de cualquier manera que fuese. Durante algún tiempo se

permitió, por ejemplo, la existencia de las guildas

comerciales, bajo condición de que otorgarían subsidios generosos a los reyes; se toleró

también la existencia de algunas guildas de

artesanos, a las qué utilizaba el estado como órganos de administración. Algunas de las

guildas del último género todavía arrastran su

existencia inútil. Pero lo que antes era una fuerza vital de la existencia y de la industria

medievales, hace va mucho que ha desaparecido bajo

el peso abrumador del estado centralizado.

En Gran Bretaña, que puede ser tomada como el mejor ejemplo de la política industrial

de los estados modernos, vemos que ya en el siglo XV

el Parlamento inició la obra de destrucción de las guildas; pero las medidas decisivas

contra ellas fueron tomadas sólo en el siglo siguiente,

Enrique VIII no sólo destruyó la organización de las guildas, sino que en el momento

oportuno confiscó sus bienes "con mayor

desconsideración -dijo Toulmin Smith- que la demostrada en la confiscación de los

bienes de los monasterios" Eduardo VI terminó su obra. Y

ya en la segunda mitad del siglo XVI hallamos que el Parlamento se ocupó de resolver

todas las divergencias entre los artesanos y los

comerciantes que antes eran resueltas en cada ciudad por separado. El Parlamento y el

rey no sólo se apropiaron del derecho de legislación

en todas las disputas semejantes, sino que teniendo en cuenta los intereses de la corona,

ligados a la exportación al extranjero, enseguida

comenzaron a determinar el número necesario, según su opinión, de aprendices para

cada oficio, y a regularizar del modo más detallado la

técnica misma de cada producción: el peso del material, el número de hilos por pulgada

de tela, etc. Se debe decir, sin embargo, que estas

tentativas no fueron coronadas por el éxito, puesto que las discusiones y dificultades

técnicas de todo género, que durante una serie de siglos

fueron resueltas por el acuerdo entre las guildas estrechamente dependientes una de otra

y entre las ciudades que ingresaban en la unión,

están completamente fuera del alcance de los funcionarios del estado. La intromisión

constante de los funcionarios no permitía a los oficios

vivir y desarrollarse, y llevó a la mayoría de ellos a una decadencia completa; y por ello,

los economistas, ya en el siglo XVIII, rebelándose

contra la regulación de la producción por el estado, expresaron un descontento

plenamente justificado y extendido entonces. La destrucción

hecha por la revolución francesa de este género de intromisión de la burocracia en la

industria fue saludada corno un acto de liberación; y

pronto otros países siguieron el ejemplo de Francia.

El estado no pudo, tampoco, alabarse de haber obtenido mejor éxito en la determinación

del salario. En las ciudades medievales, cuando en

el siglo XV comenzó a marcarse cada vez más agudamente la distinción entre los

maestros y sus medio oficiales o jornaleros, los medio

oficiales opusieron sus uniones (Geseilverbande), que a veces tenían carácter

internacional, contra las uniones de maestros y comerciantes.

Ahora, el estado se encargó de resolver sus discusiones, y según el estatuto de Isabel, de

1 año 1563, se confirió a los jueces de paz la

obligación de establecer la proporción del salario, de modo que asegurara una existencia

"decorosa" a los jornaleros y aprendices. Los jueces

de paz, sin embargo, resultaron completamente impotentes en la obra de conciliar los

intereses opuestos de amos y obreros, y de ningún

modo pudieron obligar a los maestros a someterse a la resolución judicial. La ley sobre

el salario, de tal modo, se convirtió gradualmente en

letra muerta, y fue derogada al final del siglo XVIII.

Pero, a la vez que el estado se vio obligado a renunciar al deber de establecer el salario,

continuó, sin embargo, prohibiendo severamente

todo género de acuerdo entre los jornaleros y los maestros, concertados con el fin de

aumentar los salarios o de mantenerlos en un

determinado nivel. Durante todo el siglo XVIII, el estado emitió leyes dirigidas contra

las uniones obreras, y en el año 1799, finalmente, prohibió

todo género de acuerdo de los obreros, bajo amenaza de los castigos más severos. En

suma, el Parlamento británico sólo siguió, en este

caso, el ejemplo de la Convención revolucionaria francesa, que dictó en 1793 una ley

draconiana contra las coaliciones obreras; los acuerdos

entre un determinado número de ciudadanos eran considerados por esta asamblea

revolucionaria como un atentado contra la soberanía del

estado, del que se suponía que protegía en igual medida a todos sus súbditos.

De tal modo fue terminada la obra de la destrucción de las uniones medievales. Ahora,

tanto en la ciudad como en la aldea, el estado reinaba

sobre los grupos, débilmente unidos entre sí, de personas aisladas, y estaba dispuesto a

prevenir, con las medidas más severas, todas sus

tentativas de restablecer cualquier unión especial.

Tales fueron las condiciones en que tuvo que abrirse paso la tendencia a la ayuda mutua

en el siglo XIX. Es comprensible, sin embargo, que

todas estas medidas no tuvieran fuerza como para destruir esa tendencia perdurable. En

el transcurso del siglo XVIII. las uniones obreras se

reconstituían constantemente. No pudieron detener su nacimiento y desarrollo ni

siquiera las crueles persecuciones que comenzaron en virtud

de las leyes de 1797 y 1799. Los obreros aprovechaban cada advertencia de la ley y de

la vigilancia establecida, cada demora de parte de los

maestros, obligados a informar de la constitución de las uniones, para ligarse entre sí.

Bajo la apariencia de sociedades amistosas (friendly

societies), de clubs de entierros, o de hermandades secretas, las uniones se extendieron

por todas partes: en la industria textil, entre los

trabajadores de las cuchillerías de Sheffield, entre los mineros: y se formaron también

poderosas organizaciones federales para apoyar a las

uniones locales durante las huelgas y persecuciones. Una serie de agitaciones obreras se

produjeron a principios del siglo XIX, especialmente

después de la conclusión de la paz de 1815, de modo que finalmente hubo que derogar

las leyes de 1797 y 1799.

La derogación de la ley contra las coaliciones (Combinations Laws), en 1825, dio un

nuevo impulso al movimiento. En todas las ramas de

producción se organizaron inmediatamente uniones y federaciones nacionales y cuando

Robert Owen comenzó la organización de su "Gran

Unión Consolidada Nacional" de las uniones profesionales, en algunos meses alcanzó a

reunir hasta medio millón de miembros. Verdad es

que este período de libertad relativo duró poco. Las persecuciones comenzaron de

nuevo en 1830, y en el intervalo entre 1832 y 1844

siguieron condenas judiciales feroces contra las organizaciones obreras, con destierro a

trabajos forzados a Australia. La "Gran Unión

Nacional" de Owen fue disuelta, y éste hubo de renunciar a su ensayo de Unión

Internacional, es decir, a la Internacional. Por todo el país, tanto

las empresas particulares como igualmente el estado en sus talleres, empezaron a

obligar a sus obreros a romper todos los lazos con las

uniones y a firmar un "document", es decir, una renuncia redactada en este sentido. Los

unionistas fueron perseguidos en masa y detenidos

bajo la acción de la ley "Sobre los amos y sus servidores", en virtud de la cual era

suficiente la simple declaración del patrono de la fábrica

sobre la supuesta mala conducta de sus obreros para arrestarlos en masa y juzgarlos

Las huelgas fueron sofocadas del modo más despótico, y condenas asombrosas por su

severidad fueron pronunciadas por la simple

declaración de huelga, o por la participación en calidad de delegado de los huelguistas,

sin hablar ya de las sofocaciones, por vía militar, de

los más mínimos desórdenes durante las huelgas, o de los juicios seguidos por las

frecuentes manifestaciones de violencias de diferentes

géneros por parte de los obreros. La práctica de la ayuda mutua, bajo tales

circunstancias, estaba bien lejos de ser cosa fácil. Y, sin embargo,

a pesar de todos los obstáculos, de cuyas proporciones nuestra generación ni siquiera

tiene la debida idea, ya. desde el año 1841 comenzó el

renacimiento de las uniones obreras, y la obra de la asociación de los obreros se

prolongó incansablemente desde entonces hasta el

presente; hasta que, por fin, después de una larga lucha que duraba ya más de cien años,

fue conquistado el derecho de pertenecer a las

uniones. En el año 1900 casi una cuarta parte de todos los trabajadores que tenían

ocupación fija, es decir, alrededor de 1.500.000 hombres,

pertenecían a las uniones obreras (trace unions), y ahora su número casi se ha triplicado.

En cuanto a los otros estados europeos, es suficiente decir que hasta épocas muy

recientes todo género de uniones era perseguido como

conjuración; en Francia, la formación de las uniones (sindicatos) con más de 19

miembros sólo fue permitida por la ley en 1884. Pero a pesar

de esto, las uniones obreras existen por doquier, si bien a menudo han de tomar la forma

de sociedades secretas; al mismo tiempo, la difusión

y la fuerza de las organizaciones, en especial de los "caballeros del trabajo" en los

Estados Unidos y de las uniones obreras de Bélgica, se

manifestó claramente en las huelgas del 90.

Sin embargo, es necesario recordar que el hecho mismo de pertenecer a una unión

obrera, aparte de las persecuciones posibles, exige del

obrero sacrificios bastante importantes en dinero, tiempo y trabajo impago, o implica

riesgo constante de perder el trabajo por el mero hecho

de pertenecer a la unión obrera. Además, el unionista tiene que recordar continuamente

la posibilidad de huelga, y la huelga cuando se ha

agotado el limitado crédito que da el panadero y el prestamista, la entrega del fondo de

huelga no alcanza para alimentar a la familia trae

consigo el hambre de los niños. Para los hombres que viven en estrecho contacto con

los obreros, una huelga prolongada constituye uno de los

espectáculos que más oprimen el corazón; por esto, fácilmente puede imaginarse qué

significa, aún ahora, en las partes no muy ricas de la

Europa continental. Continuamente, aun en la época presente, la huelga termina con la

ruina completa y la emigración forzosa de casi toda la

población de la localidad y el fusilamiento de los huelguistas por a menor causa, y hasta

sin causa alguna, aun ahora constituye el fenómeno

más corriente en la mayoría de los estados europeos.

Y sin embargo, cada año, en Europa y América, se producen miles de huelgas y

despidos en masa, y las así llamadas huelgas, "por

solidaridad", provocadas por el deseo de los trabajadores de apoyar a los compañeros

despedidos del trabajo o bien para defender los

derechos de sus uniones, son las que se destacan por su esencial duración y severidad. Y

mientras la parte reaccionaria de la prensa suele

estar siempre inclinada a declarar las huelgas como una "intimidación", los hombres que

viven entre huelguistas hablan con admiración de la

ayuda del apoyó mutuo practicado entre ellos. Probablemente, muchos han oído hablar

del trabajo colosal realizado por los trabajadores

Voluntarios para organizar la ayuda y la distribución de comida durante la gran huelga

de los obreros de los docks de Londres en el 80, o de

los mineros que habiendo estado ellos mismos sin trabajo durante semanas enteras, en

cuánto volvieron al trabajo de nuevo empezaron

inmediatamente a pagar cuatro chelines por semana al fondo de huelga; o de la viuda

del minero que durante los disturbios obreros de

Yorkshire, en 1894, aportó todos los ahorros de su difunto esposo al fondo de huelga; de

cómo durante la huelga los vecinos se repartían

siempre entre sí el último trozo de pan; de los mineros de Redstoc, que poseían vastos

huertos e invitaron a 400 camaradas de Bristol a

llevarse gratuitamente coles, patatas, etc. Todos los corresponsales de los diarios,

durante la gran huelga de los mineros de Yorkshire, en

1894, conocían un cúmulo de hechos semejantes, a pesar de que bien lejos estaban

todos ellos de atreverse a escribir sobre semejantes

"bagatelas" inconvenientes en las páginas de sus respetables diarios.

La unión de los obreros profesionales no constituye, sin embargo, la única forma en que

se encauza la necesidad del obrero de ayuda mutua.

Además de las uniones obreras existen las asociaciones políticas, cuya acción, según

consideran muchos obreros, conduce mejor al bienestar

público que las uniones profesionales, que ahora se limitan, en su mayor parte, a sus

solos estrechos fines. Naturalmente, no es posible

considerar el simple hecho de pertenecer a una corporación política como una

manifestación de la tendencia a la ayuda mutua. La política,

como es sabido, constituye precisamente el campo donde los hombres egoístas entran en

las más complicadas combinaciones con los

hombres inspirados por tendencias sociales. Pero todo político experimentado sabe que

los grandes movimientos políticos, todos, surgieron

teniendo justamente objetivos amplios y, a menudo, lejanos, y los más poderosos de

estos movimientos fueron aquellos que provocaron el

entusiasmo más desinteresado.

Todos los grandes movimientos históricos tenían este carácter, y el socialismo brinda a

nuestra generación un ejemplo de este género de

movimientos. "Es obra de agitadores pegados" tal es el estribillo corriente de aquellos

que nada saben de estos movimientos. Pero, en

realidad -hablando sólo de los hechos que conozco personalmente- si durante los

últimos treinta y cinco años hubiera llevado un diario y

anotado en él todos los ejemplos por mí conocidos de abnegación y sacrificio con que

he tropezado en el movimiento social, la palabra

"heroísmo" no abandonaría los labios de los lectores de ese diario. Pero los hombres de

que tendría que hablar en él estaban lejos de ser

héroes; eran gente mediocre, inspirada solamente por una gran idea. Todo diario

socialista -y en Europa solamente existen muchos

centenares- representa la misma historia de largos años de sacrificio, sin la más mínima

esperanza de venta a material alguna, y en la

inmensa mayoría de los casos, casi sin la satisfacción de la ambición personal, si es que

ésta existe. He visto cómo familias que vivían sin

saber si tendrían un trozo de pan al día siguiente -boicoteado el esposo en todas partes,

en su pequeña ciudad, por su participación en un

diario, y la esposa manteniendo a la familia con su trabajo de aguja- prolongaban

semejante situación meses y años, hasta que, por, último, la

familia, agotada, se retiraba, sin una palabra de reproche, diciendo a los nuevos

compañeros: "Continuad, nosotros ya no tenemos fuerzas

para resistir". He visto hombres que morían de tisis y que lo sabían, y, sin embargo,

corrían bajo la llovizna helada y la nieve para organizar

mítines, y ellos mismos hablaban en los mítines hasta pocas semanas antes de su

muerte, y por último, al ir al hospital, nos decían: "Bueno,

amigos, mi canción ha terminado: los médicos han decidido que me quedan sólo pocas

semanas de vida. Decid a los camaradas que me

harán feliz si alguno viene a visitarme". Conozco hechos que serían considerados "una

idealización" de parte mía si los refiriera a mis lectores,

y hasta los nombres mismos de estos hombres apenas son conocidos más allá del círculo

estrecho de sus amigos, y serán pronto olvidados

cuando éstos también dejen de existir.

En suma, no sé qué admirar más: si la ilimitada abnegación de estos pocos o la suma

total de las pequeñas manifestaciones de abnegación

de las masas conmovidas por el movimiento. La venta de cada decena de números de un

diario obrero, cada mitin, cada centenar de votos

ganados en favor de los socialistas en las elecciones, son el resultado de una masa tal de

energía y de sacrificios de que los que están fuera

del movimiento no tienen siquiera la menor idea. Y así como obran los socialistas,

obraba en el pasado todo partido popular y progresista,

político y religioso. Todo el progreso realizado por nosotros en el pasado es el resultado

del trabajo de unos hombres de una abnegación

semejante.

A menudo se presenta, especialmente en Gran Bretaña, a la cooperación como un

"individualismo por acciones", y es indudable que en su

aspecto presente puede contribuir fácilmente a desarrollar el egoísmo cooperativista, no

solamente, con respecto a la sociedad general, sino

entre los mismos cooperadores. Sin embargo, es sabido de manera cierta que al

principio tenía este movimiento un carácter profundo de

ayuda mutua. Aun en la época presente, los más ardientes partidarios de dicho

movimiento están firmemente convencidos de que la

cooperación conducirá a la humanidad a una forma armoniosa superior, de relaciones

económicas; y después de haber estado en algunas

localidades del norte de Inglaterra, donde la cooperación se halla muy desarrollada, es

imposible no llegar a la conclusión de que un número

importante de los participantes de este movimiento sostienen justamente tal opinión. La

mayoría de ellos perdería todo interés en el

movimiento cooperativo si perdiera la fe mencionada. Es necesario decir también que

en los últimos años comenzaron a evidenciarse, entre

los cooperadores, ideales más amplios de bienestar público y de solidaridad entre los

productores. Imposible es negar también la inclinación

manifestada en ellos, que tiende a mejorar las relaciones entre los propietarios de las

cooperativas productoras y sus obreros.

La importancia del cooperativismo en Inglaterra, Holanda y Dinamarca es bien

conocido, y en Alemania, especialmente en el, Rhin, las

sociedades cooperativas, en la época presente, son ya una fuerza poderosa de la vida

industrial, Pero quizá Rusia constituya el mejor campo

para el estudio del cooperativismo en su infinita variedad de formas. En Rusia, la

cooperativa, es decir, el artiel, ha crecido de manera natural;

fue una herencia de la Edad Media, y mientras que la sociedad cooperativa constituida

oficialmente habría tenido que luchar contra un cúmulo

de dificultades legales y contra la suspicacia de la burocracia, la forma de cooperativa

no oficial -el artiel- constituye la esencia misma de la

vida campesina rusa. Toda la historia de la "creación de Rusia" y de la organización de

Siberia se presenta en realidad corno la historia de los

artiéli de cazadores y de industriales, inmediatamente después de los cuales se

extendieron las comunas aldeanas. Ahora hallamos el artiél

por todas partes: en cada grupo de campesinos que de una misma aldea va a ganarse la

vida a la fábrica, en todos los oficios de la

construcción, entre los pescadores y cazadores, entre los presos que van en viaje a

Siberia y los fugitivos de Siberia, entre los mozos de

cuerda de los ferrocarriles, entre los miembros de los artiéli de la bolsa, de los obreros

de la aduana, en muchas de las industrias artesanos

(que dan trabajo a siete millones de hombres), etcétera. En una palabra, de arriba a

abajo, en todo el mundo trabajador, hallamos artiéli:

permanentes y temporales, para la producción y para el consumo, y en todas las formas

posibles. Hasta la época presente las secciones de

las pesquerías, en los ríos que afluyen al mar Caspio, son arrendadas por artiéli

colosales; el río Ural pertenece a todo el Ejército de cosacos

del Ural, que divide y reparte sus secciones de pesquerías -quizá las más ricas del

mundo- entre las aldeas cosacas, sin intromisión alguna

por parte de las autoridades. En el Ural, el Volga y en todos los lagos del norte de Rusia,

la pesca es realizada por los artiéli (véase el

apéndice XIX).

Junto con estas organizaciones permanentes existe también una multitud innumerable

de artiéli temporales, constituidos con todos los fines

posibles. Cuando de diez a veinte campesinos de una localidad se dirigen a una ciudad

grande a ganarse la vida; sea en calidad de

tejedores, carpinteros, albañiles, navegantes, etc., siempre constituyen un artiél, alquilan

un alojamiento común y toman una cocinera (muy a

menudo la esposa de uno de ellos se ocupa de la cocina), elijen a un stárosta, comen en

común y cada uno paga al artiél el alojamiento y la

comida. La partida de presos en viaje a Siberia obra siempre del mismo modo, y el

stárosta elegido por ellos es el intermediario, reconocido

oficialmente, entre los presos y el jefe militar del convoy que acompaña a la partida. En

los presidios, los presos tienen la misma organización.

Los mozos de cuerda de los ferrocarriles, los mandaderos de la bolsa, los miembros de

los artiéli de la aduana, y los mandaderos de la

ciudad, unidos por canción solidaria, gozan de tal reputación que los comerciantes

confían a un miembro del artiél de los mandaderos

cualquier suma de dinero. En la construcción se forman artiéli que cuentan, a veces

decenas de miembros, a veces también unos pocos, y los

grandes contratistas de la construcción de casas y ferrocarriles prefieren siempre tratar

con el artiél antes que con los obreros contratados

separadamente.

Las tentativas hechas por el Ministro de la Guerra, en 1890, para negociar directamente

con los artiéli de productores, formados para

producciones especiales entre artesanos, y encargarles zapatos y todo género de

artículos de cobre y hierro para los uniformes de los

soldados, a juzgar por los informes, dieron resultados enteramente satisfactorios; y la

entrega de una fábrica fiscal (Votkinsk) en arriendo a los

artiéli de obreros viose coronada, un tiempo, por un éxito positivo. De tal modo,

podemos ver en Rusia cómo las antiguas instituciones

medievales, que habían evitado la intromisión del estado (en sus manifestaciones no

oficiales) sobrevivieron íntegras hasta la época presente,

y tomaron las formas más diferentes, de acuerdo, con las exigencias de la industria y el

comercio modernos. En cuanto a la península

balcánica, en el imperio turco y el Cáucaso, las viejas guildas se conservaron allí con

plena fuerza. Los esnafy servios conservaron plenamente

el carácter medieval: en su constitución entran tanto los maestros tomo los jornaleros;

regulan la industria y son los órganos de apoyo mutuo,

tanto en el campo del trabajo cómo en un caso de enfermedad, mientras que los amkari

georgianos del Cáucaso, y en especial en Tiflis, no

sólo cumplen los deberes de las uniones profesionales, sino que ejercen una influencia

importante sobre la vida de la ciudad.

Relacionado con la cooperación, debería, quizá, mencionar la existencia en Inglaterra de

las sociedades amistosas de apoyo mutuo (friendly

societies), las uniones de los "chistosos" (oddfellows), los clubs de las aldeas de las

ciudades para pagar la asistencia médica, los clubs para

entierros o para la adquisición de ropas, los pequeños clubs organizados a menudo entre

las muchachas de las fábricas, que abonan algunos

peniques semanales y luego sortean entre sí la suma de una libra, que les da la

posibilidad de realizar alguna compra más o menos

importante, y muchas otras sociedades de género semejante. Toda la vida del pueblo

trabajador de Inglaterra está impregnada de tales

instituciones En todas estas sociedades y clubs se puede observar no poca reserva de

alegre sociabilidad y camaradería, a pesar de que se

lleva cuidadosamente el "crédito" y el "débito" de cada miembro. Pero aparte de estas

instituciones, existen tantas uniones basadas en la

disposición a sacrificar, si necesario fuera, el tiempo, la salud y la vida, que podemos

extraer dé su actividad ejemplos de las mejores formas

de apoyo mutuo.

En primer lugar es menester citar aquí la sociedad de salvamento marítimo en

Inglaterra, e instituciones semejantes en el resto de Europa, La

sociedad inglesa tiene más de 300 botes de salvamento a lo largo las orillas de

Inglaterra, y tendría dos veces más si no fuera por la pobreza

de los pescadores, quienes no siempre pueden comprar por mismos los caros botes de

salvamento. La tripulación de estos botes se

compone siempre de voluntarios, cuya disposición a sacrificar la vida para salvar a

hombres que les. son completamente desconocidos es

sometida todos los años a una prueba dura, cada invierno, y en realidad algunos de los

más valientes perecen en las aguas. Y si preguntáis a

estos hombres qué fue lo que los incitó a arriesgar la vida, a veces en condiciones tales

que, según parecía, no había posibilidad alguna de

éxito, os contestarán probablemente con un relato, del género del siguiente, que yo,

escuché en la costa meridional. Una furiosa tormenta, de

nieve soplaba sobre el canal de la Mancha; rugía sobre las llanas orillas arenosas donde

se hallaba una pequeña aldehuela, y el mar arrojó

sobre las arenas próximas a ella, una embarcación de un solo mástil, cargada de

naranjas. En aguas tan poco profundas sólo se mantiene el

bote salvavidas de fondo chato, de tipo simplificado, y salir con él de tal tormenta

significaba, ir a un verdadero desastre, y sin embargo, los

hombres se decidieron y fueron. Horas enteras lucharon contra la tormenta de nieve; dos

veces el bote se volcó. Uno de los remeros se ahogó,

y los restantes fueron arrojados a la playa. A la mañana siguiente, hallaron, a uno de los

últimos -un guarda aduanero inteligente- seriamente

herido y medio helado en la nieve. Yo le pregunté cómo habían decidido a hacer aquella

tentativa desesperada. "Yo mismo no lo sé

-respondió-. Allí, en el mar, la gente perecía; toda la aldea estaba en la orilla, y decían

todos que hacerse a la mar hubiera sido una locura y que

nunca venceríamos la rompiente. Veíamos que había en el barco cinco o seis hombres

que se aferraban al mástil y hacían señales

desesperadas. Todos sentíamos que era necesario emprender algo, pero, ¿qué podíamos

hacer? Pasó una hora, otra, y permanecíamos aún

en la playa, teníamos todos e1 alma oprimida. Luego, de repente, nos pareció oír que a

través de los aullidos de la tempestad nos llegaban sus

lamentos... Había un niño con ellos. No pudimos resistir más la tensión: todos juntos

dijimos: ¡Es necesario salir! Las mujeres decían lo mismo;

nos hubieran considerado cobardes si nos hubiéramos quedado, a pesar de que ellas

mismas nos llamaban locos el día siguiente, por nuestra

tentativa. Como un solo hombre, nos arrojamos al bote salvavidas partimos. El bote

volcó, pero conseguimos volver a enderezarlo. Lo peor de

todo fue cuando el desdichado N. se ahogó, aferrado a una cuerda del bote, y nada

pudimos hacer por salvarlo. Luego nos azotó una ola

enorme, el bote voló de nuevo y nos arrojó a todos a la playa. Los hombres del buque

náufrago fueron salvados por un bote de Dungenes, y

nuestro bote fue recogido muchas millas al oeste. A mí me hallaron a la mañana

siguiente sobre la nieve."

El mismo sentimiento movía también a los mineros del valle de Ronda cuando salvaron

a sus camaradas de un pozo de la mina que había

sufrido una inundación. Tuvieron que atravesar una capa de carbón de 96 pies de

espesor para llegar hasta los compañeros enterrados vivos.

Pero cuando sólo les faltaba perforar en total nueve pies, los sorprendió el gas grisú. Las

lámparas se extinguieron y los mineros hubieron de

retirarse. Trabajar en tales condiciones significaba correr el riesgo de ser volado en

cualquier momento y, finalmente, perecer todos. Pero se

oían todavía los golpes de los enterrados; estos hombres estaban vivos y clamaban

ayuda, y algunos mineros voluntariamente se propusieron

salvar a sus camaradas, arriesgando sus vidas. Cuando descendieron al pozo, las

mujeres los acompañaban con lágrimas silenciosas, pero

ninguna pronunció una palabra para detenerlos.

Tal es la esencia de la psicología humana. Mientras los hombres no se han embriagado

con la lucha hasta la locura, no "pueden oír" pedidos

de ayuda sin responderles. Al principio se habla de cierto heroísmo personal, y tras del

héroe sienten todos que deben seguir su ejemplo. Los

Artificios de la mente no pueden oponerse al sentimiento de ayuda mutua, pues este

sentimiento ha sido educado durante muchos miles de

años por la vida social humana y por centenares de miles de años de vida prehumana en

las sociedades animales.

Sin embargo, quizá todos preguntarán: Pero, "¿cómo es que pudieron ahogarse

recientemente los hombres en el Serpentine, el lago que se

halla en medio del Hyde Park, en presencia de una multitud de espectadores y nadie se

arrojó en su ayuda?" 0 bien; "¿cómo pudo ser dejado

sin ayuda el niño que cayó al agua en el Regent's Park, también en presencia de una

multitud numerosa de público dominguero, y sólo fue

salvado gracias a la presencia de ánimo de una niña jovencita, criada de una casa

vecina, que azuzó al perro Terranova de un buzo? La

respuesta a estas preguntas es simple. El hombre constituye una mezcla no sólo de

instintos heredados, sino también de educación. Entre los

mineros y marinos, gracias a sus ocupaciones comunes y al contacto cotidiano entré si,

se crea un sentimiento de reciprocidad, y los peligros

que los rodean educan en ellos el coraje y el ingenio audaz. En las ciudades, por lo

contrario, la ausencia de intereses comunes educa la

indiferencia; y el coraje y el ingenio, que raramente hallan aplicación, desaparecen o

toman otra dirección.

Además, la tradición de las hazañas heroicas en los pozos de las minas y en el mar vive

en las aldehuelas de los mineros y de los pescadores,

rodeada de una aureola poética. Pero, ¿qué tradición puede existir en la abigarrada

multitud de Londres? Toda tradición, que es en ellos

patrimonio común, hubo de ser creada por la literatura o la palabra; pero apenas si existe

en la gran ciudad una literatura equivalente a las

leyes de las aldeas. El clero, en sus sermones, tanto se empeña en demostrar lo

pecaminoso de la naturaleza humana y el origen

sobrehumano de todo lo bueno en el hombre, que, en la mayoría de los casos, pasa en

silencio aquellos hechos que no se pueden exhibir en

calidad de ejemplo de una gracia divina enviada del cielo. En cuanto a los escritores

"laicos", su atención se dirige principalmente a un

aspecto del heroísmo, a saber, el heroísmo del pescador casi sin prestarle atención

alguna. El poeta y el pintor suelen ser impresionados por

la belleza del corazón humano, es verdad, pero sólo en raras ocasiones conocen la vida

de las clases más pobres; y si pueden aún cantar o

representar, en un ambiente convencional, al héroe romano o militar, demuestran ser

incapaces cuando tratan de representar al héroe que

actúa en ese modesto ambiente de la vida popular que les es extraño. No es de asombrar,

por esto, si la mayoría de tales tentativas se

destacan invariablemente por la ampulosidad y la retórica.

La cantidad innumerable de sociedades, clubs y asociaciones de distracción, de trabajos

científicos e investigaciones, y con diferentes fines

educacionales, etc., que se constituyeron y se extendieron en los últimos tiempos, es tal

que se necesitarían muchos volúmenes para su simple

inventario. Todos ellos constituyen la manifestación de la misma fuerza, enteramente

activa que incita a los hombres a la asociación y al apoyo

mutuo. Algunas de estas sociedades, como las asociaciones de las crías jóvenes de aves

de diferentes especies, que se reúnen en el otoño,

persiguen un objetivo único, el goce de la vida en común. Casi todas las aldeas de

Inglaterra, Suiza, Alemania, etc., tienen sus sociedades de

juego de cricket, football, tennis, bolos o clubs de palomas, musicales y de canto.

Existen luego grandes sociedades nacionales que se

destacan por el número especial de sus miembros, como, por ejemplo, las sociedades de

ciclistas, que en los últimos tiempos se

desarrollaron en proporciones inusitadas. A pesar de que los miembros de estas

asociaciones no tienen nada en común, excepto su afición

de andar en velocípedo, han conseguido formar entre ellos un género de francmasonería

con fines de ayuda mutua, especialmente en los

lugares apartados, libres todavía del aflujo de velocípedos. Los miembros consideran al

club de ciclistas asociados de cualquier aldehuela,

hasta cierto punto, como si fuera su propia casa, y en el campamento de ciclistas, que se

reúne todos los años en Inglaterra, a menudo se

entablan sólidas relaciones amistosas. Los Kegelbruder, es decir, las sociedades de

bolos, de Alemania, constituyen la misma asociación;

exactamente lo mismo las sociedades gimnásticas (que cuentan hasta 300.000 miembros

en Alemania), las hermandades no oficializadas de

remeros de los ríos franceses, los clubs de yates, etc. Semejantes asociaciones,

naturalmente, no cambian la estructura económica de la

sociedad, pero especialmente en las ciudades pequeñas ayudan a nivelar las diferencias

sociales, y puesto que ellas tienden a unirse en

grandes federaciones nacionales e internacionales, ya por esto contribuyen al

desenvolvimiento de las relaciones amistosas personales entre

toda clase de hombres diseminados en las diferentes partes del globo.

Los clubs alpinos, la unión para la protección de la caza (Jagdpschutzverlein) de

Alemania, que tiene más de 100.000 miembros -cazadores,

guardabosques y zoólogos profesionales, y simples amantes de la naturaleza- y, del

mismo modo, la Sociedad Ornitológica Internacional,

cuyos miembros son zoólogos, criadores de aves y simples campesinos de Alemania,

tienen el mismo carácter. Consiguieron, en el curso de

unos pocos años, no sólo realizar una enorme obra de utilidad pública que está al

alcance únicamente de las sociedades importantes (el

trazado de cartas geográficas, la construcción de refugios y apertura de caminos en las

montañas; el estudio de los animales, de los insectos

nocivos, de la migración de aves, etc.), sino que han creado también nuevos lazos entre

los hombres. Dos alpinistas de diferentes

nacionalidades que se encuentran, en una cabaña de refugio, construida por el club en la

cima de las montañas del Cáucaso, o bien el

profesor y el campesino ornitólogo, que han vivido bajo un mismo techo, no han de

sentirse ya dos hombres completamente extraños. Y la

"Sociedad del Tío Toby", de New Castle, que ha persuadido a más de 300.000 niños y

niñas que no destruyan los nidos de pájaros y a ser

buenos con todos los animales, es indudable que ha hecho bastante más en pro del

desarrollo de los sentimientos humanos y de la afición al

estudio de las ciencias naturales que el conjunto de predicadores de todo género y que la

mayoría de nuestras escuelas.

Ni siquiera en nuestro breve ensayo podemos pasar en silencio los millares de

sociedades científicas, literarias, artísticas y educativas.

Naturalmente, necesario es decir que, hasta la época presente, las corporaciones

científicas, que se encuentran bajo el control del estado y

que con frecuencia reciben de él subsidios, generalmente se han convertido en un

círculo muy estrecho, ya que los hombres. de carrera a

menudo consideran a las sociedades científicas como medios para ingresar en las filas

de sabios pagados por el estado, mientras que,

indudablemente, la dificultad de ser miembro de algunas sociedades privilegiadas sólo

conduce a suscitar envidias mezquinas. Pero, con

todo, es indudable que tales sociedades nivelan hasta cierto punto las diferencias de

clases, creadas por el nacimiento o por pertenecer a tal

o cual capa, a tal o cual partido político o creencia. En las pequeñas ciudades apartadas,

las sociedades científicas, geográficas, musicales,

etc., especialmente aquellas que incitan a la actividad de un círculo de aficionados más

o menos amplios, se convierten en pequeños centros y

en un género de eslabón que une a la pequeña ciudad con un mundo vasto, y también en

el lugar en que se encuentran en un pie de igualdad

hombres que ocupan las posiciones más diferentes en la vida social. Para apreciar la

importancia de tales centros es necesario conocerlos,

por ejemplo, en Siberia.

Por último, una de las manifestaciones más importantes del mismo espíritu lo

constituyen las innumerables sociedades que tienen por fin la

difusión de la educación, y que sólo ahora comienzan a destruir el monopolio de la

iglesia y del estado en esta rama de la vida, importante en

grado sumo. Puede osar decirse que, dentro de un tiempo extremadamente breve, estas

sociedades adquirirán una importancia dominante en

el campo de la educación popular. Debemos ya a la "Asociación Froebel" el sistema de

jardines infantiles, y a una serie entera de sociedades

oficializadas y no oficializadas debemos el nivel elevado que ha alcanzado la educación

femenina en Rusia. En cuanto a las diferentes

sociedades pedagógicas de Alemania, como es sabido, les corresponde una enorme

parte de influencia en la elaboración de los métodos

modernos de enseñanza en las escuelas populares. Tales asociaciones son también el

mejor sostén de los maestros. ¡Cuán infeliz se sentiría

sin su ayuda el maestro de aldea, abrumado por el peso de un trabajo mal retribuido!.

¿Todas estas asociaciones, sociedades, hermandades, uniones, institutos etcétera, que se

pueden contar por decenas de miles en Europa

solamente, y cada una de las cuales representa una masa enorme de trabajo voluntario,

desinteresado, impagado o retribuido muy

pobremente no son todas ellas manifestaciones, en formas infinitamente variadas, de

aquella necesidad, eternamente viva en la humanidad,

de ayuda y apoyo mutuos? Durante casi tres siglos se ha impedido que el hombre se

tendiera mutuamente las manos, ni aun con fines

literarios, artísticos y educativos. Las sociedades podían formarse solamente con el

conocimiento y bajo la protección del estado o de la

Iglesia, o debían existir en calidad de sociedades secretas semejantes a las

francmasonas; pero ahora que esta oposición del estado ha sido,

quebrantada, surgen por todas partes, abarcando las ramas más distintas de la actividad

humana. Empiezan a adquirir un carácter

internacional, e indudablemente contribuyen -en grado tal que aún no hemos apreciado

plenamente- al quebrantamiento de las barreras

internacionales erigidas por los estados. A pesar de la envidia, a pesar del odio,

provocados por los fantasmas de un pasado en

descomposición, la conciencia de la solidaridad internacional crece, tanto entre los

hombres avanzados como entre las masas obreras, desde

que ellas se conquistaron el derecho a las relaciones internacionales; y no hay duda

alguna de que este espíritu de solidaridad creciente

ejerció ya cierta influencia al conjurar una guerra entre estados europeos en los últimos

treinta años. Y después de esa cruel lección recibida

por Europa, y en parte por América, en la última guerra de cinco años, no hay duda

alguna que la voz del sano juicio, poniendo freno a la

explotación de unos pueblos por otros, hará imposible por mucho tiempo otra guerra

semejante.

Por último, es menester mencionar aquí también las sociedades de beneficencia que, a

su vez, constituyen todo un mundo original, ya que no

hay la menor duda de que mueven a la inmensa mayoría de los miembros de estas

sociedades los mismos sentimientos de ayuda mutua que

son inherentes a toda la humanidad. Por desgracia, nuestros maestros religiosos

prefieren atribuir origen sobrenatural a tales sentimientos.

Muchos de ellos tratan de afirmar que el hombre no puede inspirarse conscientemente

en las ideas de ayuda mutua, mientras no esté

iluminado por las doctrinas de aquella religión especial de la cual son los representantes,

y junto con San Agustín, la mayoría de ellos no

reconocen la existencia de esos sentimientos en los "salvajes paganos". Además,

mientras el cristianismo primitivo, como todas las otras

religiones nacientes, era un llamado a un sentimiento de ayuda mutua y de solidaridad,

ampliamente humano, que le es propio, como hemos

visto, de todas las instituciones de ayuda y apoyo mutuo que existían antes, o se habían

desarrollado fuera de ella. En lugar de la ayuda mutua

que todo salvaje consideraba como el cumplimiento de un deber hacia sus congéneres,

la Iglesia cristiana comenzó a predicar la caridad, que

constituía, según su doctrina, una virtud inspirada por el cielo, una virtud que por obra

de tal interpretación atribuye un determinando género de

superioridad a aquél que da sobre el que recibe, en lugar de reconocer la igualdad

común al género humano, en virtud de la cual la ayuda

mutua es un deber. Con estas limitaciones, y sin intención alguna de ofender a aquellos

que se consideran entre los elegidos, mientras

cumplen una exigencia de simple humanitarismo, nosotros podemos considerar,

naturalmente, al enorme número de sociedades diseminadas

por todas partes como una manifestación de aquella inclinación a la ayuda mutua.

Todos estos hechos demuestran que la búsqueda irrazonada de la satisfacción de

intereses personales, con olvido completo de las

necesidades de los otros hombres, de ningún modo constituye el rasgo principal,

característico, de la vida moderna. Junto a estas corrientes

egoístas, que orgullosamente exigen que se les reconozca importancia dominante en los

negocios humanos, observamos la lucha porfiada

que sostiene la población rural y obrera con el fin de reintroducir las firmes instituciones

de ayuda y apoyo mutuos. No sólo eso: descubrimos

en todas las clases de la sociedad un movimiento ampliamente extendido que tiende a

establecer instituciones infinitamente variadas, más o

menos firmes, con el mismo fin. Pero, cuando de la vida pública pasamos a la vida

privada del hombre moderno, descubrimos todavía otro

amplio mundo de ayuda y apoyos mutuos, a cuyo lado pasan la mayoría de los

sociólogos sin observarlo, probablemente porque está limitado

al círculo estrecho de la familia y de la amistad personal.

Bajo el sistema moderno de vida social, todos los lazos de unión entre los habitantes de

una misma calle o "vecindad" han desaparecido. En

los barrios ricos de las grandes ciudades, los hombres viven juntos sin saber siquiera

quién es su vecino. Pero en las calles y callejones

densamente poblados de esas mismas ciudades, todos se conocen bien y se encuentran

en continuo contacto. Naturalmente, en los

callejones, lo mismo que en todas partes, las pequeñas rencillas son inevitables, pero se

desarrollan también relaciones según las

inclinaciones personales, y dentro de estas relaciones se practica la ayuda mutua en tales

proporciones que las clases más ricas no tienen

idea. Si, por ejemplo, nos detenemos a mirar a los niños de un barrio pobre, que juegan

en la plazuela, en la calle, o en el viejo cementerio (en

Londres se ve esto a menudo) observaremos en seguida que entre estos niños existe una

estrecha unión, a pesar de las peleas que se

producen, y esta unión preserva a los niños de numerosas desgracias de todo género.

Basta que algún chico se incline curiosamente sobre el

orificio abierto de un sumidero para que su compañero de juego le grite: "¡Sal de ahí,

que en ese agujero está la fiebre!" "¡No trepes por esta

pared; si caes del otro lado el tren te destrozará!" "¡No te acerques a la zanja!" "¡No

comas de estas bayas: es veneno, te morirás!" Tales son

las primeras lecciones que el chico recibe cuando se une con sus compañeros de, calle.

¡Cuántos niños a quienes sirven de lugar de juego, las

calles de las proximidades de las viviendas modelo para obreros" recientemente

construidas, o las riberas y puentes de los canales,

perecerían bajo las ruedas de los carros o en el agua turbia de la corriente si entre ellos

no existiera este género de ayuda mutua! Si a pesar

de todo algún chiquillo cae en un foso sin parapeto, o una niña resbala y cae en el canal,

la horda callejera arma tal griterío que todo el

vecindario torre a ayudarlos. De todo esto hablo por experiencia personal.

Viene luego la unión de las madres: "No puede usted imaginarse -me escribe una

doctora inglesa que vivía en un barrio pobre de Londres, y a

la cual rogué que me comunicara sus impresionase, no puede usted imaginarse cuánto se

ayudan entre sí. Si una mujer no ha preparado, o no

puede preparar, lo necesario para el niño que espera -¡y cuán a menudo sucede esto!-

todas las vecinas traen algo para el recién nacido. Al

mismo tiempo, una de las vecinas se hace cargo en seguida del cuidado de los niños, y

otra del hogar, mientras la parturienta permanece en

cama". Es éste un fenómeno corriente que mencionan todos los que tuvieron, que vivir

entre los pobres de Inglaterra, y en general entre la

población pobre de una ciudad. Las madres se apoyan mutuamente haciendo miles de

pequeños servicios y cuidan de los niños ajenos. Es.

menester que la dama perteneciente a las clases ricas tenga una cierta disciplina -para

mejor o para peor, que lo juzgue ella misma- para

pasar por la calle al lado de niños que tiritan de frío y están hambrientos, sin notario.

Pero las madres de las clases pobres no poseen tal

disciplina. No pueden soportar el cuadro de un chico hambriento: deben alimentarlo; y

así lo hacen. Cuando los niños que van a la escuela

piden pan, raramente, o más bien nunca, reciben una negativa" -me escribe otra amiga,

que trabajó durante algunos años en White-Chapel, en

relación con un club obrero. Pero mejor será transcribir algunos fragmentos de su carta:

"Es regla general entre los obreros cuidar a un vecino o una vecina enfermos, sin buscar

ninguna clase de retribución. Del mismo modo,

cuando una mujer que tiene niños pequeños se va al trabajo, siempre se los cuida una de

las vecinas.

"Si los obreros no se ayudaran mutuamente, no podría n vivir en absoluto. Conozco

familias obreras que se ayudan constantemente entre sí,

con dinero, alimento, combustible, vigilancia de los niños, en caso de enfermedad y en

casos de muerte.

"Entre los pobres, lo "mío",y lo "tuyo" se distingue bastante menos que entre los ricos.

Botines, vestidos, sombreros, etc. -en una palabra, lo

que se necesita en un momento dado-, se prestan constantemente entre sí, y del mismo

modo todo género de efectos del hogar.

"Durante el invierno pasado (1894), los miembros del United Radical Club reunieron en

su medio una pequeña suma de dinero y empezaron

después de Navidad a suministrar gratuitamente sopa y pan a los niños que concurrían a

la escuela. Gradualmente, el número de niños que

alimentaban alcanzó hasta 1.800. Las donaciones llegaban de fuera, pero todo el trabajo

recaía sobre los hombros de los miembros del club.

Algunos de ellos -aquellos que entonces estaban sin trabajo- venían a las cuatro de la

mañana para lavar y limpiar legumbres: cinco mujeres

venían a las nueve o diez de la mañana (después de haber terminado el trabajo de su

hogar) a vigilar el cocimiento de la comida, y se

quedaban hasta las seis o siete de la tarde para lavar la vajilla. Durante la hora del

almuerzo, entre las doce y doce y media, venían de 20 a 30

obreros a ayudar a repartir la sopa; para lo cual habían de robar tiempo a su propia

comida. Tal trabajo se prolongó dos meses, y siempre fue

hecho completamente gratis.

Mi amiga cita también diferentes casos particulares, de los cuales menciono los más

típicos:

"La niña Anita W. fue entregada, en pensión, por su madre a una anciana de la calle

Wilmot. Cuando murió la madre de Anita, la anciana, que

vivía ella misma en la mayor indigencia, crió a la niña a pesar de qué nadie le pagaba un

centavo. Cuando murió también la anciana, la niña,

que tenía entonces cinco años quedó, durante la enfermedad de su madre adoptiva, sin

cuidado alguno, e iba en andrajos; pero le ofreció asilo

entonces la esposa de un zapatero, que tenía ya seis varones. Más tarde, cuando el

zapatero cayó enfermo, todos ellos tuvieron que sufrir

hambre."

"Hace unos días, M., madre de seis niños, atendía a la vecina Mg. durante su

enfermedad, y llevó a su casa al niño más grande... Pero, ¿son

necesarios a usted estos hechos? Constituyen el fenómeno más corriente... Conozca a la

señora D. (en dirección tal) que tiene una máquina

de coser. Continuamente cose para los otros, no aceptando retribución alguna por el

trabajo, a pesar de que debe cuidar a cinco niños y al

esposo..., etc. "

Para todo aquél que tiene siquiera una pequeñísima idea de la vida de las clases obreras,

resulta evidente que si en su medio no se practicara

en grandes proporciones la ayuda mutua, no podrían, de modo alguno, vencer las

dificultades de que está llena su vida. Solamente gracias a la

combinación de felices circunstancias la familia obrera puede pasar la vida sin atravesar

por momentos duros como los que fueron descritos

por el tejedor de cintas Josept Guttridge en su autobiografía. Y si no todos los obreros

caen, en tales circunstancias, hasta los últimos grados

de miseria, se lo deben precisamente a la ayuda mutua practicada entre ellos. Una vieja

nodriza que vivía en la pobreza más extrema ayudó a

Guttridge en el instante mismo en que su familia se avecinaba a un desenlace fatal: les

consiguió a crédito pan, carbón y otros artículos de

primera necesidad. En otros casos era otro el que ayudaba, o bien los vecinos se unían

para arrebatar a la familia de las garras de la miseria.

Pero, si los pobres no acudieran en ayuda de los pobres, ¡en qué proporciones enormes

aumentaría el número de aquellos que llegan a la

miseria espantosa ya irreparable!

Samuel Plimsoll, conocido en Inglaterra por su campaña en contra el seguro de las

naves podridas e inútiles que eran enviadas al mar con la

esperanza de que se hundieran para cobrar la prima de seguro, después de haber vivido

algún tiempo entre pobres gastando solamente siete

chelines seis peniques (tres rublos cincuenta copecas) por semana vióse obligado a

reconocer que los buenos sentimientos hacia los pobres

que tenía cuando comenzó este género de vida "se cambiaron en sentimientos de sincero

respeto y admiración, cuando vio hasta dónde las

relaciones entre los pobres están imbuidas de ayuda y apoyo mutuos, y cuando conoció

los medios simples con que se prestan este género

de apoyo. Después de muchos años de experiencia llegó a la conclusión de que si bien

se piensa, resulta que semejantes hombres

constituyen la inmensa mayoría de las clases obreras". En cuanto a la crianza de

huérfanos practicada hasta por las familias más pobres de

los vecinos, es un fenómeno tan ampliamente difundido que se puede considerar regla

general; así, después de la explosión de gases de las

minas de Warren Vale y Lund Hill, revelóse que "casi un tercio de los mineros muertos,

según las investigaciones de la comisión,- mantenía,

aparte de sus esposas e hijos, también a otros parientes pobres". "¿Habéis pensado -

agrega a esto Plimsoll- qué significa este hecho? No

dudo de que semejante fenómeno no es raro entre los ricos o hasta entre personas

pudientes. Pero, pensad bien en la diferencia." Y,

realmente, vale la pena pensar qué significa, para el obrero que gana 16 chelines (menos

de ocho rublos) por semana y que alimenta con

estos módicos recursos a la esposa y a veces cinco o seis hijos, gastar un chelín en

ayudar a la viuda de un camarada o sacrificar medio

chelín para el entierro de uno tan pobre como él mismo. Pero semejantes sacrificios son

un fenómeno corriente entre los obreros de cualquier

país, aun en ocasiones considerablemente más de orden común que la muerte, y ayudar

por medio del trabajo es la cosa más natural en su

vida.

La misma práctica de ayuda y apoyo mutuos se observa, naturalmente, también entre las

clases más ricas, con la misma sedimentación en

capas que señala Plimsoll. Naturalmente, cuando se piensa en la crueldad que los

empleadores más ricos muestran hacia los obreros,

siéntese uno inclinado a tratar la naturaleza humana con suma desconfianza. Muchos

probablemente recuerdan todavía la indignación

provocada en Inglaterra por los dueños de las minas durante la gran huelga de

Yorkshire, en 1894, cuando empezaron a procesar a los viejos

mineros por recoger carbón en un pozo abandonado. Y aun dejando de lado los períodos

agudos de lucha y de guerra civil cuando, por

ejemplo, decenas de miles de obreros prisioneros fueron fusilados después de la caída

de laComuna de París, ¿quién puede leer sin

estremecerse las revelaciones de las comisiones reales sobre la situación de los obreros

en 1840 en Inglaterra, o las palabras de Lord

Shaftesbury sobre -el espantoso despilfarro de vida humana en las fábricas donde

trabajan niños toma-, dos de los hospicios, si no

simplemente comprados en toda Inglaterra para venderlos después, a las fábricas".

¿Quién puede leer todo esto sin sorprenderse por la

bajeza de que es capaz el hombre en su afán de lucro? Pero necesario es decir que sería

erróneo atribuir tal género de fenómeno

exclusivamente a la criminalidad de la naturaleza humana. ¿Acaso hasta una época

reciente los hombres de ciencia, y hasta una parte

importante del clero no difundían doctrinas que inculcaban desconfianza y desprecio, y

casi odio a las clases más pobres? ¿Acaso los

hombres de ciencia no decían que desde que la servidumbre quedó abolida sólo pueden

caber en la pobreza los hombres viciosos? ¡y qué

pocos representantes de la Iglesia se ha hallado que se atrevieran a vituperar estos

infanticidios, mientras que la mayoría del clero enseñaba

que los sufrimientos de los pobres y hasta la esclavitud de los negros eran cumplimiento

de la voluntad de la Providencia Divina! ¿Acaso el

cisma (non conformism) mismo en Inglaterra no era en esencia una protesta popular

contra el cruel trato que la iglesia del estado daba a los

pobres?

Con tales guías espirituales no es de extrañar que los sentimientos de las clases

pudientes, como observó M. Plimsoll, debían no tanto

embotarse cuanto tomar tinte de clase. Los ricos raramente se rebajan hasta los pobres,

de quienes están separados por el mismo modo de

vida y de quienes ignoran por completo el lado mejor de su existencia cotidiana. Pero

también los ricos, dejando de lado por una parte la

mezquindad y los gastos irrazonables por otro, en el círculo de la familia y de los

amigos se observa la misma práctica de ayuda y apoyo

mutuos que entre los pobres. Ihering y Dargun tenían plena razón al decir que si se

hiciera un resumen estadístico del dinero que pasa de mano

en mano en forma de préstamo amistoso y de ayuda, la suma general resultaría colosal,

aun en comparación con las transacciones del

comercio mundial. Y si se agrega a esto -y necesario es agregarlo- los gastos de

hospitalidad, los pequeños servicios mutuos prestados entre

sí, la ayuda para arreglar asuntos ajenos, regalo y beneficencia, indudablemente nos

asombraremos de la importancia que tales gastos tienen

en la economía nacional. Aun en el mundo dirigido por el egoísmo comercial existe una

frase corriente: "Esta firma nos ha tratado duramente",

y está frase demuestra que hasta en el ambiente comercial existen relaciones amistosas,

opuestas a las duras, es decir a las relaciones

basadas exclusivamente en la ley. Todo comerciante, naturalmente, sabe cuántas firmas

se salvan por año de la ruina gracias al apoyo

amistoso prestado por otras firmas.

En cuanto a la beneficencia y a la masa de trabajos de utilidad pública realizados

voluntariamente, tanto por los representantes de la clase

acomodada como de las obreras y, en especial, por los representantes de las diferentes

profesiones, todos saben qué papel desempeñan

estas dos categorías de benevolencia en la vida moderna. Si el carácter verdadero de

esta benevolencia a menudo suele ser echada a perder

por la tendencia a adquirir fama, poder político o distinción social, a pesar de todo es

indudable que en la mayoría de los casos el impulso

proviene del mismo sentimiento de ayuda mutua. Muy a menudo, los hombres,

adquiriendo riquezas, no hallan en ellas las satisfacciones que

esperaban. Otros empiezan a sentir que a pesar de cuanto han difundido los economistas

de que la riqueza es la recompensa de sus

capacidades, su recompensa es demasiado grande. La conciencia de la solidaridad

humana se despierta en ellos; a pesar de que la vida

social está constituida como para sofocar este sentimiento con miles de métodos astutos,

a pesar de todo, a menudo se sobrepone, y

entonces los hombres del tipo arriba indicado tratan de hallar una salida para esta

necesidad alojada en la profundidad del corazón humano,

entregando su fortuna o sus fuerzas a algo que según su opinión contribuirá al desarrollo

del bienestar general.

Dicho más brevemente, ni las fuerzas abrumadoras del estado centralizado, ni las

doctrinas de mutuo odio y de lucha despiadada que

provienen, ordenadas con los atributos de la ciencia, de los filósofos y sociólogos

obsequiosos, pudieron desarraigar los sentimientos de

solidaridad humana, de reciprocidad, profundamente enraizados en la conciencia Y el

corazón humanos, puesto que este sentimiento fue

criado por todo nuestro desarrollo precedente. Aquello que ha sido resultado de la

evolución, comenzando desde sus más primitivos

estadios, no puede ser destruido por una de las fases transitorias de esa misma

evolución. Y la necesidad de ayuda y apoyo mutuos que se

ha ocultado quizá en el círculo estrecho de la familia, entre los vecinos de las calles y

callejuelas pobres, en la aldea o en las uniones secretas

de obreros, renace de nuevo, hasta en nuestra sociedad moderna y proclama su derecho,

el derecho de ser, como siempre lo ha sido, el

principal impulsor en el camino del progreso máximo.

Tales son las conclusiones a las cuales llegamos inevitablemente después de un examen

cuidadoso de cada grupo de hechos enumerados

brevemente en los dos últimos capítulos.

CONCLUSION

Si tomamos ahora lo que nos enseña el examen de la sociedad moderna en relación con

los hechos que señalan la importancia de la ayuda

mutua en el desarrollo gradual del mundo animal y de la humanidad, podemos extraer

de nuestras investigaciones las siguientes conclusiones:

En el mundo animal nos hemos persuadido de que la enorme mayoría de las especies

viven en sociedades y que encuentran en la

sociabilidad la mejor arma para la lucha por la existencia, entendiendo, naturalmente,

este término en el amplio sentido darwiniano, no como

una lucha por los medios directos de existencia, sino como lucha contra todas las

condiciones naturales, desfavorables para la especie. Las

especies animales en las que la lucha entre los individuos ha sido llevada a los límites

más restringidos, y en las que la práctica de la ayuda

mutua ha alcanzado el máximo desarrollo, invariablemente son las especies más

numerosas, las más florecientes y más aptas para el máximo

progreso. La protección mutua, lograda en tales casos y debido a esto la posibilidad de

alcanzar la vejez y acumular experiencia, el alto

desarrollo intelectual y el máximo crecimiento de los hábitos sociales, aseguran la

conservación de la especie y también su difusión sobre una

superficie más amplia, y la máxima evolución progresiva. Por lo contrario, las especies

insaciables, en la enorme mayoría de los casos, están

condenadas a la degeneración.

Pasando luego al hombre, lo hemos visto viviendo en clanes y tribus, ya en la aurora de

la Edad Paleolítica; hemos visto también una serie de

instituciones y costumbres sociales formadas dentro del clan ya en el grado más bajo de

desarrollo de los salvajes. Y hemos hallado que los

más antiguos hábitos y costumbres tribales dieron a la humanidad, en embrión, todas

aquellas instituciones que más tarde actuaron como los

elementos impulsores más importantes del máximo progreso. Del régimen tribal de los

salvajes nació la comuna aldeana de los "bárbaros", y

un nuevo círculo aún más amplio de hábitos, costumbres e instituciones sociales, una

parte de los cuales subsistieron hasta nuestra época, se

desarrolló a la sombra de la posesión común de una tierra dada y bajo la protección de

la jurisdicción de la asamblea comunal aldeana en

federaciones de aldeas pertenecientes, o que se suponían pertenecer a una tribu y que se

defendían de los enemigos con las fuerzas

comunes. Cuando las nuevas necesidades incitaron a los hombres a dar un nuevo paso

en su desarrollo, formaron el derecho popular de las

ciudades libres, que constituían una doble red: de unidades territoriales (comunas

aldeanas) y de guildas surgidas de las ocupaciones

comunes en un arte u oficio dado, o para la protección y el apoyo mutuos. Ya hemos

considerado en dos capítulos, el quinto y el sexto, cuán

enormes fueron los éxitos del saber, del arte y de la educación en general en las

ciudades medievales que tenían derechos populares.

Finalmente, en los dos últimos capítulos se han reunido hechos que señalan cómo la

formación de los estados según el modelo de la Roma

imperial destruyó violentamente todas las instituciones medievales de apoyo mutuo y

creó una nueva forma de asociación, sometiendo toda la

vida de la población a la autoridad del estado. Pero el estado, apoyado en agregados

poco vinculados entre sí de individuos y asumiendo la

tarea de ser único principio de unión, no respondió a su objetivo. La tendencia de los

hombres al apoyo mutuo y su necesidad de unión directa

para él, nuevamente se manifestaron en una infinita diversidad de todas las sociedades

posibles que también tienden ahora a abrazar todas

las manifestaciones de vida, a dominar todo lo necesario para la existencia humana y

para reparar los gastos condicionados por la vida: crear

un cuerpo viviente, en lugar del mecanismo muerto, sometido a la voluntad de los

funcionarios.

Probablemente se nos observará que la, ayuda mutua, a pesar de constituir una de las

grandes fuerzas activas de la evolución, es decir, del

desarrollo progresivo de la humanidad, es sólo una de las diferentes formas de las

relaciones de los hombres entre sí; junto con esta corriente,

por poderosa que fuera, existe y siempre existió, otra corriente la de auto-afirmación del

individuo, no sólo en sus esfuerzos por alcanzar la

superioridad personal o de casta en la relación económica, política y espiritual, sino

también en una actividad que es más importante a pesar

de ser menos potable; romper los lazos que siempre tienden a la cristalización y

petrificación, que imponen sobre el individuo el clan, la

comuna aldeana, la ciudad o el estado. En otras palabras, en la sociedad humana, la

autoafirmación de la personalidad también constituye un

elemento de progreso.

Es evidente que ningún esquema del desarrollo de la humanidad puede pretender ser

completo si no se considera estas dos corrientes

dominantes. Pero el caso es que la autoafirmación de la personalidad o grupos de

personalidades, su lucha por la superioridad y los conflictos

y la lucha que se derivan de ella fueron, ya en épocas inmemoriales, analizados,

descritos y glorificados. En realidad, hasta la época actual

sólo esta corriente ha gozado de la atención de los poetas épicos, cronistas, historiadores

y sociólogos. La historia, como ha sido escrita

hasta ahora, es casi íntegramente la descripción de los métodos y medios con cuya

ayuda la teocracia, el poder militar, la monarquía política y

más tarde las clases pudientes establecieron y conservaron su gobierno. La. lucha entre

estas fuerzas constituye, en realidad, la esencia de la

historia. Podemos considerar, por esto, que la importancia de la personalidad y de la

fuerza individual en la historia de la humanidad es

enteramente conocida, a pesar de que en este dominio ha quedado no poco que hacer en

el sentido recientemente indicado.

Al mismo tiempo, otra fuerza activa -la ayuda mutua- ha sido relegada hasta ahora al

olvido completo; los escritores de la generación actual y

de las pasadas, simplemente la negaron o se burlaron de ella. Darwin, hace ya medio

siglo, señaló brevemente la importancia de la ayuda

mutua para la conservación y el desarrollo progresivo de los animales. Pero, ¿quién

trató ese pensamiento desde entonces? Sencillamente se

empeñaron en olvidarla. Debido a esto, fue necesario, antes que nada, establecer el

papel enorme que desempeña la ayuda mutua tanto en el

desarrollo del mundo animal como de las sociedades humanas. Sólo después que esta

importancia sea plenamente reconocida será posible

comparar la influencia de una y otra fuerza: la social y la individual.

Evidentemente, es imposible efectuar, con un método más o menos estadístico, siquiera

una apreciación grosera de su importancia relativa.

Cualquier guerra, como todos sabemos, puede producir, ya sea directamente o bien por

sus consecuencias, más daños que beneficios,

puede producir centenares de años de acción, libres de obstáculos, del principio de

ayuda mutua. Pero cuando vemos que en el mundo animal

el desarrollo progresivo y la ayuda mutua van de la mano, y la guerra interna en el seno

de una especie, por lo contrario, va acompañada "por

el desarrollo progresivo", es decir, la decadencia de la especie; cuando observamos que

para el hombre hasta el éxito en la lucha y la guerra

es proporcional al desarrollo de la ayuda mutua en cada una de las dos partes en lucha,

sean estas naciones, ciudades, tribus o solamente

partidos, y que en el proceso de desarrollo de la guerra misma (en cuanto puede

cooperar en este sentido) se somete a los objetivos finales

del progreso de la ayuda mutua dentro de la nación, ciudad o tribu, por todas estas

observaciones ya tenemos una idea de la influencia

predominante de la ayuda mutua como factor de progreso.

Pero vemos también que la práctica de la ayuda mutua y su desarrollo subsiguiente

crearon condiciones mismas de la vida social, sin las

cuales el hombre nunca hubiera podido desarrollar sus oficios y artes, su ciencia, su

inteligencia, su espíritu creador; y vemos que los periodos

en que los hábitos y costumbres que tienen por objeto la ayuda mutua alcanzaron su

elevado desarrollo, siempre fueron periodos del más

grande progreso en el campo de las artes, la industria y la ciencia. Realmente, el estudio

de la vida interior de las ciudades de la antigua

Grecia, y luego de las ciudades medievales, revela el hecho de que precisamente la

combinación de la ayuda mutua, como se practicaba

dentro de la guilda, de la comuna o el clan griego -con la amplia iniciativa permitida al

individuo y al grupo en virtud del principio federativo-,

precisamente esta combinación, decíamos, dio a la humanidad los dos grandes periodos

de su historia: el periodo de las ciudades de la

antigua Grecia y el periodo de las ciudades de la Edad Media; mientras que la

destrucción de las instituciones y costumbres de ayuda mutua,

realizadas durante los periodos estatales de la historia que siguieron, corresponde en

ambos casos a las épocas de rápida decadencia.

Probablemente se nos replicará, sin embargo, haciendo mención del súbito progreso

industrial que se realizó en el siglo XIX y que

corrientemente se atribuye al triunfo del individualismo y de la competencia. No

obstante este progreso, fuera de toda duda, tiene un origen

incomparablemente más profundo. Después que fueron hechos los grandes

descubrimientos del siglo XV, en especial el de la presión

atmosférica, apoyada por una serie completa de otros en el campo de la física -y estos

descubrimientos fueron hechos en las ciudades

medievales- después de estos descubrimientos, la invención de la máquina a vapor, y

toda la revolución industrial provocada por la aplicación

de la nueva fuerza, el vapor, fue una consecuencia necesaria. Si las ciudades medievales

hubieran subsistido hasta el desarrollo de los

descubrimientos empezados por ellas, es decir, hasta la aplicación práctica del nuevo

motor, entonces las consecuencias morales, sociales,

de la revolución provocada por la aplicación del vapor podrían tomar, y probablemente

hubieran tomado, otro carácter; pero la misma

revolución en el campo de la técnica de la producción y de la ciencia también hubiera

sido inevitable. Solamente hubiera encontrado menos

obstáculos. Queda sin respuesta el interrogante: ¿No fue acaso retardada la aparición de

la máquina de vapor y también la revolución que le

siguió luego en el campo de las artes, por la decadencia general de los oficios que siguió

a la destrucción de las ciudades libres y que se notó

especialmente en la primera mitad del siglo XVIII?

Considerando la rapidez asombrosa del progreso industrial en el período que se extiende

desde el siglo XII hasta el siglo XV, en el tejido, en el

trabajo de metales, en la arquitectura, en la navegación, y reflexionando sobre los

descubrimientos científicos a los cuales condujo este

progreso industrial a fines del siglo XIX, tenemos derecho a formularnos esta pregunta:

¿No se retrasó la humanidad en la utilización de todas

estas conquistas científicas cuando empezó en Europa la decadencia general en el

campo de las artes y de la industria, después de la caída

de la civilización medieval? Naturalmente, la desaparición de los artistas artesanos,

como los que produjeron Florencia, Nüremberg y muchas

otras ciudades, la decadencia de las grandes ciudades y la interrupción de las relaciones

entre ellas no podían favorecer la revolución

industrial. Realmente sabemos, por ejemplo, que James Watt, el inventor de la máquina

a vapor moderna, empleó alrededor de doce años de

su vida para hacer su invento prácticamente utilizable, puesto que no pudo hallar, en el

siglo XVIII aquellos ayudantes que hubiera hallado

fácilmente en la Florencia, Nüremberg o Brujas de la Edad Media; es decir, artesanos

capacitados para realizar su invento en el metal y darle

la terminación y finura artística que son necesarias para la máquina de vapor que trabaja

con exactitud.

De tal modo, atribuir el progreso industrial del siglo XV a la guerra de todos contra uno

significa juzgar como aquél que sin saber las

verdaderas causas de la lluvia la atribuye a la ofrenda hecha por el hombre al ídolo de

arcilla. Para el progreso industrial, lo mismo que para

cualquier otra conquista en el campo de la naturaleza, la ayuda mutua y las relaciones

estrechas sin duda fueron siempre más ventajosas que

la lucha mutua.

Sin embargo, la gran importancia del principio de ayuda mutua aparece principalmente

en el campo de la ética, o estudio de la moral. Que la

ayuda mutua es la base de todas nuestras concepciones éticas, es cosa bastante evidente.

Pero cualesquiera que sean las opiniones que

sostuviéramos con respecto al origen primitivo del sentimiento o instinto de ayuda

mutua -sea que lo atribuyamos a causas biológicas o bien

sobrenaturales- debemos reconocer que se puede ya observar su existencia en los grados

inferiores del mundo animal. Desde estos grados

elementales podemos seguir su desarrollo ininterrumpido y gradual a través de todas las

clases del mundo animal y, no obstante, la cantidad

importante de influencias que se le opusieron, a través de todos los grados de la

evolución humana hasta la época presente. Aun las nuevas

religiones que nacen de tiempo en tiempo -siempre en épocas en que el principio de

ayuda mutua había decaído en los estados teocráticos y

despóticos de Oriente, o bajo la caída del imperio Romano-, aun las nuevas religiones

nunca fueron más que la afirmación de ese mismo

principio. Hallaron sus primeros continuadores en las capas humildes, inferiores,

oprimidas de la sociedad, donde el principio de la ayuda

mutua era la base necesaria de la vida cotidiana; y las nuevas formas de unión que

fueron introducidas en las antiguas comunas budistas Y

cristianas, en las comunas de los hermanos moravos, etc., adquirieron el carácter de

retorno a las mejores formas de ayuda mutua que de

practicaban en el primitivo período tribal.

Sin embargo, cada vez que se hacia una tentativa para volver a este venerado principio

antiguo, su idea fundamental se extendía. Desde el

clan se prolongó a la tribu, de la federación de tribus abarcó la nación, y, por último -por

lo menos en el ideal-, toda la humanidad. Al mismo

tiempo, tomaba gradualmente un carácter más elevado. En el cristianismo primitivo, en

las obras de algunos predicadores musulmanes, en los

primitivos movimientos del período de la Reforma y, en especial, en los movimientos

éticos y filosóficos del siglo XVIII y de nuestra época se

elimina más y más la idea de venganza o de la "retribución merecida": "bien por bien y

mal por mal". La elevada concepción: -No vengarse de

las ofensas-, y el principio: "Da al prójimo sin contar, da más de lo que piensas recibir".

Estos principios se proclaman como verdaderos

principios de moral, como principios que ocupan más elevado lugar que la simple

"equivalencia", la imparcialidad, la fría justicia, como

principios que conducen más rápidamente mejor a la felicidad. Incitan al hombre, por

esto, a tomar por guía, en sus actos, no sólo el amor, que

siempre tiene carácter personal o, en el mejor de los casos, carácter tribal, sino la

concepción de su unidad con todo ser humano, por

consiguiente, de una igualdad de derecho general y, además, en sus relaciones hacia los

otros, a entregar a los hombres, sin calcular la

actividad de su razón y de su sentimiento y hallar en esto su felicidad superior.

En la práctica de la ayuda mutua, cuyas huellas podemos seguir hasta los más antiguos

rudimentos de la evolución, hallamos, de tal modo, el

origen positivo e indudable de nuestras concepciones morales, éticas, y podemos

afirmar que el principal papel en la evolución ética de la

humanidad fue desempeñado por la ayuda mutua y no por la lucha mutua. En la amplia

difusión de los principios de ayuda mutua, aun en la

época presente, vemos también la mejor garantía de una evolución aún más elevada del

género humano.